

James
Herriot

se

Un
veterinario
en la
RAF



Lectulandia

Esta nueva obra de James Herriot nos presenta al joven veterinario de Glasgow inmerso en un nuevo ambiente, la RAF. Nos cuenta sus experiencias como miembro de las Fuerzas Aéreas, observando la vida de servicio con su característico humor, si bien su corazón permanece en las verdes colinas de Yorkshire, con su esposa con la que lleva casado muy poco tiempo y sus pacientes, los animales. Este libro trata de todas esas cosas y del desafío siempre fascinante que supone el trabajo de un veterinario. Mientras Herriot rememora una y otra vez su vida profesional, un conjunto de nuevos personajes, y de viejos amigos (animales y humanos), van apareciendo a lo largo de estas páginas, y a través de ellos se nos muestra el propio autor con su dedicación al trabajo y su capacidad inigualable para ofrecernos el aspecto más agradable de las cosas. Su labor como médico de animales está entrelazada de triunfos y fracasos, de humor y de tristeza. Y, como trasfondo de todo ello, la presencia constante de la campiña, de la belleza insuperable de los valles de Yorkshire. Este es un libro para todos aquellos que aman a los animales, y para quienes disfrutan con las cosas del campo y el buen humor.

Lectulandia

James Herriot

Un veterinario en la RAF

ePub r1.0

Castroponce 26.11.2018

Título original: *Vets Might Fly*
James Herriot, 1976
Traducción: Amparo García Burgos
Ilustraciones: Larry
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Autor

Notas

A mis perros Héctor y Dan
fieles compañeros
en mis rondas diarias



1

—¡Moveos! —Gritó el cabo instructor—. ¡Vamos, más aprisa! —Corrió sin el menor esfuerzo a la retaguardia de la columna de hombres que jadeaban y resoplaban, y desde allí nos animó.

Yo estaba hacia el centro, marchando al trote corto laboriosamente con el resto y preguntándome cuánto tiempo sería capaz de resistir aquello. Mientras sentía un dolor angustioso en las costillas al respirar, y la protesta de los músculos de mis piernas, traté de calcular cuántos kilómetros habríamos recorrido.

Nada había sospechado cuando nos alineamos ante nuestro alojamiento. No íbamos vestidos con el equipo PT^[1] sino con jerseys de lana y con los pantalones de reglamento, y no juzgábamos probable que nos lanzaran a un ejercicio violento. Aparte de eso el cabo, un tipo *cockney*, pequeño y alegre, parecía mirarnos como a sus hermanos. Su rostro era amable.

—Muy bien, muchachos —había gritado, sonriendo, a los cincuenta reclutas de aviación—. Sólo vamos a trotar un poco alrededor del parque, así que seguidme. ¡Media vuelta a la izquierda! ¡Doble fila, rápido, en marcha! ¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha!

Eso había sucedido hacía mucho, muchísimo tiempo, y aún seguíamos corriendo por las calles de Londres sin que se vieran por ninguna parte señales del parque. La idea que predominaba en mi cerebro era la de que yo había tenido la impresión de estar en plena forma. Un veterinario rural, especialmente en los valles de Yorkshire, jamás tenía la oportunidad de perder sus buenas condiciones físicas; siempre estaba en movimiento, luchando con los grandes animales, recorriendo kilómetros y

kilómetros entre los graneros de las laderas de las montañas. Había de ser un hombre rudo, y duro. Eso es lo que yo había creído.

Pero ahora empezaba a sospechar algo muy distinto. Mis pocos meses de vida matrimonial con Helen habían estado dedicados a la buena mesa. Ella era una cocinera demasiado buena y yo un discípulo demasiado apasionado de su arte. El simple hecho de descansar junto a la chimenea de nuestro salón-dormitorio era la más dulce de todas las ocupaciones. Yo había tratado de ignorar la desaparición de mis músculos abdominales, y el desplome de los pectorales, pero ahora todo se me hacía patente.

—¡Ya no está lejos, muchachos! —chilló el cabo desde la retaguardia, pero no consiguió la menor respuesta del grupo que avanzaba penosamente. Ya lo había dicho en varias ocasiones y habíamos dejado de creer en él.

Pero esta vez parecía que sí hablaba en serio, pues al entrar en otra calle, pude ver una verja de hierro y unos árboles en el extremo más lejano. Imposible expresar el alivio que sentí. Apenas me quedaban fuerzas suficientes para atravesar aquellas puertas... y disfrutar de un descanso y del cigarrillo que tanto necesitaba, porque mis piernas empezaban a ceder.

Pasamos bajo un arco de ramas en las que aún quedaban unas cuantas hojas doradas por el otoño y nos detuvimos como un solo hombre, pero el cabo seguía haciéndonos señas.

—¡Vamos, muchachos, por la pista! —gritó, indicando un amplio camino de tierra que daba la vuelta al parque.

Le miramos. ¡No podía hablar en serio! Estalló una tormenta de protestas:

—¡Ah, no, cabo...! ¡Tenga piedad, cabo...!

La sonrisita se desvaneció del rostro de aquel hombrecillo.

—¡En marcha he dicho! ¡Más aprisa, más aprisa...!

Mientras avanzábamos vacilantes sobre la oscura tierra, entre los setos de rododendros y hierba descuidada, yo me negaba a creerlo. Aquello resultaba un cambio demasiado brusco. Tres días antes aún estaba en Darrowby, la mitad de mi ser continuaba allí, con Helen. Y otra parte de mi ser seguía mirando por la ventanilla trasera del taxi a las verdes colinas que desaparecían tras los tejados rojos bajo el sol de la mañana, o de pie en el corredor del tren cuando las tierras bajas del sur de Inglaterra corrían junto a la ventanilla y un gran peso amenazaba con hacer estallar mi pecho de emoción.

Mi primera introducción en la RAF tuvo lugar en el terreno de cricket de Lord's. Montones de formularios que rellenar, exámenes médicos, luego la entrega de aquel enorme montón que era mi equipo. Me alojaron en un bloque de pisos en St. John's Wood (pisos lujosos antes de que los hubieran desmantelado de todos los detalles innecesarios). Pero no pudieron llevarse las piezas más pesadas del cuarto de baño, y una de las bendiciones de que disponíamos era el agua caliente y sin límites que salía a un simple toquecito en aquel ambiente tan lujoso.

Después del primer día tan lleno de acontecimientos, me retiré a uno de esos santuarios de baldosas verdes y me enjaboné a fondo con una pastilla nueva de un famoso jabón de tocador que Helen me metiera en la maleta. Nunca he podido utilizar ese jabón desde entonces. Los perfumes son demasiado evocadores, y sólo con aspirarlo me veo de nuevo en aquella primera noche, lejos de mi esposa, y vencido por los sentimientos que me dominaban entonces. Un dolor sordo y vacío, que jamás se me llegó a pasar del todo.

El segundo día fuimos de un lado a otro sin parar; conferencias, inyecciones. Yo estaba bien acostumbrado a las jeringuillas, pero su sola vista resultó demasiado para muchos de mis compañeros, especialmente cuando el doctor les tomaba una muestra de sangre. Una mirada al fluido oscuro que salía de sus venas y los jóvenes se deslizaban silenciosamente de la silla, a menudo cuatro o cinco en fila, mientras las ordenanzas asistentes, sonriendo alegremente, se los llevaban de allí.

Comíamos en el Zoo de Londres y nuestras comidas estaban animadas por la charla de los monos y el rugido de los leones allá en el fondo. Pero en los intermedios sólo había marchas, marchas, y con nuestras botas nuevas que suponían un infierno.

Y en este tercer día todo era aún muy confuso. La primera mañana nos habían despertado a una hora horrible, las seis de la mañana, haciendo entrechocar una y otra vez las tapas de dos cubos de basura. No es que yo esperara realmente un clarín, pero hallé aquel ruido insoportable. Sin embargo en este momento lo único que absorbía era que ya habíamos completado el circuito del parque. Las puertas sólo estaban a pocos metros, así que avancé vacilante hacia ellas y me detuve entre mis quejumbrosos camaradas.

—¡Otra vuelta, muchachos! —Aulló el cabo y, cuando le miramos aterrados, nos sonrió con afecto—. ¿Creéis que esto es horrible? ¡Pues esperad a que os pillen en el ITW^[2]! Yo no hago más que prepararos un poquito y suavemente. Ya me lo agradeceréis más tarde. Vamos ¡a paso ligero! ¡Un, dos, un, dos...!

Una amargura intensa me dominó mientras seguía avanzando pesadamente. Otra vuelta al parque me mataría... no tenía la menor duda al respecto. Dejabas a tu esposa amantísima y un hogar feliz para servir al rey y a la patria, y así te lo agradecían. No era justo.

La noche anterior había soñado con Darrowby. Estaba de regreso en el establo de vacas del viejo señor Dakin. Los ojos pacientes del granjero, en aquel rostro alargado y adornado con un melancólico bigote, me miraban desde su altura.

—Parece que todo ha terminado ya para *Capullo*, supongo —dijo y dejó caer brevemente la mano sobre el lomo de la vieja vaca. Era una mano enorme hinchada por el trabajo. El rostro delgado del señor Dakin no tenía mucha grasa, pero aquellos dedos gruesos y endurecidos daban buen testimonio de toda una vida de trabajo.

Saqué la aguja y la dejé caer en la caja de metal donde llevaba mis materiales de sutura, escalpelos y hojas.

—Bien, de usted depende, señor Dakin; pero es la tercera vez que he tenido que darle unos puntos en la mamá, y me temo que volverá a ocurrir de nuevo.

—Sí, es por la forma en que está. —El granjero se inclinó y examinó la fila de nudos junto a la cicatriz, de unos doce centímetros—. ¡Señor, parece imposible que pueda organizarse tal desastre... sólo porque otra vaca se la pise!

—La pezuña de una vaca es muy pesada —dije yo—. Es casi como un cuchillo que cayera de golpe.

Esto era peor con las vacas muy viejas. Las ubres pendían más y más, y las tetas se alargaban colgantes como un péndulo, de modo que, cuando se echaban en sus casillas, aquel órgano tan vital y productor de leche quedaba a un lado, en el camino de los animales vecinos. Si no era *Mabel*, a la derecha, la que se lo pisaba, era *Ranúnculo*, al otro lado.

Sólo había seis vacas en aquel pequeño establo adoquinado, con su techo bajo y las particiones de madera, y todas tenían su nombre. Ahora ya no se encuentran vacas con nombre, ni existen granjeros como el señor Dakin que conseguía ganarse la vida con un rebaño de seis vacas lecheras más unos cuantos terneros, cerdos y gallinas.

—¡Ah, bien! —dijo—. Supongo que la pobre no me debe nada. Recuerdo la noche en que nació, hace doce años. Fue de la vieja Daisy, y yo la saqué de este mismo establo en un saco, y con una nevada muy fuerte. Desde entonces me gustaría contar cuantos miles de litros de leche me ha dado... aún me da unos dieciocho al día. No, no me debe nada.

Como si supiera que era el tema de nuestra conversación, *Capullo* volvió la cabeza y le miró. Era la imagen clásica de un bovino anciano, tan delgada como su propietario, salientes los huesos de la pelvis, los pies muy achatados y crecidos en exceso, y los cuernos con una multitud de anillos en toda su extensión curva. Bajo ella la ubre, en tiempos alta y tensa, caía descuidadamente casi hasta el suelo.

Se parecía también a su propietario por su modo de ser, sereno y paciente. Yo le había infiltrado anestesia local en la ubre antes de cosérsela, pero no creo que se hubiera movido aun en el caso de no utilizar nada. Coser las tetas pone al veterinario en posición ideal para ser coceado, estando la cabeza tan inclinada y ante las patas traseras, pero no había el menor peligro con *Capullo*. Jamás había coceado a nadie, jamás en la vida.

El señor Dakin dejó escapar el aliento.

—Bien, supongo que no hay remedio. Tendrá que irse. Le diré a Jack Dodson que la recoja para el mercado de carne el jueves. Estará un poco dura de comer, pero supongo que podrán hacer unos cuantos pasteles de carne.

Trataba de bromear, pero era incapaz de sonreír al mirar a la vieja vaca. Tras él, más allá de la puerta abierta, la colina cubierta de verdor bajaba hasta el río, y el sol primaveral alegraba aquella amplia extensión de los vados con miles de reflejos

dorados. Un ribazo de piedras muy blancas destacaba níveo contra el oscuro tono de las orillas cubiertas de hierba que ascendían hacia los pastos que cubrían el valle.

A menudo había pensado que esta pequeña propiedad sería un lugar ideal para vivir. Sólo a un kilómetro y medio de Darrowby, pero retirado y con aquella vista del río y de los páramos que alegraba el corazón. Así se lo dije ahora al señor Dakin, y el viejo se volvió a mirarme con una triste sonrisa.

—Sí, pero sólo con la vista no se come —dijo.

Dio la casualidad que me llamaron de nuevo a la granja el jueves siguiente para “limpiar” a una vaca, y estaba en el establo cuando vino Dodson, el ganadero, a recoger a *Capullo*. Había recogido ya un grupo de vacas y toros muy gruesos en otras granjas, y éstos permanecían vigilados por uno de sus hombres en el camino, un poco más arriba de nosotros.

—¡Vaya, vaya, señor Dakin! —gritó al entrar donde estábamos—. Ya veo cuál es la que quiere que me lleve. Debe de ser ese saco de huesos que está ahí.

Señalaba a *Capullo* y en verdad aquella descripción tan poco amable parecía la más adecuada para la huesuda criatura que permanecía en pie entre sus hermosas vecinas.

El granjero no contestó durante un instante, luego pasó entre las vacas y rascó suavemente la frente de *Capullo*.

—Sí, ésta es, Jack —vaciló, luego le soltó la cadena en torno del cuello—. Vete ya, feísima —murmuró, y el viejo animal dio la vuelta y siguió plácidamente su camino hasta salir del establo.

—¡Eh, que voy contigo! —gritó el tratante, dándole con un palo en el costado.

—¡No le pegues! —gruñó el señor Dakin.

Dodson le miró sorprendido.

—Nunca les pego, ya lo sabe. No es más que para hacerlas caminar.

—Está bien, está bien, Jack, pero no necesitarás el palo con ésta. Irá donde quieras... siempre lo ha hecho.

Capullo confirmó sus palabras cuando pasó la puerta y, a un gesto del granjero, se dirigió hacia el camino.

El viejo y yo seguimos mirándola mientras la vaca subía sin prisas por la colina con Jack Dodson, cubierto con un largo delantal color caqui, caminando tras ella. Como el sendero giraba en torno de un grupo de árboles, hombre y bestia desaparecieron al fin, pero el señor Dakin siguió mirando en aquella dirección, escuchando el clic-cloc de las pezuñas sobre el duro suelo.

Cuando dejó de oírse aquel sonido se volvió a mí rápidamente.

—De acuerdo, señor Herriot, ya podemos seguir adelante con nuestro trabajo. Le traeré agua caliente.

Se mantuvo muy silencioso mientras yo me enjabonaba el brazo y lo insertaba en la vaca. Si hay algo más desagradable que sacarle la placenta a un bovino es ver a otro haciéndolo, y yo siempre trato de mantener una conversación cuando ando

rebuscando en el interior. Pero esta vez me costó muchísimo, pues el señor Dakin respondía a mis comentarios sobre el tiempo, el cricket y el precio de la leche con una serie de gruñidos.

Sosteniendo en alto el rabo de la vaca se inclinó sobre el peludo lomo y, con una mirada vacía, se limitó a fumar la pipa que, como la mayoría de los granjeros en una “limpieza”, había encendido prudentemente en el mismo principio. Y, naturalmente, como suele ocurrir en esos casos en que la conversación es difícil, dio la casualidad de que el trabajo llevó más tiempo de lo habitual. A veces una placenta sale con facilidad, pero ésta tuve que ir pelándola de los cotiledones uno a uno, acudiendo cada pocos minutos al agua caliente con antisépticos para volver a enjabonarme los brazos doloridos.

Pero al fin estuvo terminado. Le metí un par de supositorios vaginales, me quité el saco de la cintura y me metí la camisa por la cabeza. La conversación era ya nula y el silencio casi opresivo cuando abrimos la puerta del establo.

El señor Dakin se detuvo con la mano en el cerrojo.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz muy baja.

Procedente de algún punto de la colina se oía el clic-cloc de los pasos de una vaca. Había dos caminos que llevaban a la granja y el sonido venía de un sendero estrecho que se unía a la carretera principal a un kilómetro de la otra entrada. Mientras escuchábamos, una vaca dio la vuelta en torno de unas rocas y se acercó a nosotros.

Era *Capullo* que avanzaba a un trote alegre, los ojos fijos con toda determinación en la puerta abierta a nuestras espaldas.

—¡Qué diablos...! —estalló el señor Dakin, pero la vieja vaca pasó junto a él y entró sin vacilación en el establo que ocupara durante tantísimos años. Olisqueó inquisitivamente en el pesebre, vació de heno, y se volvió a mirar a su propietario.

El señor Dakin la miraba también. Los ojos, en aquel rostro curtido eran inexpresivos pero el humo surgía de la pipa en una serie de rápidas fumadas.

Unas botas pesadas resonaron de pronto en el exterior y Jack Dodson apareció en la puerta.

—¡Ah, de modo que estás aquí, maldita! —gruñó—. ¡Pensé que te había perdido! Se volvió al granjero.

—Mire, lo siento, señor Dakin. Supongo que habrá dado la vuelta al llegar a lo alto y habrá cogido el otro camino. No llegué a ver cuándo se iba.

El granjero se encogió de hombros.

—Está bien, Jack. No es culpa tuya. Debía habértelo advertido.

—Pronto estará arreglado, de todos modos. —El tratante sonrió y se dirigió a *Capullo*—. Vamos, muchacha; te sacaremos de aquí otra vez.

Pero se detuvo cuando el señor Dakin alzó el brazo ante él.

Hubo un largo silencio mientras Dodson y yo observábamos sorprendidos al granjero que seguía mirando fijamente a la vaca. Había una dignidad patética en el

viejo animal que seguía allí en pie, apoyado en la madera vieja de la partición, los ojos pacientes, sin pedir nada. Era una dignidad que hacía olvidar la fealdad de las pezuñas abiertas, las costillas sin carne, la ubre baja y colgante, casi rozando las piedras.

Luego, todavía sin hablar, el señor Dakin pasó lentamente entre las vacas y hasta nosotros llegó el débil sonido metálico cuando le puso de nuevo a *Capullo* la cadena en torno al cuello. Luego se dirigió al otro extremo del establo y volvió con una horca llena de heno que lanzó con destreza al pesebre.

Esto era lo que *Capullo* esperaba. Arrancó un bocado por entre los maderos y empezó a masticar con serena satisfacción.

—¿Qué se propone, señor Dakin? —preguntó el tratante desconcertado—. ¡Que me están esperando en el mercado!

El granjero sacudió la pipa sobre la maldita puerta y empezó a llenarla de tabaco negro de una lata bastante estropeada.

—Siento que hayas perdido el tiempo, Jack, pero tendrás que irte sin ella.

—¿Sin ella...? Pero...

—Sí, pensarás que estoy chalado, pero así es. Esa vaca tan fea ha vuelto a casa y en casa se queda —y lanzó una mirada decidida y serena al ganadero.

Dodson asintió un par de veces, luego dio la vuelta y salió del establo. El señor Dakin le siguió y le gritó cuando se iba:

—¡Pero te pagaré el tiempo que has perdido, Jack! Pónmelo en la cuenta.

Regresó, aplicó una cerilla a la pipa e inspiró fuertemente.

—Señor Herriot —dijo, mientras el humo se alzaba en torno a sus orejas—, ¿ha pensado usted alguna vez, cuando ha ocurrido algo, que eso tenía que suceder así y que era para lo mejor?

—Desde luego, señor Dakin. Lo he pensado a menudo.

—¡Ah, bien! Pues eso es lo que yo sentí cuando *Capullo* bajó esa colina. —Extendió la mano y la acarició justo en el nacimiento de la cola—. Siempre ha sido mi preferida y ¡por Dios, me alegro de que haya vuelto!

—Pero ¿y esas tetas? Yo estoy dispuesto a seguir cosiéndoselas; sin embargo...

—No, muchacho, he tenido una idea. Me vino de repente, cuando usted hacía esa limpieza, aunque pensé que ya era demasiado tarde.

—¿Una idea?

—Sí —asintió el viejo, apretando el tabaco con el pulgar—. Puedo ponerle dos o tres terneros, en vez de ordeñarla. El viejo establo está vacío... puede vivir allí, donde nadie va a pisarle sus malditas tetas.

Me eché a reír.

—Tiene razón, señor Dakin. Estará bien segura en el establo, y puede dar de mamar a tres terneros con facilidad. Así se ganará lo que come.

—Bueno, como dije, eso no importa. Después de todos estos años no me debe nada —una sonrisa se extendió sobre el rostro curtido—. Lo principal es que ella ha

vuelto a casa.

Llevaba los ojos cerrados la mayor parte del tiempo mientras corría ciegamente por el parque, y cuando los abrí, sólo advertí una neblina roja. Sin embargo es increíble lo que puede llegar a soportar el ser humano, y parpadeé y casi no pude creérmelo cuando las verjas de hierro aparecieron de nuevo bajo su arcada de ramas.

Había sobrevivido a la segunda vuelta completa, pero un descanso corriente no me serviría de nada. Esta vez habría de echarme en tierra. Me sentía muy mareado.

—¡Bien, muchachos! —gritó el cabo, tan alegre como siempre—. ¡Lo estáis haciendo estupendamente! Ahora sólo saltaremos un poquito en este mismo punto.

Gemidos de incredulidad se alzaron de nuestro desmoralizado grupo, pero el cabo no se dejó avasallar.

—Los pies juntos. ¡Arriba! ¡Arriba! Eso está muy mal. ¡Vamos, hay que llegar más alto! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

Esto era un absurdo total. Creía tener en el pecho una pura hoguera de angustia. Se suponía que estos hombres tenían que ponernos en forma, y en cambio nos estaban dañando de modo irreparable el corazón y los pulmones.

—Más adelante me lo agradeceréis, muchachos. Os doy mi palabra. ¡VAMOS, ALZAOS MÁS SOBRE EL SUELO! ¡ARRIBA!

Vencido por la angustia sólo veía el rostro sonriente del cabo. Indudablemente aquel tipo era un sádico. De nada serviría recurrir a él.

Cuando, haciendo acopio de mis últimas fuerzas, me lanzaba al aire recordé súbitamente por qué había soñado con *Capullo* la noche anterior.

También yo quería volver a casa.



2

La niebla caía sobre los hombres que avanzaban, una niebla típica de Londres, espesa, amarilla, de sabor metálico al paladar. No podía ver la cabeza de la columna, sólo el farol vacilante que llevaba el guía.

Esta marcha a las 6.30 de la mañana para ir a desayunar era casi la peor parte del día, cuando tenía la moral tan baja y me dominaba la nostalgia del hogar.

También teníamos niebla en Darrowby, pero era una niebla del campo, muy distinta de ésta. Recuerdo que una mañana salí en coche para hacer la ronda con los faros encendidos contra la cortina gris que tenía delante, sin ver nada fuera del interior del coche completamente cerrado. Pero me dirigía a la parte superior del valle y avanzaba siempre hacia arriba, el motor luchando contra la empinada pendiente, y de pronto la niebla se transformó en una niebla plateada y luego desapareció.

Y allí, sobre aquella especie de alfombra blanca, el sol brillaba intensamente y la larga línea verde de las cumbres se alzaba ante mis ojos, recortándose triunfalmente contra un cielo azul de verano.

Mudo de asombro continué subiendo en aquel esplendor, mirando por el parabrisas como si jamás lo hubiera visto antes; el bronce de los helechos muertos destacándose en las laderas de las colinas cubiertas de hierba, los manchones oscuros de los árboles, los edificios grises de las granjas y aquel diseño interminable de muros de piedra que subía hacia los brezales, más arriba.

Como siempre tenía mucha prisa, pero hube de detenerme. Aparqué el coche junto a la puerta abierta de uno de los muros. Sam saltó del coche y nos metimos en un campo y, mientras el pequeño sabueso corría como un loco sobre la hierba brillante, yo me quedé inmóvil bajo el sol, entre los restos de la escarcha que seguía

derritiéndose y contemplé aquel palio oscuro de la niebla que ocultaba a mis ojos las tierras bajas, pero que respetaba este mundo maravilloso de las alturas.

Y, aspirando a bocanadas aquel aire dulce, miré agradecido a mi alrededor, la tierra verde y limpia donde yo trabajaba y me ganaba la vida.

Podía haberme quedado allí, yendo de un lado al otro, observando a Sam que exploraba muy nervioso sin dejar de agitar el rabo, examinando los rincones oscuros a los que aún no había llegado el sol y la tierra estaba tan dura como la roca y la escarcha rígida sobre la hierba. Pero tenía que cumplir una cita y no una cita corriente... con un par del reino. De mala gana volví a meterme en el coche.

Tenía que empezar las pruebas de tuberculina en la granja de lord Hulton a las 9.30 de la mañana y, cuando di la vuelta a la parte trasera de la mansión isabelina para ir a los cercanos edificios de la granja, me sobrecogió la premonición de un desastre: no había animales a la vista. Sólo un hombre con unos pantalones azules viejísimos que martilleaba afanosamente en una plancha de hierro a la salida de los corrales.

Dio la vuelta cuando me vio y me saludó agitando el martillo. Al acercarme miré sin reconocerla aquella figura ligera, de pelo rubio y fino caído sobre la frente, con una chaqueta de punto cuajada de agujeros y unas botas de goma llenísimas de barro. Cualquiera habría esperado oído decirle con el acento más rudo de Yorkshire:

—¡Vaya, señor Herriot! ¿Qué tal va esta mañana?

Pero no habló como un granjero. Dijo en cambio:

—Herriot, querido muchacho, lo lamento muchísimo pero me temo que aún no estamos del todo preparados para usted —y empezó a sacar la bolsa de tabaco.

William George Henry Augustus, undécimo marqués de Hulton, siempre tenía la pipa en la boca y, o bien estaba llenándola, limpiándola con una varilla de metal, o tratando de encenderla. En realidad yo creo que jamás le vi fumar la pipa. Y, en los momentos de tensión, intentaba hacer las tres cosas a la vez. Indudablemente se sentía apurado por su falta de previsión y, cuando vio que yo miraba involuntariamente el reloj, aún creció su agitación y empezó a meterse y a sacarse la pipa de la boca una y otra vez, poniéndose el martillo bajo el brazo y tratando de abrir una gran caja de cerillas.

Eché una mirada hacia los campos en pendiente más allá de los edificios de la granja. A lo lejos en el horizonte distinguí pequeñas figuras —bestias al galope, hombres en su persecución— y me llegó el sonido de los ladridos de los perros, de voces irritadas, de gritos de: “¡Vale, vale! ¡Por ahí! ¡Abajo, perro!”.

Suspiré. La historia de siempre. Incluso la aristocracia de Yorkshire parecía compartir la actitud de indiferencia general con respecto al tiempo.

Su señoría comprendió indudablemente mis sentimientos, porque aumentó su incomodidad.

—Una gran falta de consideración por mi parte, muchacho —dijo, dejando caer algunas cerillas en torno y briznas de tabaco sobre las losas de piedra—. Prometí

tenerlo todo listo para las nueve y media pero esos condenados animales no quisieron cooperar.

Conseguí sonreír.

—¡Oh!, no importa, lord Hulton. Ahora sí que parece que empiezan a bajar de la colina y, de todos modos, no tengo tanta prisa esta mañana.

—¡Ah, espléndido, espléndido! —Intentó prender fuego a aquel montón informe de tabaco oscuro que vaciló por un segundo y luego se derramó sobre el borde de la pipa—. Y ¡venga a ver esto! He estado preparando un cercado. Los meteremos aquí y los tendremos seguros. Recordará que la última vez tuvimos ciertos problemas, ¿no?

Asentí. ¡Ya lo creo que lo recordaba! Lord Hulton sólo tenía unas treinta vacas lecheras, pero habíamos necesitado un rodeo de tres horas para hacerles la prueba. Miré dudoso aquella estructura vacilante de tablones y chapa ondulada. Sería interesante averiguar cómo metía allí el ganado habituado a la libertad de los páramos.

No pretendía mostrarme desagradable pero de nuevo miré sin querer el reloj y el hombre hizo una mueca de dolor como si hubiera recibido un golpe.

—¡Maldita sea! —estalló—. ¿Qué hacen esos inútiles? Mire, voy a echarles una mano.

Distraído empezó a cambiarse de mano el martillo, la bolsa de tabaco, la pipa y las cerillas, dejándolas caer y recogiénolas antes de decidirse por fin a soltar el martillo y meterse todo lo demás en los bolsillos. Se fue a buen trote y yo pensé, como hiciera con frecuencia, que no podía haber muchos aristócratas como él en Inglaterra.

De haber sido yo marqués, pensé, aún estaría en la cama, o tal vez retirando las cortinas y viendo a ver qué tal día hacía. Pero lord Hulton trabajaba constantemente, con la misma intensidad que cualquiera de sus hombres. Al llegar una mañana me lo encontré dedicado a la tarea exquisita y mundanal de “almacenar abono”, es decir de pie junto a un montón de estiércol humeante y lanzándolo con una horca sobre el carro. Y siempre iba vestido de harapos. Supongo que tendría ropas más ortodoxas en su guardarropa, pero yo jamás las vi. Incluso aquel tabaco que fumaba era la marca favorita del granjero vulgar: Redbreast Flake.

Interrumpieron mis meditaciones el resonar de las pezuñas y unos gritos salvajes; ya llegaba el rebaño de Hulton. En pocos minutos aquel patio quedó lleno de vacas lecheras, el vapor surgía en nubes espesas de sus cuerpos.

El marqués desapareció al galope por un ángulo del edificio.

—¡Muy bien, Charlie! —aulló—. ¡Que entre la primera en el cercado!

Sonriendo anticipadamente se quedó junto a los tablones cubiertos de clavos mientras los hombres, en el interior, abrían la puerta del patio. No tuvo que esperar mucho. Un monstruo peludo de color rojo salió en catapulta del interior, apareció brevemente en el estrecho pasaje y salió a unos setenta kilómetros por hora por el

otro extremo, con trozos del invento de su señoría colgándole de los cuernos y el cuello. El resto del rebaño le siguió de cerca.

—¡Detenedlas, detenedlas! —chilló el par, pero de nada sirvió. Un torrente peludo pasó por la abertura y, en pocos segundos, todo el rebaño corría de regreso a las tierras altas en salvaje estampida. Los hombres las siguieron y un momento después lord Hulton y yo estábamos de nuevo igual que antes, observando las figuras diminutas contra el horizonte y oyendo los distantes: “¡Vale, vale! ¡Por aquí!”.

—Yo diría —murmuró con abatimiento— que no salió demasiado bien, ¿verdad?

Pero estaba hecho de un material muy recio. Cogiendo el martillo empezó a clavar con un notable entusiasmo y, para cuando las bestias volvieron, el cercado estaba reconstruido y con una firme barra de hierro en su parte anterior para prevenir posteriores roturas.

Aquello pareció resolver el problema porque la primera vaca, al tropezar con la barra, se quedó muy quieta y yo pude recortarle el pelo del cuello metiendo la mano entre los tablones. Lord Hulton, ahora de magnífico humor, se sentó en un barril de aceite con mi libro de informes en las rodillas.

—¡Yo tomaré notas por usted! —gritó—. ¡Vaya diciendo, muchacho!

Preparé los calibradores.

—Ocho, ocho. —Él escribió y pasamos a la vaca siguiente—. Ocho, ocho —dije, y el par inclinó la cabeza de nuevo. Llegó la tercera vaca—: Ocho, ocho. —Y la cuarta—: Ocho, ocho.

Su señoría alzó la mirada del libro y se pasó una mano agotada por la frente.

—Herriot, muchacho, ¿no puede variarlo un poco? Estoy empezando a perder interés.

Todo fue bien hasta que llegamos a la vaca que antes nos destrozara el cercado. Aún tenía un ligero arañazo en el cuello.

—¡Mire, mire eso! —Gritó el par—. ¿Se quedará bien?

—Sí, no es nada. Superficial.

—Bueno, pero ¿no cree que deberíamos ponerle algo? Algo de...

Esperé. Lord Hulton era un fanático de la crema Propamidina, de May y Baker, y la utilizaba para todos los cortes y arañazos de poca importancia en su rebaño. Le encantaba esa pomada. Pero por desgracia era incapaz de pronunciar “Propamidina”. En realidad nadie en todo el establecimiento podía decirlo, a no ser Charlie, el capataz de la granja, y la verdad es que él *creía* que podía decirlo. La llamaba “Propopamida”, pero su señoría tenía mucha fe en ella.

—¡Charlie! —gritó—. ¿Estás ahí, Charlie?

El capataz se destacó de la cuadrilla que se hallaba en el patio y, cuando estuvo cerca de nosotros, se llevó dos dedos a la gorra.

—Sí, milord.

—Charlie, esa pomada maravillosa que nos da el señor Herriot... ya sabes, para las tetas cortadas y cosas así. Pero... pero... ¿cómo diablos se dice?

Charlie hizo una pausa. Era uno de sus grandes momentos.

—Propopamida, milord.

El marqués, intensamente agradecido se dio un palmetazo en la rodilla.

—¡Eso es! ¡Propopamida! ¡Que me cuelguen si soy capaz de pronunciarlo! ¡Muy bien, Charlie!

Éste inclinó la cabeza modestamente.

Toda la prueba se desarrolló muchísimo mejor que la última vez y habíamos terminado en una hora y media. Hacia la mitad, una de las vacas cayó muerta con un ataque de hipomagnesemia, enfermedad que muy a menudo ataca a las lecheras. Fue un colapso repentino y sin dolor, y no tuve la menor oportunidad de hacer nada.

Lord Hulton miró al animal allí tendido que había dejado ya de respirar.

—¿Cree que podríamos aprovecharla para carne si la sangráramos?

—Bueno, es una hipomagnesemia típica. No hay nada infeccioso en ella... podría probarlo. Todo dependerá de lo que diga el inspector de la carne.

La vaca fue sangrada, metida en una camioneta y el par se largó con ella al matadero. Regresó en el preciso momento en que terminábamos la prueba.

—¿Qué tal fue? —pregunté—. ¿Se la aceptaron?

Vaciló.

—No... no..., muchacho —dijo tristemente—. Me temo que no.

—¿Por qué? ¿Es que el inspector de la carne condenó el cadáver?

—Bien... en realidad nunca llegué al inspector de la carne... Sólo vi a uno de los matarifes.

—Y ¿qué le dijo?

—Tres palabras, Herriot.

—¿Tres palabras?

—Sí... “¡A la mierda!”.

Asentí.

—Comprendo. —Resultaba fácil imaginar la escena. Un grosero matarife había visto acercarse a aquella figura pequeña y nada impresionante, y había decidido que no iba a salirse de su rutina por algún granjero pobretón—. Bien, no importa, señor —dije—. Usted tenía que probar.

—Cierto... cierto, muchacho —y dejó caer unas cuantas cerillas más mientras, muy desconsolado, empezaba a luchar de nuevo con sus trastos de fumar.

Cuando me metía en el coche me acordé de la Propamidina.

—No se olvidará de venir a recoger la pomada, ¿verdad?

—¡Por Júpiter, claro! Bajaré por ella después del almuerzo. Tengo mucha fe en esa Prom... Pram... ¡Charlie! ¡Maldita sea! ¿Cómo se dice?

Charlie se irguió orgullosamente:

—Propopamida, milord.

—¡Ah, sí, Propopamida! —El hombrecillo rió, ya restaurado su buen humor—. Buen chico, Charlie, ¡eres una maravilla!

—Gracias, milord. —El capataz tenía la expresión presuntuosa del experto cuando se llevó de nuevo el ganado al campo.

Parece gracioso pero, cuando se ve a un cliente por alguna razón, suele vérselo de nuevo y muy pronto por otra causa distinta. Apenas una semana más tarde, el distrito todavía bajo el manto agobiante y férreo del invierno, el teléfono junto a mi cama me arrancó de un sueño profundo.

Tras esas primeras palpitaciones violentas (que, en mi opinión, no pueden sentar nada bien a los veterinarios) saqué una mano muy pesada de entre las sábanas.

—¿Sí? —gruñí.

—Herriot... oiga, Herriot... ¿es usted, Herriot? —La voz estaba cargada de tensión.

—Sí, soy yo, lord Hulton.

—Oh, estupendo... estupendo... quiero decir, perdóneme. Es algo horrible despertarle así... pero es que tengo algo condenadamente extraño aquí. —A esto siguió un repiqueteo suave, y supuse que eran las cerillas que caían alrededor del teléfono.

—¿Ah, sí? —bostecé y mis ojos se cerraron involuntariamente—. ¿Y en qué sentido exactamente?

—Bien, me he pasado la noche con una de mis mejores cerdas. Ha estado de parto y me ha dado doce lechoncillos preciosos, pero hay algo muy extraño...

—¿Qué quiere decir?

—Es muy difícil describirlo, muchacho... pero usted sabe la... esa abertura de abajo... hay una cosa grande y ensangrentada que cuelga de ella...

Abrí de golpe los ojos, e incluso la boca en un chillido ahogado. ¡Un prolapso de útero! Un trabajo pesadísimo con las vacas, un ejercicio agradable con las ovejas, pero algo imposible con una cerda.

—¡Larga y ensangrentada...! ¿Cuándo...? ¿Cómo...? —tartamudeaba sin poder hablar. No tenía que haber preguntado.

—Simplemente se salió de allí, muchacho. Yo estaba esperando otro cerdito y ¡pum! salió aquello. Me llevé un susto terrible.

Mis dedos se contrajeron apretadamente bajo las sábanas. De nada serviría decirle que había visto ya cinco cerdas con prolapso de útero en mi experiencia bastante limitada, y que había fracasado en todos los casos. Con lo cual había llegado a la conclusión de que no había modo de volverlos a su sitio.

Pero tenía que probar.

—Estaré ahí enseguida —murmuré.

Miré el despertador. Eran las cinco y media. Una hora horrible pues truncaba el descanso nocturno y eliminaba toda posibilidad de un cálido regreso a la cama para una hora más de sueño antes del trabajo del día. Y todavía se me hacía más odioso

desde mi matrimonio. Pues, si era una delicia volver a Helen, por esa misma razón aún me resultaba más difícil dejar su cálida presencia y aventurarme en el inhospitalario mundo exterior.

El viaje hasta la granja de Hulton no se vio animado precisamente por mis recuerdos de aquellas otras cinco cerdas. Yo lo había probado todo: anestesia total, alzarlas en el aire con poleas, dirigir el chorro de la manguera sobre aquel órgano salido, y todo eso sin dejar de hacer fuerza, de sudar, con la gran masa de carne que se negaba a penetrar de nuevo por aquel agujero absurdamente pequeño. En cada caso el resultado había sido la transformación de mi paciente en pasteles de cerdo y una profunda baja en mi auto estimación.

No había luna, y el brillo suave de la puerta de la zahúrda era la única luz entre las negras siluetas de los edificios. Lord Hulton estaba esperándome en la entrada y pensé que sería mejor prevenirle.

—Tengo que decirle, señor, que ésta es una situación muy grave. Me parece justo advertirle que, en la mayoría de los casos, hay que sacrificar al animal.

Los ojos del hombrecillo se abrieron de par en par, a la vez que su boca hacía un gesto de dolor.

—¡Oh, vaya! Sería una lástima... uno de mis mejores animales... Yo... la verdad es que le tengo bastante cariño. —Llevaba un jersey de cuello alto tan destrozado que todo el borde le colgaba en flecos lanudos casi hasta las rodillas, y, cuando intentó encender la pipa con dedos temblorosos, me pareció muy vulnerable.

—Pero lo haré lo mejor que pueda —añadí apresuradamente—. Siempre hay una oportunidad.

—¡Oh, buen chico! —En su alivio dejó caer la bolsa de tabaco y, al inclinarse, soltó la caja de cerillas abierta, y éstas se desparramaron a su alrededor. Pasó algún tiempo antes de que las recogiéramos y entráramos en la zahúrda.

La realidad no era mejor de lo que yo había imaginado. Bajo la única bombilla eléctrica y pobretona de la pocilga, una cantidad extraordinariamente increíble de tejido ensangrentado y muy sólido colgaba de la parte trasera de una cerda blanca de tamaño impresionante tumbada inmóvil de costado. Los doce lechoncillos rosados luchaban y se peleaban en torno a la fila de tetas, pero no parecían conseguir demasiado.

Mientras me quitaba la ropa y hundía las manos en el cubo de agua caliente deseé de todo corazón que aquel útero porcino fuera un poco más corto, y no con esta forma tan grande y tan absurda. Y además me dominaba un pensamiento sobrecogedor: no tenía la menor ayuda. La gente utilizaba toda clase de trucos y diversos tipos de equipo, pero aquí, en este edificio silencioso, sólo estábamos la cerda, lord Hulton y yo. Comprendía que su señoría estaba dispuesto y ansioso de ayudar, pero ya me había ayudado en otras ocasiones y su inutilidad venía acrecentada por el hecho de que siempre tenía las manos ocupadas con sus artículos de fumador y que además seguía dejándolo caer todo.

Me puse de rodillas tras el animal con la impresión de que esta vez todo dependía únicamente de mí. Y en cuanto cogí aquella masa en brazos me venció la convicción de que iba a ocurrir lo mismo que en los demás casos. La sola idea de devolver todo esto al lugar del que había salido era ridícula, y la impresión se acrecentó en cuanto empecé a empujar. No ocurrió nada.

Le había dado un fuerte sedante a la cerda, así que no luchaba demasiado contra mí; pero aquello seguía siendo enorme. Con un esfuerzo supremo logré introducirlo unos cuantos centímetros en la abertura vaginal, pero, en cuanto me relajé, se salió rápidamente de nuevo. El instinto me aconsejaba que lo diera todo por terminado sin demora; el resultado sería el mismo y, de todas maneras, yo no tenía demasiadas fuerzas. En realidad todo mi ser estaba dominado por esa debilidad de miembros pesados que uno siente cuando se ve obligado a trabajar de madrugada.

Lo intentaría una vez más. Echado en el suelo, el pecho desnudo contra el cemento helado, luché con aquello hasta que casi se me saltaron los ojos y me falló el aliento, pero nada hizo el menor efecto y lo decidí: tendría que decírselo.

Girando sobre la espalda alcé la vista y jadeando hacia él, aguardé hasta que tuve alientos para hablar. Le diría: “Mire, lord Hulton, aquí estamos perdiendo el tiempo. Éste es un caso imposible. Me vuelvo a casa ahora mismo y llamaré al matadero mañana”. La perspectiva de escapar era tentadora; incluso podría volver a meterme en la cama junto a Helen durante una hora. Pero cuando ya mis labios se disponían a pronunciar esas palabras, el hombrecillo me miró apesadumbrado, como si supiera lo que iba a decirle. Intentaba sonreír, pero seguía mirándonos ansiosamente, a mí, a la cerda, y otra vez a mí. En el otro extremo del animal, un gruñido suave me recordó que yo no era el único involucrado.

No dije nada. Volví a tumbarme sobre el pecho, afirmé de nuevo mis pies contra la pared de la pocilga y empecé de nuevo. No sé cuánto tiempo estuve allí tumbado empujando, relajándome, empujando otra vez, gimiendo y jadeando, el sudor corriéndome en regueros por la espalda. El par guardaba silencio, pero yo sabía que seguía mis progresos con gran atención porque de vez en cuando había de retirar unas cerillas de la superficie del útero.

Luego, sin ninguna razón en particular, aquel montón de carne que tenía en brazos pareció empequeñecerse de pronto. Lo miré con desesperación. No había dudas al respecto: el tamaño se había reducido a la mitad. Hube de tomarme un descanso, y un quejido sordo escapó de mis labios:

—¡Magnífico! ¡Creo que está entrando!

Sin duda sobresalté a lord Hulton cuando llenaba la pipa porque escuché un ahogado:

—¿Cómo...? ¿Cómo...? ¡Oh, vaya... espléndido! —y una lluvia fragante de tabaco me cayó desde lo alto.

Había de ser ahora. Haciendo acopio de mis últimas fuerzas para el gran empujón quité a soplos una media onza de tabaco Redbreast Flake de la mucosa uterina y

empujé. Y, milagrosamente, apenas hallé resistencia. Contemplé incrédulo cómo el gran órgano desaparecía gloriosa y definitivamente de la vista. Justo tras él metí yo el brazo hasta el hombro y giré la muñeca una y otra vez hasta que las trompas uterinas quedaron totalmente enrolladas. Cuando estuve bien seguro y sin la menor duda de que todo había vuelto a su lugar, aún seguí allí tumbado unos momentos, el brazo todavía dentro de la cerda, la frente apoyada en el suelo. Vagamente, entre la niebla del agotamiento, oí los gritos de lord Hulton:

—¡Buen chico! ¡Caramba, qué estupendo! ¡Oh, magnífico! —Casi bailaba de alegría.

Un último terror me dominó. ¿Y si se salía de nuevo? Cogí rápidamente la aguja y el hilo y empecé a insertar unos cuantos puntos en la vulva.

—¡Oiga, coja esto! —gruñí, dándole las tijeras.

Coser con la ayuda de lord Hulton no fue fácil. Yo seguía lanzándole la aguja y las tijeras en las manos, y pidiéndoselas después perentoriamente, lo cual originaba en él cierto pánico. En dos ocasiones me pasó la pipa para cortar los extremos de la sutura, y hubo un momento en que, bajo aquella luz pobretona, descubrí que estaba tratando de enhebrar la seda en su palito de limpiar la pipa. Su señoría también hubo de sufrir, porque oí un juramento ahogado de vez en cuando al pincharse él con la aguja.

Pero al fin todo quedó terminado. Me levanté agotado y me apoyé en la pared, la boca abierta de par en par, y el sudor entrándome en los ojos. Los del otro me miraban preocupados repasando mis brazos, que colgaban exhaustos, y la sangre y suciedad que me cubría el pecho.

—Herriot, querido amigo, ¡está agotado! Y cogerá una pulmonía o algo parecido si continúa ahí medio desnudo. Necesita una bebida caliente. Mire, lávese y vístase y yo correré a la casa a buscar algo. —Y se largó a toda prisa.

Mis músculos doloridos apenas obedecían mientras me enjabonaba, me secaba y volvía a ponerme la camisa. Cuando me colocaba el reloj en la muñeca vi que ya eran más de las siete y escuché la charla de los trabajadores de la granja en el patio exterior al disponerse a iniciar las tareas de la mañana.

Me estaba abrochando la chaqueta cuando regresó el par. Llevaba una bandeja con una jarra enorme de café ardiendo y dos rebanadas de pan con miel. La colocó sobre una bala de paja y me acercó un cubo del revés como silla, antes de instalarse él mismo en un barril donde quedó como un cerdito sobre un taburete, los brazos en torno de las rodillas y mirándome con ansiada anticipación.

—Los criados aún están en la cama, muchacho —dijo—, así que yo mismo le preparé este bocado.

Me dejé caer sobre el pozal y tomé un buen sorbo de café. Era muy fuerte, y escaldaba, y me excitó tanto como la coza de un toro Galloway, pues se extendió como fuego líquido por todo mi cuerpo agotado. Luego mordí la primera rebanada de pan, casero, bien untado con mantequilla de la granja y con una generosa capa de miel de

brezales de la larga fila de colmenas que yo viera con frecuencia en el borde del páramo superior. Cerré los ojos con reverencia al masticar, luego, al coger de nuevo la jarra, alcé los ojos a la pequeña figura instalada en el barril.

—Permítame decirle, señor, que esto no es un bocado, es un banquete. Absolutamente delicioso todo.

Su rostro se iluminó con un brillo travieso.

—¡Caray...! ¿Lo dice en serio? ¡Cuánto me satisface! Usted ha trabajado noblemente, mi querido muchacho. No puedo expresarle cuán agradecido le estoy.

Mientras yo seguía comiendo con éxtasis y recuperando lentamente las fuerzas, él miró inquieto la pocilga.

—Herriot... esos puntos. No me gusta mucho su aspecto...

—¡Oh, sí! —dije—. Sólo son por precaución. Se los podremos quitar en un par de días.

—¡Espléndido! Pero ¿no quedará cicatriz? Tal vez fuera mejor ponerle algo ahí...

Me detuve a mitad del bocado. Ya estábamos otra vez en ello. La Propamidina era lo único que le faltaba para completar la dicha.

—Sí, muchacho, tenemos que aplicar algo de esa Prip... Prom... ¡oh diablos del infierno, es inútil! —Eché atrás la cabeza y aulló—: ¡Charlie!

El capataz apareció en la entrada tocándose la gorra.

—Buenos días, milord.

—Buenos días, Charlie. Cuídate de ponerle a esta cerda un poco de esa pomada maravillosa. ¿Cómo diablos se llama?

Charlie tragó saliva y cuadró los hombros:

—Propopamida, milord.

—¡Claro, claro! ¡Propopamida! Me pregunto si alguna vez seré capaz de pronunciar esa palabra. —Miró a su capataz con admiración—. Charlie, tú nunca me fallas... no sé cómo lo haces.

Charlie hizo una breve reverencia de agradecimiento.

Lord Hulton se volvió hacia mí.

—Nos dejará algo más de Propopamida, ¿verdad, Herriot?

—Desde luego —contesté—. Creo que llevo una lata en el coche.

Sentado allí sobre el cubo volcado, entre la mezcla de aromas de cerdo, pan de cebada y café, casi podía sentir las oleadas de placer que caían sobre mí. Su señoría estaba indudablemente encantado con todo el asunto. Charlie exhibía aquella sonrisa de superioridad que siempre acompañaba a sus demostraciones de destreza oral, y, en cuanto a mí, experimentaba una euforia creciente.

Miraba en el interior de la pocilga y la visión me recompensaba de todo. Los cerditos, que estuvieran recogidos en un cajón durante la operación, ya habían vuelto con su madre, uno al lado del otro en una larga fila de color rosa, las boquitas apretadas sobre las tetas. Y ahora parecía que la cerda les daba leche en abundancia

porque no había una pelea frenética por el mejor puesto, sino únicamente una concentración satisfecha.

Era una cerda con un magnífico pedigree, y, en vez de caer hoy bajo la cuchilla del carnicero, empezaría a criar a su familia. Como si leyera mi mente, ella lanzó ahora una serie de gruñidos de contento y de nuevo surgió en mí la impresión ya familiar, el profundo sentido del logro y la satisfacción procedente del triunfo por pequeño que sea y que hace que la vida sea digna de vivirse.

Y había algo más. Un nuevo pensamiento que penetraba en mi consciencia y que encerraba una fascinación nueva y deliciosa. En este momento, y a todo lo ancho y largo de Inglaterra ¿quién si no yo estaba comiéndose un desayuno preparado y servido personalmente por un marqués?



3

Me asustan los dentistas.

Y me asustan especialmente los dentistas desconocidos; así que antes de enrolarme en la RAF me aseguré de que tenía todos los dientes perfectamente sanos. Todo el mundo me decía que se mostraban estrictos acerca de la dentadura de los aviadores, y yo no quería que un desconocido andara hurgándome en la boca. No podía haber el menor agujerito, decían los jefes, o a uno empezaban a dolerle los dientes allá arriba en el cielo.

De modo que, antes de alistarme, acudí al viejo señor Grover, en Darrowby, y él procedió a hacer cuidadosamente todo lo necesario. Era muy concienzudo en su trabajo, y siempre se mostraba amable y cuidadoso, por lo que no me inspiraba el mismo terror que otros dentistas. Lo único que sentía al acudir a su clínica era la garganta seca y un temblor en las rodillas pero, si conseguía mantener los ojos cerrados todo el tiempo, me las arreglaba para aguantar la visita con bastante éxito.

Este temor a los dentistas se remonta a mis primeras experiencias en los años veinte. De niño me llevaban al terrible Héctor McDarroch, en Glasgow, que se encargó de cuidarme los dientes durante mi adolescencia. Los amigos de la juventud me dicen que también a ellos les inspiró ese terror perdurable y en realidad creo que hay toda una generación de gentes de Glasgow que comparten los mismos sentimientos.

Por supuesto, no puede echársele toda la culpa a Héctor. En aquellos días el equipo era muy primitivo, y un visita a cualquier odontólogo suponía una prueba.

Pero Héctor, con su risa estruendosa, parecía tan grande y tan dominante que aún lo hacía peor. En realidad, era un hombre muy agradable, alegre y de buen corazón, pero su imagen como dentista lo borraba todo.

La fresa eléctrica aún no se había inventado, o, si así era, todavía no había llegado a Escocia, y Héctor perforaba los dientes con una máquina de aspecto horrible movida por un pedal. Una correa de cuero ponía en movimiento la rueda que daba potencia al taladro y, cuando uno estaba echado en el sillón, dos cosas dominaban el horizonte inmediato: la rueda que giraba junto a tu oído, y la enorme rodilla de Héctor, como una apisonadora, casi junto a tu cara, mientras él pedaleaba furiosamente.

Era un hombre de las tierras del norte, y en los juegos de las Highlands solía vestir la falda escocesa y lanzar la jabalina como si fuese una simple cerilla. Era tan grande y tan fuerte que yo siempre me sentía irremediablemente atrapado en aquel sillón, su mole sobre mí, la rueda girando y el pedal subiendo y bajando como un pistón. No es que llegara a ponerme el pie sobre el pecho, pero así de dominado me tenía.

Y no le preocupaba lo más mínimo rozar las partes sensibles con el taladro; mis gritos ahogados resultaban inútiles, pues él continuaba implacable hasta el fin. Tengo la impresión de que Héctor juzgaba afeminada la manifestación del dolor, o tal vez fuera de la opinión de que el sufrimiento era bueno para el alma.

Sea como fuere desde aquellos días he tenido una preferencia señalada por los dentistas de aspecto frágil y hablar suave, como el señor Grover. Me gusta pensar que, si aquello degenera en una auténtica pelea, tengo grandes posibilidades de salir triunfante y escapar. Además el señor Grover comprendía que uno sintiera miedo, y eso ayudaba. Aún me acuerdo de cómo se reía al hablarme de los granjeros, hombres grandes y poderosos, que venían a que les extrajera algún diente. Más de una vez, decía, se había ido al otro extremo de la habitación a recoger un instrumento y, al regresar, se había encontrado el sillón vacío.

No es que ahora disfrute cuando voy al dentista, pero he de admitir que los actuales son maravillosos. Casi no veo al mío cuando voy. Apenas la visión rápida de una chaqueta blanca, ya que todo te lo hacen desde atrás. Aparecen unos dedos, unos instrumentos entran y salen de mi boca pero, cuando me aventuro a abrir los ojos, no veo nada.

Héctor McDarroch, por otra parte, parecía obtener un placer extraordinario de la exhibición de sus instrumentos de tortura, pues llenaba una jeringuilla larguísima justo delante de mis ojos y lanzaba chorritos de cocaína hacia el techo unas cuantas veces antes de empezar conmigo. Y lo que aún era peor: antes de una extracción solía revolver en una bandeja metálica de la que sacaba una serie de horribles tenazas que examinaba silbando suavemente hasta encontrar la más adecuada.

De modo que, con todos esos recuerdos en la mente, me puse en la larga cola de los cadetes de aviación para el examen preliminar. Me sentía muy satisfecho de haber

ido al señor Grover para un chequeo completo. De pie junto a un sillón, al extremo de la larga habitación, un dentista examinaba a los jóvenes de azul uno por uno antes de gritar sus descubrimientos a un ordenanza sentado a una mesa.

La verdad es que me divertí extraordinariamente observando la expresión de los rostros de los muchachos cuando sonaba el grito: “¡Tres empastes, dos extracciones!” “¡Ocho empastes!”. La mayoría de ellos se quedaban atónitos, algunos aterrados, otros casi llorosos. De vez en cuando uno trataba de discutir con el hombre de blanco pero no servía de nada; nadie le escuchaba. En ocasiones habría soltado la carcajada. Bueno, la verdad es que me sentía bastante mezquino al divertirme con aquello, pero después de todos los muchachos tenían la culpa. Sólo con que hubieran demostrado la misma previsión que yo no habrían tenido por qué preocuparse.

Cuando gritaron mi nombre me acerqué tarareando una cancioncilla y me dejé caer con negligencia en el sillón. El hombre no se entretuvo demasiado conmigo. Me examinó rápidamente las muelas y gritó:

—¡Cinco empastes y una extracción!

Me incorporé rígidamente y le miré atónito.

—Pero... pero... —empecé a tartamudear— yo hice que me examinaran por mi cuenta...

—El siguiente, por favor —murmuró el dentista.

—Pero el señor Grover dijo...

—El siguiente. ¡Váyase! —gruñó el ordenanza. Al alejarme miré suplicante a la figura de blanco. Pero él estaba recitando una lista de mis premolares e incisivos y no demostró el menor interés.

Aún estaba temblando cuando me entregaron los detalles de mi destino.

—Preséntese en Regent Lodge mañana por la mañana para la extracción —me dijo la muchacha de las WAAF^[3].

¡Mañana por la mañana! ¡Cielo santo, sí que iban deprisa! Pero, bueno, ¿qué significaba todo esto? Mis dientes estaban perfectamente sanos. Sólo había un premolar al que se le había saltado un poquito el esmalte. El señor Grover me lo había indicado, añadiendo que no me causaría molestias. Era el diente en el que apoyaba la pipa al fumar... seguro que no podía ser ése.

Pero entonces me venció la convicción inquietante de que mi opinión no contaba. Cuando allá se rechazaron mis débiles protestas se me ocurrió por primera vez yo ya no era un civil.

A la mañana siguiente, apenas se había apagado el estruendo de las tapas de los cubos de basura, me asaltó todo el horror de lo que se me venía encima. ¡Hoy me iban a sacar un diente! Y muy pronto además. Pasé las horas siguientes con un temor creciente: la revista de tropas de la mañana, la marcha en la oscuridad hacia el desayuno. El huevo seco y el pan frito me resultaron menos atractivos que nunca y apenas se había iniciado un día gris cuando ya me aproximaba a la impresionante fachada de Regent Lodge.

Al subir las escaleras me empezaron a sudar las manos. No me gustaba que me perforaran las muelas, pero las extracciones eran infinitamente peor. Algo en mí se rebelaba a la idea de que me arrancaran a la fuerza una parte de mi cuerpo, aunque no me hicieran daño. Pero naturalmente, me dije al caminar por un corredor resonante de ecos, hoy en día ya no te hacen daño. Sólo era un pinchacito nada más.

Seguía acariciando este pensamiento consolador cuando desemboqué en una gran sala de espera a la que daban varias puertas numeradas. Unos treinta reclutas estaban sentados en torno, con una gran variedad de expresiones en el rostro, desde la sonrisa enfermiza a la bravuconería más osada. Elegí una silla y me senté a esperar. Ya llevaba el tiempo suficiente en las fuerzas armadas para saber que uno había de esperar mucho tiempo para cualquier cosa, y no veía razón alguna para que una cita con el dentista fuera algo distinto.

Al sentarme, el hombre a mi izquierda me saludó con una breve inclinación de cabeza. Era grueso, y un pelo negro y grasiento le caía sobre la frente llena de granos. Aunque estaba absorto limpiándose los dientes con una cerilla, me lanzó una mirada calculadora antes de dirigirse a mí con un fuerte acento cokney:

—¿A qué habitación vas a entrar, camarada?

Miré la tarjeta.

—La número cuatro.

—¡Cielos, amigo! ¡Te la han dado! —Se quitó la cerilla y sonrió, una sonrisa zorruna.

—¿Que me la...? ¿Qué quieres decir?

—Vaya, ¿no lo sabías? Ahí está el Carnicero.

—¿El... el... Carnicero? —pregunté temblando.

—Eso es, así es como llaman al oficial dentista ahí dentro. —Me lanzó una amplia sonrisa—. Es un auténtico asesino el tipo ese, te lo aseguro.

Tragué saliva.

—Carnicero... asesino... ¡Oh, vamos! Todos serán iguales, estoy seguro.

—No te lo creas, camarada. Los hay buenos y los hay malos, y ese tipo es un criminal. No debían permitirselo.

—Bueno, de todas maneras, ¿cómo lo sabes tú?

Agitó en el aire una mano peluda.

—¡Oh! He estado aquí unas cuantas veces y he oído salir de esa habitación gemidos horribles. Y además hablé luego con algunos de los chicos. Todos le llaman el Carnicero.

Me sequé las manos en la dura tela azul de mis pantalones.

—¡Bah! Siempre se cuentan historias. Estoy seguro de que han exagerado.

—Bueno, ya lo descubrirás, amigo —volvía a hurgarse los dientes—, pero no digas que no te avisé.

Siguió hablando de varias cosas, pero yo sólo le oía a medias. Al parecer se llamaba Simkin, y no era un cadete de aviación como el resto de nosotros, sino un

regular y miembro personal de tierra. Trabajaba en la cocina. Hablaba despectivamente de nosotros, los reclutas novatos, y yo le señalé que tendríamos que hacer “algunos ejercicios” antes de estar en forma y dispuestos a asociarnos con los auténticos miembros de las Fuerzas Aéreas británicas. Observé además que, aparte sus supuestos años de servicio, aún era un AC2^[4] como yo.

Así pasó casi una hora, mi corazón latiendo como un loco cada vez que se abría la puerta de la habitación número cuatro. Tengo que admitir que los jóvenes que salían de allí se mostraban bastante descompuestos, y que uno casi vomitó cubriéndose la boca con ambas manos.

—¡Oh, mira ese pobrecito recluta! —Gruñó Simkin con satisfacción apenas disimulada—. No me extraña. Ha pasado por ello el infeliz. Me alegro de no estar en tus botas, amigo.

Sentí que la tensión iba creciendo en mí.

—De todos modos, ¿a qué habitación vas tú?

Exploró un poquito más con la cerilla.

—Habitación dos, camarada. Ya he estado allí antes. Es un gran tipo, uno de los mejores. Jamás te hace daño.

—Pues... pues has tenido suerte, ¿no?

—Nada de suerte, amigo. —Hizo una pausa y me apuntó con la cerilla—. Yo sé moverme por aquí, eso es todo. Hay modos y maneras —y se permitió un breve guiño.

La conversación se cortó bruscamente cuando se abrió aquella terrible puerta y salió una chica de las WAAF.

—¡AC2 Herriot! —llamó.

Me puse de pie sobre unas piernas temblorosas e inspiré profundamente. Cuando iniciaba la marcha alcancé a ver la sonrisa maliciosa y de pura delicia en el rostro de Simkin. Desde luego que se estaba divirtiendo.

Al cruzar el umbral aumentó mi impresión de condena inminente. El Carnicero era otro Héctor McDarroch; casi dos metros de altura, hombros de jugador de rugby estallando bajo la chaqueta blanca. Se me puso la carne de gallina cuando soltó una áspera carcajada y me indicó el sillón.

Al sentarme decidí intentarlo por última vez.

—¿Es este diente? —pregunté, tocándome el único sospechoso posible.

—¡Ya lo creo! —Tronó el Carnicero—. Ése es.

—¡Ah, bien! —Dije con una risita—. Estoy seguro de que puedo explicárselo. Ha habido un error...

—Sí... sí, claro —murmuró llenando la jeringuilla ante mis ojos y lanzando unas gotitas juguetonas al aire.

—Sólo se le ha saltado un poquito el esmalte y el señor Grover dijo...

De pronto la enfermera varió la posición del sillón y me encontré semitumbado y con aquella mole blanca dominándome.

—Verá —traté de decir desesperadamente—, necesito ese diente. Es el que me sostiene la...

Pero ya me había puesto el dedo en la encía y noté el pinchazo de la aguja. Me resigné a mi destino.

Cuando hubo insertado la anestesia local, el hombretón sacó la jeringuilla.

—Le daremos un par de minutos —dijo, y salió de la habitación.

En cuanto se hubo cerrado la puerta tras él, la WAAF se me acercó de puntillas.

—¡Ese tipo está como una cabra! —susurró.

Medio acostado todavía la miré con ojos desorbitados.

—¿Como una...? ¿Qué quiere decir?

—¡Chalado! ¡Chiflado! ¡Que no tiene ni idea de cómo sacar los dientes!

—Pero... pero... es un dentista, ¿no es cierto?

Hizo una mueca.

—Eso se cree él. Pero no tiene ni idea.

Tampoco yo tuve tiempo de reflexionar en esta alentadora información, porque se abrió la puerta y regresó el Carnicero.

Tomó un horrible par de tenazas y yo cerré los ojos mientras él empezaba a flexionar sus músculos.

Debo admitir que no sentí nada. Yo sabía que él andaba retorciendo y agarrando algo, pero afortunadamente la anestesia local había cumplido su papel. Me estaba diciendo que pronto acabaría todo cuando oí un crack agudo.

Abrí los ojos. El Carnicero miraba con desilusión el diente roto entre las tenazas. La raíz seguía en la encía.

Tras él, la WAAF me miró como diciendo: “Ya se lo había dicho”. Era muy linda, pero me dije que la libido de los jóvenes que pudiera conocer aquí estaría por los suelos.

—¡Vaya! —gruñó el Carnicero, y empezó a registrar en la bandeja metálica. Aquello me volvía a los días de McDarroch, pues iba sacando unas tenazas tras otras, las abría y cerraba unas cuantas veces y luego las probaba conmigo.

Pero de nada servía y, así como fue pasando el tiempo, fui el testigo involuntario de la transición gradual del buen humor al silencio, y luego a algo semejante al pánico. Era indudable que el hombre estaba vencido. No tenía ni idea de cómo sacar esa raíz.

Llevaba trabajando esforzadamente una media hora cuando al fin se le ocurrió una idea. Apartando a un lado todas las tenazas salió casi corriendo de la habitación y reapareció al poco tiempo con otra bandeja en la que descansaba un gran escoplo y un mazo metálico.

A una señal suya la WAAF movió de nuevo el sillón hasta que yo estuve totalmente horizontal. Familiarizada por lo visto con la rutina me sujetó la cabeza entre sus brazos con gran destreza y siguió a la espera.

Esto no podía ser verdad, me dije, cuando el hombre me insertó el escoplo en la boca y dispuso el martillo, pero toda duda se borró cuando aquel trozo de metal golpeó contra los restos de mi diente y mi cabeza, a su vez, contra el seno de la enfermera. Y así continuó hasta el final. Perdí la cuenta de las muchas veces que el Carnicero atizó el golpe y que la muchacha sufrió el impacto de mi cráneo.

El pensamiento que dominaba en mi mente era que siempre me había preguntado qué sentirían los caballos cuando yo les quitaba eso que llaman “el diente del lobo”. Ahora ya lo sabía.

Cuando al fin se detuvo abrí los ojos y, aunque para ese momento me sentía preparado para cualquier cosa, me sorprendió ligeramente ver que el Carnicero enhebraba una aguja con una tira de seda de sutura. Sudaba, y parecía bastante desesperado, al inclinarse de nuevo sobre mí.

—Sólo un par de puntos —murmuró roncamente, y yo cerré los ojos de nuevo.

Cuando me levanté del sillón me sentía muy extraño en verdad. Aquellos asaltos a mi cráneo me habían mareado, y la sensación de los extremos colgantes de los puntos que me rascaban la lengua era, desde luego, rarísima. Estoy seguro de que cuando salí de allí iba vacilando. Instintivamente me llevé los dedos a la boca.

El primero al que vi fue a Simkin. Estaba donde le había dejado pero parecía un hombre distinto que me llamaba con gestos de excitación. Me acerqué a él, y me agarró violentamente la chaqueta con una mano.

—¿Qué te parece, chico? —susurró ahogadamente—, me han cambiado, y ahora me toca en esa habitación cuatro. —Tragó saliva—. Parecías aterrado al salir de allí. ¿Cómo te fue?

Le miré. Tal vez, después de todo, la mañana no fuera tan negra. Me senté en la silla a su lado y gemí.

—¡Por Dios, que no bromeabas! Jamás he conocido a nadie como ese tipo. ¡Ya tienen motivos, ya, para llamarle el Carnicero!

—¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Qué te hizo...?

—No mucho. Sólo me sacó el diente con un martillo y un escoplo, eso es todo.

—¡Diablos! ¡Me estás tomando el pelo! —Simkin hizo un vago intento de sonreír.

—Palabra de honor —dije—. De todos modos, ahí sale la bandeja ahora. Puedes verlo por ti mismo.

Miró a la WAAF que se llevaba los horribles instrumentos y se puso muy pálido.

—¡Oh, diablos! Y ¿qué...? ¿Qué más te hizo?

Me sostuvo la mandíbula un instante.

—Bien, algo que nunca había visto antes. Me hizo un agujero tan grande en la encía que tuvo que cosérmela después.

Simkin agitó la cabeza violentamente.

—No, eso no me lo trago. ¡Que no te creo, vaya!

—De acuerdo —dije—. ¿Qué te parece esto?

Me incliné, me metí el pulgar bajo el labio y estiré para ofrecerle un primer plano de la incisión y de los extremos ensangrentados de los puntos.

Se apartó de mí con labios temblorosos y ojos desorbitados.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Oh, Dios mío!

Mala suerte que la WAAF eligiera este momento para vociferar: “¡AC2 Simkin!” desde la puerta, porque el pobre chico saltó como si una poderosa corriente eléctrica le hubiese atravesado. Luego, con la cabeza inclinada, cruzó la sala de espera. En la puerta se volvió, me lanzó una última mirada de desesperación, y ya no le vi más.

Esta experiencia agudizó mi temor ante los cinco empastes que me esperaban. Pero no tenía por qué haberme preocupado, fueron cositas triviales, muy bien tratadas y sin dolor, por otros dentistas de la RAF muy distintos del Carnicero.

Sin embargo, muchos años después de que la guerra hubiese terminado, aquel hombre de la habitación cuatro extendió un largo brazo desde el pasado y me tocó en el hombro. Empecé a sentir algo extraño y agudo que asomaba por el paladar y fui al señor Grover que me hizo una radiografía y me mostró una hermosa foto de aquella raíz horrible que aún seguía allí a pesar del martillo y el escoplo. La extrajo, y así terminó la historia.

El Carnicero siempre estuvo en mi recuerdo porque, aparte aquella prueba, me acordaba de él debido a la inclinación peligrosa de mi pipa al borde de aquel hueco vacío que me quedara en la boca.

Pero tuve un pequeño consuelo. Terminé mi visita a la habitación cuatro con una puya de despedida que me proporcionó cierta satisfacción. Cuando ya iba a salir me detuve y me dirigí a la espalda de aquel hombretón que ya se preparaba para la víctima siguiente.

—A propósito —le dije—, yo he sacado muchos dientes exactamente igual que como usted acaba de hacerlo.

Se volvió en redondo y se me quedó mirando:

—¿De verdad? ¿Es usted dentista?

—No —contesté por encima del hombro al salir—. ¡Soy veterinario!



4

Me gustan más las mujeres que los hombres.

Cuidado, ¿eh?, no es que tenga nada contra los hombres; después de todo yo también lo soy; pero en la RAF había demasiados. Miles literalmente que peleaban, gritaban, sudaban... era imposible alejarse de ellos. Algunos se hicieron amigos míos, y hemos seguido siéndolo hasta la actualidad, pero la gran masa compacta y anodina me hizo comprender cómo me habían cambiado unos pocos meses de vida marital.

Las mujeres son criaturas más amables, más suaves, más limpias y, en conjunto, más agradables; y yo, que siempre me había encontrado a gusto entre los hombres, llegué a la sorprendente conclusión de que la compañía que más deseaba era una mujer.

Esa impresión de haber sido lanzado a un mundo mucho más rudo se agudizaba al comienzo de cada día, especialmente una mañana en que yo estaba de guardia y experimenté el placer sádico de hacer chocar las tapas de los cubos de basura y gritar: “¡Arriba! ¡Arriba!”, por los corredores. Y lo que más me impresionó no fueron las palabrotas y obscenidades con que me acogían, sino los ruidos abdominales procedentes de los dormitorios en sombras. Me recordaron a *Cedric*, mi paciente, y en un instante me vi de vuelta en Darrowby y contestando al teléfono.

La voz al otro extremo vacilaba de un modo extraño:

—Señor Herriot... le agradecería muchísimo que viniera a ver a mi perro. —Era una mujer, e indudablemente muy refinada.

—No faltaba más. ¿Qué le ocurre?

—Bien, él... pues... parece sufrir de... una gran cantidad de viento.

—¿Cómo dice?

Hubo una larga pausa.

—Tiene... un flato excesivo.

—¿En qué sentido exactamente?

—Bien, supongo que se le podría describir como... como... ventosidades. —La voz había empezado a temblar.

Creí ver un rayito de luz.

—¿Quiere decir en el estómago...?

—No, no en el estómago. Es que suelta una considerable cantidad de... viento por el... el... —la voz adquiría ya un tono desesperado.

—¡Ah, sí! —de pronto lo veía claro—. Lo comprendo, muy bien. Pero eso no me parece muy grave. ¿Está enfermo?

—No, no; aparte de eso está muy bien.

—Bueno, entonces, ¿cree que es necesario que le examine?

—¡Oh, sí, desde luego, señor Herriot! Ojalá pudiera venir lo antes posible. Esto se ha convertido en... todo un problema.

—De acuerdo —dije—. Iré esta mañana. ¿Me da su nombre y dirección, por favor?

—Soy la señora Rumney. En Los Laureles.

Los Laureles era una casa muy agradable a la salida de la ciudad, aislada de la carretera mediante un extenso jardín. La misma señora Rumney me abrió la puerta y sentí una especie de shock al verla por primera vez. No sólo era notablemente hermosa, es que había un aire espiritual en ella. Tendría unos cuarenta años, pero se ajustaba perfectamente a la descripción de la protagonista de una novela victoriana: alta, esbelta, etérea. Inmediatamente comprendí su vacilación al hablar por teléfono. Todo en ella sugería la pulcritud y la delicadeza.

—*Cedric* está en la cocina —dijo—. Le acompañaré hasta allí.

Me llevé otra sorpresa al ver a *Cedric*. Un bóxer enorme se me echó encima encantado, poniéndome en mi pecho las patas más enormes y más corneas que había visto en mucho tiempo. Traté de quitármelo de encima pero él seguía empujándome, mirándome con éxtasis al rostro y agitando sus cuartos traseros.

—¡Siéntate! —dijo la señora bruscamente; luego, como *Cedric* no hiciera el menor caso, se volvió a mí con cierto nerviosismo—. Es muy amistoso.

—Sí —dije sin aliento— ya lo veo. —Finalmente conseguí rechazar a aquel enorme animal y me retiré a un ángulo en busca de seguridad—. ¿Con qué frecuencia tiene lugar eso del... flato excesivo?

Como en respuesta a mi pregunta una oleada sulfurosa y casi palpable surgió del perro y me envolvió. Por lo visto la excitación de verme había activado la dolencia de

Cedric. Estaba contra la pared, y no podía obedecer a mi primer instinto que era correr en busca de refugio, así que me tapé la nariz con la mano unos momentos antes de hablar.

—¿Se refería usted a esto?

La señora Rumney agitaba un pañuelito de encaje bajo su nariz, y un débil sonrojo cubrió la palidez de sus mejillas.

—Sí —contestó en voz casi inaudible—, sí... eso es.

—¡Oh, bien! —yo trataba de hablar animadamente—, no hay por qué preocuparse. Pasemos a otra habitación y hablaremos un poco de la dieta y de algunas otras cosas.

Resultó que *Cedric* comía demasiada carne, de modo que redacté toda una dieta recortando las proteínas y añadiendo hidratos de carbono extra. Le receté una mezcla de caolín antiácido que se le habría de dar por la noche y por la mañana, y salí de la casa bastante confiado.

El asunto era muy trivial y ya lo había olvidado por completo cuando la señora Rumney telefoneó de nuevo.

—Me temo que *Cedric* no está mejor, señor Herriot.

—¡Oh!, lamento mucho oírlo. ¿Acaso todavía... hem... todavía...? sí... sí... —Me dediqué a pensar por unos momentos—. Mire, no creo que pueda hacer más si vuelvo a visitarle, pero me parece que debería quitarle la carne por completo durante una semana o dos. Manténgalo con galletas y pan moreno un poco tostado al horno. Pruebe con eso y con verduras, y le daré unos polvos para que los mezcle en la comida. ¿Puede venir a recogerlos, por favor?

Los polvos eran una mezcla absorbente bastante fuerte y estaba seguro de que con aquello nos libraríamos de la molestia, pero una semana después la señora Rumney estaba de nuevo al teléfono.

—No hay ninguna mejora, en absoluto, señor Herriot. —De nuevo le temblaba la voz—. Yo... yo... ojalá viniera a verle otra vez.

No veía el propósito de examinar de nuevo a aquel animal perfectamente sano, pero prometí visitarle. Tuve un día muy ocupado y ya eran más de las seis cuando pude acercarme a Los Laureles. Había varios coches en el camino y, cuando entré en la casa, vi que la señora Rumney tenía algunos invitados, gentes como ella misma, de clase alta, muy refinados indudablemente y que habían venido a tomar unas copas. En realidad me sentía como un mendigo con mis ropas de trabajo en aquella reunión tan elegante.

La señora Rumney estaba a punto de acompañarme a la cocina cuando la puerta se abrió de par en par y *Cedric* saltó encantado en medio de la reunión. A los pocos segundos un caballero de aspecto distinguido luchaba frenéticamente contra el ataque mientras aquellas patazas enormes le desgarraban el chaleco. Consiguió librarse a costa de un par de botones y el bóxer dedicó entonces su atención a una de las damas. Corría grave peligro de perder el vestido cuando yo pude al fin separarla del perro.

Entonces estalló una especie de locura colectiva en aquella sala. Las quejas de la anfitriona se oían sobre los gritos de alarma mientras el animal iba de acá para allá, pero pronto comprendí que otro elemento más insidioso tomaba parte en la situación. El ambiente de la habitación se cargó rápidamente con unos efluvios inconfundibles, y quedó bien claro que la desgraciada dolencia de *Cedric* había aparecido de nuevo.

Hice todo lo posible por sacarlo de la sala, pero aquel perrazo parecía desconocer el significado de la palabra obediencia y le perseguí en vano. Y mientras se prolongaban aquellos minutos embarazosos comencé a comprender por primera vez la enormidad del problema con que se enfrentaba la señora Rumney. La mayoría de los perros sueltan una ventosidad de vez en cuando, pero *Cedric* era distinto: lo hacía sin parar. Y aunque sus emanaciones silenciosas eran quizá más traicioneras, resultaba indudable que las audibles eran penosamente molestas en compañía como ésta.

Cedric aún empeoraba más las cosas porque, a cada expulsión estruendosa se volvía a mirarse inquisitivamente el trasero y luego se lanzaba a dar saltos por la habitación, como si el céfiro fugitivo fuera visible a sus ojos y estuviera decidido a perseguirlo.

Me pareció que había transcurrido todo un año antes de que lograra sacarlo de allí. La señora Rumney sostuvo la puerta abierta y al fin conseguí hacérsela cruzar, pero el perro no había terminado todavía. En su salida levantó de pronto la pata y dirigió un chorro potente contra unos pantalones inmaculados.

A partir de esa tarde me lancé a la lucha en beneficio de la señora Rumney. Convencido de que necesitaba desesperadamente mi ayuda, hice frecuentes visitas e intenté innumerables remedios. Consulté a mi colega Siegfried sobre el problema y él sugirió una dieta de galletas de carbón. *Cedric* se las comió en cantidades enormes, evidentemente disfrutando con ellas pero, como ocurriera con todo lo demás, aquello no mejoró su estado en absoluto.

Mientras tanto yo seguía preguntándome sobre el enigma que era la señora Rumney. Llevaba varios años viviendo en Darrowby, pero la gente de esta ciudad sabía muy poco de ella... Se discutía si era viuda o si estaba separada de su marido. Pero a mí no me interesaban tales cosas; el mayor misterio en mi opinión era que se hubiese mezclado con un perro como *Cedric*.

Era difícil pensar en otro animal menos adecuado a su personalidad. Aparte su dolencia tan lamentable, era en todo el polo opuesto de su ama. Un perro grande, extrovertido, torpe y escandaloso, totalmente fuera de lugar en su selecta compañía. Nunca descubrí cómo habían llegado a reunirse pero, a través de mis visitas, adiviné que *Cedric* tenía al menos un admirador.

Éste era Con Fenton, antiguo trabajador en una granja, retirado ahora, y que se encargaba del jardín. Pasaba tres días a la semana en Los Laureles. El bóxer corría por el camino de coches detrás de mí cuando ya me iba, y el viejo le miró con admiración no disimulada.

—¡Cielo santo! —dijo—. ¡Éste sí que es un magnífico perro!

—Sí, Con, en realidad es estupendo —contesté. Y hablaba en serio. Cuando uno llegaba a conocer a *Cedric*, no podía por menos que quererle. Era extraordinariamente amable, y nada resabiado, y le rodeaba siempre un aura de afabilidad (y no sólo de vapores molestos). Ya fuera que les arrancara los botones a los invitados, o que les mojara los pantalones, todo lo hacía con el espíritu de la más pura amistosidad.

—Mire sus patas —suspiró Con, contemplando encantado los muslos musculosos del perro—. ¡Diablos, sería capaz de saltar esa puerta como si no estuviera ahí! ¡Esto es lo que yo llamo un perro!

Mientras hablaba se me ocurrió que era lógico que *Cedric* le gustara, ya que él era también muy semejante al bóxer; sin demasiado seso, con un cuerpo de oso, de hombros poderosos, y un rostro siempre sonriente. Eran tal para cual.

—Sí, disfruto mucho con él cuando la señora le deja salir al jardín —continuó Con. Hablaba de un modo peculiar, con un tono ahogado—. Es una compañía estupenda.

Le miré intensamente. No, no era probable que notara la dolencia de *Cedric* ya que siempre le veía al aire libre.

Al volver a la clínica reflexioné sobre el hecho de que no estaba obteniendo el menor resultado con el tratamiento. Y, aunque parecía ridículo preocuparse por un caso semejante, no había duda de que aquello empezaba a obsesionarme. En realidad le había transmitido mi ansiedad a Siegfried. Cuando salí del coche él bajaba los escalones de Skeldale House, y me cogió por el brazo.

—¿Has estado en Los Laureles, James? Dime —preguntó solícito—, ¿cómo se encuentra tu pestilente bóxer?

—Me temo que aún sigue igual —contesté, y mi colega agitó la cabeza con conmiseración.

Ambos estábamos derrotados. Tal vez, de haber dispuesto en aquellos días de las tabletas de clorofila, éstas hubieran supuesto una ayuda pero, tal como estaban las cosas, yo lo había probado todo. Lo más seguro era que nada podría alterar la situación. Y no habría sido tan malo de tratarse de otra persona y no de la señora Rumney. Pues ya se me hacía casi insoportable incluso el comentar el asunto con ella.

Tristán, el hermano estudiante de Siegfried, tampoco sirvió de ayuda. Mientras hacía sus prácticas elegía cuidadosamente los casos que deseaba observar, pero se sintió atraído de inmediato por los síntomas de *Cedric* e insistió en acompañarme en una ocasión. Jamás volví a llevarle a la casa porque, cuando entrábamos, el perrazo se incorporó al lado de su ama y lanzó una explosión de estruendos como saludo.

Tristán alzó inmediatamente la mano en gesto dramático y declamó: “¡Hablad, oh dulces labios que jamás dijeron una mentira!”. Ésa fue su única visita. Yo ya tenía bastantes problemas sin él.

Y aún no lo sabía entonces, pero todavía me aguardaba un golpe más duro. Pocos días más tarde la señora Rumney me llamó por teléfono otra vez:

—Señor Herriot, una amiga mía tiene una perrita bóxer encantadora. Quiere traerla para emparejarla con *Cedric*.

—¿Cómo?

—Que quiere aparear su animal con el mío.

—¿Con *Cedric*...? —Me agarré al borde de la mesa. No podía ser verdad—. Y... y, ¿usted está de acuerdo?

—Sí, naturalmente.

Agité la cabeza para rechazar aquella sensación de irrealidad. Juzgaba incomprensible que alguien deseara la reproducción de *Cedric* y, aunque miraba al teléfono, una visión terrible se alzaba ante mí. Ocho pequeños *Cedric*, todos con su dolencia. Pero, naturalmente, una cosa así no era hereditaria. Conseguí dominarme y me aclaré la garganta.

—Bien, entonces, señora Rumney, adelante.

Hubo una pausa.

—Pero, señor Herriot, quiero que supervise el apareamiento.

—¡Oh, vaya, no creo que sea necesario! —me clavé las uñas en las palmas de las manos—. Creo que se las arreglará muy bien sin mí.

—Pero yo me sentiría mucho más feliz si usted estuviera aquí. Por favor, venga —dijo en tono suplicante.

En vez de emitir el largo gemido que me abrumaba inspiré profundamente.

—De acuerdo —dije—. Me acercaré por la mañana.

Toda esa tarde me sentí obsesionado por la premonición de otro desastre. Me aguardaba una sesión terriblemente embarazosa con aquella mujer exquisita. ¿Por qué sería que yo había de compartir siempre este tipo de cosas con ella? En realidad temía lo peor. Incluso el perro más chiflado, enfrentado a una perra en celo, sabe instintivamente cómo actuar, pero, con un animal tan torpón como *Cedric*, yo me preguntaba...

Y al día siguiente se realizaron todos mis temores. *Trudy*, la perra, era una criaturita encantadora que daba todas las pruebas de su disposición a cooperar. Por otra parte *Cedric*, aunque indudablemente encantado de haberla conocido, no insinuaba el mero deseo de cumplir con su papel. Después de olfatearla por todas partes bailoteó en torno de la perra unas cuantas veces, con la sonrisa bobalicona y la lengua colgante. Luego se echó una carrerita por el césped antes de dirigirse a ella y quedar parado en seco, las patas muy abiertas, la cabeza inclinada, dispuesto a jugar. Suspiré. Lo que yo había imaginado. El grandísimo idiota no sabía qué hacer.

La pantomima continuó durante algún tiempo y, como era inevitable, la tensión emocional vino a recrudecer sus síntomas. Con frecuencia se detenía a inspeccionarse el trasero, como si jamás hubiera oído ruidos como aquellos.

Fue variando la rutina del bailoteo con algunas corridas a galope tendido en torno del césped y, después de haber dado unas diez vueltas sucesivas, decidió por lo visto que debía hacer algo con la perra. Retuve el aliento cuando se acercó a ella, pero por desgracia escogió el extremo erróneo para iniciar las operaciones. *Trudy* había aguantado estoicamente toda aquella sarta de estupideces, pero cuando descubrió que *Cedric* empezaba a trabajar con gran interés en la región de su oreja izquierda, ya le pareció demasiado. Con un ladrido agudo le mordió en una de las patas traseras y él echó a correr alarmado.

A partir de ese momento, y en cuanto se le acercaba, la perrita le obligaba a huir enseñándole los dientes. Indudablemente estaba desilusionada con aquel novio, y nadie podía culparla.

—Creo que *Trudy* ya ha soportado bastante, señora Rumney —dije.

Desde luego yo sí había soportado bastante, y lo mismo la pobre señora, a juzgar por su respiración entrecortada, las mejillas encendidas y el pañuelo que no dejaba de agitar.

—Sí... sí... supongo que tiene razón —contestó.

De modo que se llevaron a *Trudy* a su casa y ése fue el fin de la carrera de *Cedric* como cabeza de familia.

Este último episodio me decidió. Había de tener una conversación con la señora Rumney y, pocos días más tarde, visité Los Laureles.

—Tal vez crea que no es asunto mío —dije— pero, con sinceridad, *Cedric* no me parece el perro más adecuado para usted. En realidad resulta hasta tal punto absurdo que le está trastornando la vida.

Los ojos de la señora Rumney se abrieron de par en par.

—Bueno... sí, es un problema en cierto modo pero... ¿qué me sugiere?

—Lo mejor sería sustituirle por otro perro. Tal vez un perrito de lanas, o un corgi. Algo más pequeño, algo que usted pudiera controlar.

—Pero señor Herriot, es imposible que me decida a permitir la muerte de *Cedric*. —Sus ojos se llenaron rápidamente de lágrimas—. Realmente le tengo mucho cariño a pesar de su... a pesar de todo.

—¡No, no, por supuesto que no! —le dije—. También yo le aprecio. No hay malicia en él. Pero creo que tengo una idea. ¿Por qué no se lo regala a Con Fenton?

—¿Con?

—Sí, el admira profundamente a *Cedric*, y este perrazo disfrutaría de una vida estupenda con el viejo. Tiene unos campos detrás de su casita, y también unas cuantas bestias. *Cedric* correría por allí cuanto deseara, y Con podría traérselo cuando viniera a trabajar en el jardín. Así seguiría viéndole tres veces a la semana.

La señora Rumney me miró en silencio unos cuantos segundos y advertí en su rostro la luz del alivio y la esperanza.

—¿Sabe, señor Herriot? Creo que eso saldrá muy bien. Pero ¿está seguro de que Con lo aceptará?

—Apostaría a que sí. Un viejo solterón como él debe sentirse solo. No hay más que una cosa que me preocupe. Normalmente esos dos se han reunido siempre al aire libre, y me pregunto qué ocurrirá cuando estén en el interior de la casa y *Cedric* empiece a... cuando su problema...

—¡Oh, creo que no hay problema! —me interrumpió rápidamente la señora Rumney—. Cuando me voy de vacaciones Con siempre se queda con él un par de semanas, y jamás ha mencionado nada... nada raro... en ese aspecto.

Me levanté para irme.

—Bien, magnífico entonces. Hablaré con el viejo ahora.

La señora Rumney llamó a los pocos días. Con se había mostrado encantado ante la posibilidad de tener a *Cedric*, y al parecer la pareja se llevaba maravillosamente bien. También la señora había aceptado mi consejo y adquirido un cachorro de perro de lanas.

No vi a este animal hasta que casi contaba seis meses y su ama me pidió que le visitara para tratarle un pequeño ataque de eczema. Cuando estuve sentado en la elegante sala contemplando a la señora Rumney, tan digna y serena, con la pequeña criatura blanca descansando en sus rodillas, no pude evitar la idea de lo adecuada que resultaba la escena. La alfombra mullida, las cortinas de terciopelo, las mesitas frágiles con su adorno de porcelana carísima y miniaturas enmarcadas... Aquél no era lugar para *Cedric*.

La casita de Con Fenton apenas estaba a cuatrocientos metros y, antes de emprender el regreso a la clínica, y movido por un impulso, llamé a su puerta. El viejo acudió a abrirme y su rostro se ensanchó en una sonrisa de júbilo al verme.

Apenas había entrado en la pequeña salita cuando una forma peluda se lanzó sobre mí. *Cedric* no había cambiado en absoluto y tuve que luchar con él para llegar hasta el sillón bastante ajado junto al fuego. Con se instaló frente a mí y, cuando el bóxer pegó un salto para lamerle el rostro, le dio un golpe amistoso en la cabeza.

—¡Siéntate, cochino cabrón! —murmuró con afecto. *Cedric* se sentó tan feliz a sus pies sobre la alfombra bastante maltratada y miró con adoración a su nuevo amo.

—Bien, señor Herriot —continuó Con mientras cortaba un poco de tabaco de una pieza de aspecto repugnante y empezaba a cargar la pipa— le estoy agradecidísimo por haberme conseguido este magnífico perro. Por Dios que es estupendo, y que no lo vendería por todo el dinero del mundo. Nadie podría tener un amigo mejor.

—Bien, me alegro mucho, Con —dije—, ya veo que el perrazo es realmente feliz aquí.

El viejo encendió la pipa y una nube de humo acre se alzó hacia las vigas ennegrecidas allá en lo alto.

—Sí, casi nunca está en casa. Un perro tan fuerte como éste querrá desahogar sus energías fuera, supongo.

Precisamente en ese momento *Cedric* estaba desahogando sin duda algo más, porque el aroma familiar surgió de él incluso venciendo el olor de la pipa. Con ni

siquiera pareció advertirlo, pero, en aquel espacio cerrado, yo lo encontré inaguantable.

—¡Ah, bien! —dije con dificultad—, sólo entré un momento para ver qué tal se llevaban ustedes dos. Debo ponerme en marcha. —Me levanté a toda prisa y me dirigí a la puerta, pero la pestilencia me seguía en oleadas. Al pasar junto a la mesa sobre la que estaban los restos de la comida del viejo vi lo que parecía ser el único adorno de la casita: un florero medio roto con un ramo de claveles extraordinario. Era un modo de escapar, así que enterré la nariz en su fragancia.

Con me observaba con aprobación.

—Sí, son unas flores preciosas, ¿verdad? La señora de Los Laureles me deja que me traiga a casa lo que quiero, y admito que estos claveles son mis preferidos.

—Sí, tiene usted buen gusto. —Aún seguía con la nariz enterrada en las flores.

—Sólo hay una pega —dijo el viejo pensativo— y es que no puedo disfrutarlos enteramente.

—¿Cómo es eso, Con?

Fumó un par de segundos.

—Verá, se habrá dado cuenta de que yo hablo un poco raro...

—Pues no... realmente no...

—Sí, sé que sí. He hablado así desde que era un crío. Me operaron de vegetaciones y algo salió mal.

—¡Oh!, lo lamento mucho —dije.

—Bueno, no fue grave, pero me privó de algo.

—¿Quiere decir...? —la luz empezaba a hacerse en mi mente, la comprensión de por qué se habían encariñado tanto aquellos dos, por qué su relación era tan perfecta, más la seguridad de un feliz futuro juntos. Parecía cosa del destino.

—Sí —continuó el viejo tristemente—. Me falta el sentido del olfato.



5

Creo que fue el ver a un policía londinense amenazando con el índice a un golfillo lo que me hizo recordar a Wesley Binks y el día en que me metió un petardo por el buzón de la clínica.

Era de esos que llaman “triquitruques” y explotó a mis pies cuando yo corría por el pasillo oscuro para abrir la puerta, haciéndome saltar aterrado por los aires.

Abrí furioso la puerta y miré la calle. Estaba vacía, pero en la esquina, donde la farola se reflejaba en el escaparate de Robson, capté la breve visión de una figura que huía y me llegó el eco débil de una risa. No podía hacer nada al respecto, pero comprendí que Wes estaba metido en aquello.

Volví a entrar cansadamente en la casa. ¿Por qué me perseguía aquel chico? ¿Qué tenía en contra de mí un crío de diez años? Jamás le había hecho daño alguno; sin embargo parecía hacerme objeto de una campaña deliberada.

O tal vez no fuera nada personal. Tal vez creyera que yo representaba, en cierto modo, a la autoridad o al gobierno; o quizás era la persona que tenía más a mano.

Desde luego constituía el sujeto ideal para ese pequeño truco de tirar de la campanilla y largarse corriendo, ya que yo no me atrevía a ignorar ninguna llamada por si acaso era un cliente, y además las salas de consulta y de operaciones estaban a muchísima distancia de la fachada de la casa. En ocasiones me hacía bajar de nuestro salón-dormitorio bajo el tejado. Cada viaje hasta la puerta era toda una expedición, y resultaba realmente exasperante llegar allí y divisar una figurita en la distancia, bailoteando y haciéndome muecas.

Luego varió la rutina y empezó a lanzar porquerías por el buzón, a arrancar las flores del pequeño jardincito que tratábamos de cultivar entre las losas de piedra, y a escribir con tiza groserías sobre mi coche.

Sabía que no era la única víctima porque había oído quejas de otros: el frutero que veía desaparecer sus manzanas de la caja ante la tienda, el del ultramarinos que era su proveedor involuntario de galletas...

Era el mayor granuja de la ciudad desde luego, y parecía incongruente que le hubieran bautizado *Wesley*. No había en su conducta señal alguna de una estricta educación metodista^[5]. En realidad yo no sabía nada de su vida familiar; sólo que provenía de la parte más pobre de la ciudad, una vida de callejuelas miserables formadas por casas ruinosas, algunas de ellas evacuadas ya debido a su mal estado.

Con frecuencia le veía vagando por campos y avenidas o pescando en las serenas ensenadas del río cuando debía haber estado en la escuela. Cuando me divisaba en esas ocasiones, gritaba invariablemente alguna observación burlona y, si por casualidad estaba con sus compinches, todos se unían a la risa a expensas mías. Era enojoso, pero yo solía decirme que no había nada personal en ello. Era un adulto y eso bastaba para convertirme en un buen blanco.

El mayor triunfo de Wes tuvo lugar sin duda el día en que quitó la tapa metálica del depósito de carbón ante Skeldale House. Estaba a la izquierda de los escalones de la fachada, y bajo la tapa había una rampa muy empinada por la que los carboneros vaciaban sus sacos.

No sé si fue por inspiración, pero el caso es que se le ocurrió quitar aquella tapa el día de la Fiesta Mayor de Darrowby. El programa de festividades se iniciaba con un desfile por toda la ciudad dirigido por la Banda de Plata de Houlton, y cuando miré desde las ventanas de nuestro salón-dormitorio vi que todos los músicos iban reuniéndose en la calle a nuestros pies.

—¡Mira, Helen! —dije—, sin duda van a iniciar el desfile desde Trengate. Creo que todos mis conocidos están ahí abajo.

Helen se inclinó sobre mi hombro y miró las largas filas de los muchachos exploradores, las muchachas guías, los veteranos, y media población de Darrowby apretujada en las aceras para verles desfilar.

—Sí, va a ser precioso ¿verdad? Bajemos a ver cómo salen.

Bajamos a todo correr los largos tramos de escalones y salimos por la puerta de la fachada. Cuando aparecí en la entrada me di cuenta de pronto que era el foco de atención. Los ciudadanos de las aceras, que aguardaban pacientemente a que se iniciara el desfile, tenían ahora algo más que mirar. Al verme todos los perros y cachorros empezaron a agitar el rabo desde sus filas, y hubo gestos y sonrisas de sus dueños desde el otro lado de la calle y por todas partes.

Yo adivinaba sus pensamientos: “Ahí está el joven ‘veti’ que sale de casa. No lleva mucho tiempo casado. Y ésta es su señora, a su lado”.

Una sensación de bienestar me dominó. No sé si todo recién casado siente lo mismo, pero en aquellos primeros días yo era consciente de una satisfacción serena y una gran sensación de triunfo. Y me sentía orgulloso de ser el “veti” y parte de la vida de la ciudad. Ahí estaba mi placa en el muro, a mis espaldas, símbolo de mi importancia y categoría. Ahora era un hombre que gozaba de buena posición, que había llegado.

Mirando en torno acogí los saludos con unas sonrisitas muy dignas, alzando la mano de vez en cuando, como si fuera un miembro de la realeza ante su pueblo. Entonces observé que Helen no tenía mucho sitio a mi lado, así que me retiré un paso a la izquierda, donde debía haber estado la tapa de la carbonera, y me deslicé graciosamente hacia el sótano.

Sería en exceso dramático decir que desaparecí de la vista. En realidad ojalá hubiera ocurrido así, pues me habría quedado allá abajo evitándome toda violencia. Pero, tal como resultó me hundí tan sólo hasta la mitad de la rampa y me quedé allí encajado, la cabeza y los hombros sobresaliendo de la acera.

Mi pequeña exhibición originó gran sensación entre los espectadores. En el desfile de la Fiesta Mayor nada podía competir con esto. Algunos de los rostros que me rodeaban expresaron alarma, pero las carcajadas fueron la respuesta más general. Los adultos se apoyaban unos en otros llorando de risa, pero los perros y cachorros resultaron ser el público más entusiasta ya que salieron de las filas y empezaron a dar saltos en la calzada mientras sus amos trataban de restaurar el orden.

También originé un caos en la Banda de Plata de Houlton que ya enarbolaba sus instrumentos para iniciar el desfile. Si es que se proponían tocar una marcha tuvieron que abandonar la idea a toda prisa, pues no creo que les quedara aliento para soplar.

En realidad dos de los músicos fueron los que me sacaron cogiéndome por los sobacos. Mi esposa no me sirvió de nada en esta crisis, y yo la miré con reproche porque se había apoyado contra la puerta y se secaba los ojos con el pañuelo, muerta de risa supongo.

Lo comprendí todo con claridad cuando me vi de nuevo en el nivel de la calle. Me sacudía el polvo del carbón de los pantalones, y trataba de mostrarme indiferente, cuando vi a Wesley Binks cogiéndose la barriga y señalándome triunfante, a mí y al agujero sobre el sótano. Estaba muy cerca, bailoteando entre los espectadores, y por primera vez pude ver bien aquel granuja de ojos salvajes que había convertido mi vida en un infierno. Tal vez hiciera un movimiento inconsciente hacia él, porque me lanzó una última carcajada malévola y desapareció entre la multitud.

Más tarde pregunté a Helen acerca del chico. Sólo supo decirme que el padre de Wesley había abandonado la casa cuando el chico tenía unos seis años, que su madre se había vuelto a casar y que ahora vivía con ella y con su padrastro.

Por extraño que parezca tuve otra oportunidad de examinarle muy poco después. Era alrededor de una semana más tarde y aún me sentía bastante susceptible con respecto al incidente de la tapa del sótano cuando le vi sentado y solo en la sala de

espera. Es decir, solo a excepción de un perro negro y huesudo que llevaba en el regazo.

Apenas podía creerlo. A menudo había ensayado toda una selección de frases adecuadas para esta ocasión, pero la vista del animal me lo impidió. Si venía a consultarme profesionalmente no podía empezar a meterme con él de inmediato. Más tarde, quizás.

Me puse la chaqueta blanca y entré.

—Bien, ¿en qué puedo servirte? —pregunté fríamente.

El chico se puso de pie y su expresión, mezcla de bravuconería y de desesperación, me demostró que le había costado bastante entrar en esta casa.

—A mi perro le pasa algo —murmuró.

—De acuerdo, tráelo aquí. —Dirigí el camino por el corredor hacia la sala de consulta—. Ponlo en la mesa, por favor —dije y, cuando levantó al pequeño animal, decidí que no podía dejar pasar esta oportunidad. Mientras llevara a cabo el examen hablaría sin darle la mayor importancia, de los sucesos recientes. Nada desagradable, ninguna frase hiriente, pero sí un esclarecimiento de la situación. Estaba a punto de decir algo así como: “¿Qué te propones con todas esas bromitas?”, cuando eché la primera ojeada al perro y todo lo demás se borró de mi mente.

Apenas era más que un cachorro y desde luego de raza indefinida. Su pelaje negro y brillante podía venir de un labrador, y había cierta sugerencia de terrier en aquel morro puntiagudo y en las orejas tiesas, pero la cola larga y enroscada, y los miembros anteriores algo patizambos, me desconcertaban. En conjunto era una criatura atractiva, con un rostro dulce y expresivo.

Pero lo que retenía toda mi atención era las gotas amarillas de pus en los ojos, el derrame mucoso-purulento por los agujeros de la nariz y la fotofobia que le hacía parpadear dolorosamente bajo la luz de la ventana de la clínica.

El clásico moquillo canino es bien fácil de diagnosticar, pero nunca resulta satisfactorio hacerlo.

—No sabía que tenías un perro —le dije—. ¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

—Un mes. Feller lo sacó del asilo de gatos y perros de Hartington y me lo vendió.

—Comprendo. —Le tomé la temperatura y no me sorprendió descubrir que tenía cuarenta grados—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Nueve meses.

Asentí. Precisamente la peor edad.

Seguí adelante e hice las preguntas habituales, pero ya sabía las respuestas.

Sí, el perro había perdido un poco de color durante una o dos semanas. No, no vomitaba realmente pero se mostraba apático, tosía de vez en cuando. Y, por supuesto, sólo cuando los ojos y la nariz empezaron a supurar se había preocupado el chico y me lo había traído. Así veíamos generalmente estos casos... cuando ya era demasiado tarde.

Wesley me daba toda aquella información manteniéndose a la defensiva, mirándome bajo las cejas fruncidas, como si esperara que fuera a darle un tirón de orejas en cualquier momento. Pero, mientras le estudiaba, todos los sentimientos agresivos que yo pudiera haber tenido se iban evaporando rápidamente. Aquel diablillo parecía, visto de cerca, un niño muy abandonado. Se le salían los codos por los agujeros de un jersey asqueroso, los pantalones cortos estaban también harapientos, pero lo que más me aterraba era el olor acre de su cuerpecito sin lavar. Jamás hubiese imaginado que viviesen niños así en Darrowby.

Cuando acabó de contestar a mis preguntas hizo un esfuerzo y salió con una suya.

—¿Qué es lo que tiene?

Vacilé por un instante.

—Tiene moquillo, Wes.

—Y eso ¿qué es?

—Pues una enfermedad muy desagradable e infecciosa. Tiene que haberla cogido de otro perro enfermo.

—Pero ¿mejorará?

—Eso espero. Yo haré todo cuanto pueda por él. —No conseguía decidirme a decirle a un niño de su edad que probablemente su perro moriría.

Llené una jeringuilla con una “mezcla de macterin” que utilizábamos en aquel tiempo contra las infecciones secundarias del moquillo. No servía de mucho; ni siquiera ahora, con todos nuestros antibióticos, podemos influir demasiado en el resultado final. Si se logra coger un caso en la primera fase del virus entonces puede curarse con una inyección de suero hiperinmune, pero la gente no suele traernos a los perros hasta que ya ha pasado esa fase.

Cuando le di la inyección el perro gimió débilmente, y el muchacho extendió la mano y le acarició con dulzura.

—Todo va bien, *Duque* —dijo.

—¿Es así como le llamas, *Duque*?

—Sí —le acarició las orejas y el perro se volvió, agitó aquella cola absurdamente larga y de pronto le lamió la mano. Wes sonrió y me miró, y por un instante la máscara de rudeza abandonó aquellos rasgos infantiles y en sus ojos oscuros leí la felicidad más completa. Juré entre dientes. Esto empeoraba aún más las cosas.

Metí algunos cristales bóricos en una caja y se la entregué.

—Utiliza esto disuelto en agua para limpiarle los ojos y la nariz. Mira cómo tiene esos agujeros, secos y bloqueados. Con esto harás que se sienta más cómodo.

Cogió la caja sin hablar y, casi con el mismo movimiento, dejó caer tres chelines y seis peniques sobre la mesa. Era nuestro precio habitual, y esto resolvió todas mis dudas.

—¿Cuándo se lo traigo de nuevo? —preguntó.

Le miré un instante, dudando qué decir. Todo lo que podía hacer era repetir las inyecciones, pero ¿supondría alguna diferencia?

El muchacho interpretó mal mi vacilación.

—¡Puedo pagar! —estalló—. ¡Conseguiré el dinero!

—¡Oh, no pensaba en eso, Wes! Sólo estaba pensando cuándo sería el mejor momento. ¿Qué tal si me lo traes el jueves?

Asintió ansiosamente y se marchó con el perro.

Mientras lavaba la mesa con desinfectante tuve la impresión, ya tan familiar, de nuestra impotencia. El cirujano veterinario moderno no ve tantos casos de moquillo como nosotros, sencillamente porque casi todo el mundo inmuniza a sus cachorros en el primer momento posible. Pero allá en los años treinta sólo los perros más afortunados eran inoculados. La enfermedad es muy fácil de prevenir, pero casi imposible de curar.

Las tres semanas siguientes fueron testigo de un cambio increíble en el carácter de Wesley Binks. Se había creado amplia reputación como bribón y vago, pero ahora se transformó en un modelo de industriosisdad, repartiendo el periódico por las mañanas, limpiando los jardines, ayudando a llevar los animales a las subastas. Tal vez fuera yo el único que sabía que todo aquello lo hacía por *Duque*.

Me traía el perro cada dos o tres días, y pagaba religiosamente. Naturalmente yo le cobraba lo menos posible, pero el dinero que ganaba lo empleaba en otras cosas para el perro: carne fresca, leche y galletas especiales.

—*Duque* parece estar muy bien hoy —dije en una de las visitas—. Veo que le has comprado un collar y una correa nuevos.

El niño asintió tímidamente, luego me miró con ojos oscuros e intensos.

—¿Está mejor?

—Bueno, poco más o menos sigue igual, Wes. Eso es lo que ocurre... la enfermedad se prolonga sin muchos cambios.

Medité por un momento. Tal vez se preocuparía menos si comprendiera la situación.

—Escúchame, Wes, la verdad es ésta: *Duque* logrará mejorar si puedo evitar las complicaciones nerviosas del moquillo.

—Y ¿qué es eso?

—Ataques, parálisis y una cosa llamada corea que hace que los músculos se agiten constantemente.

—Y si tiene eso ¿qué?

—Será una mala señal. Pero no todos los perros acaban así. —Intentaba sonreír con aire tranquilizador—. Y hay algo a favor de *Duque*... no es un pura sangre. Los perros de raza cruzada tienen algo llamado vigor híbrido que les ayuda a luchar contra la enfermedad. Después de todo está comiendo muy bien y bastante animado, ¿no es cierto?

—Sí, no está mal.

—Bien, entonces seguiremos adelante. Le daré otra inyección ahora.

El chico estaba ante mí de nuevo a los tres días y por su rostro comprendí que traía noticias importantes.

—¡*Duque* está mucho mejor! ¡Los ojos y la nariz se le han secado, y está comiendo como un oso! —Jadeaba con la excitación.

Subí al perro a la mesa. No había duda de que había mejorado enormemente, e hice todo lo posible por unirme a la alegría.

—Magnífico, Wes —dije, pero una campanita de alarma resonaba en mi mente. Si habían de venir los síntomas nerviosos, éste era el momento, precisamente cuando el perro parecía recuperarse. Me obligué a mostrarme optimista—. Bien, ahora ya no hay necesidad de vuelvas por aquí, pero obsérvalo cuidadosamente y, si ves algo extraño, tráemelo.

La harapienta figurita estaba abrumada por el gozo. Iba dando saltos por el corredor con su perrito, y yo confié fervientemente en no volver a verle.

Esto ocurría en la tarde del viernes. Para el lunes, cuando yo había archivado ya el caso en la categoría de recuerdos satisfactorios, el muchacho vino de nuevo con *Duque* al extremo de la correa.

Le miré desde la mesa donde estaba escribiendo en el libro diario.

—¿Qué ocurre, Wes?

—Que se cae.

No me molesté en ir a la sala de consulta, sino que me apresuré a salir de detrás de la mesa y me puse en cuclillas en el suelo examinando concienzudamente al perro. Al principio no vi nada, luego, al observarle, conseguí apenas discernir un débil temblequeo constante de la cabeza. Le puse la mano en la parte superior del cráneo y esperé. Sí, allí estaba, aquella contracción ligera pero regular de los músculos temporales que yo había temido.

—Por desgracia creo que tiene corea, Wes —dije.

—Y eso ¿qué es?

—Una de las cosas que te hablé. A veces le llaman el baile de San vito. Confiaba en que no se presentaría.

El chiquillo pareció de pronto más pequeño y desvalido y quedó allí silencioso, retorciendo entre sus dedos la nueva correa de piel. Sólo el hecho de hablar le suponía un esfuerzo tan grande que casi cerró los ojos al hacerlo.

—¿Se morirá?

—Algunos perros se recuperan, Wes —no le dije que sólo lo había visto una vez—. Tengo unas tabletas que tal vez le ayuden. Te daré algunas.

Le di unas cuantas tabletas de arsénico que había utilizado en mi única cura. Ni siquiera sabía si habían sido responsables de la curación, pero no tenía otra cosa que ofrecer.

La corea de *Duque* pasó por todos los síntomas que aparecen en los libros de texto durante las dos semanas siguientes. Todo lo que yo tanto temiera se presentó en

progresión implacable. Las contracciones se extendieron de la cabeza a los miembros; luego sus cuartos traseros empezaron a vacilar cuando caminaba.

Su amito me lo trajo una y otra vez, y yo fui haciendo todo lo posible aunque tratando al mismo tiempo de dejar bien claro que no había esperanza. El muchacho insistía tercamente, sin dejar de ir mientras tanto de un lado a otro con el reparto de periódicos y demás trabajos, y se empeñaba en pagar aunque yo no quería su dinero. Luego, una tarde, vino a verme.

—No me es posible traerle a *Duque* —murmuró—. Ya no puede caminar. ¿Quiere venir a verle?

Nos metimos en el coche. Era domingo, hacia las tres de la tarde, y las calles estaban vacías y silenciosas. Me indicó su callecita adoquinada y abrió la puerta de una de las casas.

Todo el aire cargado y maloliente de aquel lugar me dio en el rostro como un bofetón. Los veterinarios rurales no suelen sentir náuseas, pero en aquella casa se me revolvió el estómago. La señora Binks, muy gorda y cubierta con un traje viejísimo e informe, estaba apoyada, con el cigarrillo en la boca, en la mesa de la cocina. Leía muy absorta una revista colocada en un claro entre montones de platos sucios, los rulos que llevaba en el pelo se agitaron un poco cuando alzó la vista brevemente hacia nosotros.

En una tumbona, bajo la ventana, estaba acostado su marido roncando con la boca abierta, durmiendo la borrachera de la cerveza. La pila, en la que aún se veían más platos grasientos, estaba llena de repugnante líquido de espuma verde. Ropas, periódicos y suciedad cubrían el suelo y, sobre todo ello, la radio atronaba a plena potencia.

Lo único limpio era el cesto del perro, en el rincón. Fui allí y me incliné sobre el animalito. *Duque* estaba ahora postrado e invalido, el cuerpo consumido y agitado por un temblor incontrolable. Los ojos hundidos habían vuelto a llenarse de pus y miraba apático al frente.

—Wes —dije—. Tienes que permitirme que le haga dormir.

No contestó, y traté de explicarme mientras la radio a toda potencia ahogaba mis palabras. Miré a su madre.

—¿Le importaría bajar el volumen de la radio? —pregunté.

Hizo una seña al chico, que fue a bajarla. En el silencio que siguió hablé de nuevo.

—Es lo único, créeme, no puedes dejarle morir poquito a poco, sufriendo de este modo.

No me miró. Toda su atención se hallaba desesperadamente fija en el perro. Luego levantó una mano y oí el susurro:

—Está bien.

Corrí al coche en busca del Nembutal.

—Te prometo que no sentirá nada de dolor —le dije al llenar la jeringuilla. Y en realidad la pobre criaturita apenas suspiró antes de quedar inmóvil, aquel temblor horrible detenido al fin.

Me guardé la jeringuilla en el bolsillo.

—¿Quieres que me lo lleve, Wes?

Me miró desconcertado, y entonces intervino su madre:

—Sí, sáquele de aquí. De todas formas jamás quise tener a ese maldito animal. — Y siguió leyendo.

Levanté rápidamente el cuerpecito y salí. Wes me siguió, observando cómo abría la portezuela del coche y depositaba suavemente a *Duque* sobre mi chaqueta negra de trabajo.

Al cerrar la portezuela se llevó los puñitos a los ojos y todo su cuerpo tembló. Le pasé el brazo por los hombros, y cuando se apoyó un instante contra mí sollozando, me pregunté si alguna vez habría podido llorar así, como un niño, con alguien que le consolara.

Pero de pronto se echó atrás secándose las lágrimas que habían dejado surcos en la suciedad de sus mejillas.

—¿Vas a volver a la casa, Wes? —pregunté.

Parpadeó y me miró con aquella expresión dura de antes.

—¡No! —dijo, y dio media vuelta. Ni siquiera miró atrás, y le vi cruzar la calle, saltar un muro bajo y correr por los campos hacia el río.

Siempre he creído que fue en ese momento cuando Wes emprendió de nuevo su antigua vida. A partir de entonces ya no hubo más trabajos ni actividades útiles para él. Jamás volvió a gastarme una broma pesada pero, en otro sentido peor, su conducta fue cada vez más desastrosa. Incendió graneros, fue llevado ante el magistrado por robo y, para cuando tenía trece años, ya andaba robando coches.

Finalmente fue enviado a una especie de correccional, y luego desapareció del distrito. Nadie sabía por dónde andaba, y la mayoría de la gente le olvidó. Pero uno de los que no lo olvidaron fue el sargento de policía.

—Aquel joven, Wesley Binks —me dijo un día meditabundo— era un mal bicho, si es que he visto alguno en la vida, ¿sabe? Yo creo que jamás le importó nada ni nadie en este mundo.

—Comprendo lo que siente, sargento —le contesté—, pero no tiene toda la razón. Verá, hubo en una ocasión una criatura...



6

Tristán jamás habría ganado ningún premio como exponente de la *haute cuisine*.

Los de la RAF comíamos mejor que la mayoría de la gente en Gran Bretaña de la época de la guerra, pero esta comida no podía compararse con la que yo tomara en Darrowby. Supongo que a mí me habían malcriado, primero la señora Hall y luego Helen. Sólo hubo pocas ocasiones en Skeldale House en que no comiéramos como príncipes, y una de éstas fue cuando Tristán fue nombrado cocinero principal.

Todo comenzó una mañana durante el desayuno, en los días en que aún estaba soltero, cuando Tristán y yo nos disponíamos a ocupar nuestros asientos en la mesa del comedor. Siegfried entró a toda prisa, murmuró un “buenos días” y empezó a servirse el café. Estaba extraordinariamente distraído mientras se untaba una tostada y se servía en el plato una tajada de tocino; luego, después de masticar un minuto pensativamente, soltó un puñetazo tan repentino sobre la mesa que me hizo pegar un salto.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Que tienes qué? —pregunté.

Siegfried dejó el cuchillo y el tenedor y me señaló con el índice.

—La verdad es que es una tontería que haya estado aquí sentado y preocupándome tanto por lo que hay que hacer, cuando todo está tan claro.

—Pero ¿cuál es el problema?

—La señora Hall —dijo—. Acaba de decirme que su hermana ha caído enferma, y que tiene que irse a cuidarla. Cree que estará fuera una semana, y yo estaba preguntándome a quién podría llamar para que se ocupara de la casa.

—Comprendo.

—Y de pronto se me ha ocurrido la solución. —Cortó un pedazo de huevo frito —. Tristán puede hacerlo.

—¿Eh? —Su hermano alzó aterrado la vista del *Daily Mirror*—. ¿Yo?

—¡Sí, tú! Te pasas la mayor parte del tiempo descansando sobre tu trasero. Un poco de actividad útil te hará mucho bien.

Tristán le miró cansadamente.

—¿A qué te refieres con eso de... actividad útil?

—Bien, pues tener todo esto aseado —dijo Siegfried—. No es que espere una perfección absoluta, pero podrías limpiarlo cada día y, por supuesto, preparar las comidas.

—¿Las comidas?

—Exacto. —Siegfried le miró fijamente—. Sabes guisar, ¿no?

—Bueno... hem... sí... puedo preparar salchichas y puré de patata.

Siegfried abrió los brazos en un gesto amplio.

—Ya lo ves, no hay problema. ¿Quieres pasarme los tomates fritos, James?

Le pasé el plato en silencio. Sólo había oído a medias la conversación porque mentalmente me hallaba a mucha distancia de allí. Precisamente antes del desayuno había recibido una llamada telefónica de Kent Billings, uno de nuestros mejores granjeros, y sus palabras seguían resonando en mi mente.

—Señor Herriot, ese ternero que vio ayer está muerto. Es el tercero que he perdido en una semana y estoy hecho polvo. Quiero que venga aquí esta mañana a echar otra mirada.

Tomé el café absorto. No era el único que estaba “hecho polvo”. Tres magníficos terneros habían presentado síntomas de agudo dolor gástrico. Yo los había tratado, y habían muerto. Eso ya era bastante malo, pero lo que lo empeoraba era que no tenía la menor idea de lo que les pasaba.

Me sequé los labios y me levanté del asiento rápidamente.

—Siegfried, me gustaría ir primero a la granja de Billings. Luego haré el resto de la ronda que me has encargado.

—Estupendo, James, no faltaba más —mi jefe me lanzó una dulce sonrisa de ánimo, colocó cuidadosamente unas setas sobre un trozo de pan frito y se lo llevó a la boca. No era muy comedor pero desde luego siempre disfrutaba con el desayuno.

Mientras me dirigía a la granja no dejaba de darle vueltas al problema. ¿Qué más podía hacer que no hubiera hecho ya? En esos casos misteriosos se llegaba a la conclusión de que el animal había comido algo venenoso. En ocasiones me había pasado horas y horas dando vueltas por los pastos, buscando plantas venenosas, pero eso era inútil con los terneros de Billings porque jamás habían estado fuera; las pobres criaturas apenas tenían un mes.

Había hecho la autopsia de los animales muertos y sólo había descubierto una gastroenteritis no especificada. Había enviado los riñones al laboratorio para la

búsqueda de plomo, con resultado negativo. Como su propietario, también yo estaba hecho polvo.

El señor Billings me esperaba en el patio de la granja.

—¡Menos mal que le llamé! —dijo sin aliento al verme—. Ya hay otro más con lo mismo.

Entré corriendo con él en los edificios y encontré lo que tanto esperaba y temía, un ternero coceándose en el estómago, pegando saltos y arrojándose de vez en cuando sobre el lecho de paja. Un típico dolor de tripa. Pero ¿por qué?

Estaba guardando el termómetro en su funda cuando el ternero vaciló de pronto y entró en convulsiones arrojando espuma. Rápidamente le inyecté sedantes, calcio, magnesio, pero con la sensación de fracaso. Todo eso ya lo había hecho antes.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el granjero dando eco a mis pensamientos.

Me encogí de hombros.

—Una gastritis aguda, señor Billings, pero ojalá supiera la causa. Estaría dispuesto a jurar que este ternero ha comido algún veneno irritante o corrosivo.

—Pero ¡maldita sea!, si no toman más que leche y pienso compuesto. —El granjero abría los brazos desesperado—. Aquí no hay nada que pueda hacerles daño si lo comen.

Inicié de nuevo y cansadamente la vieja rutina: un registro concienzudo del establo de los terneros en mi intento de hallar alguna pista. Una vieja lata de pintura, un paquete roto de insecticida... Era sorprendente las cosas que uno podía encontrar entre los desechos arrojados a un establo.

Pero no en casa del señor Billings. Éste era meticulosamente aseado, en especial con sus terneros, y el alfeizar de la ventana y los estantes estaban libres de cualquier porquería. Lo mismo ocurría con los pozales de leche, que se limpiaban escrupulosamente después de cada comida.

El señor Billings era casi maniático con respecto a los terneros. Sus dos hijos adolescentes se habían consagrado industriosamente a la agricultura, y él les animaba a incrementar sus conocimientos del campo; pero él mismo había de dar de comer a los terneros.

—Alimentar a los terneros es el trabajo más importante en la cría del ganado —solía decir—. Que pasen ese primer mes y ya se ha hecho la mitad del camino.

Bien sabía de lo que hablaba. Sus animalitos jamás sufrían las enfermedades normales de las crías; ni diarrea, ni una articulación enferma, ni neumonía. A menudo me había maravillado al comprobarlo, pero eso hacía aún más insoportable este desastre.

—De acuerdo —dije con falsa animación al marcharme—, tal vez éste no llegue a tanto. Llámeme por la mañana.

Hice el resto de la ronda bastante deprimido y, a la hora del almuerzo, estaba tan preocupado que me pregunté qué habría pasado cuando vi a Tristán sirviendo la comida. Me había olvidado por completo de la ausencia de la señora Hall.

Sin embargo las salchichas y el puré de patatas no estaban del todo mal, y Tristán se mostraba muy generoso al servirnos. Los tres dejamos los platos bien relucientes porque la mañana es la parte más dura de la jornada de trabajo en la práctica, y yo siempre estaba medio muerto de hambre a esa hora.

Seguí meditando el problema del señor Billings durante las visitas de la tarde y, cuando me senté a cenar, apenas me sorprendió encontrarme con un nuevo plato de salchichas.

—Lo mismo otra vez, ¿eh? —gruñó Siegfried, pero se comió su ración y se largó sin más comentarios.

El día siguiente empezó muy mal. Entré en el comedor y encontré la mesa vacía y a Siegfried dando vueltas furioso.

—¿Dónde diablos está nuestro desayuno? —explotó—; y ¿dónde diablos está Tristán?

Se lanzó al corredor y oí en la cocina gritos de: “¡Tristán! ¡Tristán!”.

Sabía que estaba perdiendo el tiempo. Su hermano solía quedarse dormido por las mañanas y hoy se había pasado en exceso.

Mi jefe regresó por el corredor a galope furioso, y yo me preparé para pasar un mal rato cuando sacara al joven del lecho. Pero Tristán, como de costumbre, supo dominar la situación. Siegfried había empezado a subir las escaleras de tres en tres cuando aquél inició el descenso en el descansillo, anudándose la corbata con una compostura perfecta. Era extraordinario. Siempre se rezagaba en la cama, pero raras veces le cogían entre las sábanas.

—Lo siento, muchachos —murmuró—. Creo que me dormí.

—¡Sí, está bien! —gritó Siegfried—, pero ¿y nuestro condenado desayuno? ¡Te di una tarea que cumplir!

Tristán parecía contrito.

—Perdonadme, por favor, pero es que anoche me acosté muy tarde pelando patatas.

El rostro de su hermano enrojeció.

—¡Eso ya lo sé! —ladró—. ¡Y fue porque no empezaste hasta que cerraron Las Armas de Drovers!

—Sí, es cierto —Tristán tragó saliva y su rostro asumió la expresión ya familiar de dignidad ofendida—. Me sentía un poco seco anoche. Debe de haber sido con toda esta limpieza y tanto quitar el polvo.

Siegfried no le contestó. Lanzó una sola mirada de desesperación al joven y luego se volvió a mí.

—Tendremos que arreglarnos con pan y mermelada esta mañana, James. Vamos a la cocina y veremos...

El sonido del teléfono le interrumpió. Yo lo cogí y escuché, y debió de ser la expresión de mi rostro lo que le hizo detenerse en la puerta.

—¿Qué ocurre, James? —preguntó cuando solté el aparato—. Parece como si te hubieran dado un puñetazo en el vientre.

Asentí.

—Eso es exactamente lo que siento. El ternero de Billings está muriéndose, y hay otro enfermo. Me gustaría que me acompañaras a la granja, Siegfried.

Mi jefe permanecía inmóvil examinando por encima de la valla al animalito. Éste no parecía saber dónde ponerse, se levantaba y se caía, trataba de cocear aquel infierno que llevaba dentro y agitaba las patas de un lado a otro. Mientras le observaba cayó de lado y empezó a retorcerse de acá para allá, las patas por el aire.

—James —dijo Siegfried serenamente—, este ternero ha sido envenenado.

—Eso es lo que yo pensé, pero ¿cómo?

El señor Billings nos interrumpió.

—Es imposible que diga eso, señor Farnon. Hemos repasado el lugar una y otra vez, y no hay nada que pueda hacerles daño...

—Bien, pues habrá que hacerlo de nuevo.

Siegfried empezó a recorrer el establo como hiciera yo, y cuando volvió, su rostro era inexpresivo.

—¿Dónde compra este pienso? —gruñó, cogiendo un puñado de un cubo.

El señor Billings extendió los brazos.

—En el almacén de la localidad. Lo mejor de Ryders. No podrá echarle la culpa, de eso estoy seguro.

Siegfried nada dijo. Ryders era famoso por su preparación meticulosa de la comida de los terneros. Se inclinó sobre el animal enfermo con el estetoscopio y el termómetro, incrustando los dedos en la peluda pared abdominal y mirando impasible la cara del ternero hasta advertir su reacción. Hizo lo mismo con mi paciente de la víspera, cuya mirada vidriosa y patas heladas expresaban claramente su destino. Luego les dio el mismo tratamiento poco más o menos que les diera yo, y nos fuimos.

Condujo en silencio durante el primer kilómetro, luego soltó un golpe repentino sobre el volante.

—¡Hay un maldito veneno irritante ahí, James! Tan seguro como que Dios hizo las manzanas. Pero ¡que me cuelguen si sé de dónde viene!

Nuestra visita nos había llevado mucho tiempo, y regresamos a Skeldale House para el almuerzo. Como yo, también él seguía luchando mentalmente con el problema del señor Billings, y apenas hizo una mueca cuando Tristán le puso delante un plato caliente de salchichas y puré de patatas. Luego, al clavar el tenedor en la comida advirtió la realidad.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó—. ¿Tenemos que comer esto otra vez?

Tristán sonrió para congraciarse.

—Sí, claro. El señor Johnson me dijo que tenía unas salchichas especialmente buenas. Decididamente superiores, me dijo.

—¿Ah, sí? —su hermano le miraba con amargura—, pues a mí me parecen igual de asquerosas. Como la cena de ayer... y como el almuerzo. —Su voz empezaba a alzarse, pero luego se calmó.

—¡Oh, qué diablos! —murmuró y se puso a comer sin más. Desde luego aquellos terneros le habían agotado, y yo sabía cómo se sentía.

Me tomé mi parte sin demasiada dificultad. Siempre me han gustado las salchichas y el puré de patatas.

Pero mi jefe siempre ha sabido recuperarse con facilidad y, cuando nos reunimos a última hora de la tarde, rebosaba optimismo.

—Esa visita a casa de Billings me trastornó, James, te lo confieso —dijo—. Pero he vuelto a revisar después algunos de mis casos y todos están mejorando notablemente. Eso levanta mucho la moral. Ea, déjame que te sirva una copa.

Abrió el armario sobre la repisa de la chimenea para sacar la botella de ginebra y, después de servir un par de copas, miró con aire benévolo a su hermano que aseaba la sala.

Tristán hacía de su tarea todo un espectáculo; recorría la alfombra con la aspiradora, arriba y abajo; enderezaba los almohadones; pasaba el trapo del polvo sobre los muebles... Suspiraba y jadeaba por el esfuerzo mientras lo hacía, la viva imagen de un criado agotado. Sólo necesitaba una cofia y un delantalito para completar el cuadro.

Terminamos la copa y Siegfried se enfrascó en el *Veterinary Record* mientras empezaba a llegarnos de la cocina un aroma muy sabroso. Serían las siete cuando Tristán asomó la cabeza por la puerta.

—La cena está en la mesa —dijo.

Mi jefe soltó el *Record*, se levantó y se desperezó generosamente.

—¡Caray, y bien dispuesto que estoy además!

Le seguí al comedor y casi me di de narices con su espalda cuando él se detuvo bruscamente. Miraba con incredulidad la fuente en medio de la mesa.

—¡No serán otra vez esas condenadas salchichas y puré de patatas! —aulló.

Tristán se frotaba un pie con el otro, vacilante.

—Pues sí... son muy buenas, en verdad.

—¡Muy buenas! ¡Ya empiezo a tener pesadillas con este asqueroso plato! ¿No sabes guisar otra cosa?

—Bueno, ya te lo dije —Tristán parecía herido—. Te dije que sabía hacer salchichas y puré de patatas.

—¡Sí, eso dijiste! —vociferó su hermano—, ¡pero no dijiste que lo único que sabías guisar eran salchichas y puré de patatas!

Tristán hizo un gesto que a nada le comprometía y Siegfried se sentó cansadamente a la mesa.

—Adelante, pues —suspiró—. Sírvelo y que el cielo nos ayude. —Tomó un pequeño bocado del plato, luego se cogió el estómago y emitió un quejido ronco—. Esto me está matando. No sé si volveré a ser el mismo después de esta semana.

El día siguiente se inició de modo dramático. Acababa de levantarme de la cama y estaba cogiendo la bata cuando una explosión agitó la casa. Un “¡PUM!” espantoso que sonó como un viento poderoso por pasillos y habitaciones, haciendo temblar las ventanas y dejando un silencio horrible a su término.

Salí a toda prisa al descansillo y tropecé con Siegfried que me miró con ojos desorbitados por un instante antes de bajar las escaleras al galope tendido.

En la cocina, Tristán estaba caído de espaldas entre un montón de sartenes y platos. Varias tiras de bacón y unos cuantos huevos revueltos adornaban el suelo.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Siegfried a gritos.

Su hermano le miró con cierto desinterés.

—En realidad no lo sé. Estaba encendiendo el fuego y hubo una explosión “¡Bang!”.

—¿Encendiendo el fuego?

—Sí, he tenido alguna dificultad estas dos últimas mañanas. La cocina no tira bien. Creo que habrá que deshollar la chimenea. Estas casas viejas...

—Sí, sí —le cortó bruscamente Siegfried—, lo sabemos, pero ¿qué demonios pasó?

Tristán se incorporó hasta quedar sentado. Incluso entonces, entre aquellos restos y con la cara manchada de hollín conservaba su pose.

—Pensé que podría apresurar un poquito las cosas. —(Su mente ágil siempre estaba buscando el medio de ahorrar energía)—. Moje un trozo de algodón en éter y lo metí ahí.

—¿Éter?

—Claro, es inflamable, ¿no?

—¡Inflamable! —a Siegfried casi se le salían los ojos de las órbitas—. ¡Es condenadamente explosivo! ¡Lo que me sorprende es que no volaras todo el edificio!

Tristán se levantó limpiándose la suciedad.

—Bueno, no importa. Pronto tendré preparado el desayuno.

—Olvídate de eso. —Siegfried inspiró profunda y temblorosamente, luego se acercó a la lata de pan, sacó una pieza y empezó a cortarla a rebanadas—. El desayuno está en el suelo y, de todos modos, para cuando hayas limpiado todo este lío, nos habremos ido. ¿Te parece bien pan y mermelada, James?

Salimos juntos de nuevo. Mi jefe había ordenado a Ken Billings que retrasara la comida de los terneros hasta que llegáramos allí, a fin de que pudiésemos presenciar el proceso.

No fue una feliz llegada. Los dos terneros enfermos habían muerto, y en los ojos del granjero se leía la desesperación.

Las mandíbulas de Siegfried se apretaron rígidas un instante; luego hizo un gesto con la mano.

—Por favor, adelante, señor Billings, quiero ver cómo comen.

El pienso estaba siempre a disposición de los animales, pero ambos observamos con intensidad cuando el granjero echó la leche en los pozales y los terneros empezaron a beber. Era indudable que el pobre hombre había perdido toda esperanza; sus modales típicos revelaban que no tenía demasiada fe en este último intento.

Ni yo tampoco, pero Siegfried se paseaba arriba y abajo como una pantera enjaulada como aguardando a que sucediera algo. Los terneros alzaban inquisitivamente el morro manchado de leche cuando él se inclinaba sobre ellos, pero no podían darle de aquel suceso más explicaciones que yo.

Contemplé la larga fila de casillas. Aún quedaban más de treinta terneros en aquel edificio y me sobrecogió la horrible idea de que todos podían contagiarse. Todavía estaba rechazándola cuando Siegfried apuntó con el índice a uno de los cubos.

—¿Qué es eso? —gruñó.

El granjero y yo nos inclinamos y vimos algo negro y circular, de pocos centímetros, que flotaba en la superficie de la leche.

—Un poco de estiércol que habrá caído ahí, no sé cómo —murmuró el señor Billings—. Lo sacaré —y metió la mano en el cubo.

—No, déjeme a mí. —Siegfried lo levantó con todo cuidado, lo sacudió para librarle de la leche y lo estudió con interés.

—Esto no es porquería —murmuró—. Mire, es una cosita cóncava, como una copa. —Frotó el borde entre el pulgar y el índice—. Le diré lo que es: una costra. ¿De dónde diablos ha venido? —Empezó a examinar la cabeza y el cuello del ternero, luego se quedó muy quieto al tocar la superficie de las puntas en que crecerían los cuernos—. Esta superficie está quebrada. Vea a dónde pertenece la costra. —Puso meticulosamente el pedacito que encontrara; se ajustaba a la perfección.

El granjero se encogió de hombros.

—Bien, eso tiene una explicación muy fácil. Les desmoché los cuernos a los terneros hace unos quince días.

—¿Qué utilizó, señor Billings? —la voz de mi colega era suave.

—¡Oh, una cosa nueva! Feller iba vendiéndola por ahí. Sólo hay que pintarlos... es mucho más fácil que con la barra cáustica.

—¿Tiene la botella?

—Sí, está en la casa. Se la traeré.

Cuando el granjero volvió, Siegfried leyó la etiqueta y me pasó la botella.

—Manteca de antimonio, Jim. Ahora lo sabemos.

—Pero... ¿qué es lo que sabe? —preguntó el granjero desconcertado.

Siegfried le miró con simpatía.

—El antimonio es un veneno mortal, señor Billings. ¡Oh, sí!, quema los extremos de los cuernos, desde luego, pero si se mezcla con la comida... ya está.

El granjero abrió los ojos de asombro.

—¡Claro, maldita sea!, y cuando bajan la cabeza para beber, se les caen las costras.

—Exactamente —dijo Siegfried— o tal vez ellos mismos se rascan el nacimiento de los cuernos en los lados del cubo. De todas maneras, asegurémonos de que los demás están bien.

Examinamos a todos los terneros, quitándoles las costras letales y limpiándoles el testuz a fondo y, cuando al fin nos marchamos, comprendimos que el breve, pero penoso episodio de los terneros de Billings quedaba terminado.

Ya en el coche mi colega apoyó los codos en el volante y fue conduciendo con la barbilla entre las manos. A menudo lo hacía cuando estaba de ánimo meditabundo, y nunca dejaba de enervarme.

—James —dijo—, jamás había visto antes nada parecido. Realmente es un caso para el libro.

Y sus palabras fueron proféticas pues, ahora que lo estoy escribiendo, me doy cuenta de que no ha vuelto a repetirse en los treinta y cinco años transcurridos desde entonces.

En Skeldale House nos separamos para seguir caminos distintos. Tristán, ansioso sin duda de redimirse después del comienzo tan explosivo, estaba trabajando con la fregona y el cubo, lavando el corredor con el celo de uno de los marineros de Nelson.

Pero en cuanto Siegfried se largó en el coche su actividad cesó bruscamente. Al salir de casa con los bolsillos llenos del equipo necesario para la ronda, miré hacia la sala y vi al joven tumbado en su sillón favorito.

Entré y observé con sorpresa que había una sartén de salchichas equilibrada sobre las brasas de la chimenea.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Tristán encendió un Woobdine, agitó el *Daily Mirror* y apoyó los pies en otro sillón.

—Estoy preparando el almuerzo, viejo.

—¿Aquí?

—Sí, Jim. Ya he tenido bastante de esa cocina; allí no hay comodidades. Y además está lejísimos del comedor.

Miré aquel cuerpo relajado.

—Supongo que no hace falta preguntar cuál es el menú.

—En absoluto, muchacho —Tristán alzaba la vista del periódico con una sonrisa seráfica.

Estaba a punto de salir cuando se me ocurrió otra cosa.

—Y ¿dónde están las patatas?

—En la chimenea.

—¿En el fuego?

—Sí, las he metido ahí un ratito para que se asen. Saben deliciosamente si se preparan así.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro, Jim. Ya verás... te encantará mi modo de cocinar.

No volví hasta casi la una. Tristán no estaba en la sala, pero una nube de humo pendía en el aire y un tufo, como el de una hoguera de malas hierbas, me llegó a la nariz.

Encontré al joven en la cocina. Todo su *savoir faire* se había desvanecido y ahora luchaba desesperado con un montón de esferas negras como el carbón.

Le miré.

—Y esas cosas ¿qué son?

—¡Las malditas patatas, Jim! Me dormí un ratito y, ya ves lo que ocurrió.

Partió una en redondo. En el centro de aquel pedazo de carbón distinguí un poquito de materia blanca, al parecer todo lo que quedaba del tubérculo original.

—¡Diablos, Triss! ¿Qué vas a hacer?

Me lanzó una mirada de pánico.

—Sacar los centros y majarlos. Es todo lo que PUEDO hacer.

Me negué a ver aquello. Subí al otro piso, me di un baño y ocupé mi lugar a la mesa del comedor. Siegfried ya estaba sentado y comprendí que el pequeño triunfo de la mañana le había alegrado. Me saludó con jovialidad.

—James, lo de Billings fue un caso extrañísimo, ¿verdad? ¡Qué gusto haberlo resuelto al fin!

Pero su sonrisa se desvaneció en cuanto apareció Tristán y colocó las fuentes ante él. En una se veían las inevitables salchichas, pero la otra contenía una masa amorfa y gris, profusamente manchada de corpúsculos negros de diversos tamaños.

—¡En el nombre de Dios! —dijo Siegfried con una serenidad notable—, ¿qué es esto?

Su hermano tragó saliva.

—Salchichas y puré de patatas —dijo sin inmutarse.

El otro lanzó una fría mirada.

—Me refiero a esto —y señalaba aquella masa oscura.

—Bueno, las patatas... —Tristán se aclaró la garganta—, se quemaron un poquito.

Mi jefe no hizo comentario alguno. Con una calma que nada bueno aseguraba se sirvió parte del “puré” en el plato, tomó el tenedor y empezó a masticar lentamente. Una o dos veces hizo una mueca cuando algún pedacito de carbón acababa de desmenuzarse entre sus muelas; luego cerró los ojos y tragó.

Por unos segundos quedó inmóvil; de pronto se cogió el estómago con ambas manos, gimió y se puso de pie de un salto.

—¡No, ya basta! —gritó—. ¡No me importa investigar los envenenamientos en las granjas, pero me opongo a que me envenenen en mi propia casa! —Se apartó de la

mesa dirigiéndose a la puerta—. Me voy a almorzar a Las Armas de Drovers.

Al salir le venció otro espasmo. De nuevo se apretó el estómago se volvió a mirarme.

—¡Y ahora sé exactamente cómo se sentían aquellos pobres terneros!



7

Supongo que fue una ligera desconsideración por mi parte el acercar tanto mi escalpelo brillante a los botones de la bragueta de Rory O'Hagan.

Recordé este incidente al sentarme en mi habitación en St. John's Wood a leer el *Diccionario de Veterinaria*, de Black. Era un volumen muy grueso para andar llevándolo de un lado a otro y mis compañeros de la RAF solían meterse conmigo a propósito de aquella "edición de bolsillo", pero me había propuesto seguir leyendo en los momentos libres a fin de recordar mi verdadera vida.

Había llegado a la letra "C" y, al tropezar con la palabra "Castración", me acordé de Rory.

Yo estaba castrando cerdos. Me aguardaban varias lechigadas, tenía mucha prisa y no advertí el temor creciente de aquel joven irlandés, trabajador de la granja. Su jefe, también joven, cogía a los pequeños animales y se los entregaba a Rory, que los sostenía cabeza abajo, sujetos entre sus muslos, las patas de los cerdos muy separadas, y cuando yo hacía rápidamente una incisión en el escroto y sacaba los testículos, mi escalpelo casi le rozaba la tela áspera de sus pantalones.

—¡Por el amor de Dios, tenga cuidado, señor Herriot! —dijo al fin aterrado.

Levanté la vista de mi trabajo.

—¿Qué ocurre, Rory?

—¡Fíjese en lo que hace con ese asqueroso cuchillo! Lo agita entre mis piernas como un auténtico piel roja. ¡Va a fastidiarme antes de que hayamos terminado!

—Sí, tenga cuidado, señor Herriot —gritó el joven granjero—. No vaya a castrar a Rory en vez de al cerdo. ¡Su mujer nunca se lo perdonaría! —Estalló en una alegre carcajada, el irlandés sonrió vergonzosamente y yo solté una risita.

Lo cual fue mi perdición, porque esa distracción momentánea hizo que la hoja me cortara el índice izquierdo. Aquel filo agudo como el de una cuchilla de afeitar se metió muy hondo, y un instante después todo el lugar parecía inundado de sangre. Pensé que jamás lograría detener la hemorragia. El fluido rojo saliendo a chorros a pesar de aplicarme una y otra vez todos los remedios que llevaba en el maletero del coche, y cuando al fin abandoné la granja, rodeaba mi dedo el vendaje más grande y más torpe que jamás se haya visto. Finalmente había tenido que aplicarme un puñado de algodón rodeado de una venda larguísima y de casi diez centímetros de anchura.

Ya era de noche cuando salí de la granja. Hacia las cinco de la tarde, a finales de diciembre, la luz se iba muy pronto y las estrellas empezaban a brillar en un cielo helado. Conducía lentamente, aquel dedo absurdo se proyectaba en ángulo recto desde el volante indicando el camino entre los faros como un guía. Estaba a un kilómetro de Darrowby poco más o menos, y ya las luces de la ciudad empezaban a parpadear entre las ramas desnudas de la carretera cuando se aproximó un coche, me adelantó, oí un ruido de frenos, paró en seco y empezó a retroceder.

Pasó de nuevo junto a mí, se echó a un lado y vi una mano que hacía señales frenéticas. Me detuve y un joven saltó del asiento del conductor y corrió hacia mí.

Metió la cabeza por la ventanilla.

—¿Es usted el veterinario? —Su voz era anhelante, dominada por el pánico.

—Sí.

—¡Oh, gracias a Dios! Pasábamos por aquí de camino a Manchester y estuvimos en su clínica... nos dijeron que había de venir por esta carretera... nos describieron su coche. ¡Por favor, ayúdenos!

—¿Qué le ocurre?

—Se trata de nuestro perro... en el asiento posterior del coche. Se le ha encajado una pelota en la garganta... Yo... yo creo que tal vez ha muerto ya.

Estaba fuera del asiento y corriendo por la carretera antes de que él hubiera terminado de hablar. Era un turismo blanco grande, y en la oscuridad del asiento posterior se oía un coro de gemidos procedente de unos niños cuyas cabecitas se recortaban contra el cristal.

Abrí la portezuela y los gemidos se transformaron en palabras.

—¡Oh, *Benny, Benny, Benny*...!

Apenas distinguí un perro muy grande extendido sobre las rodillas de cuatro niños pequeños.

—¡Papá! ¡Está muerto, está muerto!

—Saquémosle de ahí —susurré, y cuando el joven tiró de las patas anteriores yo sostuve el cuerpo que se deslizó y cayó sobre el asfalto con una dejadez horrible.

Palpé la forma peluda.

—¡Maldita sea, no veo nada! Ayúdeme a llevarle al otro lado.

Arrastramos aquel cuerpo que no oponía la menor resistencia ante la luz de los faros y entonces pude examinarlo. Un perro collie, precioso, enorme, en la flor de su

vida, con la boca abierta, la lengua colgante y los ojos mirando sin ver. No respiraba.

El joven padre le echó una mirada y luego se cogió la cabeza con ambas manos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Desde el interior del coche escuché los sollozos de su esposa y los gritos penetrantes del asiento posterior: “¡*Benny, Benny!*”.

Le agarré por el hombro y le grité:

—¿Qué dijo usted de una pelota?

—La tiene en la garganta... le he estado metiendo los dedos mucho rato pero no conseguí moverla —las palabras salían en un murmullo de aquella cabeza inclinada.

Metí los dedos en la boca y llegué a tocarla, ya lo creo. Una esfera de goma muy dura, no mucho mayor que una pelota de golf y clavada como un tapón en la faringe, bloqueando la tráquea con toda efectividad. Luché febrilmente con aquella superficie húmeda pero no había un punto que pudiera agarrar. Me llevó unos tres segundos comprender que ninguna ciencia humana podría sacar la pelota de ese modo así que, sin pensarlo más, abrí las manos, coloqué los pulgares en ángulo tras la mandíbula inferior y apreté.

La pelota salió bruscamente, rebotó en la carretera helada y rodó suavemente por el borde de la hierba. Toqué la superficie córnea de los ojos: no había reflejos. Me arrodillé acongojado por la dolorosa impresión de no haber tenido la oportunidad de hacer esto un poquito más pronto. La única tarea que me quedaba ahora era llevar el cuerpo a Skeldale House y enterrarlo. No iba a permitir que esta familia siguiera su viaje hasta Manchester con un perro muerto. Pero deseaba ardientemente poder hacer algo más y, cuando pasé la mano por aquella piel de hermosos colores que le cubría las costillas, mi dedo vendado y tieso parecía el símbolo de mi incapacidad.

Estando mirando tristemente ese dedo, con toda la mano apoyada en un espacio intercostal, sentí bajo la palma un temblor muy leve.

Me puse de pie, gritando bruscamente:

—¡El corazón late todavía! ¡No se ha muerto! —y me lancé a trabajar sobre el animal con todo lo que tenía. Lo cual, en la oscuridad de aquella carretera solitaria del campo, no era mucho. No había inyecciones estimulantes, ni balones de oxígeno, ni tubos intratraqueales. Pero yo le oprimía el pecho con las palmas cada tres segundos al viejo estilo, confiando en que el perro respirara, mientras sus ojos seguían sin ver nada. De vez en cuando le echaba el aliento desesperadamente por la garganta, o buscaba entre las costillas un latido casi imperceptible.

No sé qué fue lo que noté primero, si el ligero temblor de un párpado o el breve movimiento de las costillas que introdujo el aire helado de Yorkshire en sus pulmones. Tal vez ambas cosas sucedieran a la vez pero, a partir de ese momento, todo fue maravilloso, de ensueño. Perdí la cuenta del tiempo mientras seguía sentado allí viendo que la respiración se hacía profunda y regular, que el animal empezaba a tener consciencia de lo que le rodeaba; y cuando se puso a mirar en torno y a agitar el rabo tentativamente me di cuenta de pronto que yo estaba entumecido, casi helado.

Me puse de pie con cierta dificultad y miré incrédulo al collie, que ya se levantaba vacilante. El joven padre le llevó a la parte trasera del coche donde fue recibido con gritos de alegría.

El hombre parecía atónito. Durante toda la recuperación había seguido murmurando: “Usted se limitó a hacer saltar la pelota... sólo hizo que saltara... ¿Por qué no pensé en eso?”, y cuando se volvió a mirarme, antes de marcharse, parecía todavía en estado de shock.

—No sé... no sé cómo darle las gracias —dijo roncamemente—. Ha sido como un milagro. —Se apoyó en el coche por un segundo—. Y ahora, ¿cuáles son sus honorarios? ¿Qué le debo?

Me froté la barbilla. No había utilizado ninguna droga. Lo único que había empleado era mi tiempo.

—Cinco chelines —dije—, y no vuelva a dejarle jugar con una pelotita tan pequeña.

Me entregó el dinero, me estrechó la mano y se fue. Su esposa, que no había llegado a bajar del coche, me hizo un gesto con la mano al alejarse, pero mi mejor recompensa fue la última ojeada que pude echar al asiento posterior: unos bracitos en torno del perro, unos niños que le abrazaban con éxtasis y unos gritos de gratitud y gozo que se desvanecían en la noche:

“*Benny... Benny... Benny...*”.

Los veterinarios se preguntan a menudo, tras la recuperación del paciente, qué merito se les dará a ellos. Quizás: “Habría mejorado mucho más sin el tratamiento...” Ya había sucedido a veces; era difícil estar seguro.

Pero cuando uno sabe sin la sombra de una duda que, aunque no haya hecho nada extraordinario, ha recuperado a un animal del borde de la muerte y lo ha devuelto al mundo de los seres vivos, la satisfacción perdura, y es como un bálsamo contra las incomodidades y frustraciones de la práctica de un veterinario que viene a suavizarlo todo.

Sin embargo, en el caso de *Benny*, el episodio había tenido bastante de irreal. Ni siquiera había visto los rostros de aquellos niños felices, ni el de su madre, encogida en el asiento delantero. Tenía la vaga impresión del padre, pero éste había pasado la mayor parte del tiempo con la cabeza entre las manos. No le habría reconocido de haberme cruzado con él en la calle. Incluso aquel perro a la luz de los faros era un vago recuerdo.

Por lo visto la familia tenía la misma impresión porque, una semana más tarde, recibí una carta muy agradable de la madre. Se disculpaba por su cobardía en aquel momento, me daba las gracias por haber salvado la vida de su querido perro que ahora jugaba con sus hijos como si nada hubiera sucedido, y terminaba lamentando que ni siquiera me habían preguntado mi nombre.

Sí, había sido un episodio extraño y no sólo esas personas desconocían mi nombre sino que apostaría a que tampoco me reconocerían de verme de nuevo.

En realidad, recordando todo el caso, lo único que se destacaba clarísimo y sin equívocos eran mi gran dedo envuelto en blanco que había ocupado constantemente el centro de la escena, casi adquiriendo una personalidad propia. Estoy seguro de que eso era lo que la familia recordaba con mayor claridad acerca de mí, porque la carta de la madre comenzaba:

—Querido veterinario con el dedo vendado...



8

Mi estancia en Londres estaba llegando a su fin. Nuestras semanas de “doma” casi habían terminado, y esperábamos el aviso para ir al ITW.

El ambiente estaba cargado de rumores. Íbamos a ir a Aberystwyth, en Gales; demasiado lejos para mí. Yo prefería el norte. Luego íbamos a ir a Newquay, en Cornualles; peor todavía. Comprendía perfectamente que el nacimiento inminente del hijo del AC2 Herriot no podía influir en la estrategia general de la guerra, pero deseaba hallarme todo lo más cerca posible de Helen en aquel momento.

Aquella primera fase de Londres ha quedado algo confusa en mi memoria. Tal vez se deba a que todo era tan nuevo y tan distinto que resultaba difícil absorber a fondo esas impresiones, o quizá también a que casi siempre estaba agotado. Creo que todos estábamos cansadísimos. Muy pocos entre nosotros estaban acostumbrados a que les arrancaran de un sueño profundo a las seis de la mañana, todos los días, y a dedicar la jornada a una actividad física constante. Si no estábamos haciendo ejercicio era porque íbamos de marcha hacia los comedores, las clases, las conferencias. Yo llevaba varios años haciendo en coche todos mis desplazamientos, y me resultó muy penoso tener que descubrir de nuevo el uso de las piernas.

Había ocasiones también en que me preguntaba qué se proponían con todo aquello. Como los demás jóvenes habían supuesto que, tras unos cuantos preliminares rápidos, me vería ya sentado en un avión y aprendiendo a volar, pero, según resultó, eso era un fruto tan lejano que apenas se mencionaba. En el ITW habríamos de pasar meses aprendiendo navegación aérea, todos los principios del vuelo, morse y muchas cosas más.

Por algo sí me sentía muy agradecido: había aprobado el examen de matemáticas. Yo siempre había contado con los dedos, y aún sigo haciéndolo, y tan nervioso me había puesto la perspectiva del examen que había tomado unas cuantas clases con el profesor de cálculo de Darrowby antes de que me llamaran, recordando con horror todos aquellos problemas de mis días escolares sobre los trenes que se cruzaban a velocidades diferentes y el agua que entraba y salía de las bañeras. Pero había conseguido pasar por los pelos, y me sentía dispuesto a enfrentarme con lo que fuera.

Claro que recibí algún shock inesperado en Londres. Jamás había podido imaginar que me pasaría días y días limpiando las zahúrdas más asquerosas que viera en la vida. Alguien tuvo sin duda la idea de transformar todos los restos de comida de la RAF en costillas de cerdo y jamón y, naturalmente, eso nos daba muchísimo trabajo. Me dominaba una gran desilusión cuando, junto con otros aspirantes a pilotos, había de retirar la porquería de las pocilgas y limpiarlas hora tras hora.

Hubo otro momento en que tuve la misma sensación. Tres de nosotros decidimos ir al cine una noche. Nos costó mucho llegar hasta los primeros puestos de la cola para la cena, a fin de llegar a tiempo al principio de la película. En cuanto se abrieron las puertas del enorme comedor del Zoo fuimos los primeros en entrar, pero el sargento de cocina nos detuvo en la entrada con un: “Necesito tres voluntarios para lavar los platos; tú, tú y tú”, y se nos llevó.

Probablemente era un hombre de buen corazón porque nos dio un golpecito en el hombro cuando empezábamos a colocarnos con melancolía las grasientas ropas de trabajo.

—No lo lamentéis, muchachos —dijo—. Ya me cuidaré yo de que luego disfrutéis de una magnífica comida.

Se llevaron a mis compañeros no sé dónde y yo me encontré solo en una especie de mazmorra al final de un gran tubo metálico. Pronto empezaron a caer platos sucios por aquel tobogán. Mi trabajo consistía en retirar de ellos los restos de comida y transferirlos a un lavaplatos mecánico.

El menú de aquella noche era pastel de carne y patatas fritas, combinación que se me ha quedado grabada en mi memoria. Durante más de dos horas estuve de servicio mientras una corriente ininterrumpida de platos caía sobre mí, miles y miles de platos, cada uno con restos de pastel, un poco de salsa fría, y unas cuantas patatas pegadas a ella.

Cuando me afanaba de un lado para otro envuelto en aquel vapor grasiento, una cancioncita sonaba repetidamente en mi mente: la canción que Siegfried y yo habíamos entonado tantas veces mientras aguardábamos nuestro ingreso en la RAF, aquella letrilla popular que, en nuestra inocencia, suponíamos que representaba fielmente la nueva vida que nos esperaba.

Si yo tuviera alas
¡oh, qué gran diferencia supondría eso!

Todo el día estaría en el cielo, allá en lo alto,
hablando con los pájaros que pasaran junto a mí.

Pero en aquella caverna maloliente, el rostro, las manos, el pelo y los poros de mi cuerpo impregnados de pastel de carne y patatas, los pajaritos parecían estar muy lejos.

Sin embargo los platos empezaron a menguar al fin y por último dejaron de caer. El sargento entró muy sonriente y me felicitó por haber hecho un buen trabajo. Luego me acompañó al comedor, inmenso y totalmente vacío a excepción de mis dos camaradas. Ambos tenían una expresión extraña, ligeramente atónita y estoy seguro de que yo ofrecía el mismo aspecto.

—Sentaos aquí, muchachos —dijo el sargento. Ocupamos nuestro lugar, uno al lado del otro, en un ángulo de la mesa desnuda cuyo tablero se alargaba hasta perderse en la distancia—. Os dije que os daría una cena realmente estupenda, ¿no es verdad? Bien, pues aquí está —y puso tres platos, llenos a rebosar ante nosotros.

—Ahí lo tenéis —dijo—. Pastel de carne y patatas fritas; ¡ración doble!

Creo que al día siguiente habría podido sentirme más desilusionado que nunca, pero las noticias del correo borraron cualquier otra impresión. Parecía demasiado bueno para ser verdad... ¡me iba a Scarborough! Ya había estado allí y sabía que era un lugar maravilloso, en la costa, pero no era esa razón únicamente la que me hacía tan feliz. Es que además estaba en Yorkshire.



9

Cuando dejamos la estación para entrar ya en las calles de Scarborough, apenas podía creer que me hallaba de regreso en Yorkshire. Ahora bien, si aún quedaba alguna duda en mi mente pronto se disipó al aspirar por primera vez aquel aire frío y saludable. Ni siquiera en invierno no me había atraído el aire suave de Londres, entrecerré los ojos al notar cómo aquella bocanada deliciosa bajaba hasta mis pulmones.

Por supuesto, estaba helado. Yorkshire es un lugar muy frío y aún podría recordar el impacto que sentí al comienzo de mi primer invierno en Darrowby.

Ocurrió después de la primera nevada, cuando hube de conducir el coche tras las máquinas quitanieves, marchando a saltos bruscos sobre los blancos montones hasta llegar a la puerta del viejo señor Stokill. Con los dedos sujetando aún la manilla de la portezuela miré por la ventanilla el nuevo mundo que se extendía a mis pies. La manta blanca cubría toda la ladera de la colina y envolvía los tejados de la vivienda y de los edificios exteriores de la granja. Tan espesa era que llegaba a transformar el paisaje familiar, los muros de piedra que bordeaban los campos, el río en el valle inferior, convirtiendo toda la escena en algo desconocido y apasionante.

Pero la emoción que sintiera ante tan extraña belleza se borró de golpe en cuanto bajé y me atacó el viento. Era una corriente ártica que venía del este y que aún bajaba unos cuantos grados más al entrar en contacto con aquella superficie blanca y helada. Llevaba yo un abrigo muy grueso y guantes de lana, pero el viento lograba abrirse paso hasta mis huesos. Me apoyé jadeante contra el coche hasta acabar de

abrocharme el abrigo bajo la barbilla, luego luché por avanzar hacia el punto en que la puerta del muro temblaba y se balanceaba, a impulsos del viento. Conseguí abrirla y, nada más cruzarla, se me helaron los pies.

Al dar la vuelta a la esquina del establo encontré al señor Stokill que apilaba el estiércol en un montón dejando un reguero marrón sobre la blancura del suelo.

—Bien, bien —murmuró sin que sus labios soltaran un cigarrillo medio consumido. Tenía más de setenta años, pero aún manejaba solo la propiedad. En una ocasión me contó que había trabajado como obrero en una granja durante treinta años por seis chelines al día y que, sin embargo, aún se las había arreglado para ahorrar lo suficiente y comprar su propiedad. Tal vez por eso no quería compartirla.

—¿Qué tal está, señor Stokill? —dije. Pero justo en ese instante el viento atravesó el patio con furia cortándome el rostro como un cuchillo y dejándome sin aliento, por lo que me volví involuntariamente de espaldas con un sonoro—: ¡Aaaay!

El viejo granjero me observó sorprendido, luego echó una mirada en torno como si de pronto se diera cuenta del tiempo que hacía.

—Sí, sopla un poquito esta mañana, muchacho. —Las chispas saltaban del extremo del cigarrillo cuando se inclinó de nuevo sobre la horquilla.

No parecía estar demasiado protegido contra el frío. Llevaba un sobretodo ligero de color caqui sobre un chaleco viejo de la marina, indudablemente parte —en tiempos— de su mejor traje, y la camisa, sin cuello, ni siquiera estaba cerrada bajo la nuez. Aquel rastrojo blanco que era su barba suponía un reproche para mis veinticuatro años, por lo que de pronto me sentí un tipo de la ciudad, blandengue e inadecuado.

El viejo clavó la horquilla en el montón de estiércol y se dirigió hacia los edificios.

—Tengo hoy unos cuantos casos interesantes para usted. Aquí está el primero.

Abrió una puerta y entré agradecido en aquel ambiente dulce de calor bovino en el que unos cuantos bueyes jóvenes de pelaje espeso estaban hundidos hasta los corvejones en la paja.

—Éste es el que quiero que vea —dijo, señalando uno de color roano oscuro que mantenía una pata doblada—. Ha estado así, sobre tres patas durante un par de días. Supongo que tiene pestilencia.

Me dirigí hacia el pequeño animal pero éste salió corriendo y a una velocidad que desmentía cualquier dolencia.

—Tendremos que cogerle en el pasaje, señor Stokill —dije—. ¿Quiere abrir la puerta?

Una vez corridas a un lado las groseras tablas me metí tras el novillo y le envié hacia la abertura. Al principio pareció dispuesto a entrar en el pasadizo pero, ya en la puerta, se detuvo, lo miró y echó a correr. Galopé unas cuantas veces por el corral tras él, luego lo intenté de nuevo; el resultado fue el mismo. Al cabo de media docena de intentonas ya no tenía frío. Apuesto a que perseguir al ganado joven es el remedio

supremo para entrar en calor, y ya me había olvidado de aquel mundo implacable del exterior. Y comprendía que aún iba a sudar más, porque aquel animal estaba empezando a disfrutar del juego, y pateaba con todas sus fuerzas haciendo cabriolas después de cada intento.

Me puse las manos en las caderas, aguardé hasta haber recuperado el aliento y me volví al granjero.

—Es inútil. Jamás entrará ahí —dije—. Tal vez fuera mejor si probáramos a sujetarle con una cuerda.

—No, muchacho, no hay necesidad de eso. Ya lo creo que lo haremos pasar. —El viejo se dirigió a un extremo del corral y regresó con un puñado de paja limpia. La repartió generosamente por el umbral de la puerta y todo el pasaje, luego se volvió a mí—. Ahora envíelo hacia aquí.

Le clavé el dedo en el flanco y él trotó hacia adelante, cruzó sin vacilar entre los postes y se metió en el pasaje.

Sin duda el señor Stokill observó mi aire de desconcierto.

—Sí, es que no le gustaba el aspecto de esos adoquines. Una vez estuvieron cubiertos, ya no le importó.

—Sí... sí... comprendo —y seguí al buey lentamente.

En realidad sí sufría pestilencia en una pata, y ese término medieval obedece al mal olor del tejido necrótico que se forma entre las hendiduras de la pezuña. Pero yo no tenía antibióticos ni sulfamidas con que tratarle. Ahora resulta muy agradable y muy fácil dar una inyección sabiendo que la bestia estará sana en un par de días. Pero todo cuanto podía hacer entonces era limpiar a fondo aquella pata trasera, cubrir la pezuña infectada con una mezcla burda de sulfato de cobre y alquitrán, y rematarlo con un algodón envuelto en un vendaje muy apretado. Cuando hube terminado me quité la chaqueta y la colgué en un clavo. Ya no la necesitaba.

El señor Stokill miró con aprobación mi obra.

—Estupendo, estupendo —murmuró—. Ahora tenemos unos cerditos en esa zahúrda con un poco de diarrea. Quiero que les pinche con su jeringuilla.

Teníamos varias vacunas E coli que en ocasiones sí servían en estos casos, de modo que entré esperanzado en la pocilga. Pero salí a toda prisa porque la madre no aprobaba que un desconocido se metiera entre su prole, y se vino contra mí con la boca abierta y gruñendo de modo amenazador. Era tan grande como un burro y, cuando aquellas mandíbulas cavernosas, con grandes dientes amarillos, me rozaron en un muslo, comprendí que había llegado el momento de largarse. Salté rápidamente al patio y cerré de golpe a mis espaldas.

Miré la zahúrda con aprensión.

—Tendremos que sacarla de ahí antes de que pueda hacer algo, señor Stokill.

—Sí, tiene razón, joven; yo la sacaré —y se dispuso a entrar.

Levanté la mano.

—No, aguarde. Lo haré yo. —No podía permitir que este viejecito frágil entrara allí y fuera tal vez derribado o pisoteado. Miré en torno buscando algún medio de protección. Había una pala vieja apoyada en la pared, y la cogí.

—Abra la puerta, por favor —dije—. Pronto la tendré fuera.

Una vez más en el interior de la pocilga sostuve la pala ante mí y traté de dirigir a la cerda hacia la puerta. Pero aunque intentaba golpearle en el trasero todo era inútil; siempre estaba frente a mí con la boca abierta y gruñendo mientras yo daba vueltas. Cuando cogió la hoja de la pala entre sus dientes y empezó a doblarla, lo di todo por concluido.

Al salir de la zahúrda vi que el señor Stokill arrastraba un objeto de gran tamaño sobre las losas del corral.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un cubo de basura —contestó el viejo.

—¡De basura! ¿Qué diablos...?

No dio más explicaciones y entró en la zahúrda. Cuando la cerda se lanzó contra él le dejó meter la cabeza en el cubo, luego, inclinándose, la hizo retroceder de espaldas hacia la puerta abierta. El animal estaba indudablemente desconcertado. Sintiéndose metida de pronto en aquel lugar extraño y oscuro, intentaba naturalmente salir de él, y todo lo que el granjero había de hacer era guiarla.

Antes de que supiera lo que pasaba ya estaba fuera en el patio. El viejo le quitó tranquilamente el cubo y me hizo unas señas.

—Listo, señor Herriot; puede entrar ahora.

Le había costado veinte segundos.

Bien, era un alivio, y, de todas maneras, ahora ya sabía lo que debía hacer. Levantando la chapa de hierro ondulado que el granjero había preparado, me metí entre los cerditos. Los acorralaría en un rincón y el trabajo quedaría terminado en un instante.

Pero la irritación de su madre se había contagiado a toda la familia. Era una gran lechigada y los dieciséis saltaban en torno de mí como caballos de carreras de color rosa. Perdí muchísimo tiempo lanzándome frenético en su persecución, bajando de repente la chapa de hierro sólo para ver que la mitad se me escapaba por el otro extremo. Y así podría haber seguido indefinidamente de no haber notado un golpecito amable en el brazo.

—Calma, joven, calma. —El viejo granjero me miraba con dulzura—. Si usted deja de perseguirlos se pararán. Espere un minuto.

Bastante falto de aliento me puse a su lado y oí cómo hablaba a los pequeños.

—Chis, chis, chis... —murmuraba sin moverse—. Chis, chis, chis...

Los cerditos pasaron de galope furioso al trote, luego, como si estuvieran controlados por telepatía, se pararon todos a la vez y se reunieron en un grupito rosado en un rincón.

—Chis, chis —dijo el señor Stokill en tono de aprobación avanzando casi imperceptiblemente con la chapa—. Chis, chis...

Sin la menor prisa colocó la tira metálica ante el ángulo y apoyó el pie en la parte inferior.

—Ahora afirme usted bien la bota contra ese otro extremo, y ya los tenemos —dijo serenamente.

Con eso, la inyección de los cerditos fue cuestión de pocos minutos. El señor Stokill no me dijo nada de: “Le estoy enseñando un par de trucos, ¿no?”. No había la menor insinuación de triunfo ni de presunción en aquellos ojos viejos y serenos. Todo lo que dijo fue:

—¡Cuánto trabajo le estoy dando esta mañana, joven! Ahora quiero que vea una vaca. Tiene un guisante en la teta.

Esos “guisantes” y demás obstrucciones en las tetas eran cosas muy comunes en los días del ordeño a mano. Algunos eran cálculos de leche que allí flotaban, otros, pequeños tumores pedunculares, o una herida en el tejido de la teta. Cualquier tipo de cosas. Era todo un campo para la práctica y me acerqué a la vaca muy interesado.

Pero no había avanzado mucho cuando ya el señor Stokill me ponía la mano en el hombro.

—Un minuto, señor Herriot, no le toque la teta todavía o le coceará. Es una perra asquerosa. Espere un minuto hasta que la ate.

—De acuerdo —dije—, pero déjeme hacerlo a mí.

Vaciló.

—Creo que yo debería...

—No, no, señor Stokill, es totalmente innecesario. Sé bien cómo librarme de que me patee una vaca —dije con gran presunción—. Por favor, deme esa cuerda.

—Pero... es un mal bicho... cocea como un caballo. Es muy buena lechera, pero...

—No se preocupe —dije sonriendo—. Yo pondré fin a su diversión.

Empecé a desenrollar la cuerda. Me resultaba grato demostrar que conocía el modo de manejar a los animales, aunque me hubiera graduado hacía pocos meses. Y suponía una gran diferencia que le dijeran a uno que la vaca coceaba antes, y no después, del trabajo. En una ocasión una vaca me hizo volar por los aires hasta el otro extremo del establo y, cuando me levanté, el granjero dijo sin la menor emoción: “Sí, siempre tiene esa costumbre”.

Desde luego, era agradable que le avisaran a uno.

Pasé la cuerda en torno al cuerpo del animal por delante de la ubre, y tiré haciendo un nudo corredizo. Como me enseñaron en la facultad. Era una Shorthorn de un rojo brillante, la cabeza muy peluda, y me miró con ojos pensativos cuando me incliné.

—De acuerdo, bonita —dije para tranquilizarla, buscando bajo el cuerpo y cogiéndole suavemente la mamá. Saqué unos chorritos de leche y luego algo bloqueó

el conducto. ¡Ah, sí! allí estaba, muy grande y suelto... Tuve la convicción de que lograría sacarlo por el orificio sin cortar el esfínter.

La agarré con fuerza, apreté un poco más e inmediatamente una pezuña se alzó como un látigo y me dio con gran ímpetu en la rodilla. Es un lugar especialmente doloroso para que te aticen en él, y por algún tiempo me dediqué a saltar a la pata coja por el establo maldiciendo en fervientes susurros.

El granjero seguía ansiosamente mis movimientos.

—¡Caray, lo siento... señor Herriot! Es una mierda de vaca. Permítame que yo... Alcé la mano.

—No, señor Stokill. Ya la tengo atada. Lo que ocurre es que no le apreté bastante, eso es todo —volví al animal, solté el lazo y se lo ató de nuevo, apretando hasta que casi me saltaron los ojos. Cuando hube terminado su abdomen estaba muy alto y tan metido como el de una dama victoriana de cintura de avispa.

—Esto te arreglará —gruñí y me lancé de nuevo al trabajo. Unos chorritos de leche y aquello volvió a salir por el extremo de la teta, un objeto blanco y rosado que asomaba por el orificio. Un poco más de presión y lo pescaría con la aguja hipodérmica que ya tenía dispuesta. Inspiré a fondo y apreté.

Esta vez me dio en plena espinilla. La vaca no había podido llegar tan arriba como la primera vez, pero fue igual de doloroso. Me senté en un taburete de ordeñar, me levanté la pernera del pantalón y examiné la tirita de piel que colgaba como un diploma de pergamino al final de la profunda raspadura que me dejara la pezuña.

—Bueno, bueno, ya ha sufrido bastante, joven. —El señor Stokill le quitó la cuerda y me miró con consideración—. Los métodos corrientes no sirven con ésta. Tengo que ordeñarla dos veces al día y la conozco muy bien.

Tomó una buena tira de cuerda de arado —muy estropeada por los años— y la pasó en torno al corvejón de la vaca. Metió el otro extremo por una anilla en el muro del establo. La cuerda quedó tensa, estirando ligeramente la pata hacia atrás. El viejo asintió.

—Pruebe ahora.

Con impresión de fatalidad cogí de nuevo la teta. Y fue como si la vaca supiera que estaba derrotada. No llegó a moverse aunque yo trabajé a fondo hasta librarla de la molesta obstrucción. La verdad es que no podía hacer nada al respecto.

—¡Ah!, gracias, muchacho —dijo el granjero—. Arregladito. Y ¡vaya si le molestaba eso! No sabía lo que era. —Levantó un dedo—. Y ahora, un último trabajo para usted. Una vaquilla con dolor de estómago, supongo. La vi anoche, y estaba un poco hinchada. Está en un edificio exterior.

Me puse el abrigo y salimos, y en ese mismo punto el viento nos acogió con júbilo salvaje. Cuando me atacó aquella ráfaga cortante como un cuchillo helándome la nariz y haciendo que me saltaran las lágrimas, me refugié de nuevo en el establo.

—¿Dónde está esa vaquilla? —pregunté, jadeante.

El señor Stokill no respondió de inmediato. Estaba encendiendo otro cigarrillo, indiferente al parecer a los elementos. Cerró con fuerza un viejo encendedor de cobre y señaló con un giro de pulgar:

—Al otro lado del camino. Allá arriba.

Seguí su gesto sobre los muros de piedra enterrados bajo la nieve, más allá del estrecho camino que quedaba entre los montones de nieve dura retirados por la máquina y por la colina muy empinada que, bajo su manto uniforme de inmaculada blancura, se unía allá en lo alto a un cielo plomizo. Un manto uniforme, sí, a excepción de un pequeño granero, un edificio de piedra gris apenas visible en aquella extensión barrida por el viento, a cientos de metros de altura, donde la colina terminaba en el páramo superior.

—Lo siento —dije, aún encogido contra la pared—, no la veo.

El viejo, tan tranquilo a pesar del ataque de viento, me miró sorprendido.

—¿Que no? ¡Vaya, pues ese granero es bastante grande para que pueda verlo!

—¿El granero? —yo señalaba hacia lo alto con un índice tembloroso—. ¿No pretenderá decir ese edificio? ¡No estará allí la vaquilla!

—Pues sí. En esos lugares se refugian muchos animales jóvenes y allí los dejo.

—Pero... pero... —tartamudeaba ahora— nunca llegaremos allí. ¡La nieve tiene más de un metro de profundidad!

Lanzó el humo con todo placer por la nariz.

—Claro que llegaremos, no se apure. Espéreme un segundo.

Desapareció en la cuadra y unos momentos después eché una ojeada a su interior. Estaba poniéndole la silla a un grueso caballo castaño y, mientras le miraba, sacó al animal, se subió con cierta dificultad a una caja y se montó.

Se volvió y me hizo un gesto alegre.

—Bien, vamos, adelante. ¿Lleva usted su equipo?

Desconcertado me llené los bolsillos. Una botella de mixtura contra la timpanitis, una troca y una cánula, un paquete de genciana y nuez vómica. Pero lo hacía con la convicción sombría de que no habría modo alguno de llegar a lo alto de esa colina.

Al otro lado del camino se había abierto una brecha y el señor Stokill pasó por ella a caballo. Le seguí alzando la vista desesperado a la salvaje extensión de suave blancura que se iniciaba ante nosotros.

El señor Stokill se volvió en la silla.

—Cójase a la cola —dijo.

—¿Cómo dice?

—Que se agarre a la cola del caballo.

Como en un sueño tomé entre mis dedos aquellos pelos tiesos.

—No, con las dos manos —insistió el granjero pacientemente.

—¿Así?

—Estupendo, muchacho. Ahora, no se suelte.

Chasqueó la lengua, el caballo se lanzó resueltamente hacia delante y yo también.

¡Y fue muy fácil! El mundo parecía ir bajando a nuestros pies mientras subíamos y, echándome atrás, disfruté realmente de ello, observando primero el pequeño valle que se abría ante mis ojos, y luego incluso el valle principal, con sus grandes montañas que se elevaban blancas y redondeadas por la nieve hacia las nubes oscuras.

Ya en el granero el granjero desmontó.

—¿Todo va bien, joven?

—Muy bien, señor Stokill.

Cuando entraba tras él en el pequeño edificio sonreía para mis adentros. Este viejo me había contado en una ocasión que tuvo que abandonar para siempre la escuela a los doce años, mientras que yo había pasado la mayor parte de mis veinticuatro estudiando. Sin embargo, al repasar la última hora transcurrida, sólo podía llegar a una conclusión.

Él sabía muchísimo más que yo.



10

Esas Navidades estuve muy acompañado, desde luego. Nos alojábamos en el Gran Hotel, un edificio enorme de estilo victoriano que dominaba a Scarborough con el esplendor de sus torrecillas desde una eminencia sobre el mar, y el gran comedor estaba abarrotado de varios centenares de cadetes de aviación. La férrea disciplina se había relajado durante unas cuantas horas a fin de que corriera libremente el espíritu de la Navidad.

Éstas eran tan distintas de las otras Navidades que yo había conocido que supongo debían haber quedado como un hito en mi memoria, pero sé que mi mejor recuerdo de Navidad estará siempre unido a cierta gatita.

La vi por primera vez cuando me llamaron para que atendiera a uno de los perros de la señora Ainsworth, y al entrar en su salón, miré con cierta sorpresa a una peluda criatura negra sentada ante el fuego.

—No sabía que tuviera un gato —dije.

—Y no tenemos gato. Ésta es *Debbie*.

—¿*Debbie*?

—Sí, por lo menos ése es el nombre que le hemos dado nosotros. Es una callejera. Viene aquí dos o tres veces a la semana y le damos de comer. No sé dónde vive, pero supongo que se pasa la mayor parte del tiempo en los alrededores de una de las granjas, allá en la carretera.

—¿Le ha dado la impresión de que quiere quedarse con usted?

—No. —La señora Ainsworth agitaba la cabeza—. Es bastante tímida. Se limita a entrar en la casa, a comer algo y largarse enseguida. Hay algo en ella que me resulta

atractivo, pero creo que no desea que yo ni nadie entremos en su vida.

Miré de nuevo a la gatita.

—Pero hoy no está comiendo nada.

—Es cierto. Tiene gracia pero, de vez en cuando, se desliza hasta el salón y se sienta durante unos minutos junto al fuego. Es como si se estuviera permitiendo un lujo.

—Sí... comprendo lo que quiere decir. —Indudablemente había algo extraordinario en la actitud del animalito. Estaba sentada muy tiesa sobre la gruesa alfombra extendida ante la chimenea, en la que los troncos despedían unas grandes llamas. No hacía el menor intento por enroscarse, ni se dedicaba a su aseo; sólo miraba con serenidad al frente. Pero había algo en aquel pelo cubierto de polvo, y en su aspecto medio salvaje, que me dio una pista. Esto era un acontecimiento especial en su vida, algo raro y maravilloso, y estaba aprovechando al máximo un lujo que no podía soñar en su existencia diaria.

Mientras la observaba dio la vuelta, cruzó el salón sin hacer el menor ruido y desapareció.

—Esto es lo que ocurre siempre con *Debbie* —se echó a reír la señora Ainsworth—. Nunca se queda más de diez minutos, y luego se larga.

Era una mujer regordeta de rostro agradable, de unos cuarenta años, y la clase de cliente con que sueñan los cirujanos veterinarios: rica, generosa, y dueña de tres perros basset muy mimados. Sólo hacía falta que se agudizara un poco la expresión melancólica habitual de uno de sus perros para alarmarse y llamarme a toda prisa. Uno de los basset había levantado hoy la pata y se había rascado la oreja un par de veces, y eso había bastado para que su dueña corriera al teléfono muy alarmada.

De modo que mis visitas a casa de los Ainsworth eran frecuentes pero en absoluto molestas, y tuve muchas oportunidades de observar a aquella gatita que tanto me intrigaba. En una ocasión la vi comiendo con toda pulcritud de un platito en el suelo de la cocina. Mientras la miraba salió con pasitos ligeros, casi flotantes y cruzó la puerta del vestíbulo hacia el salón.

Los tres basset estaban instalados allí, roncando sobre la alfombra ante la chimenea, pero por lo visto ya estaban acostumbrados a *Debbie*, pues dos de ellos la olfatearon con aire aburrido y el tercero se limitó a alzar un poco los párpados y volvió a enroscarse sobre la espléndida alfombra.

Debbie se sentó entre ellos en su postura habitual: muy tiesa, rígida, contemplando absorta los leños llameantes. Esta vez intenté hacer amistad con ella. Me acerqué cuidadosamente, pero se echó atrás en cuanto extendí la mano. Sin embargo, con un susurro paciente y unas palabritas dulces, conseguí tocarla y le acaricié suavemente la mejilla con un dedo. Hubo un instante en que respondió, inclinando la cabeza a un lado y frotándose contra mi mano, pero pronto estuvo dispuesta a salir. Una vez fuera de la casa, cruzó rápidamente el camino y se introdujo

por el agujero del seto, y lo último que vi de ella fue su figura negra saltando sobre la hierba húmeda de rocío de un campo vecino.

—Me pregunto a dónde irá —murmuré para mí.

La señora Ainsworth apareció a mi lado.

—Eso es algo que jamás llegaremos a saber.

Debieron de pasar casi tres meses antes de que la señora Ainsworth me llamara de nuevo y, en realidad, había empezado a sentirme extrañado ante aquella falta de síntomas tan prolongada por parte de sus perros, cuando un día sonó el teléfono.

Era la mañana de Navidad y comenzó por disculparse.

—Señor Herriot, lamento muchísimo molestarle precisamente hoy. Supongo que le gustaría descansar el día de Navidad, como a todo el mundo —pero su cortesía natural no podía ocultar la preocupación que latía en su voz.

—Por favor, no tiene importancia —dije—. ¿De cuál se trata esta vez?

—No es uno de los perros. Es... *Debbie*.

—¿*Debbie*? ¿Es que está ahora en su casa?

—Sí... pero algo va mal. Por favor, venga rápidamente.

Cuando cruzaba en coche la plaza del mercado pensé de nuevo que Darrowby, el día de Navidad, era la viva representación de una historia de Dickens: la plaza vacía, la espesa nieve que cubría sus piedras y colgaba en festones de los aleros de los tejados, las tiendas cerradas, las luces de colores de los árboles de Navidad guiñando en las ventanas de las casas, cálidas e invitadoras contra la mole de las montañas heladas.

La casa de la señora Ainsworth estaba profusamente decorada con acebo y espumillón, sobre el aparador había numerosas botellas, y el rico aroma del pavo, con su relleno de cebollas y salvia, nos llegaba de la cocina. Pero ella me miraba con ojos apenados cuando me hizo pasar al salón.

Debbie estaba allí, desde luego, pero esta vez su aspecto era muy distinto. No estaba sentada y tiesa, en su posición habitual; estaba tumbada de costado e inmóvil, y retenía apretadamente a su lado a un diminuto gatito negro.

La miré con desconcierto.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Lo más extraño que pueda imaginar —contestó la señora Ainsworth—. No la había visto durante varias semanas y de repente vino como hace dos horas... Entró vacilante en la cocina, y llevaba ese gatito negro en la boca. Lo trajo hasta la sala y lo dejó sobre la alfombra, y al principio aquello me divirtió. Pero comprendí enseguida que ella no estaba bien porque se sentó como solía hacerlo siempre, aunque esta vez se quedó mucho tiempo —más de una hora— y luego se tumbó tal como está y ya no se ha movido.

Me arrodillé en la alfombra y pasé la mano por el cuello y las costillas de *Debbie*. Estaba más delgada que nunca, la piel sucia y llena de barro. No se resistió cuando le abrí suavemente la boca. La lengua y las membranas mucosas estaban extraordinariamente pálidas, los labios fríos como el hielo contra mis dedos. Cuando le retiré el párpado y vi la conjuntiva blanca y muerta, una campanita de alarma resonó en mi cerebro.

Palpé el abdomen con la certeza sombría de lo que iba a encontrar, y no sentí sorpresa alguna, sólo tristeza, cuando mis dedos se cerraron en torno a una gran masa lobulada muy hundida entre las vísceras. Un enorme linfosarcoma. Definitivo y sin esperanzas. Le puse el estetoscopio sobre el corazón y escuché el latir débil y rápido, luego me incorporé, quedé sentado en la alfombra, mirando sin ver el fuego y sintiendo el calor de las llamas en el rostro.

La voz de la señora Ainsworth parecía venir de muy lejos.

—¿Está enferma, señor Herriot?

Vacilé.

—Sí... sí..., me temo que sí. Tiene un tumor maligno. —Me puse de pie—. No me es posible hacer absolutamente nada; lo siento.

—¡Oh! —Se llevó la mano a los labios y me miró con ojos desorbitados. Cuando habló al fin le temblaba la voz—. Bien entonces debe hacerla dormir inmediatamente. Es lo único que nos queda por hacer. No podemos permitir que sufra.

—Señora Ainsworth —le dije—. No hace falta. Se está muriendo... se halla en coma y ya no sufre.

Se apartó rápidamente de mí y quedó inmóvil, luchando con sus emociones. Luego abandonó la lucha y se dejó caer de rodillas junto a *Debbie*.

—¡Oh, pobrecita! —sollozó acariciando la cabeza de la gatita una y otra vez mientras sus lágrimas iban a caer sobre aquella piel sucia—. ¡Lo que debe haber pasado! Creo que debería haber hecho algo más por ella.

Por unos instantes guardé silencio respetando su dolor, tan discordante entre el alegre colorido del salón de fiesta. Al fin le hablé amablemente.

—Nadie podía haber hecho más que usted —le dije—. Nadie habría podido ser más amable con *Debbie*.

—Pero debía habérmela quedado aquí en la casa, entre comodidades. Lo habrá pasado muy mal ahí afuera, con este frío terrible y estando tan desesperadamente enferma... no me atrevo a pensar en ello. Y además cuando tenía sus gatitos... Yo... yo me pregunto cuántos habrá tenido.

Me encogí de hombros.

—Supongo que jamás lo sabremos. Quizás únicamente éste. Es algo que sucede a veces. Y ella se lo trajo a usted, ¿no es cierto?

—Sí, sí... es verdad... me lo trajo... me lo trajo... —La señora Ainsworth extendió la mano y alzó la figurita manchada de barro. Le pasó suavemente el dedo

por la piel sucísima y la boquita diminuta se abrió en un “miau” silencioso—. ¿No es extraño? Estaba muriéndose y me trajo su gatito. Y en el día de Navidad.

Me incliné y puse la mano sobre el corazón de *Debbie*. Ya no latía.

Alcé la vista.

—Me temo que ha muerto. —Levanté su cuerpo, ligero como una pluma, lo envolví en la sábana que habían extendido sobre la alfombra y me lo llevé al coche.

Cuando volví, la señora Ainsworth seguía acariciando el gatito. Ya habían cesado de correr las lágrimas por sus mejillas, y sus ojos relucían de gozo cuando me miró.

—Nunca había tenido un gato —dijo.

Sonreí.

—Bien, pues parece que ya tiene uno ahora.

Y desde luego lo tenía. Aquel gatito se transformó rápidamente en un gato hermoso y esbelto, con un carácter tan juguetón que se ganó el nombre de *Juerguista*. Por todos los estilos era el polo opuesto de su madre, tan tímida. No se habían hecho para él las privaciones de la vida salvaje y dura de las calles; se paseaba como un rey por las ricas alfombras de la mansión de los Ainsworth, y el collar ornamentado que siempre llevaba venía a añadirse a su prestancia.

En mis visitas observaba encantado su desarrollo, pero la ocasión que se me quedó grabada en la memoria fue la Navidad siguiente, un año después de su llegada.

Iba a mi ronda como de costumbre. No recuerdo haber dejado de trabajar nunca en el día de Navidad, porque los animales jamás han llegado a comprender que es fiesta pero, con el paso de los años, el vago resentimiento que antes sintiera ha sido reemplazado por una aceptación filosófica. Después de todo, y mientras recorría los graneros por las colinas bajo el aire helado, estaba preparándome para el pavo con mucho más apetito que los millones de seres humanos que aún estaban en la cama o acurrucados junto al fuego, y a esto se añadían los innumerables aperitivos que me ofrecían los granjeros hospitalarios.

Me dirigía ya de regreso a casa, envuelto en una niebla dorada. Había consumido varios vasos de whisky —pues los hombres de Yorkshire, que en eso son inexpertos, lo sirven como si fuera cerveza— y había terminado con un vaso de vino de ruibarbo de la señora Earnshaw que me había calentado el cuerpo hasta las uñas de los dedos de los pies. Oí el grito cuando pasaba ante la casa de la señora Ainsworth.

—¡Felices Pascuas, señor Herriot! —Acompañaba a un visitante hasta la puerta principal y me hizo una seña amistosa—. Entre y tome una copa para calentarse un poquito.

No necesitaba calentarme, pero aparqué junto al bordillo sin vacilación. En la casa reinaba la alegría festiva del año anterior, y el mismo aroma delicioso de la salvia y las cebollas que puso en movimiento mis jugos gástricos. Pero ahora no había dolor alguno; allí estaba *Juerguista*.

Iba de uno a otro de los perros por turno, las orejas muy tiesas, los ojos maliciosos, tratando de arañarlos y echando luego a correr.

La señora Ainsworth soltó una carcajada.

—¿Sabe?, les da una vida de mil diablos. No les deja en paz.

Tenía razón. Para los basset, la llegada de *Juerguista* había sido como la intrusión de un desconocido irreverente en el club más exclusivo de Londres. Durante mucho tiempo habían llevado una vida organizada y serena: paseos tranquilos a horas regulares con su ama, comida soberbia y en grandes cantidades, y las sesiones de sueño y ronquidos en alfombras y sillones. Los días se sucedían sin la menor turbación. Y entonces había llegado *Juerguista*.

Éste se acercaba ahora subrepticamente al perro joven, la cabeza inclinada a un lado, tratando de incitarle. Cuando empezó a pegarle con sus patitas ya fue demasiado incluso para un perro tan tranquilo. Abandonó su dignidad y se enzarzó con el gato en un breve combate de boxeo.

—Quiero enseñarle algo. —La señora Ainsworth cogió una pelotita de goma muy dura del aparador y salió al jardín seguida de *Juerguista*. Lanzó la pelota al otro lado del césped, y el gato saltó tras ella sobre la hierba helada, los músculos estallando bajo la suavidad negra de su pelaje. Cogió la pelota entre los dientes, volvió hasta su dueña, la dejó a sus pies y aguardó expectante. Ella la arrojó de nuevo y *Juerguista* se la trajo otra vez.

Yo lo miraba incrédulo. ¡Un felino cobrador y perdiguero!

Los basset contemplaban la escena desdeñosamente. Nada les habría inducido nunca a perseguir una pelotita, pero *Juerguista* lo hacía una y otra vez, como si jamás se cansara de ello.

La señora Ainsworth se volvió hacia mí.

—¿Había visto algo semejante?

—No —contesté—. En la vida. Es un gato muy notable.

Interrumpió la diversión de *Juerguista* y volvimos a entrar en la casa. Ella lo sostenía en brazos junto a su rostro, riendo cuando el gato ronroneaba y se arqueaba de gusto contra su mejilla.

Al mirarle, la viva estampa de la salud y el contento, recordé a su madre. ¿Era exagerado creer que aquella criatura moribunda había hecho acopio de sus últimas fuerzas para llevar a su cría al único refugio de comodidad y calor que conociera, con la esperanza de que allí sería bien cuidado? Tal vez lo fuera.

Pero por lo visto no era yo el único que entretenía tales fantasías. La señora Ainsworth se volvió a mirarme y, aunque sonreía, sus ojos estaban nublados.

—*Debbie* se sentiría muy contenta —dijo.

Asentí.

—Ya lo creo... hoy hace precisamente un año que se lo trajo ¿no es cierto?

—Es verdad —de nuevo estrechó cariñosamente a *Juerguista*—. El mejor regalo de Navidad que he tenido en la vida.



11

Miré con incredulidad la esfera del peso. ¡Sesenta y cinco kilos! Había perdido catorce desde que me uniera a la RAF. Estaba metido en mi rincón habitual en la Farmacia Boots en Scarborough, donde se había iniciado mi costumbre de pesarme todas las semanas para mantener la vigilancia de mi enflaquecimiento progresivo. Era increíble, y no todo se debía al duro entrenamiento.

A nuestra llegada a Scarborough nuestro comandante de vuelo, el teniente Barnes, nos había dado una conferencia. Mirándonos especulativamente había dicho: “No se reconocerán a ustedes mismos cuando salgan de aquí”. Y el tío no bromeaba.

Jamás teníamos un descanso. Todo era Educación física e Instrucción, Educación física e Instrucción, y así un día y otro. Horas de flexiones, tensiones y giros en camiseta y calzoncillos mientras el viento procedente del mar helado nos azotaba. Horas de marcha al son de los gritos furiosos de nuestro sargento; marcha rápida, marcha lenta, media vuelta. Incluso íbamos de marcha a nuestras clases de navegación, saltando al paso rápido de la RAF, los brazos muy alzados desde el hombro.

Nos hacían marchar con regularidad hasta la parte superior de la Colina del Castillo donde disparábamos todo tipo imaginable de armas: artillería del calibre 13, rifles del 22, revólveres, ametralladoras Browning. Incluso clavábamos las bayonetas en maniqués. En los intermedios nos obligaban a nadar, a jugar al fútbol o al rugby, o a correr kilómetros y kilómetros por la playa y por la cima de los acantilados hacia Filey.

Al principio estaba demasiado ocupado para advertir el cambio que sufría, pero una mañana, al cabo de unas cuantas semanas, nuestra escuadrilla estaba llegando al

final de una carrera de ocho kilómetros. Bajábamos desde el Balneario por una gran extensión de playa vacía y el sargento gritó: “¡Vamos, un sprint hasta esas rocas! ¡A ver quién llega allí el primero!”.

Todos tratamos de recorrer volando los últimos cien metros y apenas me sorprendió descubrir que el primero que pasaba el poste era yo... y que ni siquiera estaba jadeante. Entonces fue cuando se hizo la luz en mi cerebro. El señor Barnes había tenido razón. No me reconocía a mí mismo.

Cuando dejé a Helen era un esposo novato y mimado, con doble barbilla y con el inicio de un generoso michelín en la tripa, y ahora era un galgo flaco e incansable. Por supuesto que estaba en forma, pero algo andaba mal. No debía estar tan flaco. Porque además había otro factor en juego.

En Yorkshire, cuando algún hombre se desmejora durante el embarazo de su esposa, todos se ríen tapándose la boca y dicen que es él “el que lleva al niño”. Pero nunca me han hecho gracia esas observaciones, porque yo estoy convencido de que sí “llevé” a mi hijo.

Baso esta deducción en una gran variedad de síntomas. Sería una exageración decir que sufría de náuseas matutinas, pero mis sospechas se despertaron cuando empecé a sentir cierto mareo e incluso vascas a primera hora del día. A esto siguió un nerviosismo creciente así como a Helen se le acercaba la hora, y la sensación, a pesar de mi estado físico, de estar triste y abatido. Toda duda se resolvió con la aparición posterior de indudables dolores de parto en la sección inferior del abdomen, y comprendí que debía hacer algo al respecto.

Tenía que ver a Helen. Después de todo sólo estaba al otro lado de aquella colina que yo veía desde las ventanas superiores del hotel. Tal vez esto no sea estrictamente cierto, pero al menos estaba en Yorkshire y un autobús me llevaría junto a ella en tres horas. La pega era que no había permisos en el ITW. No nos permitían abrigar la menor duda al respecto. Decían que la disciplina era tan firme como la de un regimiento de la Guardia, y las restricciones no menos rígidas. Podía conseguir un permiso por compasión cuando naciera el niño, pero yo era incapaz de esperar hasta entonces. Y la seguridad de que cualquier intento por largarme extraoficialmente sería considerado como un tipo menor de desertión y seguido de graves consecuencias, incluso la prisión, no me influía en lo más mínimo.

Según lo expresó uno de mis camaradas: “Un tipo lo intentó y terminó en la jaula. No vale la pena, amigo”.

Sin embargo todo era inútil. Por regla general soy un ciudadano cumplidor de la ley, pero en ese momento no tenía el menor escrúpulo. Tenía que ver a Helen. Un estudio secreto de los horarios me reveló que había un autobús a las dos de la tarde que llegaba a Darrowby a las seis y llegaba a Scarborough a las nueve. Seis horas de viaje para pasar una hora con Helen. Valía la pena.

Al principio no conseguía dar con el medio de llegar a la estación de autobuses a las dos en punto de la tarde, porque jamás estábamos libres a esa hora, pero mi

oportunidad se presentó inesperadamente. Un viernes, a la hora del almuerzo, supimos que no habría más clases ese día; sin embargo estaríamos confinados en el Gran Hotel hasta la noche. La mayoría de mis camaradas se metieron agradecidos en la cama, pero yo bajé a toda prisa los largos tramos de escaleras y ocupé posiciones en el vestíbulo, en un punto desde el que podía observar la puerta principal.

Había un despachito acristalado junto a la entrada, en el que se sentaban los miembros de SP^[6] para vigilar todas las salidas. Hoy sólo había uno de servicio. Aguardé hasta que dio la vuelta y se retiró al fondo del despacho y, pasando ante él con la mayor sangre fría. Salí a la plaza.

Esa parte había resultado casi demasiado fácil, pero ahora me sentí desnudo y muy expuesto al cruzar el espacio desierto entre el Hotel y los edificios al otro lado. Todo fue mejor una vez di la vuelta a la esquina y me lancé a paso rápido hacia el oeste. Ahora sólo necesitaba un poquitín de suerte y, mientras recorría con la boca seca aquella calle desierta, creí que ya lo había logrado. La impresión de ver que dos miembros de la SP venían paseando hacia mí fue como una bomba, pero inmediatamente me dominó una calma notable.

Me pedirían el pase, y yo no lo tenía; luego querrían saber qué hacía allí. No serviría de nada decirles que había salido un momentito a tomar el aire... esta calle llevaba directamente a la estación de autobuses, y a la del ferrocarril, y no habrían de ser unos genios para descubrir mi juego. De todas maneras ahí no había modo de esconderse, ni de escapar. Me pregunté si éstos habrían metido alguna vez en la “jaula” a un veterinario. A lo mejor estaba a punto de batir una especie de récord.

Y de pronto, a mis espaldas, escuché el rítmico resonar de unos pies a paso de marcha y el vibrante: “¡Izquierda, derecha! ¡Izquierda, derecha! ¡Izquierda, derecha!” que generalmente le acompañaba. Me volví y vi una larga columna azul que venía por la calle con un cabo al mando. Cuando pasaban junto a mí miré de nuevo a los policías y el corazón me dio un salto. Ambos se reían mirándose, como si acabaran de contarse un chiste. No me habían visto. Sin pensarlo dos veces me uní a la cola de los hombres que marchaban y, en pocos segundos, había pasado junto a los policías sin que éstos advirtieran mi presencia.

Con la mente trabajando a toda marcha merced a la desesperación, juzgué lo más seguro continuar donde estaba hasta poder largarme en dirección del autobús. Durante un tiempo muy breve disfruté de una agradable sensación de anonimato pero entonces el cabo, sin dejar de gritar, echó una mirada atrás. Miró de nuevo al frente, luego volvió la cabeza y miró de nuevo con más cuidado. Sin duda encontró algo extraño porque fue menguando el paso hasta encontrarse a mi lado.

Mientras él me miraba de arriba abajo yo le examiné a mi vez por el rabillo del ojo. Era un tipo bajito, de hombros estrechos y ojos fieros que brillaban en un rostro pálido y esquelético. Pasó algún tiempo antes que hablara.

—¿Quién... quién diablos eres tú? —preguntó en tono normal.

Era la primera pregunta difícil de las que me aguardaban, pero vislumbré un rayito de esperanza. Había hablado con el acento inconfundible, duro y gutural, de mi ciudad natal.

—Herriot, cabo. Escuadrilla dos, escuadrón cuatro —contesté con el mejor acento de Glasgow.

—¿Escuadrilla dos y esc...? Ésta es la escuadrilla uno, escuadrón tres. ¿Qué... qué demonios estás haciendo aquí?

Balanceando rítmicamente los brazos, mirando hierático al frente, inspiré profundamente. Todo intento por ocultarlo sería inútil ahora.

—Trato de ir a ver a mi esposa, cabo. Va a tener un niño muy pronto.

Le eché una ojeada. Su rostro no era del tipo de los que manifiestan su debilidad al sorprenderse demasiado, pero advertí que sus ojos se desorbitaban por una fracción de segundo.

—¿Que te vas a ver a tu mujer? ¿Estás... estás... idiota o completamente chiflado?

—No está lejos, cabo. Vive en Darrowby. Tres horas en autobús. Estaré de regreso esta noche.

—¡Esta noche! ¡Lo que tú necesitas es que te examinen la cabeza!

—Tengo que ir.

—¡Vista al frente! —rugió de súbito a los hombres que nos precedían—. ¡Izquierda, derecha! ¡Izquierda, derecha! —Luego se volvió y me estudió como si yo fuera un fenómeno de feria. También a mí me resultaba interesante aquel hombre, un producto típico de los malos tiempos sufridos en Glasgow entre las dos guerras. Mal desarrollado, mal nutrido, pero tan duro y beligerante como un hurón.

—¿Es que no sabes —preguntó al fin— que te darán un permiso cuando tu esposa tenga el crío?

—Sí, pero no puedo esperar tanto tiempo. Permita que me vaya, cabo.

—¿Que yo te...? ¿Es que quieres que me peguen un tiro?

—No, cabo, sólo quiero llegar a la estación de autobuses.

—¡Dios mío! ¿Te parece poco? —me lanzó una mirada de incredulidad antes de apresurar el paso y ponerse a la cabeza de la columna. Cuando regresó junto a mí me miró escudriñadoramente.

—¿De qué parte de Glasgow eres?

—De Scotstounhill —contesté—. ¿Y usted?

—Govan.

Volví ligeramente la cabeza hacia él.

—Un fan de los Rangers, ¿eh?

No se modificó su expresión, pero le tembló un párpado y comprendí que le había cogido.

—¡Qué equipo! —murmuré con reverencia—. ¡Cuantísimas veces he ido a verles jugar en el campo de Ibrox!

Nada dijo él, y yo empecé a recitar los nombres del gran equipo de los Rangers de los años treinta:

—Dawson, Gray, McDonald, Meiklejohn, Simpson, Brown... —sus ojos adoptaron una expresión soñadora y, para cuando acabé con la lista—: Archibald, Marshall, English, McPhail y Norton —había algo semejante a una sonrisa de ensueño en sus labios.

Luego pareció volver a la realidad con un sobresalto.

—¡Izquierda, derecha! ¡Izquierda, derecha! —ladró—. ¡Vamos, vamos, seguid! —Finalmente murmuró por la comisura de la boca—: Ahí tienes la... estación de autobuses. ¡Cuando pasemos por ella corre como si fueras un...!

Y avanzó de nuevo gritando hacia la cabeza del pelotón; yo vi los autobuses y las ventanillas de la sala de espera a mi izquierda y, atravesando la calle como un rayo, entré en la estación. Me quité la gorra y me senté temblando entre un grupo de granjero viejos acompañados de sus esposas. A través del cristal divisé la larga fila de soldados que seguían adelante por la calle, y aún me llegaron los gritos del cabo.

Pero él no se volvió y sólo vi su espalda al retirarse, los hombros estrechos muy cuadrados, las piernas torcidas marchando al paso con sus hombres. Jamás volví a verle, pero aún ahora mismo desearía ir un día a Ibrox con él para ver jugar a los Rangers e incluso invitarle a varias jarras de cerveza en una de las tabernas de Govan. No me habría importado si hubiese resultado ser un fan de los Celtic en aquel momento decisivo, porque yo estaba preparado para largarle también todos los nombres de ese equipo empezando por Kennaway, Cook, McGonigle, etc. No ha sido ésa la única ocasión en que me han resultado útiles en extremo mis conocimientos de fútbol.

Sentado ya en el autobús todavía la gorra en el regazo para no llamar la atención, me sorprendió lo mucho que cambiaba el mundo en un kilómetro o dos en cuanto salimos de la ciudad. Allá atrás la guerra lo llenaba todo y dominaba en la mente, los ojos y el pensamiento: los miles y miles de hombres uniformados, los vehículos del ejército y la fuerza aérea, la atmosfera casi palpable de anticipación y suspense. Y, de pronto, todo se había detenido aquí.

Pero se desvaneció en cuanto la enorme extensión del mar de un azul grisáceo dejó de verse al ascender el terreno en las afueras de la ciudad, y tan pronto el autobús se dirigió hacia el oeste contemplé un paisaje cuya serenidad no había sido turbada. Los surcos alargados y húmedos en aquel suelo recién arado brillaban bajo el pálido sol de febrero en contraste con los campos dorados de rastrojos y los pastos de hierba, donde las ovejas se agrupaban en torno de las gamellas. No había viento y el humo se alzaba directamente de las chimeneas de las granjas, y las ramas desnudas, a los lados de la carretera, subían muy rígidas hacia el frío cielo.

Había muchas cosas que me volvían al hogar. Un hombre con calzones de montar y botas que llevaba sobre los hombros una bala de heno para el ganado que corría por allí; un grupo de granjeros que quemaban los recortes de los setos, mientras el humo

oloroso de la madera se abría paso hasta el interior del autobús. La impresión fue aún más fuerte así como pasaban las horas y el paisaje de mi propia campiña familiar empezaba a aparecer al otro lado de las ventanillas. Tal vez fuera mejor para mí que no llegara a ver Darrowby; la casa de Helen estaba próxima a la ruta del autobús, y me bajé antes de llegar a la ciudad.

Estaba sola en la casa, y volvió la cabeza cuando yo entré en la cocina. En su rostro la alegría se mezclaba con el asombro más profundo, en realidad ambos estábamos atónitos: ella al verme tan flaco y yo al verla tan gorda. Helen, a la que sólo le faltaban dos semanas para dar a luz, estaba en realidad inmensa, pero no demasiado para que yo le pasara los brazos en torno, y allí nos quedamos de pie, abrazados durante mucho tiempo y sin decir nada.

Me preparó unos huevos con patatas y se sentó a mi lado mientras comía. Fue la nuestra una conversación plagada de constantes interrupciones, y tuve consciencia con sobresalto de que mi mente había seguido rumbos muy distintos desde el día en que la dejara. En aquellos pocos meses mi cerebro se había saturado con todos los detalles de mi nueva vida, incluso hablaba según la jerga habitual en la RAF. En nuestro salón-dormitorio siempre habíamos hablado de mis casos, de las cosas divertidas que me sucedían en las rondas, pero ahora, pensé abrumado, de nada servía contarle que el cadete Phillips estaba en apuros otra vez, que los triángulos vectoriales eran el mismo infierno, o que Don McGregor creía haber descubierto el secreto de aquellas botas tan brillantes del sargento Hynd.

Aunque realmente no importaba. Todas mis preocupaciones se esfumaban al mirarla. Me había estado preguntando si Helen estaría bien y ahora la tenía ante mí rebosante de energía, con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas ¡y tan hermosa! Sólo había una nota deprimente, y muy extraña. Helen llevaba un “traje de maternidad” que se iba ensanchando con el paso del tiempo mediante unas aberturas laterales. De todos modos yo lo odiaba. Era azul, con un cuello alto de color rojo, y lo juzgaba barato y feo. Comprendía que la austeridad dominaba ahora en Inglaterra, y que muchas cosas tenían un aspecto pobretón, pero hubiera deseado con toda mi alma que mi esposa tuviera algo mejor que ponerse. En toda mi vida ha habido muy pocas ocasiones en las que haya deseado ardientemente el dinero, y ésa fue una de ellas, porque con mi sueldo de tres chelines al día como AC2 era incapaz de vestirla con ropas hermosas y caras.

La hora pasó volando y tuve la impresión de que apenas había llegado cuando ya estaba de nuevo en la carretera esperando, en la oscuridad creciente, el autobús de Scarborough. El viaje de vuelta fue un poco triste mientras el vehículo, todas las ventanillas herméticamente cubiertas, proseguía su camino entre los pueblos hundidos en la oscuridad más absoluta o los tramos de campiña anónima. Hacía frío también, pero yo me sentía feliz pues el recuerdo de Helen me abrigaba más que una manta.

Todo el día había sido un triunfo. Un golpe de suerte me había permitido largarme, y no tendría el menor problema al volver a entrar en el Gran Hotel, ya que uno de mis amigos estaba de guardia en la puerta, y aquello sería un caso de “pase extraoficial”. Cerrando los ojos en la oscuridad seguían sintiendo a Helen entre mis brazos, y sonriendo al recuerdo de su aspecto, rebosante de salud. Ella era maravillosa, el plato de huevos con patatas había estado estupendo, todo había sido magnífico.

Excepto una nota discordante que no conseguía olvidar. ¡Oh, cómo odiaba aquel vestido!



12

—¡Eh, tú! ¿Adónde te crees que vas?

Viniendo de la Policía especial de la RAF era un modo típico de dirigirse a nosotros, y el tipo que me ladró esas palabras tenía la habitual expresión truculenta.

—Una clase extra de navegación, cabo —contesté.

—¡Déjame ver tu pase!

Casi me lo arrancó de la mano, lo leyó y me lo devolvió sin mirarme. Avancé por la calle sintiéndome un prisionero en libertad bajo palabra.

No todos los SP eran así, pero descubrí que a la mayoría les faltaba cierto encanto. Y eso me reafirmó en la idea que había ido alimentando lentamente desde que me uniera a las Fuerzas Aéreas: que me habían mimado en exceso durante bastante tiempo. Yo estaba malcriado por el hecho de que siempre se me había tratado con respeto debido a mi categoría de cirujano veterinario, miembro de una profesión honorable. Y además siempre me había parecido algo perfectamente normal.

Ahora yo era un simple AC2, la forma inferior de vida en la RAF, y ése: “¡Eh, tú!”, era un reflejo de mi situación. No es que los granjeros de Yorkshire corran a recibirte con un abrazo y un beso, pero su amistosidad y cortesía es algo que he valorado mucho más desde mis días en el ejército. Porque ahí fue donde dejé de tomarlo como la cosa más normal.

Por supuesto, hay que soportar cierta dosis de frescura y descaro en la mayoría de los trabajos, y la práctica de un veterinario no constituye una excepción. Incluso

ahora puedo recordar el rostro furioso de Ralph Beamish, entrenador de caballos de carrera, cuando me vio bajar del coche.

—¿Dónde está el señor Farnon? —gruñó.

Se me encogieron las tripas. Ya había oído esas palabras bastantes veces, en especial entre la fraternidad de los caballos en Darrowby.

—Lo siento, señor Beamish, pero estará fuera todo el día y pensé que sería mejor venir personalmente y no dejarlo para mañana.

No trató siquiera de ocultar su disgusto. Soltó el aire que inflaba sus mejillas gruesas y purpuras, hundió las manos en los bolsillos de los calzones de montar y miró al cielo con expresión de mártir.

—Bueno, entremos entonces.

Se volvió caminando a toda prisa sobre sus piernas cortas y gruesas hacia una de las cuadras individuales que bordeaban el patio. Suspiré interiormente al seguirle. En Yorkshire, un veterinario no especializado en caballos sufría graves apuros en ocasiones, y especialmente en unas cuadras de carreras como éstas, que más parecían un santuario equino. Siegfried, aparte su arte intuitivo, sabía hablar el lenguaje de los caballos. Podía discutir sin esfuerzo y ampliamente la raza y cualidades de sus pacientes; montaba a caballo, cazaba; incluso representaba muy bien su papel con aquel rostro alargado y aristocrático, el bigote recortado y el cuerpo esbelto.

Los entrenadores estaban encantados con él y algunos, como Beamish, tomaban como un insulto personal el que Siegfried no viniera en persona a cuidar de los valiosos animales a su cargo.

Llamó a uno de los muchachos, que abrió la puerta de la casilla.

—Ahí está —murmuró—. Volvió cojo del ejercicio de esta mañana.

El chico sacó un bayo castrado. No había necesidad de hacerle trotar para diagnosticar la pata afectada, pues se inclinaba sobre una pata delantera de un modo que resultaba inconfundible.

—Creo que le duele ese brazuelo —dijo Beamish.

Di la vuelta al caballo y levanté la pata. Limpié la horquilla del casco con el cuchillo adecuado; no había señal de herida ni sensibilidad alguna cuando golpeé con el extremo del cuchillo contra la callosidad del pie.

Seguí mi camino por la corona del casco hasta la cerneja y, palpando ligeramente, localicé un punto en el extremo distante del metacarpo que resultaba penoso a la presión.

Alcé la vista, pues estaba en cuclillas.

—Éste parece ser el problema, señor Beamish. Creo que se ha golpeado ahí él mismo con la pata trasera.

—¿Dónde? —el entrenador se inclinaba sobre mí y contemplaba intensamente la pata—. Yo no veo nada.

—No, la piel no está rota, pero le duele si se aprieta aquí.

Beamish tanteó el lugar con un índice muy grueso.

—Bien, es cierto —gruñó—, pero de todas maneras él protestaría si usted le apretara de ese modo en cualquier otro lugar.

Su tono ya me iba enojando, pero mantuve serena la voz.

—Estoy seguro de que se trata de esto. Yo le aplicaría una cataplasma de antiflogistina caliente, justo sobre la cerneja, alternándolo con un baño frío dos veces al día.

—Pues yo estoy tan seguro como usted de que se equivoca. No es ahí abajo, en absoluto. Según el modo en que el caballo sostiene la pata, se ha hecho daño en el hombro. —Hizo un gesto al muchacho—. Harry, cuídate de ponerle calor ahí, en ese punto, enseguida.

Si me hubiera dado un bofetón no me habría sentido peor. Abrí la boca para discutir pero él ya se alejaba.

—Hay otro caballo que quiero que vea —dijo—. Dirigió el camino hacia una casilla inmediata y me indicó un enorme animal castaño con muestras indudables de vejigatorio en los tendones de una pata delantera.

—El señor Farnon puso un vejigatorio en esa pata hace seis meses. Ha estado descansando aquí desde entonces. Ahora parece sano... ¿cree que ya está dispuesto para salir?

Me incliné y pasé los dedos por los tendones flexores, buscando señales de endurecimiento. No había ninguno. Luego alcé la pata, y al continuar explorando, hallé un área muy sensible en el flexor superficial.

Me enderecé.

—Todavía está un poco dolorido —dijo—. Creo que lo más seguro sería conservarle aquí algún tiempo.

—No puedo estar de acuerdo con usted —gruñó Beamish. Se volvió al chico—: Sácale, Harry.

Le miré fijamente. ¿Era esto una campaña deliberada para dejarme por los suelos? ¿Estaría tratando de echarme en cara que no tenía una gran opinión de mí? De todos modos yo ya me iba cargando, y sólo confiaba en que nadie advirtiera el rubor de la furia que cubría mi rostro.

—Una cosa más —dijo Beamish—. Tengo aquí un caballo que ha estado tosiendo. Échele una mirada antes de irse.

Seguimos por un pasadizo estrecho hasta un patio más pequeño y Harry entró en una casilla y sujetó al animal por la collar. Le seguí, sacando el termómetro.

Al aproximarse al trasero del animal éste echó atrás las orejas, relinchó y empezó a hacer cabriolas. Vacilé, luego hice una seña al muchacho.

—Levántale la pata delantera mientras le tomo la temperatura ¿quieres?

El muchacho se inclinó y cogió la pezuña, pero Beamish le interrumpió:

—No te molestes, Harry, no hay necesidad. Es tan manso como un cordero.

Me detuve un instante. Yo creía tener razón, pero mi crédito no era muy alto en este establecimiento. Me encogí de hombros, alcé la cola y le metí el termómetro en

el recto.

Las dos patas posteriores me alcanzaron casi simultáneamente, pero, cuando salía disparado por el aire y atravesaba la puerta, recuerdo haber pensado con toda claridad que la que diera en el pecho había establecido contacto una fracción de segundo antes que la del abdomen. Sin embargo, mis pensamientos quedaron rápidamente nublados por el hecho de que la pezuña me había dado de lleno en el plexo solar.

Tendido sobre el asfalto del patio me quedé gimiendo y jadeando en una busca frenética de aliento. Hubo un momento en que estuve convencido de que iba a morir, pero al fin un asomo de respiración vino en mi ayuda, y luché penosamente por incorporarme hasta quedar sentado. A través de la puerta abierta veía a Harry, agarrado a la cabeza del caballo y mirándome con ojos aterrados. El señor Beamish por otra parte no mostraba la menor preocupación por mí, y examinaba ansiosamente las patas del caballo una tras otra. Indudablemente temía que hubieran recibido algún daño por el hecho de haber entrado en contacto con la dureza de mis asquerosas costillas.

Me puse de pie con calma e inspiré profundamente unas cuantas veces. Estaba agitado, pero no realmente herido. Y supongo que había sido el instinto lo que me hiciera aferrarme al termómetro; el tubo delicado seguía aún en mi mano.

La única emoción que sentía al entrar de nuevo en la cuadra era una rabia salvaje.

—¡Levanta esa maldita pata como te dije! —grité al desgraciado Harry.

—¡Sí, señor! ¡Lo siento, señor! —Se inclinó, levantó la pata y la sostuvo agarrada con firmeza entre sus manos.

Me volví a Beamish, para ver si aún tenía alguna observación que hacer, pero el entrenador guardaba silencio y miraba inexpresivo al enorme animal.

Esta vez le tomé la temperatura sin incidentes. Tenía 40°. Me acerqué a la cabeza y le abrí los ollares con los dedos, revelando un ligero derrame mucoso-purulento. Las glándulas sub-maxilares y post-faríngeas estaban normales.

—Está un poco resfriado —dije—. Le daré una inyección y le dejaré algunas sulfonamidas... eso es lo que el señor Farnon utiliza en estos casos. —Si mi frase final le tranquilizó de algún modo no lo manifestó, observando con cara impasible mientras yo le inyectaba 11 c.c. de Prontosil.

Antes de marcharme saqué un paquete de sulfonamida de cuarto de kilo del maletero del coche.

—Dele ochenta y cinco gramos inmediatamente en dos litros de agua, luego siga con veinticinco y con quince por la noche y por la mañana, y díganos si ha mejorado dentro de dos días.

El señor Beamish recibió la medicina sin el menor gesto de aprecio y, cuando abrí la portezuela del coche, me venció una oleada de alivio al ver terminada tan incómoda visita. Me había parecido eterna, y no había obtenido mucha gloria con ella. Ponía el motor en marcha cuando uno de los aprendices se aproximó jadeante al entrenador.

—¡Es *Almira*, señor! ¡Creo que se está ahogando!

—¡Ahogando! —Beamish miró al chico, luego se volvió hacia mí como una cobra—. ¡*Almira* es la mejor potranca que tengo! ¡Vale más que venga!

Luego aún no había terminado. Con cierto presentimiento fatal me apresuré tras la gruesa figura y regresé al patio donde otro chico sujetaba a una hermosa potranca castaña. En cuanto la vi una mano helada me oprimió ahogadamente el corazón. Había estado tratando bobaditas, pero esto era distinto.

El animal estaba inmóvil, mirando al frente con una intensidad peculiar. El movimiento de sus costillas al respirar iba acompañado de un resuello angustioso y silbante, y al inspirar ensanchaba desmesuradamente los ollares. Jamás había visto a un caballo respirar de tal modo. Y había algo más: la saliva le caía a chorros y cada pocos segundos soltaba una tos.

Me volví al aprendiz.

—¿Cuándo empezó esto?

—Hace poco, señor. La vi apenas hace una hora y estaba tan pimpante.

—¿Estás seguro?

—Sí, fui a darle un poco de heno. Y nada le dolía entonces.

—¿Qué diablos le ocurre? —exclamó Beamish.

Bien, era una pregunta, pero yo no tenía ni idea de la respuesta. Mientras caminaba desconcertado en torno del animal observando los miembros temblorosos y los ojos aterrados, una confusión de pensamientos se atropellaban en mi mente. Yo había visto caballos que se “ahogaban” —ese resuello seco cuando el gástrico queda impactado por la comida—, pero no tenían este aspecto. Seguí mi observación a lo largo del esófago y estaba perfectamente claro. Y, de todas maneras, la respiración era muy distinta. Esta potranca parecía tener una obstrucción en el conducto respiratorio. Pero ¿qué...? y ¿cómo...? ¿Podía haber un cuerpo extraño? Era posible, pero algo que yo nunca había visto.

—¡Maldita sea, que le pregunto a usted! ¿Qué es? ¿Qué le ha encontrado? —El señor Beamish se estaba impacientando, y no podía culparle.

Advertí que yo mismo respiraba agitadamente.

—Espere un momentito mientras le ausculto los pulmones.

—¡Un momentito! —estalló el entrenador—. ¡Santo cielo, hombre, que no tenemos mucho tiempo! ¡Este animal puede morir!

No necesitaba decírmelo. Ya había visto en otras ocasiones aquel horrible temblor de los miembros, y la potranca empezaba a tambalearse ligeramente. Se nos acababa el tiempo.

Con la boca seca le ausculté el pecho. Sabía que no había nada malo en los pulmones —el problema parecía estar en el área de la garganta—, pero eso me daría un poco más de tiempo para pensar. Aún con el estetoscopio en los oídos seguía oyendo la voz de Beamish:

—¡Tenía que ser ésta! Sir Eric Horrocks pagó cinco mil libras por ella el año pasado. Es el animal más valioso de mis cuadras. ¿Por qué había de suceder esto?

Siguiendo mi camino sobre las costillas, con el corazón latiéndome locamente, no podía por menos que estar totalmente de acuerdo con él. ¿Por qué, en nombre del cielo, tenía yo que verme metido en esta pesadilla? Y con un hombre como Beamish, que no tenía fe en mí.

Dio un paso adelante y me agarró por el brazo.

—¿Está usted seguro de que no podemos hacernos con el señor Farnon?

—Lo siento —contesté ahogadamente—. Está a más de cincuenta kilómetros de aquí.

El entrenador pareció encogerse sobre sí mismo.

—Entonces no hay remedio. Estamos perdidos. Ésta se muere.

Y tenía razón. La potranca había empezado a balancearse de un lado a otro, la respiración más alta y estertorosa que antes, y yo tenía dificultades para mantenerle el estetoscopio sobre el pecho. Precisamente cuando apoyaba la mano en su flanco para afirmarla sobre sus patas observé la pequeña hinchazón bajo la piel. Era una placa circular, como si se le hubiera metido una moneda de un penique bajo el tejido. Miré intensamente. Sí, era perfectamente visible. Y había otra más arriba, sobre el lomo... y otra, y otra. El corazón empezó a darme saltos en el pecho... ¿así que era esto?

—¿Qué podré decirle a Sir Eric? —seguía gimiendo el entrenador—. ¿Que su potranca ha muerto sin que el veterinario supiera lo que tenía? —Miraba abrumado en torno, como con la absurda esperanza de que Siegfried aparecería por arte de magia.

Le llamé por encima del hombro mientras corría hacia el coche.

—Yo no dije que no lo supiera. Sí que lo sé. Tiene urticaria.

Vino como un loco tras de mí.

—¿Urti...? ¿Qué diablos es eso?

—Una erupción —contesté, buscando adrenalina entre mis botellas.

—¿Una erupción? —repitió con ojos desorbitados—. Pero ¡eso no pudo ponerla en tal estado!

Metí 5 c.c. de adrenalina en la jeringuilla y volví corriendo.

—No tiene nada que ver con las ortigas. Es un estado alérgico, y generalmente no es grave, pero en algunos casos ocasiona edema de la laringe... y eso es lo que tenemos aquí.

Era difícil encontrar la vena ya que la potranca no paraba de moverse, pero al fin descansó unos segundos y yo clavé el pulgar en el pliegue de la yugular. Y cuando el gran vaso surgió, tenso y turgente, le clavé la aguja y le inyecté la adrenalina. Entonces di un paso atrás y me quedé de pie junto al entrenador.

Ninguno de los dos dijimos nada. El espectáculo de aquel animal inquieto, y el horrible estertor de la respiración, nos absorbía por completo.

La sombría comprensión de que estaba a punto de morir de sofocación me aterraba y, cuando vaciló y estuvo a punto de caerse, la mano que me metiera en el bolsillo aferró más apretadamente aún el escalpelo que cogiera del coche junto con la adrenalina. Sabía demasiado bien que lo que estaba indicado ahora era la traqueotomía, pero no llevaba un tubo. Si la potranca caía al fin tendría que cortar la tráquea, pero alejé el pensamiento de mi mente. De momento habíamos de confiar en la adrenalina.

Beamish extendió la mano en gesto de impotencia.

—Es inútil, ¿no es cierto? —susurró.

Me encogí de hombros.

—Hay una ligera oportunidad... Si la inyección reduce el fluido en la laringe a tiempo... Tendremos que esperar.

Asintió, y yo leí diversas emociones en su rostro. No sólo el terror de tener que comunicar la noticia al famoso propietario, sino el dolor de un amante de los caballos al presenciar el sufrimiento de un hermoso animal.

Al principio creí que era mi imaginación, pues me pareció que la respiración ya no era tan estertórea. Luego, mientras me mantenía en una agonía de inseguridad, observé que la insalivación disminuía, que podía tragar.

Desde ese momento los acontecimientos se sucedieron con una rapidez increíble. Los síntomas de las alergias aparecen con un repentino dramatismo, pero afortunadamente desaparecen a menudo con la misma rapidez a raíz del tratamiento. A los quince minutos la potranca parecía casi normal. Su respiración era todavía un poco sibilante, pero ya miraba en torno de ella, libre de su angustia.

Beamish, que la estuviera observando como en sueños, cogió un puñado de heno de una bala y se lo ofreció. El animal lo arrancó ansiosamente de su mano y empezó a comer con todo gusto.

—No puedo creerlo —murmuró el entrenador como para sí—, nunca he visto nada que funcione tan rápido como esa inyección.

Me sentí como si caminara sobre nubes de color rosa, toda la tensión y tristeza alejándose de mí en un torrente dichoso. Gracias a Dios había momentos como éste en el trauma que es la labor del veterinario: la transición repentina de la desesperación al triunfo, de la vergüenza al orgullo.

Casi fui flotando hasta el coche y, al instalarme en el asiento, Beamish metió la cabeza por la ventanilla.

—Señor Herriot... —No era un hombre al que las palabras amables le vinieran con facilidad, y sus mejillas, curtidas y endurecidas por años de montar en los páramos abiertos, se contraían mientras trataba de hallar las palabras—. Señor Herriot... He estado pensando... no hay que ser un especialista en caballos para saber curarlos, ¿verdad?

Había cierta apelación en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaron. Y yo me eché a reír de pronto, y su expresión se relajó.

—No, no es imprescindible —dije, y me marché.



13

Desde luego yo sí necesitaba de todo el mío ahora que estaba de guardia fuera del Gran Hotel. Era más de medianoche, un viento helado y penetrante corría por la plaza vacía, y yo tenía tanto frío y estaba tan aburrido que incluso el hecho de dar un golpe seco con el extremo del rifle como saludo cuando pasaba un oficial solitario me resultaba un alivio.

Me pregunté amargamente acerca del absurdo que suponía el que, después de mis ideas románticas sobre mi preparación para el vuelo, me hallara ahora defendiendo el Gran Hotel de Scarborough contra los invasores. Sin duda había algo cómico en esta situación, y supongo que eso fue lo que hizo que mi mente recordara a *Shep*, el perro del granjero Bailes.

La pequeña propiedad del señor Bailes estaba situada hacia el centro del pueblo de Highburn y, para llegar al corral, había que caminar alrededor de veinte metros entre unos muros de piedra de metro y medio de altura. A la izquierda estaba la casa vecina, a la derecha el jardín delantero de la granja. Y en este jardín acechaba *Shep* la mayor parte del día.

Era un perro enorme, mucho más grande que el collie normal. En realidad estoy convencido de que era en parte alsaciano porque aunque tenía un pelaje abundante, blanco y negro, había algo muy significativo en aquellos miembros poderosos y en la cabeza, de un noble castaño y con orejas muy tiesas. Era muy distinto de los animales pequeños y más delgados que yo veía en mi ronda diaria.

Mientras caminaba entre los muros de piedra tenía el pensamiento puesto en el establo, que ya era visible en el extremo más lejano del patio. Porque una de las vacas de Bailes, llamada *Rosa*, padecía ese tipo de enfermedad digestiva y misteriosa capaz

de quitarle el sueño a un veterinario. ¡Son tan difíciles de diagnosticar! Este animal había comenzado a quejarse y a perder la leche hacía dos días y, cuando la visitara ayer, había empezado a vacilar entre una serie de posibilidades. Podría ser un alambre. Pero el cuarto estómago se contraía bien, y los sonidos del rumen eran normales. Aparte de eso estaba comiendo heno, aunque sin demasiado apetito.

¿Podía ser impacción...? ¿O una torsión parcial de la tripa...? Desde luego había dolor abdominal, y aquella temperatura constante de treinta y nueve grados... sí, parecía un alambre. Naturalmente, todo habría podido arreglarse abriendo a la vaca, pero el señor Bailes era del tipo anticuado y no le gustaba la idea de que metiera las manos en el interior del animal a menos de estar bien seguro del diagnóstico y yo lo estaba... de nada valía negarlo.

De todas maneras había hecho que la alzaran por las patas delanteras, de modo que éstas quedaron colgando sobre la media puerta, y le había dado una purga aceitosa muy fuerte. “Aligérole las tripas y confíe en Dios” me había dicho una vez un viejo colega. Y había mucha verdad en eso.

Estaba a mitad del camino por aquel callejón entre los muros alimentando cariñosamente la esperanza de que mi paciente hubiera mejorado cuando, sin saber de dónde venía, un rugido ensordecedor me alcanzó el oído derecho. Era *Shep* otra vez.

El muro tenía exactamente la altura adecuada para que el perro diera un salto y lanzara un ladrido feroz a la oreja de los que pasaban. Era su truco favorito, y ya me había cogido antes, pero nunca con tanto éxito como ahora. Porque yo había ido caminando completamente distraído, y el perro había calculado su salto tan a la decima de segundo que el ladrido estalló cuando asomaba sobre el muro, sus dientes sólo a pocos centímetros de mi rostro. Por supuesto, la potencia de la voz iba de acuerdo con su tamaño; parecía el mugido de un toro que surgiera de la profundidad de su pecho poderoso y estallara entre sus mandíbulas entreabiertas.

Pegué un salto de varios palmos en el aire, y cuando descendí de nuevo —el corazón desbocado, oyendo extrañas campanillas— miré furioso sobre el muro. Pero, como de costumbre, lo único que alcancé a ver fue una forma peluda que se escurría apresuradamente y daba la vuelta a la esquina de su casa.

Ero era lo que me desconcertaba. ¿Por qué lo hacía? ¿Era *Shep* una criatura salvaje con malvados designios acerca de mi persona, o era ésta su idea de un chiste? Jamás estuve lo bastante cerca de él para averiguarlo.

Por tanto yo no estaba precisamente en buena forma para recibir noticias, pero esto era lo que me aguardaba en el establo. No tuve más que mirar el rostro del granjero para saber que la vaca estaba peor.

—Supongo que tiene un tapón —murmuró el señor Bailes sombríamente.

Apreté los dientes. Todo el espectro de los desordenes abdominales se resumía en “un tapón” para la vieja raza de granjeros.

—Entonces ¿no ha funcionado el aceite?

—No, no ha hecho más que algunas caquitas. Es un tapón.

—De acuerdo, señor Bailes —dije con una sonrisa de cansancio— habremos de probar algo más fuerte. —Saqué del coche todo el equipo para un lavado gástrico que tanto me encantaba y que desgraciadamente ha desaparecido de mi vida: el largo tubo de goma para el estómago, el acial de madera con sus correas de piel que se ajustaba tras los cuernos. Mientras bombeaba casi diez litros de agua caliente con formalina y cloruro de sódico me sentía como Napoleón cuando envió la Vieja Guardia a la lucha en Waterloo. Si esto no funcionaba no había nada que hacer.

Sin embargo hoy no me sentía tan confiado como siempre en este método. Había algo distinto aquí. Pero tenía que intentarlo. Había que hacer algo para poner en marcha las tripas de aquella vaca, porque hoy no me gustaba su aspecto. Seguía gruñendo suavemente y se le habían empezado a hundir los ojos... la peor señal de todas en los bovinos. Y había dejado por completo de comer.

A la mañana siguiente recorría yo en coche la única calle del pueblo cuando vi que la señora Bailes salía de la tienda. Aparqué y saqué la cabeza por la ventanilla.

—¿Cómo está *Rosa* esta mañana, señora Bailes?

Dejó la cesta en el suelo y me miró gravemente.

—¡Oh, está muy mal, señor Herriot! Mi marido cree que se va a toda prisa. Si quiere encontrarle tendrá que cruzar aquel campo. Está arreglando la puerta de ese granero pequeño.

Una tristeza repentina se apoderó de mí cuando me acerqué a la puerta que llevaba al campo. Dejé el coche en el camino y levanté el pestillo.

—¡Maldición, maldición, maldición! —murmuré cruzando en diagonal sobre la hierba. Tenía la triste impresión de que allí se estaba desarrollando una pequeña tragedia. Si ese animal moría, su muerte supondría un golpe terrible para el granjero con diez vacas y unos cuantos cerdos. Yo tenía que ser capaz de remediarlo, y me resultaba deprimente el ver que mis esfuerzos no me llevaban a ninguna parte.

Y sin embargo, a pesar de todo, la paz comenzaba a infiltrarse en mi alma. Era un campo muy grande, yo alcanzaba a ver el granero en el extremo más lejano mientras caminaba, las hierbas altas rozándome las rodillas. Era una pradera ya lista para la siega, y de pronto comprendí que era pleno verano, que el sol calentaba, y que cada paso hacía subir hasta mí el aroma del trébol y la hierba caliente que se mezclaba a mi alrededor con la fresca cristalina del aire. Muy cerca de allí había un huerto de judías verdes en sazón y, cuando me llegó aquel aroma exótico, lo inspiré con los ojos semicerrados como tratando de discernir los ingredientes de aquella mezcla esplendida.

Y además estaba el silencio, lo más sedante de todo. Eso, y la impresión de soledad. Miré adormilado en torno, los kilómetros verdes y perezosos bajo el sol. Nada se movía, no había sonido alguno...

Y de pronto, sin previo aviso, se abrió el suelo a mis pies en un sonido increíblemente horrible. Por un terrible momento el cielo azul quedó oscurecido por una forma enorme y peluda, y unas fauces rojas me soltaron un: “¡GUAUUU!” al rostro.

Con un chillido espeluznante me eché atrás y vi que *Shep* desaparecía a toda velocidad por la puerta. Oculto entre las hierbas altas, justo en medio del campo, había esperado hasta ver el blanco de mis ojos antes de asaltarme.

Que se encontrara allí por accidente o que me hubiera visto llegar y se hubiera deslizado hasta ese lugar subrepticamente, es algo que jamás sabré, pero desde su punto de vista el resultado debió haber sido extraordinariamente satisfactorio porque, desde luego, fue el susto más grande que he recibido en la vida. Y no es que mi vida esté sobrecargada de alarmas, pero aquel perrazo alzándose rugiente en un paisaje vacío era distinto a todo. He oído hablar de casos en que un terror y tensión repentinos han originado la evacuación involuntaria de las tripas, y ése fue sin duda el momento en que estuve más cerca de sufrir un destino tan lamentable.

Aún temblaba cuando llegué al granero y apenas pronuncié una palabra mientras el señor Bailes me acompañaba, cruzando el camino, hasta la granja.

La vista de mi paciente fue como arrojar sal a la herida. Toda la carne había desaparecido de su cuerpo, y ahora miraba fija y apáticamente a la pared con los ojos hundidos. El gruñido cargado de malos presagios era aún más alto.

—¡Ha de tener un alambre! —murmuré—. Suéltela por un momento, ¿quiere?

El señor Bailes soltó la cadena y *Rosa* caminó por el establo. Al llegar al extremo dio la vuelta y regresó casi al trote a su pesebre, saltando sin dificultad sobre el canal de la porquería. En aquellos días mi biblia particular era la *Práctica Veterinaria*, de Udall, y el gran hombre declaraba en el libro que, si una vaca se movía con libertad era muy improbable que tuviera un cuerpo extraño en su retículo. Le pellizqué en la cruz y no se quejó... Tenía que ser otra cosa.

—Es el peor tapón que he visto en mi vida —dijo el señor Bailes—. Le di una dosis de una cosa muy fuerte esta mañana, pero no le ha servido de nada.

Me pasé una mano agotada por la frente.

—Y ¿qué fue lo que le dio, señor Bailes? —Mala señal era que el cliente empezara a utilizar su propia medicina.

El granjero extendió la mano hacia el alfeizar de la ventana, abarrotado de objetos en desorden y me entregó una botella. “Elixir Estomacal del Dr. Hornibrook. Remedio soberano para todas las enfermedades del ganado”. El doctor, con sombrero de copa y chaqué, me miraba con aire de suficiencia desde la etiqueta mientras yo le quitaba el corcho a la botella y olía su contenido. Pero hube de parpadear y echarme atrás con los ojos llenos de lágrimas. Aquello era amoniaco puro; sin embargo yo no estaba en situación de mostrarme despectivo.

—¡Ese maldito gruñido! —dijo el granjero abrumado—. ¿Qué habrá detrás de ello?

De nada servía decirle que me parecía un área circunscrita de peritonitis, porque la verdad era que yo no conocía el motivo.

Decidí intentarlo por última vez con un lavado. Seguía siendo el arma más potente de mi arsenal, pero esta vez añadí un kilo de triaca negra a la mezcla. Casi

todos los granjeros tenían un barril en el establo en aquellos días, y no tuve más que ir a un rincón y levantar la tapa.

He lamentado con frecuencia la desaparición del barril de triaca, porque la melaza purgante era una buena medicina para el ganado, pero en esa ocasión no tenía demasiadas esperanzas. El instinto clínico que había empezado a desarrollar me decía que algo básicamente dañino se escondía en el interior de la vaca.

No volví a Highburn hasta la tarde siguiente. Dejé el coche fuera de la granja, y estaba a punto de meterme por el callejón entre los muros cuando me detuve a mirar una vaca que había en el campo, al otro lado de la carretera. Era un terreno de pasto, junto al campo de heno de la víspera, y esa vaca era *Rosa*. No podía haber error... con aquel espléndido color rojo oscuro y una marca distintiva blanca, como una pelota de fútbol, en el flanco izquierdo.

Abrí la puerta y, en pocos segundos, todas mis preocupaciones se habían disipado. Maravillosa, milagrosamente, la vaca había mejorado; en realidad parecía completamente normal. Me dirigí a ella y le rasqué en la base de la cola. Era una criatura dócil y se limitó a volver la cabeza y mirarme sin dejar de comer la rica hierba; y sus ojos ya no estaban hundidos, sino muy brillantes.

Por lo visto se le antojó un espacio verde un poco más adelante y se dirigió lentamente hacia allá. La seguí emocionado viéndola caminar a buen paso, agitando con complacencia la cabeza contra el ataque de las moscas, ansiosa de comer aquella hierba deliciosa. También había desaparecido el gruñido y la ubre le colgaba, pesada y turgente, entre las patas. Era increíble la diferencia con el animal de la víspera.

Mientras me inundaba una oleada de alivio vi al señor Bailes que saltaba el muro del campo inmediato. Sin duda todavía seguía arreglando la puerta de aquel establo.

Al verle acercarse sentí cierta conmiseración. Cuidado, me dije, no debes alardear de tu triunfo. Sin duda él se sentirá un poco ridículo en ese momento por haber demostrado ayer tan poca fe en mí, con sus remedios caseros y su actitud general. Pero, después de todo, el pobre hombre había estado preocupado... no podía culparle. No, me mostraría demasiado engreído.

—¡Ah, le deseo muy buenos días, señor Bailes! —dije expresivamente—. *Rosa* se encuentra estupendamente hoy, ¿no es verdad?

El granjero se quitó la gorra y se secó la frente.

—Sí, es una vaca distinta, ya lo creo.

—Opino que ya no necesita más tratamiento —dije. Vacilé. Tal vez una puyita no estaría de sobra—. Menos mal que le di otro lavado ayer.

—¿Aquel bombeo? —El señor Bailes alzó las cejas—. Bueno, eso no tuvo nada que ver.

—¿Cómo... cómo dice? Por supuesto que eso fue lo que la curó.

—No, muchacho, no. La curó Jim Oakley.

—Jim... ¿qué diablos...?

—Sí, Jim estuvo aquí anoche. A veces se acerca a mi casa al anochecer, y ayer le echó una mirada a la vaca y me dijo lo que debía hacer. Tengo que decirle, señor Herriot, que estaba muriéndose... aquel bombeo no le había servido de nada en absoluto. Jim me aconsejó que le diera un buen galope por el campo.

—¿Qué?

—Sí, eso es lo que dijo. Ya había visto a otras en las mismas condiciones, y con un buen galope las había puesto bien. Así que sacamos a *Rosa* al aire libre y seguimos su consejo. Y ¡vaya si resultó! Se puso mejor enseguida.

Me enderecé muy tieso.

—Y ¿quién es —pregunté heladamente— ese Jim Oakley?

—El cartero, por supuesto.

—¡El cartero!

—Sí, pero solía tener unas cuantas bestias hace años. Es un hombre muy listo con el ganado, ese Jim.

—Sin duda, pero yo le aseguro, señor Bailes...

El granjero alzó la mano.

—No me diga más, muchacho. Jim la puso bien y de nada sirve negarlo. ¡Ojalá le hubiera visto persiguiéndola por ahí! Él es tan viejo como yo, pero ¡vaya si corrió! Todavía puede correr ese Jim, ya lo creo —y soltó una risita al recordarlo.

Ya había aguantado bastante. Durante el panegírico del granjero había seguido acariciándole distraído el trasero de la vaca, por lo que ahora tenía la mano sucia. Echando mano de los restos de dignidad me limité a decir al señor Bailes:

—Bien, debo ponerme en camino. ¿Le importa que entre en su casa a lavarme las manos?

—No faltaba más —contestó—. Mi mujer le dará agua caliente.

Al retirarme por el campo me abrumó la cruel injusticia de todo el caso. Atravesé la puerta como en sueños y crucé el camino. Antes de entrar en aquel callejón entre los muros miré al jardín. Estaba vacío. Recorrí pues el sendero más y más hundido en la melancolía. Indudablemente había hecho el ridículo en el episodio de *Rosa*. Mirara donde mirara, no veía ni un rayito de luz.

Se me hizo interminable el camino hasta el final del muro, y estaba a punto de girar a la derecha, hacia la puerta de la cocina de la granja, cuando oí a mi izquierda el ruido metálico de una cadena, y de pronto una criatura rugiente se lanzó contra mí, me ladró con fiereza en mi mismo rostro y desapareció.

Esta vez creí que se me paraba el corazón. Tal y como andaba de baja mi moral no estaba en condiciones de sufrir a *Shep*. Se me había olvidado por completo que la señora Bailes solía atarle a la perrera de la entrada para desanimar a los visitantes que no deseaba recibir y, cuando me apoyé contra la pared, la sangre resonando en mis oídos, miré torvamente la larga cadena sobre las piedras.

No me gusta nada ese tipo de gentes que desahogan su furor con los animales, pero en ese momento perdí la cabeza. Toda mi frustración estalló en un torrente de

gritos incoherentes y, agarrando la cadena empecé a tirar de ella como un loco. El perro que me había torturado estaba allí, en aquella perrera. Por una vez sabía dónde cogerle, y ahora iba a ajustarle las cuentas. La perrera estaría a unos tres metros, y al principio no vi nada. Sólo advertía un peso muerto al final de la cadena. Luego, mientras yo seguía arrastrando inexorablemente, apareció un morro, después la cabeza, después todo el animal colgando pesadamente del collar. No mostraba el menor deseo de venir a saludarme, pero yo fui implacable y le arrastré palmo a palmo sobre las piedras hasta tenerle tumbado a mis pies.

Fuera de mí por la rabia me puse en cuclillas, agité el puño ante su morro y le grité apenas a unos centímetros:

—¡Maldito! Si me haces eso otra vez te romperé la maldita cabeza. ¿Me oyes? ¡Te cortaré la cabeza en redondo!

Shep me miró con ojos aterrados, con aire de disculpa, la cola entre las patas. Como yo seguía chillándole descubrió los dientes superiores en una tímida sonrisa a fin de congraciarse y seguidamente rodó sobre la espalda, quedando inerte y con los ojos semicerrados.

Ahora ya lo sabía. Era un blandengue. Todos aquellos ataques feroces no eran más que un juego. Empecé a calmarme, pero aún insistí para que captara bien el mensaje.

—De acuerdo, amigo —dije en un susurro amenazador—, recuerda lo que he dicho. —Solté la cadena y le lancé un grito final—: Y ahora, ¡vuelve a meterte ahí!

Casi de rodillas, con la cola entre las patas, *Shep* se lanzó de vuelta a su refugio y yo me dirigí a la granja a lavarme las manos.

El recuerdo de aquel disgusto fue fermentando en el fondo de mi mente durante algún tiempo. No tenía dudas entonces de que me habían juzgado injustamente pero ahora que soy más viejo y más prudente, y que lo miro a través de los años, creo que yo estaba equivocado.

Los síntomas que mostraba la vaca del señor Bailes eran los típicos de un desplazamiento del abomaso (cuando el cuarto estómago se desplaza de derecha a izquierda) y ésa era una condición que no se reconocía en aquellos tiempos.

En la actualidad la corregimos mediante la cirugía, corriendo el órgano desplazado a la derecha y fijándolo allí mediante unas suturas. Pero a veces se obtiene un resultado muy similar echando la vaca al suelo y haciéndola girar de un lado a otro, así que... ¿por qué no haciéndola correr? Admito sinceramente que he seguido más de una vez el consejo de “un buen galope” de Jim Oakley, y en ocasiones con resultados espectaculares. Hasta la fecha, y con frecuencia, sigo aprendiendo cosas de los granjeros, pero en aquella ocasión aprendí algo de un cartero.

Me sentí sorprendido cuando, un mes más tarde, recibí otra llamada para que atendiera a una vaca del señor Bailes. Había supuesto que, después de mi actuación con *Rosa*, acudiría a los servicios de Jim Oakley para sus problemas posteriores. Pero no; por teléfono su voz era tan cortés y amistosa como siempre, sin la menor insinuación de que hubiese perdido la fe en mí. Era extraño...

Dejando el coche fuera de la granja miré cuidadosamente el jardín delantero antes de aventurarme entre sus muros. Un débil ruidito de metal me dijo que *Shep* estaba a la espera en su perrera, y fui menguando el paso. No iba a dejarme coger otra vez. Al final del callejón me detuve esperando, pero todo lo que vi fue el extremo de un morro que desapareció a toda prisa mientras yo aguardaba. De modo que el perrazo había aprendido la lección que le diera dominado por la rabia... sabía que no iba a aguantarle más tonterías.

Y sin embargo, cuando me iba en el coche tras la visita, aquello no acababa de satisfacerme. La victoria sobre un animal no es demasiado digna, y yo tenía la impresión desagradable de haberle privado de su principal diversión. Después de todo cualquier criatura tiene derecho a divertirse como sea, y aunque la broma de *Shep* podía originar algún fallo cardíaco era, después de todo, algo propio de él. Me inquietaba la idea de haber destrozado parte de su vida. No me sentía orgulloso.

Por eso un día, a finales de verano, en que atravesaba en coche el pueblo de Highburn, me detuve a observar ante la granja de los Bailes. La calle del pueblo, blanca y polvorienta, dormía bajo el sol de mediodía. En aquel silencio mortal nada se movía a excepción de un hombrecillo que se dirigía al callejón entre los muros. Era grueso y muy moreno —un calderero remendón procedente de un campamento a las afueras del pueblo— e iba muy cargado de pucheros y sartenes.

Desde mi punto de observación, muy ventajoso, y a través de los hierros de la verja del jardín delantero, vi cómo *Shep* se deslizaba sin ruido hasta hallarse en buena posición bajo las piedras. Observé fascinado al hombre que entraba sin prisas por el callejón mientras el perro seguía el avance de aquella cabeza sobre lo alto de la pared.

Y, como era de esperar, todo sucedió a medio camino. El salto perfectamente calculado, la pausa momentánea en el punto más alto, luego el potente: “¡GUAUUU!” en el mismo oído de la víctima que nada sospechaba.

Todo lo cual tuvo el efecto de costumbre. Por un segundo sólo vi brazos por el aire, pucheros y sartenes que volaban seguidos de un prolongado estruendo metálico, y el hombrecillo reapareció en la calle como un proyectil, torció hacia la derecha y se alejó corriendo con toda su alma. Teniendo en cuenta su físico (era casi una bola) hizo alarde de una velocidad asombrosa, las piernas como auténticos pistones, y no se detuvo hasta desaparecer en la tienda en el extremo más alejado del pueblo.

No sé por qué se metió en ella, ya que allí no había nada más fuerte para restaurarle el ánimo que una gaseosa.

Shep, al parecer muy satisfecho de sí mismo, se retiró de nuevo sobre la hierba y se dejó caer en un lugar fresco a la sombra de un manzano. Con la cabeza sobre las

patas delanteras aguardaba cómodamente a su próxima víctima.

Sonreía para mis adentros cuando solté el freno y me marché. Me detendría por supuesto en la tienda y le diría al pobre hombre que podía recoger sus sartenes sin temor a que le desgarraran los miembros, pero la emoción que dominaba en mí era el alivio porque no había apagado en absoluto aquella chispa brillante en la vida del perrazo.

Shep seguía disfrutando de su diversión.



14

Supongo que una vez te lanzas a una vida criminal todo resulta cada vez más fácil. Lo único difícil es empezar.

De todos modos, así opinaba yo al sentarme en el autobús, en una nueva fuga. No había tenido el menor problema para largarme del Gran Hotel, las calles de Scarborough habían estado vacías de SP y nadie me había mirado con suspicacia cuando entrara con aire indiferente en la estación de autobuses.

Era el sábado 13 de febrero. Helen esperaba el bebe este fin de semana. Podía suceder en cualquier momento, y a mí me parecía absurdo quedarme a unos kilómetros de distancia sin hacer nada. No tenía clases hoy, ni mañana, así que no me perdería nada ni nadie me echaría de menos. Era, me dije, una simple ofensa técnica y, de todas maneras no tenía opción. Como aquella primera vez, me era imprescindible ver a Helen.

E iba a ser ahora mismo, pensé, mientras corría hacia la puerta de su casa, ya tan familiar. Entré y miré desilusionado la cocina vacía... no sé por qué había tenido la seguridad de que me estaría esperando allí mismo, de pie y con los brazos abiertos. Grité su nombre, pero nada se agitó en la casa. Aún seguía escuchando cuando apareció su padre por la puerta de un cuarto interior.

—Tienes un hijo —dijo.

Me apoyé en el respaldo de una silla.

—¿Qué...?

—Que tienes un hijo.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos. La enfermera Brown acaba de decírmelo por teléfono. Tiene gracia que te hayas presentado en este momento.

Como siguiera apoyado en la silla me miró intensamente.

—¿Te gustaría tomar un vaso de whisky?

—¿Whisky? No... ¿por qué?

—Bueno, te has puesto un poco pálido, muchacho, eso es todo. De todas formas será mejor que comas algo.

—No, no, gracias. Tengo que ir allí.

Sonrió.

—No hay prisa, chico. De todos modos les molestará que vaya alguien tan pronto. Deberías tomar algo.

—Lo siento, no puedo. ¿Le importaría... le importaría que cogiera su coche?

Aún temblaba ligeramente cuando me puse en marcha. La verdad es que el señor Alderson podía habérmelo dicho poco a poco... Tendría que haber empezado con un: “Tengo noticias para ti” o algo parecido, pero una revelación tan brutal me había trastornado. Cuando me detuve ante la casa de la enfermera Brown aún no acababa de convencerme de que era padre.

El nombre de “Clínica Greenside” sonaba impresionante, pero en realidad era la misma casa de la enfermera Brown. Tenía el título oficial de comadrona, y por lo general siempre había allí dos o tres mujeres de la localidad que habían ido a dar a luz.

Ella misma abrió la puerta y levantó los brazos al cielo.

—¡Señor Herriot! ¡Sí que ha venido deprisa! Pero ¿de dónde sale? —Era una mujer alegre y dinámica, de ojos maliciosos.

Sonreí bobaliconamente.

—Es que dio la casualidad que fui a casa del señor Alderson y éste me comunicó la noticia.

—Podía habernos dado tiempo para lavar debidamente al pobrecito —dijo— pero, no importa, suba a verle. Es un chico estupendo... cuatro kilos y medio.

Andando todavía como en sueños, la seguí escaleras arriba hasta un pequeño dormitorio. Helen estaba allí, en el lecho, y parecía agotada.

—Hola —dijo.

Me incliné a besarla.

—¿Cómo te fue? —pregunté nerviosamente.

—Horrible —contestó sin el menor entusiasmo. Luego hizo un gesto hacia la cunita, a su lado.

Eché la primera ojeada a mi hijo. El pequeño Jimmy estaba tan colorado como un ladrillo, y los rasgos hinchados, con aspecto disipado. Cuando me inclinaba sobre él apretó los puñitos bajo la barbilla y se entregó por lo visto a una pelea con sus tripas. El rostro aún se le congestionó más al contraer sus rasgos, luego, de lo más profundo

de aquellas mejillas hinchadas, sus ojos me lanzaron una mirada malévola y sacó un poquito la lengua por la comisura de los labios.

—¡Dios mío! —exclamé.

La enfermera me miró sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, esto tiene un aspecto algo extraño, ¿no?

—¿Cómo? —sus ojos me miraban furiosos—. ¡Señor Herriot! ¿Cómo puede decir semejante cosa? ¡Es un niño precioso!

De nuevo miré fijamente la cunita. Jimmy me saludó con una sonrisita burlona, se puso de color purpura y soltó unas burbujitas.

—¿Está segura de que es normal? —pregunté.

Helen soltó una risita un poco cansada, pero la enfermera Brown no estaba divertida.

—¿Normal? ¿Qué pretende decir exactamente? —Se erguía muy rígida.

Me froté los pies nerviosamente.

—Bueno que... que si le pasa algo raro.

Creí que iba a pegarme.

—¿Algo...? ¿Cómo se atreve? ¿De qué está hablando? Jamás he oído semejantes tonterías. —Se volvió hacia el lecho en busca de ayuda, pero Helen, con una sonrisa de agotamiento en el rostro, había cerrado los ojos.

Me llevé a un lado a aquella mujer enfurecida.

—Mire, enfermera, ¿no tendrá otro por casualidad en la casa?

—¿Otro qué? —preguntó heladamente.

—Bebés, bebés recién nacidos. Quiero comparar a Jimmy con algún otro.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Compararle con...? ¡Señor Herriot, me niego a seguir escuchándole...! Ya he perdido la paciencia con usted.

—Insisto, enfermera —repetí—. ¿Tiene alguno más por ahí?

Hubo una larga pausa mientras me miraba como si yo fuera un monstruo extraño e increíble.

—Bien, la señora Dewburn está en la habitación inmediata. El pequeño Sidney nació poco más o menos a la vez que Jimmy.

—¿Puedo echarle una ojeada? —le miraba suplicante.

Vaciló, luego una sonrisa de lastima le cubrió el rostro.

—¡Oh, usted... usted...! Bueno, espere un minuto.

Entró en la otra habitación y oí un murmullo de voces. Reapareció y me hizo señas.

La señora Dewburn era la esposa del carnicero, y yo la conocía bien. El rostro sobre la almohada estaba tan acalorado y agitado como el de Helen.

—¡Vaya, señor Herriot, no esperaba verle! Creía que estaba en el ejército.

—En la RAF en realidad, señora Dewburn. Estoy de... per... permiso en este momento.

Miré en la cunita. Sidney estaba muy colorado e hinchado, y al parecer también sostenía una lucha con su interior. Se revelaba esa pelea en una serie de contorsiones faciales muy grotescas que culminaron en una sonrisa burlona de una boca sin dientes.

Me eché atrás involuntariamente.

—¡Qué niño más hermoso! —exclamé.

—Sí, ¿no es un encanto? —dijo su madre cariñosamente.

—Espléndido en verdad. —Eché otra mirada de incredulidad a la cunita—. Bien, muchísimas gracias, señora Dewburn. Ha sido usted muy amable al permitirme que le viera.

—En absoluto, señor Herriot, la amabilidad es toda suya al interesarse por él.

Al otro lado de la puerta inspiré profundamente y me sequé la frente. ¡Qué alivio tan tremendo! El bebé de la señora Dewburn todavía parecía más extraño que mi hijo.

Cuando volví a la habitación de Helen, la enfermera Brown estaba sentada en la cama y ambas se reían indudablemente de mí. Por supuesto, ahora que pienso en ello, debí parecerles un idiota. Sidney Dewburn y mi hijo son dos jóvenes grandes, fuertes y notablemente bien parecidos así que mis temores carecían de fundamento.

La pequeña enfermera me miró con suspicacia. Yo creo que me había perdonado.

—Supongo que usted piensa que todos sus terneros y potros son hermosos desde el momento en que nacen —dijo.

—Pues sí —contesté—, tengo que admitirlo, creo que lo son.

Como he dicho antes no soy un hombre de ideas rápidas, pero en el autobús de regreso a Scarborough mi cerebro empezó a hacer planes maquiavélicos.

Yo tenía derecho a un permiso por compasión pero ¿por qué había de tomarlo ahora? Helen estaría en la clínica durante quince días, y no tenía gracia que me dedicara a pasearme solo por Darrowby. Lo más conveniente sería que me enviaran un telegrama dentro de dos semanas anunciando el nacimiento, y entonces podríamos disfrutar el permiso juntos.

Me resultó interesante comprobar cómo se disolvían mis escrúpulos morales ante una perspectiva tan atrayente aunque, de todas maneras, me dije, ¿dónde estaba el daño? Yo no pretendía robar nada, únicamente cambiar el momento. La RAF, o el esfuerzo de la guerra en general, no sufriría ningún golpe mortal. Mucho antes de que el vehículo, con las ventanillas herméticamente cerradas, hubiera entrado en la ciudad, ya me había decidido, y al día siguiente escribí a un amigo en Darrowby y quedamos en lo del telegrama.

Pero yo no era un criminal tan empedernido como creía porque, así como pasaban los días, empecé a tener dudas. En el ITW el reglamento era muy estricto. Me vería

en apuros si lo averiguaban. Pero la perspectiva de unas vacaciones con Helen anulaba todas las demás consideraciones.

Cuando llegó el día decisivo mis compañeros de habitación y yo estábamos tumbados en la cama después del almuerzo cuando resonó una gran voz en el corredor:

—¡AC2 Herriot! ¡Vamos, ven aquí, Herriot!

Se me contrajo el estómago. La verdad es que no había contado con que el sargento de escuadrón Blackett tuviera parte en ello. Yo había pensado que me lo comunicaría uno de los cabos, o tal vez uno de los suboficiales, pero no el gran hombre en persona.

El sargento de escuadrón Blackett era un ordenancista muy serio, de gran presencia física, con un cuerpo delgado de más de dos metros de altura, hombros huesudos y un rostro de rasgos duros que no desmerecía en absoluto. Generalmente los oficiales al mando se encargaban de las faltas de conducta, pero si intervenía el sargento Blackett resultaba una experiencia inolvidable.

Pude oírle de nuevo. Aquel mismo mugido de toro que despertaba ecos sobre nuestras cabezas en la plaza cada mañana:

—¡Herriot! ¡Vamos, preséntate, Herriot!

Yo estaba ya en camino, saliendo de la habitación y recorriendo al trote la superficie brillante del corredor. Me detuve en seco frente a la figura imponente.

—Sí, sargento de escuadrón.

Entre sus dedos el telegrama rozaba suavemente la sarga azul de sus pantalones mientras él agitaba la mano atrás y adelante. El pulso se me aceleró penosamente mientras aguardaba.

—Bien, muchacho, me complace comunicarte que tu esposa ha tenido un hijo, y muy bien. —Se acercó el telegrama a los ojos—: Aquí dice: “Un chico, los dos bien. Enfermera Brown”. Permíteme que sea el primero en felicitarte. —Extendió la mano y, al estrechársela yo, sonrió. De pronto le encontré un gran parecido con Gary Cooper.

—Ahora querrás irte inmediatamente a ver a los dos, ¿eh?

Asentí sin palabras. Debió juzgarme un tipo muy frío, nada emocional.

Me puso la mano en el hombro y me llevó al despacho donde trabajaban los ayudantes.

—¡A ver, vosotros, moveos! —Los sonos resonantes del órgano que era su voz cayeron sobre los muchachos sentados ante las mesas. Esto era importante—. Tengo aquí a un padre nuevecito. El permiso de salida, un pase de ferrocarril, la paga, ¡y todo a marchas dobles!

—De acuerdo, sargento. —La máquina de escribir se puso en marcha.

El gran hombre se inclinó sobre un horario de trenes en la pared.

—No tienes que ir muy lejos, de todos modos. Veamos... Darrowby, Darrowby... sí, hay un tren que sale de aquí hacia York a las tres y veinte —miró el reloj—

podrías cogerlo si lo tienes todo a punto.

Una sensación creciente de vergüenza amenazaba con ahogarme cuando hablé de nuevo:

—A toda marcha a tu habitación y haz el equipaje. Te prepararemos los documentos.

Me vestí mi mejor uniforme, llené la mochila y me la eché sobre el hombro; luego volví al despacho.

El sargento de escuadrón me aguardaba. Me entregó el sobre voluminoso.

—Todo está aquí, hijo, y tienes mucho tiempo. —Me miró de arriba abajo, me hizo dar la vuelta y me enderezó la gorra—. Sí, muy elegante. Tenemos que ponerte bien elegante para tu mujercita, ¿no es cierto? —y me lanzó de nuevo su sonrisa de Gary Cooper. Era un hombre guapo y de ojos amables, y yo jamás lo había advertido.

Incluso me acompañó por el corredor.

—Éste será el primero, ¿verdad?

—Sí, sargento.

Asintió.

—Bien, es un gran día para ti. Yo tengo tres ¿sabes? Claro que ya son mayores, pero los echo condenadamente de menos con esta maldita guerra. Realmente te envidio al pensar que vas a salir esta tarde por esa puerta para ver a tu hijo por primera vez.

La culpabilidad me envolvía y amenazaba con ahogarme y, cuando nos detuvimos en la parte superior de la escalera, yo estaba convencido de que mis ojos huidizos y mis miradas furtivas iban a traicionarme. Pero la verdad es que él no me miraba.

—¿Sabes, muchacho? —dijo suavemente, mirando un poco por encima de mi cabeza—. Ahora te aguarda el mejor momento de tu vida.

No se nos permitía utilizar la escalera principal y, al dirigirme hacia los escalones estrechos de la de servicio, aún me llegó de nuevo su voz tronante:

—Dales recuerdos míos a los dos.

Lo pasé maravillosamente con Helen, recorriendo kilómetros y kilómetros en nuestros paseos, descubriendo la delicia de empujar el cochecito con el pequeño Jimmy, cuyo aspecto había mejorado como por arte de magia. Todo resultó mucho más agradable que si hubiera tomado el permiso en el momento oficial, y no hay duda de que mi plan fue un éxito.

Pero no podía regocijarme en ello. Algo había venido a empañar mi triunfo, y hasta la fecha sigo teniendo mis reservas al respecto.

El sargento de escuadrón Blackett me estropeó la diversión.



15

—Debes estar chiflado para ser un veterinario rural. —El joven aviador reía al decirlo, pero yo pensé que había algo de verdad en sus palabras. Me había estado hablando de su empleo en la vida civil y, cuando yo le describí mis horas de trabajo y las circunstancias del mismo, me miró con aire de incredulidad.

Desde luego hubo una ocasión en que me habría mostrado completamente de acuerdo con él. Eran las nueve de una noche asquerosamente lluviosa y yo aún seguía haciendo mi ronda. Me aferré con fuerza al volante y cambié de posición en el asiento, gruñendo en voz baja al notar el dolor de mis músculos agotados.

¿Por qué había tenido que elegir esta profesión? Podía haber elegido algo más fácil y más cómodo... como trabajar en las minas, o en la tala de árboles. Había empezado a compadecerme de mí mismo hacía tres horas, cuando cruzaba la plaza del mercado de Darrowby en camino al parto de una vaca. Las tiendas estaban cerradas, e incluso a través de la lluvia invernal emanaba de las casas una sugerencia de reposo, de la labor terminada, de un libro y una pipa fumada en paz junto a la chimenea. Y tenía todas esas cosas, más Helen, allá en mi salón-dormitorio.

Creo que lo que más me dolió en verdad fue ver a un grupo de jóvenes que salían por la puerta de Las Armas de Drovers, tres chicas y tres muchachos jóvenes, todos bien vestidos, riéndose e indudablemente en camino a un baile o una fiesta. Todo el mundo se preparaba para estar cómodo y pasarlo bien; todo el mundo menos Herriot, que se dirigía a toda prisa hacia las colinas frías y húmedas con la perspectiva segura de un trabajo muy duro.

Y el caso no hizo nada por levantarme la moral. Una pequeña vaquilla huesuda tendida de lado en una casilla abierta a todos los vientos, llena de bidones viejos, de ladrillos rotos y demás porquerías. La verdad es que me resultaba difícil ver qué

pisaba, ya que la única luz provenía de una vieja lámpara de aceite cuya llama temblaba azotada por el viento.

Estuve dos horas en aquel refugio, sacando al ternero centímetro a centímetro. No es que viniera mal, sólo muy justo; pero la vaquilla no llegó a ponerse de pie, así que me pasé todo el tiempo en el suelo; girando sobre ladrillos y latas, levantándome únicamente para acudir temblando al cubo de agua mientras la lluvia corría helada sobre la piel temblorosa de mi pecho y espalda.

Y ahora aquí estaba, volviendo a casa en coche, helado, toda la piel escocida bajo la ropa, y sintiéndome como si un grupo de jóvenes se hubieran dedicado a patearme con entusiasmo de pies a cabeza durante la mayor parte de la noche. Casi me ahogaba la autopsia cuando entré en el pequeño pueblo de Copton. En los días cálidos de verano era un lugar idílico que me recordaba siempre cierto lugar de Pertshire, con su única calle girando en torno de la ladera baja de una verde colina y un oscuro grupo de árboles subiendo hacia las tierras altas y los brezales, allá arriba.

Pero hoy era un lugar oscuro, hosco, y la luz de mis faros bañados por la lluvia sólo iluminaban unas casas cerradas a piedra y lodo, a excepción de un fulgor débil hacia el centro de la calle donde el farol de la taberna del pueblo lanzaba suavemente su luz sobre la calle inundada. Detuve el coche bajo el anuncio oscilante al viento de El Zorro y la Jauría y, siguiendo un impulso, abrí la puerta. Una cerveza me sentaría bien.

Un calor agradable me acogió al entrar en la taberna. No había mostrador, sólo sillas de alto respaldo y mesas de roble colocadas junto a los muros encalados de lo que era, en realidad, la cocina de una granja convertida en taberna. A un extremo ardía un buen fuego de leños en una chimenea antigua, y sobre el fogón, el reloj de la pared dominaba con su sonido el murmullo de las voces. No estaba tan animado como otros lugares más modernos, pero era muy confortable.

—Bien, señor Herriot, veo que ha estado trabajando —dijo mi vecino cuando me dejé caer en una silla.

—Sí, Ted, ¿cómo lo supiste?

El hombre contemplaba el impermeable sucio y las botas de goma que no me había molestado en quitarme al acabar en la granja.

—Bueno, no es su traje de los domingos, lleva una mancha de sangre en la nariz y caca de vaca en la oreja. —Ted Dobson era un fornido vaquero de unos treinta años, y una amplia sonrisa me mostró sus dientes blanquísimos.

También yo sonreí y saqué el pañuelo.

—Tiene gracia, pero uno siempre quiere rascarse la nariz en un momento así.

Miré en torno de la habitación. Había una docena de hombres bebiendo sus jarras de medio litro, algunos jugando al dominó. Todos eran mozos de granja, gentes a las que yo veía cuando me hacían salir de la cama en la oscuridad antes del amanecer, figuras inclinadas entonces, informes con sus viejos sobretodos, que se dirigían en bicicleta a las granjas, la cabeza inclinada contra el viento y la lluvia, aceptando la

realidad de su dura existencia. A menudo pensaba en esas ocasiones que a mí sólo me ocurría esto de vez en cuando, pero que ellos habían de repetirlo cada mañana.

Y lo hacían por treinta chelines a la semana. El hecho de verles aquí me obligaba a sentirme avergonzado.

El señor Waters, el propietario, cuyo nombre lo obligaba a aguantar muchas bromas^[7], me llenó el recipiente, sosteniendo el enorme jarro en alto para producir la espuma de un profesional.

—Aquí tiene, señor Herriot; son seis peniques. Barato aunque costara el doble.

Cada gota de cerveza era servida de aquel jarro que él llenaba en los barriles de madera del sótano. Lo cual habría sido muy poco práctico en un gran establecimiento, pero El Zorro y la Jauría casi nunca estaba a rebosar, y el señor Waters jamás se haría rico por su avaricia. Sin embargo tenía cuatro vacas en el pequeño establo junto a esta habitación, cincuenta gallinas recogidas en el largo jardín posterior y sus dos cerdas le daban un par de lechigadas al año.

—Gracias, señor Waters. —Tomé un gran sorbo de la jarra. Ahora sudaba un poco a pesar del frío, y mi garganta seca acogió con gusto el sabor de la riquísima cerveza. Ya había estado allí algunas veces, y todos los rostros me resultaban familiares. Especialmente el viejo Albert Close, un pastor retirado que se sentaba en el mismo lugar cada noche, al extremo del banco y junto al fuego.

Estaba como siempre, las manos y la barbilla apoyada en el gran cayado que llevaba durante su vida de trabajo, los ojos vacíos. Medio escondido bajo el asiento y la mesa estaba *Mick*, su perro, viejo y retirado como su amo. Indudablemente el animal estaba en pleno sueño, sus garras arañaban el aire espasmódicamente, los labios y orejas se le crispaban, y de vez en cuando emitía un ladrido ahogado.

Ted Dobson me dio un codazo y se echó a reír.

—Apuesto a que *Mick* aún sigue rodeando a las ovejas.

Asentí. No cabía duda de que el perro vivía de nuevo en sueños los grandes días en que se inclinaba, saltaba y corría a toda velocidad en amplio arco y en torno al perímetro del campo a un silbido de su amo. Y el mismo Albert... ¿qué habría tras aquellos ojos de mirada vacía? Fácil era imaginarlo en su juventud, caminando airoso por las tierras altas barridas por el viento, recorriendo kilómetros sin fin sobre los páramos, rocas y valles, dejando sus huellas firmemente marcadas en la hierba a cada paso. No había hombres más fuertes que los pastores de los valles, que vivían al aire libre en toda época del año, y se cubrían la cabeza y los hombros con un saco bajo la nieve y el viento.

Y ahí estaba Albert, ahora un viejo artrítico y acabado que miraba apáticamente al vacío bajo la visera harapienta de una gorra de tweed. Observé que acababa de vaciar la jarra y crucé la habitación hacia él.

—Buenas noches, señor Close —le dije.

Se llevó la mano a la oreja y me miró parpadeando.

—¿Eh?

Alcé mi voz en un grito.

—¿Qué tal está, señor Close?

—No me quejo, joven —murmuró—. No me quejo.

—¿Me acepta una copa?

—Sí, muchas gracias. —Con un dedo tembloroso me indicó su jarra—. Puede echar ahí unas gotas, joven.

Sabía que con “unas gotas” quería decir medio litro, e hice señas al patrón que giró el jarro con destreza.

El pastor alzó su jarra, llena ahora, y me miró.

—A su salud —gruñó.

—A la suya —dije, y estaba a punto de volver a mi asiento cuando el viejo perro se incorporó. Las voces con que me dirigiera a su amo le habían despertado sin duda de su sueño, porque se estiró aún medio dormido, agitó la cabeza un par de veces y miró en torno. Cuando se volvió a enfrentarse conmigo sentí un shock repentino.

Aquellos ojos eran terribles. En realidad apenas podía verlos, ya que parpadeaban penosamente a través de un flequillo de pestañas pegajosas y llenas de pus. Y ese mismo pus formaba unos surcos oscuros y horribles contra el pelo blanco a cada lado del morro.

Extendí la mano hacia él y el perro agitó la cola brevemente antes de cerrar los ojos para no volver a abrirlos. Como si así se sintiera mejor.

Puse la mano en el hombro de Albert.

—Señor Close, ¿cuánto tiempo lleva el perro en este estado?

—¿Eh?

Aumenté el volumen.

—Los ojos de *Mick*. Están muy mal.

—¡Ah, sí! —el viejo asintió con aire de compasión—. Ha cogido un poco de frío en los ojos. Es algo que le pasa desde que era cachorrillo.

—No, eso es algo más que un resfriado. Me refiero a sus párpados.

—¿Eh?

Inspiré profundamente y solté a pleno pulmón:

—¡Tiene los párpados vueltos hacia dentro! Y es una cosa bastante grave.

El viejo asintió de nuevo.

—Sí, siempre está tumbado con la cabeza junto a la puerta. Hay mucha corriente allí.

—¡No, señor Close! —aullé—. ¡No tiene nada que ver con eso! Es algo que se llama entropión, y necesita una operación para curarlo.

—Está bien, está bien, joven. —Tomó otro sorbo de cerveza—. No es más que un poco de frío. Es algo que le pasa desde que era cachorrillo...

Me aparté cansadamente y volví a mi asiento. Ted Dobson me miró con curiosidad.

—¿A qué venían esos gritos?

—Bueno, algo muy desagradable, Ted. Se llama entropión a los párpados invertidos, cuando las pestañas rozan el globo del ojo. Es algo muy doloroso, que puede originar úlceras e incluso la ceguera. Hasta el caso más leve sería condenadamente incómodo para un perro.

—Comprendo —dijo Ted meditabundo—. Llevaba algún tiempo observando que *Mick* tenía siempre los ojos sucísimos, pero ha empeorado últimamente.

—Sí, es lo que suele ocurrir, aunque con frecuencia es algo congénito. Yo diría que *Mick* lo ha tenido toda su vida, pero que, por alguna razón, de pronto se ha agravado sobremanera. —Me volví de nuevo hacia el viejo perro pacientemente sentado bajo la mesa, los ojos apretadamente cerrados.

—Entonces, ¿sufre mucho? —preguntó Ted.

Me encogí de hombros.

—Bueno, ya sabes lo que ocurre sólo con que se te meta una motita de polvo en el ojo, o una pestaña. Yo diría que el pobrecillo sufre bastante.

—¡Pobre animal! Nunca imaginé que fuera así. —Sacó un cigarrillo—. ¿Podría curarse con una operación?

—Sí, Ted, y es unos de los trabajos más satisfactorios que puede realizar un veterinario. Siempre he creído haberle hecho un gran favor a un perro al terminarla.

—Apuesto a que sí. Debe ser una solución estupenda, pero costosa, supongo.

Sonreí secamente.

—Depende de cómo se mire. Es un trabajo muy delicado; y lleva su tiempo. Generalmente cobramos una libra. —Un cirujano de seres humanos se reiría de una suma así, pero seguía siendo demasiado para el viejo Albert.

Durante unos momentos ambos guardamos silencio mirando hacia el otro extremo de la habitación, al viejo con su abrigo destrozado y los pantalones harapientos casi cubriéndole las botas rotas. Una libra serían dos semanas de su pensión de ancianidad. Una fortuna.

Ted se puso de pie de pronto.

—De todas maneras, alguien debería decírselo. Ya se lo explicaré.

Cruzó la habitación.

—¿Te apetece otra, Albert?

El viejo pastor le miró con aire ausente, luego indicó su jarra vacía de nuevo.

—Sí, echa ahí unas gotas, Ted.

El vaquero llamó al señor Waters, luego se inclinó.

—¿Entendiste lo que te decía el señor Herriot, Albert? —gritó.

—Sí... sí... que *Mick* ha cogido un poco de frío en los ojos.

—¡No, que no es eso! ¡No es nada de eso! Es un en... un ent... Es algo distinto.

—Siempre coge frío en los ojos —murmuró Albert, la nariz hundida en su jarra.

Ted aulló exasperado:

—¡Maldito diablo! Escucha lo que te digo... tienes que cuidarte de él y...

Pero el viejo ya estaba muy lejos de allí.

—Desde que era un cachorro... es algo que le pasa desde que era un...

Aunque *Mick* borrara aquella noche todas mis preocupaciones, el recuerdo de sus ojos me persiguió durante días. Anhelaba poner las manos en ellos. Sabía que una hora de trabajo llevaría al perro a un mundo que quizá no hubiera conocido en años, y el instinto me decía que corriera a Copton, le metiera en el coche y lo llevara a Darrowby para la operación. No me preocupaba el dinero, pero claro, la práctica no puede llevarse a cabo de ese modo.

Con frecuencia veía perros cojos en las granjas y gatos hambrientos por las calles, y habría sido encantador bajarme ante todos y cada uno y cuidarlos según mis conocimientos. En realidad, lo había intentado en algunas ocasiones, pero no salía bien.

Ted Dobson fue el que me alivió el dolor. Había venido a la ciudad a ver a su hermana y pasar la tarde con ella, y ahora estaba apoyado en su bicicleta ante la puerta del dispensario, el rostro alegre y bien fregoteado, tan brillante como si quisiera iluminar la calle.

Fue directamente a la cuestión.

—¿Le hará la operación al pobre *Mick*, señor Herriot?

—Sí, por supuesto, pero... ¿y...?

—¡Oh! todo irá bien. Los chicos de El Zorro y la Jauría se cuidarán de ello. Vamos a coger el dinero necesario del club.

—¿Dinero del club?

—Sí, ponemos un poco cada semana para irnos de picnic en verano. Una excursión a la playa o algo así.

—Bueno, esto es extraordinariamente amable de vuestra parte, Ted, pero ¿estás seguro? ¿No le importará a alguno?

Se echó a reír.

—No, claro que no, no echaremos de menos una libra. Nos bebemos mucho más que eso, de todos modos. —Hizo una pausa—. Todos los chicos quieren que haga ese trabajo... Nos pone nerviosísimos ver a ese pobre perro desde que usted nos lo dijo.

—Bien, magnífico —dije—. ¿Cómo le traeréis?

—Mi jefe me prestará su camioneta. ¿Le viene bien el miércoles por la noche?

—Estupendo. —Le vi salir corriendo y luego retrocedí por el pasillo. Tal vez a los ojos modernos pueda parecer demasiado jaleo por una sola libra pero, en aquellos días, era una suma muy sustanciosa. Creo que podrán hacerse una idea si les digo que cuatro libras a la semana había sido mi primer sueldo como cirujano veterinario.

Cuando llegó la noche del miércoles comprendí claramente que la operación de *Mick* se había convertido en algo así como una fiesta de gala. La camioneta iba abarrotada

con los habituales de El Zorro y la Jauría, y otros la seguían montados en bicicleta.

El viejo perro se arrastró temerosamente por el pasillo hasta la sala de operaciones, muy dilatadas las aletas de la nariz ante los olores tan poco familiares del éter y el antiséptico. Tras él venía la ruidosa muchedumbre de granjeros, sus botas pesadas resonando en las baldosas.

Tristán, que se encargaba de la anestesia, subió al perro a la mesa y yo miré en torno, el extraordinario espectáculo de filas de rostros que me miraban con intensa expectación. Normalmente no me gusta demasiado que la gente presencie las operaciones pero, puesto que éstos eran los patrocinadores de todo el asunto, tendrían que quedarse.

Bajo la lámpara pude examinar a fondo por primera vez a *Mick*. Era un animal de buena raza y muy hermoso, a excepción de aquellos ojos tan horribles. Al sentarse allí los abrió una pizca y me miró por una fracción de segundo, que sin duda le resultó muy dolorosa, antes de cerrarlos ante la luz brillante. Así, me dije, se pasaría la vida, mirando cuidadosa y brevemente a su alrededor. La inyección intravenosa de barbitúricos fue un gran favor para él, ya que le libraba de aquel tormento por un rato.

Cuando quedó tumbado de lado e inconsciente llevé a cabo mi primer examen. Le separé los párpados haciendo una mueca ante las pestañas pegadas, llenas de lágrimas y pus. Había allí una queratitis y conjuntivitis grave pero, con gran alivio, descubrí que la córnea no estaba ulcerada.

—¿Saben? —dije—, esto está muy mal, pero creo que no hay daño irreparable.

No es que los granjeros estallaran precisamente en vivas, pero se mostraron profundamente satisfechos. Y el ambiente de fiesta seguía aumentando, ya que charlaban y reían sin parar y, cuando tomé el escalpelo, se me ocurrió que jamás había operado en un ambiente tan ruidoso.

Pero me dominó el júbilo al hacer la primera incisión. ¡Llevaba tanto tiempo esperando este momento! Empezando con el ojo izquierdo corté a todo lo largo en una línea paralela al borde del párpado; luego, con un giro semicircular de la hoja, incluí en el corte un centímetro del tejido sobre el ojo. Cogiendo la piel con unas pinzas la retiré, y al coser con unos puntos los bordes de la herida sangrante, observé con inmensa gratitud que las pestañas quedaban altas y muy retiradas de la superficie córnea que habían irritado quizá desde hacía años.

Corté menos piel del párpado inferior (ahí nunca es necesario quitar tanta) y luego empecé con el ojo derecho. Estaba cortando piel, tan feliz cuando advertí que el ruido había menguado, que se oían murmullos, sí, pero que la juerga y las risas habían cesado. Alzando la vista, vi a Ken Appleton, el encargado de los caballos de Laurel Grove. Era natural que le viera a él entre todos porque medía más de dos metros y tenía un corpachón como el de los Shires que él cuidaba.

—¡Cielos, sí que hace calor aquí! —susurró. Desde luego hablaba en serio, porque el sudor le corría por el rostro.

Estaba muy enfrascado en mi trabajo o habría observado también que no sólo sudaba sino que estaba mortalmente pálido. Retiraba ya la piel del párpado cuando oí el chillido de Tristán:

—¡Agarradle!

Los amigos que rodeaban al hombretón le sostuvieron cuando empezó a resbalar suavemente hasta el suelo y allí quedó durmiendo pacíficamente hasta que yo hube dado el último punto. Luego, mientras Tristán y yo limpiábamos y guardábamos los instrumentos empezó a mirar en torno, y sus compañeros le ayudaron a ponerse de pie. Ahora que la operación había terminado el grupo recobró la animación, y Ken tuvo que soportar algunas bromas. Pero no era el único que había palidecido.

—Creo que te sentaría bien un poco de whisky, Ken —dijo Tristán. Salió de la clínica y volvió con una botella de la que, con su hospitalidad típica, sirvió a todos. Probetas, tubos de ensayo, vasos de medir, todo fue puesto en servicio, y pronto hubo una multitud alegre en torno del perro dormido. Cuando al fin emprendió la marcha la camioneta en la oscuridad de la noche lo último que oí fue el escándalo de las canciones en el interior abarrotado.

Me trajeron de nuevo a *Mick* a los diez días para que le quitara los puntos. Las heridas habían sanado muy bien, pero la queratitis aún no se había curado del todo, y el pobre viejo seguía parpadeando penosamente. No vi el resultado final de mi trabajo hasta el mes siguiente.

Fue cuando regresaba de nuevo a casa a través de Copton después de una visita nocturna, y la puerta iluminada de El Zorro y la Jauría me recordó la pequeña operación que casi había olvidado con el aluvión de trabajo. Entré y me senté entre los rostros familiares.

Las cosas seguían como siempre, el viejo Albert Close en su lugar habitual, *Mick* tumbado bajo la mesa, las patas arañando el aire, sin duda en otro sueño muy vívido. Le observé intensamente de lejos hasta que ya no pude resistirlo más. Como atraído por un imán crucé la habitación y me puse en cuclillas a su lado.

—*Mick* —dije—, ¡eh, despierta, muchacho!

Los miembros temblorosos quedaron quietos y hubo un largo momento en que retuve el aliento, mientras la peluda cabeza se volvía hacia mí. Entonces, con una especie de incredulidad deliciosa, me hallé mirando los ojos amplios, claros y brillantes de un animal joven.

Por mis venas parecía correr un vino exquisito y cálido mientras él me miraba, la boca abierta en una sonrisa jadeante, el rabo azotando las losas de piedra. No había inflamación ni derrame, y las pestañas, limpias y secas, crecían en un arco suave muy separadas de la superficie córnea que habían arañado y herido durante tanto tiempo. Le acaricié la cabeza y, cuando empezó a mirar en torno ansiosamente, sentí la más pura delicia a la vista del viejo animal gozando de su libertad, saboreando el mundo nuevo que se había abierto para él. Vi que Ted Dobson y los otros sonreían como conspiradores cuando me puse de pie.

—¡Señor Close! —grité—. ¿Quiere una copa?

—Sí, sí, puede echarme unas gotas aquí, joven.

—Los ojos de *Mick* están mucho mejor —grité.

El viejo alzó la jarra.

—A su salud. Sí, no era más que un poco de frío.

—¡Pero señor Close...!

—Mala cosa, eso de pillar frío en los ojos. El pobre siempre está tumbado junto a la puerta, y supongo que lo pillaré otra vez. Es algo que le pasa desde que era un cachorrillo...



16

Cuando me inclinaba sobre el lavabo para las “abluciones” y me entregaba a otro paroxismo de toses, me abrumó el convencimiento, más y más penoso y creciente, de que yo no era más que un simple peón.

La enorme diferencia entre mi existencia actual y mi antigua vida como veterinario era que yo antes decidía personalmente cómo quería hacer las cosas, mientras que en la RAF todas las decisiones que me afectaban las tomaban otros. No me gustaba nada ser un peón porque la vida que llevábamos nosotros los cadetes, la forma más inferior de vida, estaba gobernada por muchas nociones e ideas soñadas por individuos tan exaltados que jamás llegábamos a conocerles.

Y por eso sin duda sus ideas —en general— me parecían chifladuras.

Por ejemplo, ¿quién había decidido que todas las ventanas de nuestro dormitorio habían de estar abiertas de par en par durante todo un invierno de Yorkshire, de modo que aquella niebla tan sana nos llegara directamente del negro océano y se instalara como una manta de hielo sobre las camas mientras dormíamos? El resultado era una incidencia casi del cien por cien de bronquitis en nuestro escuadrón, y por las mañanas el Gran Hotel parecía un sanatorio de tuberculosos, en el que sólo se oía un coro creciente de toses y estornudos.

La tos me venció de nuevo ahora agitando todo mi cuerpo y amenazando con hacerme saltar los ojos de las órbitas. Era una tentación dar el parte de enfermo, pero no lo había hecho todavía. La mayoría de los chicos se aguantaban hasta que tenían una fiebre de caballo antes de declararse enfermos y hasta hoy, a finales de febrero, casi todos habían pasado ya algunos días en el hospital. Yo era uno de los pocos que aún no había estado allí. Tal vez fuera bravuconería por mi parte, porque la mayoría

eran chicos de dieciocho o diecinueve años, y, al tener veintitantos, yo era relativamente viejo a su lado, pero había otras dos razones. La primera que yo solía sentirme realmente enfermo después de haberme vestido y cuando comprendía que no podía pasar el desayuno. Pero para entonces era demasiado tarde. Había que dar el parte de enfermo antes de las siete en punto, o aguantarse hasta el día siguiente.

Otra razón era que no me gustaba el aspecto del desfile de los enfermos. Cuando salía al corredor con la toalla sobre los hombros el sargento leía ya la lista inflando los pulmones al mismo tiempo.

—¡Fórmense los enfermos! —gritó—. ¡Venga, que quiero veros!

Procedente de varias puertas apareció un tristón desfile de inválidos, vacilando sobre el linóleo, cada uno cargado con su equipo, la mochila que contenía el pijama, zapatos de deporte, cuchillo, tenedor, cuchara, etc.

El sargento dejó escapar otro aullido:

—¡Poneos en fila! ¡Vamos, todos vosotros, con más animo!

Miré a los jóvenes allí encogidos, pálidos y temblorosos. La mayoría de ellos tosían y farfullaban incoherencias, y uno se agarraba el abdomen como si tuviera el apéndice roto.

—¡Pelotón! —gritó el sargento—. ¡Pelotón, atención! ¡Pelotón, descansen! ¡Atención! ¡Vuelta a la izquierda! ¡Marcha rápida! ¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha!

Aquella banda de infelices se alejó cansadamente. Les aguardaba una marcha de casi kilómetro y medio bajo la lluvia hasta la enfermería en otro hotel, sobre el Balneario, y cuando volví a mi cuarto se había renovado mi resolución de aguantar el mayor tiempo posible.

Otra cosa que nos espantó durante algún tiempo fue el rumor, procedente de algún lugar allá en las alturas, de que no era bastante que nos ejercitáramos por todo Scarborough en nuestras carreras de entrenamiento: teníamos que detenernos de vez en cuando y fingir que nos peleábamos como auténticos boxeadores.

La idea parecía demasiado ultrajante para ser cierta, pero la escuchamos de labios del mismo sargento que venía con nosotros en nuestras carreras. Alguna Persona Muy Importante había dado esa orden, afirmando que eso aumentaría nuestra beligerancia. Aquello nos aterró a todos durante algún tiempo, incluido el sargento que no tenía el menor deseo de verse al frente de un puñado de locos que se ponían de pronto a dar vueltas y a soltar puñetazos al aire. Misericordiosamente alguien tuvo la fuerza necesaria para resistir esa orden, y se abandonó tan descabellada idea.

Pero de todos aquellos planes brillantes el que recuerdo con más claridad fue el que ordenó que soltáramos un grito al final de nuestra sesión de entrenamiento físico. Además de correr kilómetros y kilómetros por todo el lugar teníamos largos periodos de entrenamiento físico en la explanada bañada por la lluvia y con el viento cortante del mar poniéndonos la carne de gallina. Llegamos a hacer tan bien esos ejercicios que alguien decidió que hiciéramos una demostración para un mariscal del aire que

venía de visita. Y no sólo nuestro escuadrón sino varios más, todos actuando al unísono ante el Gran Hotel.

Nos preparamos durante meses y meses para el gran día, repitiendo los mismos movimientos una y otra vez hasta que salieran perfectos. Al principio el sargento de PT, con un corpachón como un barril, nos gritaba las instrucciones constantemente; luego, al ir mejorando se limitaba a decir: “Ejercicio tres, empezad”, y finalmente, cuando aquello llegó a formar parte de nuestro propio ser, cogía el silbato y lanzaba un pitido al principio de cada ejercicio.

Para la primavera resultábamos realmente impresionantes. Cientos de hombres en calzones y camiseta saltando al unísono en la explanada, el sargento en el balcón sobre la puerta principal del hotel donde estaría en su día con el mariscal del aire. Lo que daba mayor teatralidad al asunto era el silencio completo, aquel bosque de miembros y cuerpos que se agitaban sin otro sentido que el del silbato.

Todo fue encantador hasta que alguien tuvo la idea del grito. Hasta entonces habíamos desfilado silenciosamente de la plaza al final de la sesión pero, al parecer, eso no era bastante bueno. Lo que habíamos de hacer ahora era contar hasta cinco al final del último ejercicio, luego de dar un salto en el aire, chillar con toda la fuerza de nuestros pulmones y salir corriendo de la plaza a toda velocidad.

Tengo que admitir que aquello sí fue una buena inspiración. Lo intentamos unas cuantas veces, luego empezamos a poner realmente el corazón en ello, saltando todo cuanto podíamos, gritando como derviches y luego saliendo a toda prisa por las varias callecitas que partían de allí entre los hoteles en torno de la plaza.

Desde el balcón el espectáculo debía ser magnífico. La gran masa de los hombres vestidos de blanco llevando a cabo los ejercicios rutinarios en un silencio de catedral, unos cuantos segundos de inmovilidad completa y al fin estallando todos en un grito salvaje y desapareciendo como por encanto, dejando la plaza vacía llena de ecos. Este último toque tenía otro aspecto que lo hacía deseable: era una prueba más de nuestro salvajismo latente. El enemigo habría temblado sin duda ante aquel sonido que helaba la sangre.

El sargento tuvo ciertos problemas con un chico de mi escuadrón, un joven pelirrojo, alto y delgaducho llamado Cromarty, que estaba en la fila delante de mí, apenas un par de metros a mi derecha. Cromarty parecía incapaz de captar el espíritu del juego.

—¡Vamos, muchacho! —le dijo un día el sargento—. ¡Pon un poco de vida en ese grito! Quiero que parezcas un asesino y tú pones a dar saltitos como una abuelita medrosa.

Cromarty lo intentó, pero aquello le resultaba demasiado embarazoso. Dio un saltito, alzó vergonzosamente los brazos y soltó un grito débil.

El sargento se pasó la mano por el pelo.

—¡No, no, muchacho, has de poner más entusiasmo! —Miró en torno—. A ver, tú, Devlin, ven a enseñarle cómo se hace.

Devlin, un sonriente irlandés, dio un paso al frente. El grito era el momento más feliz de su jornada. Se quedó relajado un instante; luego, sin previo aviso, saltó al aire como una catapulta, piernas y brazos en ángulo recto, la cabeza echada atrás, mientras estallaba en su boca abierta el aullido de un animal salvaje.

Involuntariamente el sargento dio un paso atrás.

—Gracias, Devlin, ha sido magnífico —dijo con voz ligeramente temblorosa. Luego se volvió a Cromarty—. Bueno, ya has visto lo que quiero, muchacho, exactamente eso. Así que ¡a trabajar!

Cromarty asintió. Tenía un rostro alargado y muy serio y estaba claro que deseaba dar gusto. A partir de entonces le observé a diario y no había duda de que mejoraba. Sus inhibiciones iban desapareciendo.

Pareció que la naturaleza se mostraba contenta con nuestros esfuerzos porque el gran día amaneció con el cielo claro y un sol cálido. Cada uno de los cientos que desfilaron en el interior de la plaza había sido individualmente preparado. Recién bañados, un corte de pelo, los calzones y la camiseta immaculados. Aguardamos en filas inmóviles ante la puerta recién pintada del Gran Hotel mientras en el balcón superior brillaban los entorchados de la gorra del mariscal del aire.

Estaba entre un puñado de los jefes superiores de la RAF en Scarborough, y en un extremo del balcón veíamos a nuestro sargento, muy tieso, con sus pantalones de franela blanca, el pecho voluminoso más salido que nunca. Allá a lo lejos brillaba el mar, y la bahía dorada se curvaba hacia los acantilados de Filey.

El sargento alzó la mano. “Piiiiip” sonó el silbato, y comenzamos.

Resultaba espléndido en verdad formar parte de esta maquinaria tan bien aceiteada. Tuve una impresión maravillosa de comunión con los brazos y piernas que se movían a mi alrededor. Todo salía sin el menor esfuerzo. Teníamos que hacer diez ejercicios. Al terminar el primero nos quedamos rígidos durante diez segundos, luego sonó el silbato y empezamos con el segundo ejercicio.

El tiempo pasó casi con demasiada rapidez mientras yo me enorgullecía de nuestra perfección. Al final del ejercicio nueve me puse firme esperando el silbato, contando entre dientes. Nada se movía, el silencio era profundo. De pronto, de las filas inmóviles, y tan inesperadamente como si explotara una bomba, Cromarty se lanzó al aire en una confusión de miembros temblequeantes y pelo rojo, y soltó un aullido impresionante. Había puesto tanto entusiasmo en el salto que pareció como si le costara muchísimo tiempo bajar, e incluso después de su descenso siguió resonando aquel rugido amenazador.

Cromarty lo había conseguido al fin. Un grito tan fiero y beligerante y un salto tan potente como lo había deseado el sargento. La única pega era que lo había hecho demasiado pronto.

Cuando sonó el silbato para el último ejercicio muchos no lo oyeron por el ruido, y otros estaban en estado de shock y entraron tarde. En resumen, que aquello fue un

lío, y el grito final y la carrera un triste anticlímax. Yo mismo, aunque conseguí alzarme unos centímetros sobre el suelo, no fui capaz de emitir el menor sonido.

Si Cromarty no hubiera estado sirviendo en las Fuerzas Aéreas de una democracia benigna, lo más probable es que hubiera sido llevado a un lugar secreto y fusilado. Según supimos, en realidad no podían hacerle nada. A los suboficiales no se les permitía siquiera insultar a los hombres.

Lo sentí por el sargento de PT. Sin duda deseaba decirle muchas cosas, pero se veía inexorablemente reprimido. Le vi enfrentarse a Cromarty más tarde. Su rostro estaba a muy pocos milímetros del rostro del joven.

—¡Tú... tú...! —sus rasgos se crispaban mientras buscaba las palabras—. ¡Tú... COSA... tú!

Se volvió y se alejó con los hombres inclinados. En ese momento estoy seguro de que también él se sentía un simple peón.



17

Es indudable que cuando recordaba mi vida en Darrowby me sentía inclinado a contemplarlo todo como envuelto en una especie de neblina dorada, pero de vez en cuando también acudía a mi mente el recuerdo de los momentos desagradables.

Aquel hombre, preocupado y jadeante en los escalones de la clínica.

—¡Es inútil! ¡No puedo entrarlo! ¡Está tan tieso como un leño!

El estómago me dio un vuelco. Ya teníamos otro caso más.

—¿Se refiere a *Jasper*?

—Sí, lo tengo en el asiento posterior del coche, aquí mismo.

Crucé corriendo la acera y abrí la portezuela del vehículo. Tal y como yo había temido; un hermoso dálmata tendido y con unos espasmos tetánicos horribles, la espina dorsal arqueada, la cabeza violentamente echada hacia atrás, las patas rígidas y tendidas hacia el vacío.

No me detuve a hablar y volví a entrar corriendo en la casa en busca de la jeringuilla y las drogas.

Me introduje en el coche, metí algunos periódicos bajo la cabeza del perro, inyecté la apomorfina y esperé.

El hombre me miró con ojos ansiosos.

—¿Qué es eso?

—Envenenamiento por estricnina, señor Bartle. Acabo de darle un emético para que vomite. —Mientras hablaba el animal devolvió el contenido de su estómago sobre los periódicos.

—¿Y eso le pondrá bien?

—Depende del veneno que haya absorbido. —No me resolvía a decirle que casi siempre era fatal, que en realidad ya había tratado a seis perros en las mismas circunstancias durante la última semana y que todos habían muerto—. Ahora sólo podemos esperar.

Me observó mientras yo llenaba otra jeringuilla con barbitúricos.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Anestesiarse. —Metí la aguja en la vena radial y, así como el fluido fue entrando lentamente en la corriente sanguínea del perro, los músculos tensos se relajaron y cayó en un profundo sueño.

—Ya parece mejor —dijo el señor Bartle.

—Sí, pero el problema es si vuelve a sufrir esos espasmos cuando se le pase el efecto de la inyección. Como le dije, todo depende de la cantidad de estricnina que haya absorbido su propio cuerpo. Manténgalo en un lugar tranquilo, y con el menor ruido posible. Cualquier sonido puede originar un espasmo. Cuando dé señales de despertarse, llámeme por teléfono.

Volví a entrar en la casa. ¡Siete casos en una semana! Era trágico y casi increíble, pero ya no quedaban dudas en mi mente. Esto era premeditado. Algún psicópata iba dejando caer veneno por nuestra pequeña ciudad, y con toda deliberación, para acabar con los perros. El envenenamiento por estricnina es algo que surge ocasionalmente. Los guardabosques y algunos granjeros utilizan la droga mortal para matar a las sabandijas. Pero por lo general la manejan con todo cuidado, conservándola fuera del alcance de los animales domésticos. El problema se presenta cuando un perro curioso tropieza con el veneno por accidente. Pero esto era distinto.

Tenía que avisar como fuera a los propietarios de perros. Cogí el teléfono y hablé con uno de los periodistas del *Darrowby and Houlton Times*. Me prometió publicar la historia en la edición siguiente, añadiendo el consejo de que todos conservaran atados a sus perros y los vigilaran estrechamente.

Después llamé a la policía. El sargento escuchó mi relato.

—De acuerdo, señor Herriot. También yo creo como usted que hay algún lunático por aquí y, desde luego, investigaremos el asunto. Si quiere darme los nombres de los propietarios de los perros... Gracias... gracias. Ya nos ocuparemos de visitar a esas personas y de hacer una comprobación en las farmacias de la localidad para ver si alguien ha estado comprando estricnina últimamente. Y, por supuesto, mantendremos bien abiertos los ojos ante cualquiera que actúe de un modo sospechoso.

Me alejé del teléfono con el deseo de poder hacer algo más para detener aquella cadena de acontecimientos tan deprimentes, pero no conseguía librarme de un presentimiento horrible: que todavía nos aguardaban más problemas. Sin embargo, mi estado de ánimo se aligeró al ver a Johnny Clifford en la sala de espera.

La visita de Johnny siempre me animaba porque era un muchacho notablemente optimista, y tenía una sonrisa alegre e inalterable a pesar de estar ciego. Era poco más

o menos de mi edad, y estaba allí sentado en su postura habitual, una mano sobre la cabeza de *Fergus*, su perro lazarillo.

—¿Otra vez ha llegado el momento de la inspección, Johnny? —le pregunté.

—Así es señor Herriot, ya estamos en ello otra vez. Estos seis meses han pasado muy rápido —dijo riendo, y me entregó la tarjeta.

Me incliné para mirar al rostro al gran alsaciano sentado inmóvil y muy digno junto a su amo.

—Bien, y ¿cómo está *Fergus* estos días?

—¡Oh, en gran forma! Comiendo mucho y lleno de vida. —La mano que tenía apoyada en la cabeza le acarició las orejas y al otro extremo el rabo barrió ligeramente el suelo de la sala de espera.

Mientras miraba al joven, el rostro brillante de orgullo y afecto, comprendí de nuevo lo que este perro significaba para él. En una ocasión me había contado que, cuando su vista fue empeorando hasta llegar a la ceguera total, apenas cumplidos los veinte años, se sintió vencido por la desesperación, y ésta no disminuyó hasta que solicitó que le entrenaran y tropezó con *Fergus*, porque en él encontró algo más que una criatura viva que actuara como sus ojos. Encontró a un amigo, un compañero con el que compartir todos los momentos de su vida.

—Bien, será mejor que empecemos —dije—. Levántate un momento, amigo, para que te tome la temperatura. —Ésta era normal, de modo que ahora examiné el pecho del gran animal con el estetoscopio, escuchando el sonido firme y tranquilizador del corazón. Al partirle el pelo por el cuello y examinarle la piel me eché a reír.

—Estoy perdiendo el tiempo, Johnny. Este pelaje está en perfectas condiciones.

—¡Ah!, no pasa un día sin que *Fergus* tenga su baño y aseo completo.

Le había visto hacerlo, cepillando y peinando incansablemente hasta darle un brillo extra a la suave capa de pelo. Nada más agradable podía decirle uno a Johnny que: “¡Qué perro tan precioso tiene!”. Su orgullo por aquella belleza no tenía límites, aunque jamás le hubiera visto con sus propios ojos.

El tratamiento de los perros-guías para los ciegos siempre me ha parecido una de las tareas más satisfactorias del cirujano veterinario. Estar en situación de ayudar y cuidar a estos magníficos animales es un privilegio, no sólo porque están bien entrenados y son tan valiosos, sino porque en último caso representan algo que siempre ha figurado y destacado como eje primordial de mi vida: la asociación mutuamente dependiente, confiada y amorosa, entre el hombre y el animal.

Encontrarme con esos ciegos era una experiencia beneficiosa para mí, pues hacía que me sintiera más humilde y me lanzara a trabajar con un nuevo afán en mis tareas diarias.

Abrí la boca del perro y examiné sus dientes, enormes y brillantes. Corría un grave riesgo cuando hacía esto con algunos alsacianos, pero con *Fergus* era distinto; podía abrirle las enormes mandíbulas y meter casi la cabeza, y él se limitaba a

lamerte el oído. En realidad eso es lo que hizo ahora. Mi mejilla le quedaba muy cerca, así que le dio un buen lametón con aquella lengua larga y húmeda.

—¡Eh, un minuto, *Fergus*! —me retiré y saqué el pañuelo—, ¡que ya me he lavado esta mañana! De todas maneras esos lametones son cosa de perritos chiquitines, no de un alsaciano grande y duro como tú.

Johnny echó atrás la cabeza y soltó una alegre carcajada.

—No hay nada de duro en él; es el perro más amable que podría encontrar.

—Bien, así es como me gustan —dije. Tomé un cuchillito para los dientes—. Hay un poco de sarro en una de las muelas. Se lo quitaré ahora mismo.

Cuando hube terminado le miré las orejas con el otoscopio. No había la menor irregularidad, pero le saqué un poquito de cera.

Luego alcé las patas para examinarle las garras y uñas. Aquellos pies del animal siempre me fascinaban: amplios, enormes, con grandes dedos abiertos. Habían de ser de ese tamaño para sostener el cuerpo poderoso y los grandes huesos de los miembros.

—Todo va bien excepto una uña un poco extraña, Johnny.

—Sí, tendrá que recortársela, ¿no? Ya me parecía que le estaba creciendo de nuevo.

—Ese dedo puede estar ligeramente torcido; de lo contrario la uña se limaría como las demás con tanto paseo. ¡Cómo disfrutas paseando todo el día! ¿Eh, *Fergus*?

Resistí otro intento de lamerme y cerré las tenazas en torno a la uña. Tuve que apretar con todas mis fuerzas, y creí que se me salían los ojos de las órbitas antes de que aquel crecimiento excesivo y calloso saltara con un crujido.

—¡Cielos, nos quedaríamos sin tenazas si todos los perros tuvieran las uñas así! —dije jadeante—. Casi me las destroza cada vez que viene.

Johnny se rió de nuevo y dejó caer la mano sobre la cabeza del animal con aquel gesto tan expresivo.

Cogí la tarjeta y escribí en ella el informe completo de la salud del perro, junto con todo aquello que acababa de hacerle. Luego le puse la fecha y se la devolví.

—Ya está todo por hoy, Johnny. *Fergus* goza de una salud a toda prueba y no necesito hacerle nada más.

—Gracias, señor Herriot. Hasta la próxima entonces. —El joven cogió el arnés y yo les acompañé por el corredor, hasta la puerta principal. Observé que *Fergus* se detenía junto al bordillo y esperaba hasta que hubo pasado un coche, antes de cruzar la calzada.

No había ido muy lejos por la calle cuando les detuvo una mujer cargada con el cesto de la compra. Empezó a charlar animadamente, sin dejar de mirar y señalar al perrazo. Hablaban de *Fergus*, y Johnny apoyaba la mano en aquella noble cabeza asintiendo y sonriendo. *Fergus* era su tópico de conversación favorito.

Poco después de mediodía llamó el señor Bartle para decir que *Jasper* daba señales de sufrir espasmos de nuevo y, antes de sentarme a almorzar, corrí hasta su casa y repetí la inyección de barbitúricos. El señor Bartle poseía uno de los molinos de la localidad y producía comida para todo el distrito. Era un hombre muy inteligente.

—Señor Herriot —dijo—, por favor, no me interprete mal. Tengo plena fe en usted pero ¿no hay nada más que podamos hacer? Le tengo mucho cariño a este perro.

Me encogí de hombros con gesto de impotencia.

—Lo siento, no se puede hacer nada más.

—Pero ¿no hay un antídoto para este veneno?

—No, me temo que no.

—Bien... —Miró el rostro del animal inconsciente—. Y ¿qué es lo que le pasa? ¿Qué le sucede a *Jasper* cuando se pone así de rígido? Soy lego en la materia, pero me gustaría entender las cosas.

—Intentaré explicárselo —dije—. La estriknina es absorbida por el sistema nervioso y aumenta la conductibilidad de la médula espinal.

—Y eso ¿qué implica?

—Que los músculos se hallan más sensibles a los estímulos exteriores, de modo que el roce o sonido más ligero los lanza a violentas convulsiones.

—Pero ¿por qué se estira el perro de ese modo?

—Porque los músculos extensores son más fuertes que los flexores, lo que hace que la espalda se arquee y las patas se pongan rígidas.

Asintió.

—Comprendo, pero... me han dicho que generalmente es mortal. ¿Qué es... lo que los mata?

—Mueren de asfixia, debido a la parálisis de los centros respiratorios o contracción del diafragma.

Tal vez deseaba preguntarme algo más, pero le resultaba muy penoso y guardó silencio.

—Hay algo que quiero que sepa, señor Bartle —le dije—. Estoy casi seguro de que no sufre.

—Gracias. —Se inclinó y acarició por un segundo el animal dormido—. No podemos hacer nada más, ¿verdad?

Agité la cabeza.

—Los barbitúricos evitan los espasmos, y hablamos de seguir confiando en que no haya absorbido demasiada estriknina. Lo visitaré más tarde, o bien llámeme si empeora. Puedo estar aquí en pocos minutos.

Al alejarme en el coche medité en la ironía de las circunstancias que hacían de Darrowby no sólo un paraíso para los que amaban a los perros, sino también para sus asesinos. Había extensiones de hierba por todas partes, junto a las orillas del río, en las laderas de las colinas y ofreciéndose verdes y tentadoras en los prados de las

cumbres. A menudo compadecía a los propietarios de animales domésticos de las grandes ciudades, siempre tratando de hallar espacios libres para pasear a sus perros. Aquí, en Darrowby, podíamos elegir a discreción. Pero también el criminal. Fácil le sería dejar aquel cebo mortal en cien sitios distintos sin que nadie lo observara.

Terminaba yo en la clínica por la tarde cuando sonó el teléfono. Era el señor Bartle.

—¿Han empezado los espasmos de nuevo? —pregunté.

Hubo una pausa.

—No, me temo que *Jasper* ha muerto. No ha llegado a recuperar el conocimiento.

—¡Oh...! lo lamento mucho. —Sentí una desesperación profunda. Era el séptimo perro en una semana.

—Bien, gracias por su tratamiento, señor Herriot. Estoy seguro de que nada podía haberle salvado.

Colgué el teléfono cansadamente. Tenía razón. Nada, ni nadie, podía haber remediado este caso; pero eso no ayudaba. Si se termina con un animal muerto siempre queda la impresión de derrota.

Al día siguiente me disponía a entrar en una granja cuando me llamó la esposa del granjero:

—Tengo un recado para usted. Que llame por teléfono a la clínica.

Oí la voz de Helen al otro extremo.

—Jack Brimham acaba de entrar con su perro. Creo que es otro caso de estricnina.

Me excusé y regresé en coche a Darrowby y a toda velocidad. Jack Brimham era un constructor. Él mismo se encargaba de dirigir y trabajar en su negocio y, fuera cual fuera el trabajo que estuviese realizando —la recuperación de un tejado, muros o chimeneas— su pequeño terrier blanco de pelo duro iba con él, y el animalito siempre andaba olisqueando entre las pilas de ladrillos o explorando en los campos inmediatos.

Jack era también amigo mío. A menudo tomaba una cerveza con él en Las Armas de Drovers, y reconocí su camioneta ante la clínica. Corrí por el pasillo y lo encontré apoyado en la mesa de la sala de consultas. El perro estaba tendido allí y en la actitud que tanto había llegado a temer.

—Ha muerto, Jim —susurró.

Miré el pequeño cuerpecito. No había movimiento, los ojos miraban fijos, en silencio. Las patas, incluso después de la muerte, seguían estirándose sobre la superficie de la mesa. Era completamente inútil, pero metí la mano bajo el muslo y busqué la arteria femoral. No había pulso.

—Lo lamento, Jack —dije.

No me contestó por un instante.

—He estado leyendo sobre el caso en la prensa, Jim, pero jamás pensé que me ocurriría a mí. Maldito cabrón, ¿verdad?

Asentí. Jack era un hombre de rostro curtido, un auténtico hombre rudo de Yorkshire, con un sentido del humor y una integridad que yo apreciaba, y un rinconcito de ternura en su interior que siempre había ocupado su perro. No sabía qué decirle.

—¿Quién será? —preguntó, casi como hablando consigo mismo.

—No lo sé, Jack. Nadie lo sabe.

—Bien, ojalá pudiera habérmelas a solas con él por cinco minutos nada más. —
Recogió la forma rígida de la mesa en sus brazos y se fue.

Mis preocupaciones no habían terminado aún ese día. Eran como las once, y acababa de meterme en la cama, cuando Helen me dio un codazo.

—Creo que están llamando a la puerta principal, Jim.

Abrí la ventana y saqué la cabeza. El viejo Boardman, un veterano cojo de la Primera Guerra Mundial que hacía algunos trabajos para nosotros de vez en cuando, se hallaba en los escalones.

—Señor Herriot —me dijo—, lamento molestarle a esta hora pero *Patch* está enfermo.

Saqué el cuerpo un poco más por la ventana.

—¿Qué le ocurre?

—Está como un tronco, muy rígido y tendido a un lado.

No me molesté en vestirme. Agarré los pantalones de pana de trabajo, me los puse sobre el pijama y bajé las escaleras de dos en dos. Cogí cuanto necesitaba del dispensario y abrí la puerta principal. El viejo, en mangas de camisa, me cogió del brazo.

—Venga a toda prisa, señor Herriot —y emprendió la marcha cojeando delante de mí hacia su casita, a unos veinte metros en la avenida que estaba a la vuelta de la esquina.

El estado de *Patch* era el de los otros. El grueso perro de aguas que yo viera tan a menudo caminando por la calle con su amo estaba tendido en aquella posición de pesadilla sobre el suelo de la cocina. Sin embargo había vomitado, lo que me daba esperanzas. Le administré la inyección intravenosa pero, cuando retiraba la jeringuilla, se detuvo la respiración.

La señora Boardman, en camisón y zapatillas, se dejó caer de rodillas y tendió una mano temblorosa hacia el animal inmóvil.

—*Patch*... —se volvió y me miró con los ojos desorbitados—. ¡Está muerto!

Puse la mano en el hombro de la vieja y dije algunas palabras de simpatía. Pensé sombríamente que me estaba haciendo todo un profesional en esto, a fuerza de práctica. Cuando me marchaba me volví a mirar a los dos viejos. Boardman estaba ahora arrodillado junto a su esposa, e incluso después de cerrar la puerta seguí oyendo sus voces: “*Patch*... ¡Oh, *Patch*!”.

Casi corrí hasta llegar a los escalones de Skeldale House y, antes de entrar, me quedé un instante en aquella calle vacía, inspirando el aire helado y tratando de

calmar mis pensamientos que amenazaban con desbocarse. Con la muerte de *Patch*, la tragedia se estaba acercando mucho a casa. Yo solía ver aquel perro a diario. En realidad todos los que habían muerto eran viejos amigos. En una pequeña ciudad como Darrowby uno llegaba a conocer personalmente a los pacientes. ¿Hasta dónde llegaría aquello?

No dormí mucho esa noche y durante los días siguientes me dominó el terror. Esperaba otro envenenamiento a cada llamada telefónica, y me cuidaba mucho de no dejar suelto a mi propio perro, *Sam*, ni que bajara del coche en la ciudad. Gracias a mi trabajo podía llevarle a hacer ejercicio a muchos kilómetros de distancia, sobre las cumbres de las colinas; pero incluso allí le mantenía cerca de mí.

Para el cuarto día comencé a sentirme más relajado. Tal vez había terminado ya la pesadilla. Volvía en coche a casa a últimas horas de la tarde, pasando ante una fila de casitas grises al extremo de Houlton Road, cuando una mujer salió corriendo al camino agitando los brazos.

—¡Oh, señor Herriot! —gritó cuando me detuve—. Iba a telefonearle y le vi venir.

Aparqué junto a la acera.

—Usted es la señora Clifford, ¿verdad?

—Sí, Johnny acaba de volver a casa, y *Fergus* se ha puesto muy raro. Se ha desmayado y está tieso en el suelo.

—¡Oh, no! —Me hizo el efecto de que alguien me lanzaba un cubo de agua helada al rostro, y por un momento me quedé mirándola incapaz de reaccionar. Luego abrí de golpe la portezuela del coche y me apresuré tras la madre de Johnny hacia la última casita. Me detuve en seco al entrar en la sala, con ojos horrorizados. El espectáculo de aquel animal, digno y espléndido, luchando con los espasmos sobre el linóleo ya era en sí una profanación, pero la estricnina no respeta nada.

—¡Oh, Dios mío! —dije sin aliento—. ¿Ha vomitado, Johnny?

—Sí, dice mi madre que vomitó en el jardín de atrás cuando entramos. —El joven estaba sentado en una silla muy tieso, junto al perro. Incluso en este momento había una sonrisa débil en su rostro, pero desapareció al extender la mano en un gesto ya familiar y no encontrar la cabeza que debía haber estado allí.

La botella de barbitúricos vacilaba entre mis manos temblorosas cuando llené la jeringuilla. Intenté apartar la idea obsesionante de que estaba haciendo lo mismo que con todos los demás... todos los que habían muerto. A mis pies, *Fergus* jadeaba desesperadamente; luego, cuando me incliné sobre él, se quedó de pronto muy quieto e instantáneamente le venció un espasmo, los grandes miembros que yo tan bien conocía luchando frenéticamente en el espacio, la cabeza en un ángulo grotesco con la columna vertebral.

Así morían todos cuando los músculos estaban contraídos al máximo. Mientras los barbitúricos entraban en la vena yo aguardaba los síntomas de relajamiento, pero

no vi ninguno. *Fergus* era quizás el doble de pesado que cualquiera de las otras víctimas que tratara, y el embolo llegó al final de la jeringuilla sin resultado.

Tomé rápidamente otra dosis y empecé a inyectarla, aunque aumentaba mi tensión al comprender lo mucho que le estaba administrando. La dosis recomendada era de un centímetro cubico por un peso de dos kilos y medio, y una dosis excesiva podía matar al animal. Observé las rayitas en el cristal de la jeringuilla y sentí seca la boca cuando la dosis pasó del límite de seguridad. Pero yo sabía que tenía que aliviar aquel espasmo, de modo que seguí apretando el embolo sin cesar.

Y lo hice con la comprensión sombría de que, si moría ahora, jamás sabría si podría echar la culpa de su muerte a la estricnina... o a mí mismo.

Ya había recibido una cantidad letal en exceso cuando aquel cuerpo tenso pareció recobrar la paz, e incluso entonces me senté sobre los talones casi temeroso de mirarle por si había procurado su muerte. Hubo un largo momento de angustia mientras yacía muy quieto y aparentemente sin vida; luego el costillar empezó a agitarse imperceptiblemente y se inició de nuevo la respiración.

Pero yo aún seguía en ascuas. La anestesia era tan profunda que sólo podía decirse que estaba vivo; sin embargo sabía que la única esperanza consistía en mantenerlo en ese estado. Envié a la señora Clifford a telefonar a Siegfried, para decirle que me quedaría algún tiempo en esta casa; luego tomé una silla y me senté a esperar.

Pasaron las horas mientras Johnny y yo seguíamos allí sentados, el perro tendido entre nosotros. El joven hablaba del caso con calma y sin autocompasión. Nadie habría podido imaginar que aquél fuera otra cosa que un animalito doméstico tendido a sus pies... excepto el gesto tan revelador de su mano que seguía buscando en vano una cabeza que debía haber estado a su alcance.

En varias ocasiones *Fergus* dio señales de iniciar otro espasmo, y cada vez volví a inyectarle hasta dejarle insensible, llevándole hasta el mismo borde de la muerte, pero con la seguridad de que éste era el único medio posible.

Pasaba mucho de la medianoche cuando salí adormilado a la oscuridad exterior. Estaba exhausto. Ver cómo iba perdiendo la vida aquel animal tan amistoso e inteligente que yacía inerte y silencioso había supuesto una tensión tremenda, pero le había dejado dormido... anestesiado aún, sí, pero respirando profundamente y con regularidad. ¿Se despertaría para iniciar de nuevo la terrible secuencia? No lo sabía, y no podía quedarme más tiempo. Tenía mi práctica y otros muchos animales a los que atender.

Pero la ansiedad hizo que me despertara muy temprano a la mañana siguiente. Estuve dando vueltas hasta las siete y media, diciéndome a mí mismo que éste no era el modo de actuar de un cirujano veterinario, que uno no podía vivir así. Sin embargo mi ansiedad fue más fuerte que la voz de la razón, y me deslicé de la casa antes del desayuno para ir a la casita junto a la carretera.

Tenía los nervios tan tensos como cuerdas de guitarra cuando llamé a la puerta. La abrió la señora Clifford y estaba a punto de empezar mis preguntas cuando *Fergus* salió lentamente de la habitación interior.

Aún estaba un poco amodorrado, debido a las dosis de barbitúricos, pero parecía tranquilo y feliz, los síntomas habían desaparecido, y era de nuevo el mismo. Él me acometió juguetonamente con la lengua húmeda y hube de quitármelo de encima.

Me siguió hasta la sala donde Johnny estaba sentado a la mesa tomando el té, y recuperó su posición habitual, sentado muy tieso y orgulloso al lado de su amo.

—¿Quiere tomar una taza, señor Herriot? —preguntó la señora Clifford cogiendo la tetera.

—Gracias, me encantaría, señora Clifford —contesté.

Jamás una taza de té me ha sabido mejor en la vida y, mientras la tomaba, estudié el rostro sonriente del joven.

—¡Qué alivio, señor Herriot! Estuve sentado junto a él toda la noche, escuchando las campanadas del reloj de la iglesia. Justo después de las cuatro supe que habíamos vencido porque le oí ponerse de pie y caminar vacilante de un lado a otro. Dejé de preocuparme entonces y me limité a escuchar sus pisadas sobre el linóleo. ¡Era un sonido estupendo!

Volvió la cabeza hacia mí y yo miré los ojos muy abiertos en aquel rostro alegre.

—Habría estado perdido sin *Fergus* —continuó suavemente—. No sé cómo darle las gracias.

Mientras él dejaba caer la mano sobre la cabeza del perrazo que era su orgullo y alegría, comprendí que aquel gesto era toda la gratitud que yo deseaba.

Ése fue el final de la serie de envenenamientos por estricnina en Darrowby. Los viejos de la localidad aún lo recuerdan y hablan de ello, pero nadie tuvo jamás la menor idea de la identidad del asesino, y hasta la fecha ha seguido siendo un misterio.

Yo creo que la vigilancia de la policía, y la publicidad que se le dio en la prensa, atemorizaron a aquel ser de mente retorcida, pero la cuestión es que dejó de actuar y que los únicos casos que hemos visto a partir de entonces han sido accidentales.

Para mí supone un triste recuerdo de fracasos y frustraciones, *Fergus* fue mi única curación, y no estoy seguro de por qué se recuperó. Tal vez tuvo algo que ver con ello el que mi inyección pasara de los límites de seguridad debido a mi preocupación, o tal vez no tomara tanto veneno como los otros. Jamás lo sabré.

Pero a lo largo de los años, y siempre que veía al enorme perro caminando majestuosamente con su arnés y dirigiendo con gran prudencia a su amo por las calles de Darrowby, me dominaba la misma idea.

Si sólo había de salvarse uno, me sentía feliz de que hubiera sido él.



18

Algo se agitó en mi interior cuando aquella anciana me pasó una taza de té. ¡Cómo se parecía a la señora Beck!

Una de las iglesias de la localidad había preparado una fiesta esa tarde para entretenernos a nosotros, los pobres cadetes de aviación tan solitarios, y, al aceptar la taza y sentarme, apenas podía apartar los ojos del rostro de aquella señora.

¡La señora Beck! Todavía me parece verla en pie junto a la ventana de la clínica.

—¡Oh, jamás pensé que fuera un hombre tan cruel, señor Herriot! —Le temblaba la barbilla y me miraba con reproche.

—Pero, señora Beck —dije—, le aseguro que no soy cruel en absoluto. Es que me es imposible llevar a cabo una operación de tal importancia por diez chelines.

—Pues yo pensé que sí lo haría por una pobre viuda como yo.

La miré pensativamente, estudiando su pequeña figura gruesa, las mejillas tan saludables, los cabellos grises tan pulcramente recogidos en un moño apretado. ¿Era, en verdad, una viuda pobre? Había razones para dudarlo. Su vecino, en el pueblo de Rayton, se mostraba muy escéptico al respecto.

—Todo es cuento, señor Herriot —había dicho—. Prueba ese truco con todo el mundo pero, se lo aseguro... tiene una buena media. Posee propiedades por todo el pueblo.

Inspiré profundamente.

—Señora Beck, con frecuencia hacemos operaciones a precios reducidos a favor de algunas personas que no pueden permitirse el pago, pero esto es lo que se llama una operación de lujo.

—¿De lujo? —la señora parecía espantada—. ¡Vaya! ¡Vaya! Le he repetido una y otra vez que *Georgina* sigue teniendo gatitos. Está así constantemente, y eso va a acabar conmigo. No duermo de preocupación cuando sé que aún vienen más —y se secó los ojos.

—Lo comprendo y lo siento. Sólo puedo decirle de nuevo que el único modo de prevenir ese problema es quitarle los ovarios a su gata, y el precio es una libra.

—¡No puedo permitirme esa cantidad!

Extendí las manos.

—¡Pero usted me pide que lo haga por la mitad de precio! ¡Eso es ridículo! Esta operación supone la extracción del útero y los ovarios bajo anestesia general. No se puede hacer un trabajo así por diez chelines.

—¡Oh, qué cruel es! —Se volvió a mirar por la ventana y sus hombros empezaron a temblar—. No quiere compadecerse de una pobre viuda...

Así llevábamos diez minutos y empecé a comprender que estaba en presencia de un carácter más fuerte que el mío. Miré el reloj. Ya tenía que haberme ido a mi ronda para entonces y cada vez veía más claro que no iba a ganar la discusión.

Suspiré. Tal vez fuera realmente una viuda pobre.

—De acuerdo, señora Beck, se lo haré por diez chelines, pero sólo por esta vez. ¿Le viene bien el martes por la tarde?

Giró en redondo desde la ventana y, como por arte de magia, su rostro se transformó en una amplia sonrisa.

—¡Me viene fantástico! ¡Qué amable de su parte! —Inició la marcha y la seguí por el pasillo.

—Una cosa más —le dije, mientras le abría la puerta principal—. No le dé nada de comer a *Georgina* desde el lunes al mediodía. Ha de tener el estómago vacío cuando la traiga.

—¿Traerla? —Era la viva estampa del desconcierto—. ¡Pero yo no tengo coche! Pensé que usted iría a buscarla.

—¿A buscarla? ¡Rayton está a ocho kilómetros!

—Sí, y también a traérmela después. Yo no tengo medio de transporte.

—¡Traerla... operarla... devolvérsela...! ¡Y todo por diez chelines!

Seguía sonriendo, pero sus ojos me miraban con un brillo acerado.

—Bien, eso es lo que usted aceptó cobrarme, diez chelines.

—Pero... pero...

—¡Oh, vamos, ya empieza otra vez! —Se desvaneció la sonrisa e inclinó la cabeza a un lado—. Y yo no soy más que una pobre...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dije a toda prisa—. Iré el martes.

Cuando llegó la tarde del martes maldije mi blandura. Si me hubiera traído a la gata yo la habría operado a las dos en punto y habría estado en camino a mis visitas a las granjas a las dos y media. No me importaba trabajar a fondo perdido durante media hora, pero ¿cuánto tiempo me haría perder este caso?

Al salir miré por la puerta abierta de la sala. Se suponía que Tristán debía estar estudiando, pero la verdad es que dormía profundamente en su sillón favorito. Entré y le miré, observando esa relajación perfecta que sólo se ve en un durmiente profesional. Su rostro era tan tranquilo y sereno como el de un bebé; el *Daily Mirror*, abierto por la página de dibujos infantiles, le había caído sobre el pecho, y de la mano que pendía inerte colgaba una colilla de Woodbine.

Le agité suavemente.

—¿Quieres venir conmigo, Triss? Tengo que recoger a una gata.

Volvió en sí lentamente, desperezándose y haciendo muecas, pero su buen carácter básico venció al fin.

—Por supuesto, Jim —dijo con un bostezo final—. Será un placer.

La señora Beck vivía hacia el centro de la parte izquierda del pueblo de Rayton. Leí “Casita de los jazmines” sobre la verja muy bien pintada y, cuando recorriamos el sendero del jardín, se abrió la puerta y la ancianita nos saludó alegremente.

—Buenas tardes, caballeros, me alegro de verlos a los dos. —Nos hizo pasar al salón, lleno de magníficos muebles de aspecto solido y sin la menor señal de pobreza. El armario abierto de un aparador de caoba me permitió distinguir copas y botellas. Conseguí identificar una de whisky, y otras de brandy y de jerez, antes de que ella cerrara la puerta del armario con la rodilla.

Señalé una caja de cartón con un cordel poco apretado.

—¡Ah, bien! La tiene ahí, ¿no es cierto?

—No, pobrecilla, está en el jardín. Siempre juega allí un poquito por la tarde.

—En el jardín, ¿eh? —dije nerviosamente—. Pues tráigala pronto, por favor, que tenemos bastante prisa.

Pasamos por la cocina de limpias baldosas para ir a la puerta trasera. La mayoría de estas casitas tenían una gran extensión de tierra en la parte posterior, y el jardín de la señora Beck estaba en magnífico estado. Macizos de flores bordeaban un cuadro de césped muy cuidado, y el sol sacaba alegres destellos a las manzanas y peras entre las ramas de los árboles.

—¡Georgina! —entonó la señora Beck—. ¿Dónde estás, cariñito?

No apareció ninguna gata y ella se volvió hacia mí con una sonrisa maliciosa.

—Creo que la muy pilla está jugando con nosotros. Siempre lo hace, ¿sabe?

—¿Sí? —dije sin entusiasmo—, pues ojalá aparezca pronto. Realmente no tengo mucho...

En ese momento una gata muy gruesa saltó como una flecha desde un macizo de crisantemos y voló sobre la hierba hasta un grupo de rododendros con Tristán a sus talones. El joven se lanzó entre el verdor y la gata salió por el otro extremo a toda velocidad, pegó un par de brincos sobre el césped y subió como un rayo por un árbol cubierto de hiedra.

Tristán, los ojos brillantes de expectación recogió un par de manzanas que el viento hiciera caer sobre el césped.

—Ya verás qué pronto baja de ahí esa zorra, Jim —susurró, y tomó impulso.

Le tomé del brazo.

—¡Por el amor de Dios, Triss! —murmuré—, no puedes hacer eso. Suelta esa fruta.

—¡Oh... está bien! —Dejó caer las manzanas y se dirigió al árbol—. De todos modos te la cogeré.

—Espera un minuto —le sujeté por la chaqueta al pasar—. Lo haré yo. Tú quédate aquí y trata de agarrarla si salta.

Tristán pareció desilusionado, pero le lancé una mirada de aviso. Tal y como se había movido aquella gata supuse que sólo necesitaría que mi colega la animara un poco para lanzarse a todo correr hasta más allá de la frontera. Empecé a subir al árbol.

Me gustan los gatos, siempre me han gustado y, como tengo la convicción de que los animales reconocen el afecto en una persona, generalmente he podido aproximarme a ellos y manejar incluso a los más difíciles. No es demasiado decir que me enorgullezco de mi técnica; por eso no creía tener aquí el menor problema.

Jadeando ligeramente alcancé la rama superior y extendí una mano hacia el animal allí acurrucado.

—Gatita... gatita... —susurré utilizando mi tono irresistible.

Georgina me miró fríamente y no dio señales de respuesta, aparte de arquear más el lomo.

Avancé un poquito sobre la rama.

—Gatita... gatita... gatita... —mi voz era como miel derretida; ya tenía el dedo junto a su carita. Le frotaría la mejilla suavemente y sería mía. Nunca fallaba.

—¡Fu! —contestó *Georgina* en tono de aviso, pero no hice caso y la toqué bajo la barbilla—. ¡Fu, fu! —me escupió, y me lanzó un gancho con la izquierda, más rápido que un rayo, que me dejó un surco sangriento en el dorso de la mano.

Jurando entre dientes me retiré a curarme las heridas. Desde abajo, la señora Beck soltó una risita.

—¡Oh!, ¿no es una pilla? Siempre es así de juguetona mi cariñito.

Gruñí e inicié de nuevo la marcha sobre la rama. Esta vez, pensé sombríamente, me dejaría de finuras. Lo único indicado era el agarrón violento.

Como si leyera mis pensamientos, el animalito se fue al extremo de la rama y, al vencerse ésta bajo su peso, se deslizó suavemente sobre el césped.

Tristán cayó sobre *Georgina* como el rayo, lanzándose al suelo y agarrándola por una pata. *Georgina* giró en redondo y, sin la menor vacilación, le clavó los dientes en el pulgar. Pero ahora se manifestó con claridad el poder de resistencia de Tristán. Sin permitirse más que un aullido de agonía subió velozmente la mano y la agarró con firmeza por el cuello.

Un momento después estaba de pie y sostenía a aquel feroz energúmeno en el aire.

—¡Listo, Jim! —gritó feliz—. ¡Ya la tengo!

—¡Buen chico! No la sueltes —dije sin aliento y me deslicé del árbol todo lo aprisa que pude. Demasiado aprisa en realidad, ya que el sonido de un desgarrón me anunció la pérdida de un trozo del codo de la chaqueta.

Pero no podía preocuparme por naderías. Empujando a Tristán, entramos a galope en la casa y yo abrí la caja de cartón. En aquellos tiempos no existían los sofisticados contenedores de gatos, y fue bastante peliagudo encerrar a *Georgina*, que arañaba en todas las direcciones y se quejaba amargamente con aullidos de furia.

Nos costó unos buenos diez minutos de lucha aprisionar la gata, y no me sentía demasiado seguro cuando la metí en el coche, a pesar de haber rodeado y sujetado la caja con varios metros de cordel.

La señora Beck alzó el índice cuando nos alejábamos. Yo me examinaba cuidadosamente la mano herida, y Tristán se chupaba el pulgar, mientras aguardábamos a que hablara.

—Señor Herriot, confío en que sea amable con ella —dijo ansiosamente—. Es muy tímida, ¿sabe?

Apenas habíamos recorrido un kilómetro cuando empecé a oír un ruido de lucha en la parte trasera.

—¡Métete ahí, granuja, métete ahí!

Miré atrás. Tristán estaba en apuros. Por lo visto a *Georgina* no le importaba en absoluto el movimiento del coche, y por las ranuras de la caja salían una y otra vez sus garras y en una ocasión la carita, escupiendo su rabia, se liberó hasta el cuello. Tristán seguía metiéndola otra vez con gran resolución, pero, por la desesperación creciente de sus gritos, era obvio que luchaba una batalla perdida.

Oí un aullido final con sensación de incredulidad.

—¡Se ha salido, Jim! ¡La muy zorra está fuera!

¡Pues qué bien! Cualquiera que haya conducido un coche con una gata histérica saltando por el interior, comprenderá mi situación. Me encogí sobre el volante cuando la peluda criatura empezó a arañar los asientos, el techo y las ventanillas mientras Tristán trataba en vano de cogerla.

Pero el destino cruel aún no había terminado con nosotros. Los jadeos y gemidos de mi colega cesaron por un instante en el asiento trasero para ser reemplazados por un chillido de horror.

—¡Esta maldita se está cagando, Jim! ¡Se está cagando por todas partes!

Indudablemente la gata utilizaba todas las armas a su disposición, y él no necesitaba decírmelo. Ya me lo había advertido el olfato, y empecé a bajar como un loco la ventanilla. Pero la cerré a toda prisa ante la visión de *Georgina* escapándose y desapareciendo en lo desconocido.

No me gusta recordar el resto de aquel viaje. Intentaba respirar por la boca y Tristán no hacía más que lanzar densas nubes de humo de Woodbine, pero aún era angustioso. Ya en las afueras de Darrowby detuve el coche y entre los dos

conseguimos acorralar al animal a costa de unas cuantas heridas más, incluido un araño especialme nte doloroso en mi nariz. La agarramos, y la volvimos a meter en la caja.

Incluso en la mesa de operaciones echó mano *Georgina* de cuantos trucos pudo imaginar. Utilizábamos éter y oxígeno como anestesia, y demostró ser muy lista pues retenía el aliento mientras tenía la mascarilla sobre el morro y volvía violentamente a la vida, y a sus ataques, en cuanto la creíamos dormida. Ambos sudábamos cuando al fin conseguimos verla inmóvil.

Supongo que también era inevitable que aquél fuera un caso difícil. La histerectomía de los ovarios en un gato es un proceso bastante sencillo, y hoy en día hacemos muchas operaciones de este estilo sin el menor problema, pero en los años treinta, y especialmente en la práctica rural, no se hacía con tanta frecuencia, por lo que la empresa parecía mucho más importante.

Personalmente tenía mis propias preferencias y aversiones en este caso. Por ejemplo, encontraba que las gatas delgadas eran fáciles y las gordas difíciles. Y *Georgina* estaba extraordinariamente gorda.

Cuando le abrí el abdomen un océano de grasa salió a mi encuentro oscureciéndolo todo, y tuve que dedicar mucho tiempo —lo que me destrozó los nervios— a levantar porciones de tripa o de redaños con los fórceps, examinándolos con melancolía y devolviéndolos a su sitio. Un gran cansancio me dominaba ya para cuando, al fin, conseguí agarrar el ovario de color rosa entre las pinzas metálicas y estiré el cordón del útero. Después de eso todo fue rutina, pero al insertar el último punto estaba realmente agotado.

Volví a meter la gata dormida en la caja e hice señas a Tristán.

—Vamos, llevémosla a casa antes de que se despierte. —Me largaba ya por el pasillo cuando me puso la mano en el brazo.

—Jim —dijo gravemente—, sabes que soy tu amigo...

—Sí, Triss, por supuesto.

—Y que haría cualquier cosa por ti, Jim...

—Estoy seguro.

Inspiró profundamente.

—Excepto una. No voy a volver en ese maldito coche.

Asentí tristemente. No podía culparle.

—Está bien —dije—. Me voy entonces.

Antes de salir roció el interior con un desinfectante de aroma de pinos, pero eso apenas supuso diferencia. En cualquier caso lo que dominaba mi mente era la esperanza de que *Georgina* no se despertara antes de llegar a Rayton, pero todo se vino al suelo antes de haber cruzado la plaza del mercado de Darrowby. Se me erizaron los pelos de la nuca cuando escuché un sonido amenazador procedente de la caja en el asiento trasero. Era como el zumbido de un enjambre de abejas, pero yo sabía qué quería decir, que la anestesia empezaba a disiparse.

Una vez fuera de la ciudad puse el pie en el acelerador. Esto es algo que no solía hacer con frecuencia porque, en cuanto lanzaba al coche a sesenta kilómetros por hora, había tal clamor de protesta del motor y la carrocería, que siempre temía que el coche se desintegrara a mi alrededor. Pero esta vez no me importó. Con los dientes apretados y la mirada fija, continuaba adelante con obstinación. Aunque no veía la tira solitaria de asfalto ni los muros de piedra que volaban a los lados; toda mi atención estaba a mis espaldas, donde aquel zumbido de un enjambre de abejas se hacía más fuerte y mucho más furioso.

Cuando llegó a un paroxismo de rabia, acompañado por el escándalo de las uñas que desgarraban el cartón, empecé a temblar. Al entrar como un cohete en el pueblo de Rayton, eché la vista atrás. *Georgina* estaba ya medio fuera de la caja. Como un rayo extendí la mano y la apreté por el cuello y, cuando me detuve en la puerta de la “Casita de los jazmines”, eché el freno con la mano libre y me la puse en el regazo con la otra.

Me recliné en el asiento dejando escapar el aliento en un gran resoplido de alivio, y mis rasgos rígidos casi se abrieron en una sonrisa al ver a la señora Beck trasteando por el jardín.

Me quitó a *Georgina* con un grito de gozo, pero se echó atrás horrorizada cuando advirtió el área afeitada y los dos puntos en los flancos de la gata.

—¡Oh, cariñito! ¿Qué te han hecho esos dos hombres horribles? —Abrazada al animal me miraba con cólera.

—Está bien, señora Beck, está estupendamente —dije—. Puede darle un poco de leche esta noche, y comida solida mañana. No hay nada de qué preocuparse.

Hizo un pucherito.

—Sí, sí, muy bien. Y ahora... —me miró de reojo—, supongo que quiere el dinero.

—Pues...

—Espere ahí entonces. Se lo sacaré. —Se volvió y entró en la casa.

De pie apoyado en el viejo coche, sintiendo el dolor de las heridas en las manos y la nariz, y examinando el desgarrón en el codo de la chaqueta, me sentía física y emocionalmente agotado. Todo lo que había hecho esa tarde era castrar a una gata, pero ya no servía para nada más.

Observé apáticamente a la señora que venía por el sendero. Llevaba un bolso. En la verja se detuvo y se enfrentó conmigo.

—Eran diez chelines, ¿no?

—Exactamente.

Rebuscó en el bolso algún tiempo antes de sacar un billete de diez chelines que miró con tristeza.

—¡Oh, *Georgina*, *Georgina*, sí que eres una gatita cara! —dijo en soliloquio.

Tentativamente extendía la mano, pero ella retiró el billete.

—Un momento. Se me olvidaba. Tiene que quitarle los puntos, ¿no es verdad?

—Sí, dentro de diez días.

Apretó los labios con firmeza.

—Pues entonces hay mucho tiempo para pagarle... Se lo daré cuando vuelva.

—¿Cuándo vuelva? Pero no puede esperar...

—Siempre creo que da mala suerte pagar un trabajo antes de que esté terminado —dijo—. A *Georgina* podría ocurrirle algo terrible.

—Pero... pero...

—No, ya me he decidido —dijo, volvió a guardar el dinero y cerró el bolso con aire de finalidad antes de dirigirse hasta la casa.

A medio sendero miró por encima del hombro y sonrió.

—Sí, eso es lo que haré. Le pagaré cuando vuelva.



19

Nos disponíamos a salir de Scarborough. Resultaba irónico que nos fuéramos de allí precisamente cuando el lugar empezaba a sonreírnos.

Bajo el sol de mayo nos formamos ante el Gran Hotel a las siete de la mañana como habíamos hecho durante el largo invierno de Yorkshire, principalmente en la oscuridad, y a menudo con la lluvia helada cayéndonos sobre el rostro. Ahora experimentaba cierta sensación de pena al contemplar sobre las cabezas de mis camaradas la bahía, amplia y hermosa, que se extendía bajo los acantilados hacia el promontorio lejano, la arena muy limpia e invitadora, la gran extensión de agua azul brillante y reluciente, y sobre todo el olor delicioso de la sal y las algas, trayéndome recuerdos de vacaciones y días felices perdidos en la guerra.

—¡Atención! —El grito del sargento de escuadrón Blackett resonó sobre nuestras cabezas. Nos pusimos rígidos en las filas, cada uno cargado con todo el equipo, la mochila reforzada con hojas de cartón para darle un aspecto rectangular, el pelo muy corto, las botas brillantes, los botones como el oro. Sin que lo supiéramos, el ITW n.º10 nos había convertido en una unidad elegante y disciplinada, muy diferente de la gentuza torpe y desmanotada de hacía seis meses. Todos habíamos aprobado los exámenes y ya no éramos AC2, sino LAC^[8] y, como LAC Herriot mi sueldo había subido bruscamente de tres chelines a siete y tres peniques al día, ¡algo mareante!

—¡Vuelta a la derecha! —De nuevo el rugido—. ¡A la izquierda, marcha rápida!

Con los brazos muy altos y desfilando al unísono, pasamos ante la puerta del Gran Hotel por última vez. Lancé una mirada de reojo al edificio enorme que parecía una digna dama victoriana privada de toda su elegancia, y tomé una resolución.

Volvería aquí algún día, cuando la guerra hubiera terminado, y admiraría el Gran Hotel en todo su esplendor.

Y eso hice además. Años más tarde Helen y yo estuvimos sentados en cómodos sillones en aquel mismo vestíbulo donde nos gritara el policía de servicio. Los camareros cruzaban silenciosamente sobre la gruesa alfombra con el té y las pastas, mientras una orquesta de cuerda tocaba una selección de *Rose Marie*.

Y por la noche cenamos en el elegante comedor, con sus ventanales de línea ininterrumpida que daban al mar. Durante la guerra ésta había sido una terraza abierta y helada en la que yo aprendí a leer la lámpara Aldis que parpadeaba desde el faro, pero ahora nos instalaron en un ambiente de calor suave y delicioso y comimos lenguado a la parrilla mientras las luces del puerto y la ciudad empezaban a guiñarnos en la oscuridad creciente.

Pero eso estaba aún en el futuro cuando nuestras botas despertaban ecos al desfilar por Huntriss Row en camino a la estación, y las largas filas uniformadas de azul dejaban la plaza vacía. No sabíamos dónde íbamos. Nada era seguro entonces.

El *Diccionario de Veterinaria*, de Black, se me clavaba en la espalda a pesar de la defensa del cartón. Era un texto pesado y difícil de manejar, pero me recordaba mis buenos tiempos y mantenía mi esperanza de los que aún quedaban por venir.



20

Siempre ocurre lo mismo y en el mundo entero: los pobres cargan con las culpas y los ricos disfrutan del placer...

Estábamos en un “curso de endurecimiento”, viviendo bajo tiendas de campaña en las profundidades de Shropshire, y ésta era una de las ocasiones en que nos hallábamos todos reunidos, cientos de hombres curtidos por el sol, bajo un toldo enorme, y aguardando que nos echara un discurso un comodoro que había venido de visita.

Antes de la llegada del gran hombre ocupó el estrado un sargento lascivo que nos ayudó a pasar el tiempo con una sucesión de chistes sucios bien acompañados de gestos. “Y los ricos disfrutan del...”, pero en vez de “placer” hacía una serie de violentos movimientos obscenos de impulso con el antebrazo.

Me intrigaba la reacción del cadete a mi derecha. Era un chico delgado y de rostro sonrosado, de unos diecinueve años, con un pelo rubio y liso que venía a caerle sobre el rostro a cada salto. Y realmente se lanzaba a ello con entusiasmo, voceando y coreando las palabras sucias y repitiendo los gestos obscenos del sargento con júbilo maniático. Según me dijeron recientemente, era el hijo de un obispo.

En este curso se había unido a nosotros el Escuadrón del Aire de la Universidad de Oxford. Había un grupo de jóvenes de muy buenas familias y de clase elevada y, como yo había pasado tres días enteros pelando patatas con ellos, había llegado a conocer muy bien a la mayoría. “Pelar patatas” es un método sin igual para familiarizarse con los compañeros y, mientras íbamos llenando cazuelas y cazuelas con nuestro producto, hora tras hora, las barreras iban desapareciendo más y más hasta que, al final de los tres días, ya no quedaban muchos secretos entre nosotros.

El hijo del obispo encontraba jocosa la idea de un cirujano veterinario titulado que abandonara la práctica para ayudar a su país despellejando miles de tubérculos. Y yo, por otra parte, obtenía mi recompensa con la observación de sus peculiaridades. Era un chico encantador, y digno de ser apreciado, pero con una obsesión decidida por todo lo que tuviera la más remota relación con la obscenidad. Dicen que los hijos de los párrocos se vuelven locos cuando se libran de sus cadenas, y supongo que una escapada del palacio de un obispo es más susceptible todavía a las tentaciones del gran mundo.

Le miré de nuevo. A su alrededor los hombres gritaban a pleno pulmón, pero su voz, que repetía con delicia aquellas palabrotas obscenas, surgía sobre el resto, y seguía los movimientos del sargento como un acólito devoto.

¡Qué distinto todo esto de Darrowby! Mis primeros días en la RAF, con aquellas conversaciones libres de toda inhibición y plagadas de juramentos, me hicieron comprender quizá por primera vez la clase de comunidad que había dejado a mis espaldas. Porque yo he pensado con frecuencia que una de las sociedades más rígidas en la historia de la humanidad era la comunidad agrícola del Yorkshire rural en los años treinta. Entre los granjeros, cualquier cosa que tuviera que ver con el sexo o las funciones naturales resultaba inmencionable.

Eso hacía mi trabajo más difícil porque, si la enfermedad del animal tenía la menor connotación sexual, su propietario se negaba a entrar en detalles cuando Helen o la señorita Harbottle, nuestra secretaria, contestaban al teléfono. “Quiero que venga el veterinario a ver a una vaca”, era lo más que se permitían.

El caso de hoy era típico, y miré al señor Hopps con cierta irritación.

—¿Por qué no dijo que su vaca no se quedaba preñada? Ahora tenemos una nueva inyección para eso, pero no la llevo encima. No puedo llevarlo todo en el coche, comprenda.

El granjero se miraba los pies.

—Bueno, fue una señora la que contestó el teléfono, y no me pareció bien decirle que *Bola de nieve* no aceptaba al toro. —Me miró tímidamente—. ¿No puede hacer nada entonces?

Suspiré.

—Quizás sí. Tráigame un cubo de agua caliente y jabón.

Mientras me enjabonaba el brazo sentí cierta desilusión. Me hubiera gustado probar la nueva inyección Prolan. Aunque, por otra parte, también había cierto interés en estos exámenes por el recto.

—Cójale el rabo, por favor —dije, y empecé a meter cuidadosamente la mano por el anillo rectal.

Últimamente hacíamos esos exámenes con mucha frecuencia. La profesión parecía haber captado de pronto el hecho de que la infertilidad bovina ya no era un

misterio impenetrable. Llevábamos a cabo más y más exámenes internos y, como digo, tenían una extraña fascinación.

Según lo resumió una mañana Siegfried con su concisión habitual:

—James —dijo—, se aprende más por el culo de una vaca que leyendo muchas enciclopedias.

Y, mientras me abría camino en el interior del animal, comprendí lo que quería decir. Atravesando la pared del recto cogí la cerviz del útero, luego seguí por el conducto derecho. Lo notaba perfectamente normal, y lo mismo la trompa de Falopio cuando la alcancé. Un instante después el ovario estaba entre mis dedos como una nuez, pero era una nuez con un bulto significativo, y sonreí para mis adentros. Esa hinchazón era el *corpus luteum*, el “cuerpo amarillo” que ejercía su influencia en el ovario e impedía la iniciación del ciclo de celo normal.

Apreté suavemente la base del bulto y sentí que se separaba del ovario y se desvanecía en el espacio. Esto era estupendo —justo lo que se necesitaba— y lancé una mirada de felicidad al granjero por encima del lomo de la vaca.

—Creo que ya he arreglado las cosas, señor Hopps. Se pondrá a punto en un par de días y podrá hacer que la cubran inmediatamente.

Retiré el brazo cubierto casi hasta el hombro de porquería y empecé a lavármelo con agua caliente. Éste era el momento en que los jóvenes con ambiciones de ser cirujanos veterinarios decidían por lo general hacerse abogados o enfermeras. Muchos adolescentes venían conmigo a observar la práctica, y yo creía que, cuanto antes vieran las realidades del trabajo, mejor para ellos. Una mañana de diagnósticos de embarazo, o algo similar, resultaba lo más infalible para separar a las ovejas de los cabritos.

Cuando salí de la granja tuve la impresión satisfactoria de haber hecho algo realmente importante, así como una sensación de alivio porque la delicadeza del señor Hopps no hubiera resultado en una visita inútil.

Es curioso pero, en cuanto regresé a la clínica, me encontré con otro ejemplo similar.

El señor Pinkerton, pequeño propietario, estaba sentado en la oficina junto a la mesa de la señorita Harbottle. A su lado estaba sentado el perro collie de su granja.

—Bien, ¿en qué puedo servirle, señor Pinkerton? —le pregunté al cerrar la puerta a mis espaldas.

El granjero vaciló.

—Es mi perro... no está bien.

—¿Quiere decir que está enfermo? —me incliné y acaricié la peluda cabeza y, cuando el perro dio un salto encantado, el rabo inició un ritmo resonante, bom-bom-bom, contra el lado de la mesa.

—No, no, la verdad es que está bien. —Indudablemente el hombre se sentía incómodo.

—Bueno, ¿cuál es el problema? Parece la viva estampa de la salud.

—Sí, pero estoy muy preocupado. Verá, es su... —miró furtivamente a la señorita Harbottle— es su pen... pendiente.

—¿Cómo dice?

Un débil sonrojo cubrió las mejillas delgadas del señor Pinkerton. De nuevo lanzó una mirada de horror a la señorita Harbottle.

—Es su... pendiente. Algo raro le pasa al... pendiente. —Y con un ligerísimo movimiento, me señaló en dirección al vientre del animal.

Miré allí.

—Lo siento, pero no hay nada raro.

—Sí, sí que hay. —El rostro del granjero se crispaba en la agonía de su vergüenza. Acercó más el rostro al mío—. Hay algo ahí —dijo en un susurro ahogado—, algo que le sale de su... de su pendiente.

Me arrodillé, eché una mirada más profunda y, de pronto, todo quedó claro.

—¿Se refiere a esto? —Le indicaba una pequeña burbujita de semen al extremo del prepucio.

Asintió calladamente, su rostro era un estudio de horror.

Me eché a reír.

—Bien, ya puede dejar de preocuparse. No existe nada anormal. Puede llamarle un desbordamiento. Es un perro muy joven ¿no?

—Sí, sólo tiene dieciocho meses.

—Pues eso es. Está rebosante de entusiasmo. Seguro que come muchísimo y bien y que no tiene mucho que hacer ¿verdad?

—Sí, come muy bien. Y sólo de lo mejor. Y tiene razón... no tengo demasiado trabajo para él.

—Pues ya lo ve —extendí la mano—. Recórtele la dieta y que haga más ejercicio, y esto desaparecerá solo.

El señor Pinkerton me miró.

—Pero no va hacer nada con su... su... —de nuevo lanzó una mirada de angustia a nuestra secretaria.

—No, no —dije—, le aseguro que no le ocurre nada malo a su... su pendiente. No hay problema local en absoluto. —Vi que aún no quedaba convencido del todo, así que adopté otro enfoque—. Verá lo que vamos a hacer: le daré unas tabletas para el perro. Le ayudarán.

Me fui al dispensario y metí unas cuantas tabletas en una caja. De vuelta en el despacho se las entregué al granjero con una sonrisa de ánimo, pero su rostro sólo reflejaba una profunda tristeza. Indudablemente no le había explicado el asunto con suficiente claridad y, mientras le acompañaba por el pasillo hasta la puerta principal, seguí hablando sin cesar, exponiendo todo el caso con palabras sencillísimas, seguro de que sí las comprendería.

Cuando se hallaba indeciso en el umbral le di un golpecito final de consuelo en el hombro y, aunque estaba casi agotado por mi monologo incansable, pensé que era

mejor resumirle el discurso antes de que se fuera.

—Así que ya lo ve —dije con una risita—, redúzcale la comida, cuídese de que tenga mucho trabajo y ejercicio y dele una tableta por la noche y otra por la mañana.

La boca del granjero temblaba de tal modo que creí que iba a echarse a llorar; luego se volvió y bajó los escalones hasta la calle. Caminó un par de pasos como en sueños, después giró en redondo y su voz se alzó en una queja plañidera:

—Pero, señor Herriot... ¿y su... pendiente?

Cuando el pequeño señor Gilby cayó gimiendo sobre las piedras del establo, lo primero que pensé fue que era injusto que, entre todas las personas del mundo, esto tuviera que pasarle a él.

Porque la delicadeza y reticencia natural de la época estaban representadas en aquel hombre en grado sumo. Incluso su aspecto físico tenía algo de etéreo: sesenta kilos de huesos finos, la piel tensa sin nada de grasa debajo, y un rostro amable e inocente, casi infantil, a despecho de sus cincuenta años. Nadie le había oído jamás jurar, ni utilizar una expresión grosera; en realidad era el único granjero que he conocido que hablaba del “estiércol” de las vacas.

Aparte eso, y siendo un metodista muy estricto, tampoco bebía ni se permitía placeres mundanos, y nunca había sabido que dijera una mentira. En conjunto era tan bueno que le habría mirado con profunda suspicacia de haber sido otro. Pero ya había llegado a conocer al señor Gilby. Era un hombrecillo amable, y tan honrado como la luz del sol. Yo le habría confiado incluso mi vida.

Por eso me resultaba tan triste verle tendido allí. Todo había sucedido repentinamente. En cuanto entramos en el establo me señaló una vaca cruzada de Angus casi frente a la puerta.

—Ésa es. Creo que se ha resfriado un poco. —Sabía que yo querría tomarle la temperatura, y le cogió el rabo antes de acabar de cruzar el canal de la porquería para deslizarme entre la vaca y su vecina. Y entonces fue cuando sucedió, cuando sus piernas estaban separadas del todo y en la peor posición posible.

En cierto modo no me sorprendió, porque había visto la furia con que se agitaba aquella cola cuando entramos, y de todas formas las vacas negras siempre me han dado miedo. A ésta no pareció gustarle nuestra entrada repentina, y echó atrás la pata trasera con la velocidad del rayo, dándole con la pezuña justo en la entrepierna y cuando tenía las piernas bien separadas. No llevaba más que unos pantalones de pana muy gastados, así que la protección era nula.

Hice una mueca cuando la cox dio en el blanco con un sonido terrible, pero el señor Gilby no demostró la menor emoción. Se dejó caer como si acabaran de pegarle un tiro y quedó inmóvil sobre las duras piedras, las manos entre las piernas. Pocos segundos después empezaba a gemir suavemente.

Cuando me apresuraba a ayudarlo comprendí el error que suponía por mi parte haber sido testigo de esta desintegración de su fachada de modestia. Estoy seguro de que aquel hombrecillo habría preferido morir que verse cogido en esta postura nada elegante, gimiendo en el suelo y agarrándose frenéticamente un área inmenable. Me arrodillé sobre las piedras y le di unos golpecitos en el hombro mientras él seguía luchando su batalla interior contra la angustia.

Al cabo de un rato se sintió lo bastante bien como para incorporarse, y yo le pasé un brazo en torno y le sostuve; su rostro, de una palidez verdosa, estaba cubierto de sudor. Entonces fue cuando empezó a dominarle la vergüenza; aunque ya había retirado las manos de aquella posición comprometida era indudable que estaba avergonzadísimo de que le hubieran visto en una actitud tan grosera.

La verdad es que yo me sentía impotente. El pobre no podía aliviar sus sentimientos del modo acostumbrado maldiciendo al animal y al destino en general; ni yo podía ayudarlo echando a broma el asunto con algunas observaciones vulgares. Este tipo de cosas ocurren de vez en cuando en la actualidad, y por lo general dan lugar a cierta cantidad de comentarios jocosos en los que suelen mencionarse los posibles efectos en la futura vida sexual de la víctima. Todo ayuda.

Pero aquí, en el establo del señor Gilby, sólo había un silencio incómodo. Poco después sus mejillas fueron recuperando el color, y el pequeño granjero se puso lentamente de pie. Inspiró profundamente un par de veces, luego me miró abrumado. Indudablemente creía deberme alguna explicación, disculpas incluso, por su conducta tan falta de tacto.

Así como iban pasando los minutos crecía la tensión. Los labios del señor Gilby se entreabrieron un par de veces como a punto de hablar, pero parecía incapaz de hallar las palabras. Al fin tomó una decisión. Se aclaró la garganta, miró en torno cuidadosamente y luego acercó los labios a mi oído. Resumió toda la situación en una frase profundamente confidencial y en un susurro ronco:

—Justo en las partes privadas, señor Herriot.

Hablé anteriormente de la timidez con que se trataban las funciones naturales, y esto sí que daba lugar a problemas.

Una dificultad sin importancia con la que tropiezan todos los veterinarios rurales es que llega un momento, cuando se ha prolongado la ronda, en que hay que orinar. Cuando yo llegué por primera vez a Yorkshire me parecía lo más natural del mundo retirarme a un rincón del establo de las vacas para aliviarme, y no podía comprender que aquello resultara embarazoso a cualquiera de mi propio sexo. Pero pronto advertí que los granjeros empezaban a restregarse los pies, a mirar obstinadamente en dirección opuesta y a dar grandes pruebas de incomodidad.

Mis intentos por echar a broma el incidente no tenían el menor éxito. Unas observaciones jocosas lanzadas encima del hombro como: “Estoy escurriendo un

riñón” o “Este método produce el alivio instantáneo”, eran acogidas con graves inclinaciones de cabeza y murmullos de: “Sí... sí... sí... claro...”. A menudo tenía que lanzarme a buscar algún edificio exterior y desierto en cuanto llegaba; pero a veces entraba el granjero, me pescaba en el acto y se retiraba avergonzado.

Los mismos granjeros contribuían a mis dificultades con esa costumbre tan hospitalaria de meterme grandes tazas de té en la mano a la menor oportunidad. En ocasiones rehuía el riesgo de ofenderles en los edificios y, cuando tenía necesidad, acudía al campo abierto. Pero también esto estaba erizado de peligros porque, aunque siempre elegía un camino desierto, los páramos extendiéndose vacíos hasta el horizonte más lejano, aquello se llenaba en cuestión de segundos de coches, todos conducidos por mujeres y todos cayendo sobre mí a gran velocidad.

Recuerdo con una vergüenza terrible una ocasión en que un autobús de solteronas de mediana edad se detuvieron a mi lado y las señoras me interrogaron largo y tendido sobre el modo más rápido de llegar a Darrowby mientras en torno de mis pies se extendía acusador un charquito oscuro.

Pero supongo que toda regla tiene su excepción y hubo una vez en que la reacción ante mi apuro fue completamente distinta. Había consumido la cuota habitual de té, y encima de eso un tipo amable había abierto un par de botellas de cerveza tras una sesión bastante dura en la que habíamos estado castrando terneros en una casilla de tejado de lata. Para cuando llegué a la granja del viejo señor Ainsley yo estaba apuradísimo.

Pero no había nadie en torno. Entré de puntillas en el establo, me metí en un rincón y, con delicia, abrí las compuertas. Estaba a mitad cuando oí el resonar de botas pesadas sobre piedras, a mis espaldas. El viejo con los hombros caídos, las manos en los bolsillos, estaba allí mirándome.

¡Cielos, ya me había ocurrido otra vez! Pero no podía detenerme ahora. Con una sonrisa enfermiza le miré por encima del hombro.

—Lamento aprovecharme así de su casa, señor Ainsley —dije con lo que esperaba fuera un tono ligero y desenfadado—, pero no tenía opción. Cuando hay que hacerlo, hay que hacerlo. Tal vez tenga la vejiga débil, o algo así.

El viejo me miró impasible unos momentos, luego asintió varias veces.

—Lo sé, lo sé —dijo sombrío—. A usted le pasa lo mismo que a mí, señor Herriot. Yo siempre estoy meando.



21

Pequeños recuerdos siguen acudiendo a mi mente. Recuerdos de los primeros días en Skeldale House. Antes de la RAF. Antes de Helen...

Siegfried y yo estábamos desayunando en el gran comedor. Mi colega alzó los ojos de una carta que estaba leyendo.

—James, ¿te acuerdas de Stewie Brannon?

Sonreí.

—No podría olvidarlo. Aquél fue un gran día en las carreras de Brawton. — Siempre guardaría un vívido recuerdo del amable colega de mi jefe.

—Sí, sí... lo fue —asintió brevemente Siegfried—. Bien, he recibido una carta suya. Tiene ahora seis críos y, aunque no se queja, no creo que su vida sea exactamente una juerga trabajando en ese agujero que es Hensfield. Especialmente cuando apenas se gana la vida con ello. —Se tiró pensativo del lóbulo de la oreja—. ¿Sabes, James? Sería estupendo que pudiera tomarse un respiro. ¿Estarías dispuesto a ir allí y encargarte de la práctica durante un par de semanas para que él se fuera con su familia de vacaciones?

—Por supuesto, me encantaría. Pero estarás un poco agobiado aquí solo, ¿no?

Siegfried agitó la mano.

—Me irá bien. De todas maneras es la época más tranquila para nosotros. Le escribiré hoy mismo.

Stewie se apresuró a aceptar la oferta y a los pocos días ya estaba yo en camino a Hensfield. Yorkshire es el mayor condado de Inglaterra y debe de ser el más variado también. Apenas podía creerlo cuando, menos de dos horas después de dejar las

limpias montañas cubiertas de hierba y aire cristalino de Darrowby vi el bosque de chimeneas de las fábricas que surgían de aquel palio oscuro de hollín y suciedad.

Esto era el West Riding industrial, y seguí adelante en un ambiente oscuro e infernal como jamás hubiera podido soñar, largas filas de casitas tristes, abrumadoramente idénticas, donde vivían los trabajadores. Todo era negro; las calles, las fabricas, los muros, los árboles, incluso las colinas en torno, sucios y manchados con el humo que salía de la ciudad a través de cien chimeneas de vapores repugnantes.

Y la clínica de Stewie estaba precisamente en el mismo centro de todo aquello, un edificio triste en una callejuela de piedra sucia. Cuando toqué la campanilla leí la placa de cartón: “Stewart Brannon, MRCVS^[9], cirujano veterinario y especialista canino”. Me estaba preguntando qué pensaría la Escuela Superior de veterinario de esa última parte cuando la puerta se abrió y apareció mi colega.

Parecía llenar la entrada. Si acaso aún estaba más gordo que antes, pero ésa era la única diferencia. Como era agosto no podía esperarse que siguiera llevando su viejo abrigo de la marina; por otra parte estaba tal y como yo lo conociera en Darrowby; el rostro grueso y afable, el pelo negro y grasiento le caía hacia delante pegado sobre la frente que siempre parecía cubierta de sudor.

Extendió la mano, estrechó la mía y me hizo cruzar la puerta encantado.

—¡Jim, qué gusto verte! —Me pasó el brazo por los hombros mientras cruzábamos un vestíbulo muy oscuro—. Es magnífico que vengas a ayudarme. La familia está felicísima... todos andan por la ciudad de compras para las vacaciones. Ya hemos alquilado un piso en Blackpool. —Su sonrisa permanente era aún más amplia.

Entramos en una habitación en el fondo de la casa, donde una mesa de cocina bastante maltratada temblequeaba ligeramente sobre el linóleo marrón. Vi una pila en una esquina, unos cuantos estantes con botellas y un armarito pintado de blanco. El ambiente olía débilmente a ácidos fenico y a orina de gato.

—Aquí es donde atiendo a los animales —dijo Stewie con gran animación. Miró el reloj—. Las cinco y veinte... tengo una operación a las cinco y media. Te lo enseñaré todo hasta entonces.

No nos llevó mucho tiempo, porque no había mucho que ver. Yo sabía que había otro veterinario más elegante en Hensfield, que Stewie se ganaba la vida con los pobres de la ciudad; aquél era el típico marco de una práctica sin fondos. Sólo parecía haber un ejemplar de cada cosa: una aguja de sutura, una aguja curva, un par de tijeras, una jeringuilla... Había un pequeñísimo depósito de drogas y un muestrario absurdo de botellas y jarros. Las botellas tenían muchas formas extrañas, cosas desconcertantes que jamás se habían visto en un dispensario.

Por lo visto él adivinó mis pensamientos.

—No es nada grande, Jim. No tengo una práctica elegante, y no gano mucho, pero nos las arreglamos para vivir al día y eso es lo principal.

La frase era familiar: “nos hemos puesto al día, vivimos al día”, así lo había expresado cuando yo le conociera en las carreras de Brawton. Parecía ser el estribillo de su vida.

Un extremo de la habitación estaba cerrado por una cortina que mi colega echó a un lado.

—Esto es lo que podría llamarse la sala de espera. —Sonrió cuando miré con cierta sorpresa la media docena de sillas de madera colocadas de forma circular junto a las tres paredes—. Nada de elegancia, Jim, ni colas en la calle, pero nos las arreglamos para vivir.

Algunos clientes de Stewie estaban llenándola ya, dos niñas con un perro negro; un viejo, cubierto con una gorra de paño, y con un terrier sujeto por un cordel; un niño que llevaba un conejo en un cesto.

—De acuerdo —dijo mi amigo—, empezaremos. —Se puso una chaqueta blanca, corrió las cortinas y llamó—: El primero, por favor.

Las niñas pusieron el perro sobre la mesa. Era una mezcla curiosísima de razas y permanecía allí temblando de miedo, girando los ojos y clavándolos con terror en la chaqueta blanca.

—Muy bien, chico —murmuró Stewie—, no voy a hacerte daño. —Acaricio la cabeza temblorosa antes de volverse a las niñas—. ¿Qué le ocurre?

—Es su pata, está cojo —contestó una de ellas.

Como para confirmarlo el perrito levantó una pata delantera y la sostuvo en alto con expresión lastimosa. Stewie cogió el miembro en su manaza y la palpó con el mayor cuidado. E inmediatamente comprendí una verdad: aquel hombre tan grandote como un oso era fundamentalmente amable.

—No hay nada roto —dijo—, sólo un esguince en el hombro. Que descanse unos cuantos días y frotadle con esto por la noche y por la mañana.

Pasó cierta cantidad de linimento blancuzco de una botella grande a otra de aquellas botellitas de forma extraña y se la entregó.

Una de las niñas extendió la mano y, al abrirla, le mostró un chelín en la palma.

—Gracias —dijo Stewie sin afectar sorpresa—. Adiós.

Vio algunos casos más, luego, en un momento en que se dirigía hacia la cortina, dos granujillas harapientos aparecieron en la puerta al otro extremo de la habitación. Llevaban un gran cesto para la ropa, pero lleno de una amplia variedad de botellas.

Stewie se inclinó sobre el cesto cogiendo botellas de Bovril, jarros de salmuera, botellas de salsa de tomate, examinándolos con el aire de un conocedor. Al fin pareció llegar a una decisión.

—Tres peniques —dijo.

—Seis peniques —dijeron los pillos al unísono.

—Cuatro —gruñó él.

—Seis —repitieron a coro los otros.

—Cinco —murmuró tercamente mi colega.

—¡Seis! —Y había una nota de triunfo en aquel grito.

Stewie suspiró.

—Adelante, pues. —Entregó la moneda y empezó a depositar las botellas en la pila.

—Me limito a quitarles las etiquetas y a darles una buena hervida, Jim.

—Comprendo.

—Supone un gran ahorro.

—Sí, claro. —Ya se había desvelado para mí el misterio de aquella colección de botellas tan extrañas.

Eran ya las seis y media cuando el último cliente entraba por la cortina. Había visto que Stewie examinaba cuidadosamente a cada animal, tomándose su tiempo y tratando las enfermedades con toda capacidad, dentro —naturalmente— de los límites de sus recursos tan escasos. Sus honorarios iban de un chelín a dos chelines, y así se comprendía que sólo consiguiera vivir al día.

También había observado otra cosa: todos parecían apreciarle. No tenía fachada, pero era muy amable, y se preocupaba. Comprendí que aquello encerraba una lección.

La última en entrar fue una señora de aspecto refinado y un modo de hablar muy selecto.

—Mordieron a mi perro la semana pasada —anunció—, y me temo que la herida se ha infectado.

—Sí, ya veo —asintió gravemente Stewie. Aquellos dedos como plátanos iban explorando suavemente el área infectada del cuello del animal—. Realmente está bastante mal. Podría formarse un absceso si no tenemos cuidado.

Le costó mucho tiempo afeitar todo el pelo de la zona y lavarlo con una esponja de hilas y peróxido de hidrogeno. Luego echó algunos polvos, aplicó un buen trozo de algodón y lo aseguró con una venda. A esto siguió una inyección de antiestafilococos, y por fin entregó a su dueña una botella de salsa llena hasta el borde de solución de acriflavina.

—Utilízelo según se indica en la etiqueta —dijo, luego se puso muy rígido cuando la señora abrió el bolso aguardando a que él hablara.

La crispación de las mejillas de Stewie, su parpadeo constante e incluso algunas muecas, revelaban su profunda lucha interior. Finalmente cuadró los hombros.

—Esto —dijo con resolución— serán tres chelines y seis peniques.

A su modo de ver eran unos honorarios fantásticos, aunque probablemente lo mínimo en otros establecimientos de veterinaria, y a mí me resultaba incomprensible que obtuviera beneficios con aquella transacción.

Al marcharse la señora un escándalo repentino estalló en el interior de la casa. Stewie me lanzó una sonrisa seráfica.

—Serán Meg y los niños. Ven a conocerles.

Salimos al vestíbulo y nos vimos metidos en un jaleo indescriptible. Los niños gritaban, vociferaban y reían, se oía el entrecuchar de cubos y palas, un gran balón golpeaba de un muro al otro, y, por encima de todo ello, un bebé lloraba incansablemente.

Stewie llegó hasta el centro de aquella manifestación y liberó a su mujercita.

—Mi esposa —murmuró con profundo orgullo. La contemplaba como miraría un adolescente a una estrella de cine.

—Encantado de conocerla —dije.

Meg Brannon me estrechó la mano y sonrió. Todo encanto que pudiera tener existía únicamente a los ojos de su marido. Aún se advertían en el rostro algunos restos de belleza, pero muy estropeados por los años y las dificultades. Fácil resultaba imaginar su vida: madre, ama de casa, cocinera, secretaria, recepcionista y enfermera de los animales de su esposo.

—¡Oh, señor Herriot, qué amable por su parte, y por parte del señor Farnon también, el ayudarnos de este modo! ¡Qué ganas tenemos de alejarnos de aquí! —En sus ojos había un brillo de desesperación, pero me miraban con amabilidad.

Me encogí de hombros.

—Es un placer, señora Brannon. Estoy seguro de que disfrutaré con ello, y espero que todos ustedes pasen unas vacaciones maravillosas. —Y lo decía sinceramente... pues estaba convencido de que las necesitaban de verdad.

Me presentaron a los niños, pero jamás llegué a distinguirlos. Aparte el bebé, que seguía llorando infatigablemente y a todo pulmón, creo que había tres chicos y dos niñas... pero no puedo estar seguro; se movían demasiado aprisa a mi alrededor.

La única vez que guardaron silencio fue durante la cena, un breve periodo. Meg nos sirvió una especie de caldero en el que flotaban restos de cordero, patatas y zanahorias. El caso es que estaba buenísimo, y a esto siguió una tarta enorme cubierta de mermelada.

Pero el tumulto estalló de nuevo, y muy pronto, en cuanto los niños devoraron la comida a toda prisa y empezaron a jugar en la habitación. Lo que me resultó más desconcertante fue que los dos muchachos mayores seguían arrojándose el balón, grande, nuevo, de alegres colores, por encima de la mesa mientras cenábamos. Los padres no decían nada al respecto. Supongo que a Meg ya había dejado de importarle todo, y que a Stewie no le había importado jamás.

Sólo hubo una ocasión, cuando la pelota casi me dio en la nariz, llevándose de paso la cucharilla llena de tarta, en que vi que su padre les riñera.

—Vamos, vamos —murmuró con aire ausente, y el juego de pelota se reanudó algo más lejos, hacia el otro extremo de la mesa.

A la mañana siguiente presencié la marcha de la familia. Stewie había cambiado su destrozado Austin Siete por un gran Ford Veterinario Ocho cubierto de orín. Sentado al volante sonreía y me hacía señas de adiós a través de la ventanilla rota con sereno contento. Meg, a su lado, consiguió lanzarme una sonrisa tensa de

agotamiento, mientras, en las otras ventanillas, un conjunto de niños y perros luchaban por lograr un punto de ventaja. Cuando el coche se alejó con el cochecito del bebé, varias maletas y un moisés agitándose peligrosamente en la baca, los niños gritaban, los perros ladraron, el bebé lloró una vez más y ya todos desaparecieron.

Al volver a entrar en la casa, aquel silencio tan desacostumbrado me envolvió como una concha cerrada y, con el silencio, me dominó una ligera inquietud. Tenía que cuidarme de esa práctica durante dos semanas, y el recuerdo de la clínica tan mal provista no era muy tranquilizador. Desde luego no tenía instrumental para tratar un caso importante.

Pero me consolé con facilidad. Por lo que había visto, éste no era el tipo de lugar en que suceden cosas dramáticas. Stewie había dicho en una ocasión que se ganaba la vida principalmente castrando gatos, y supuse que, aparte algunas úlceras de oído y otras enfermedades de poca importancia, eso era lo que me aguardaba.

La clínica de la mañana pareció confirmar tal impresión. Unas cuantas personas humildes me trajeron sus animalitos indescritibles con una serie de pequeñas dolencias, y yo me limité a entregarles con optimismo unas cuantas botellas de salsa y de Bovril que contenían el limitado acopio de drogas de Stewie.

Sólo tuve una dificultad: la mesa, que insistía en desmoronarse cada vez que yo ponía a los animales sobre ella. No sé por qué extraña razón era una mesa de patas plegables, sujetas en la parte inferior por riostras metálicas que solían desengancharse en los momentos cruciales, haciendo que el paciente resbalara bruscamente al suelo. Al cabo de algún tiempo le cogí el tranquilo y mantuve apoyada una pierna contra la riostra durante todo el examen.

Serían las diez y media cuando al fin abrí las cortinas y encontré vacía la sala de espera, en la que sólo quedaba un patente olor a gato y a perro en el aire. Al cerrar la puerta me dije que no tenía nada que hacer hasta la clínica de la tarde. En Darrowby habría echado ahora a correr para mi ronda prolongada por las granjas, pero aquí casi todo el trabajo se hacía en la misma clínica.

Estaba preguntándome en qué emplearía el tiempo después de realizar la única visita que se encontraba en el libro cuando sonó la campanilla. A esta llamada siguieron unos golpes frenéticos contra la madera de la puerta. Me apresuré a cruzar la cortina y la abrí. Una pareja de jóvenes bien vestidos estaba en el umbral. El hombre sostenía en brazos a un labrador de pelaje dorado y tras ellos, aparcado junto a la acera, vi un coche grande y brillante al que estaba enganchado un magnífico remolque.

—¿Es usted el veterinario? —jadeó la muchacha. Tendría poco más de veinte años, el pelo castaño y era extraordinariamente atractiva, pero sus ojos me miraban aterrados.

Asentí.

—Sí, sí, ¿cuál es el problema?

—Es nuestro perro —la voz del joven era ronca, y estaba mortalmente pálido—. Le ha atropellado un coche.

Contemplé la inmóvil forma dorada.

—¿Está muy mal herido?

Hubo un momento de silencio, luego la muchacha habló casi en susurros.

—Vea la pata trasera.

Me adelanté y, al echar una mirada entre los brazos del hombre una oleada de terror helado me inundó. El miembro colgaba de la corva. No fracturado, sino cortado por la articulación, pendiendo de lo que parecía ser únicamente una simple tirita de piel. Bajo el sol brillante de la mañana los extremos blanquecinos de los huesos desnudos destacaban con reflejos terribles.

Me pareció que transcurría toda una eternidad hasta que me recuperé del shock y descubrí que estaba mirando al animal con aire estúpido. Tampoco la voz era la mía cuando hablé.

—Éntrenlo —murmuré y, al dirigirlos a través de la maloliente sala de espera, estalló en mi interior la convicción de que me había equivocado al pensar que aquí nunca sucedía nada.



22

Sujeté las cortinas mientras el joven entraba vacilante y depositaba su carga en la mesa.

Ahora podía verlo bien, las señales típicas de un accidente de carretera, la suciedad cubría profusamente el brillante oro del pelo, las múltiples rozaduras. Pero la pata mutilada no era típica. Nunca había visto nada semejante.

Alcé los ojos hacia la muchacha.

—¿Cómo sucedió?

—¡Oh, todo fue como un relámpago! —Las lágrimas le nublaban los ojos—. Nos dirigíamos a pasar las vacaciones en un camping. No teníamos intención de quedarnos en Hensfield —(Eso sí podía comprenderlo)—, pero nos detuvimos a comprar unos periódicos. *Kim* saltó fuera del coche, y eso fue todo.

Miré al perro, tendido inmóvil sobre la mesa. Extendí la mano y le pasé los dedos suavemente por el noble perfil de su cabeza.

—Pobrecillo —murmuré y, por un instante, sus hermosos ojos castaños se volvieron a mirarme, y el rabo golpeó brevemente contra la madera.

—¿De dónde vienen ustedes? —les pregunté.

—De Surrey —contestó el joven. Parecía exactamente el hombre de negocios prospero y joven que este nombre sugería.

Me froté la barbilla.

—Comprendo... —Por un instante creí ver una lucecita al final de aquel negro túnel—. Tal vez, si yo le remendara un poco, podrían llevárselo a su propio veterinario, allá en la ciudad.

Él miró a su esposa por un instante, luego volvió los ojos hacia mí.

—Y ¿qué haría él entonces? ¿Amputarle la pata?

Guardé silencio. Si un animal en este estado llegaba a una de aquellas clínicas del sur, tan sofisticadas, con su personal especializado y un completo equipo quirúrgico, eso sería probablemente lo que decidirían. Lo único sensato.

La muchacha interrumpió mis pensamientos.

—De todas maneras si es posible salvarle la pata, ha de ser inmediatamente, ¿no es cierto? —Me miraba suplicante.

—Sí —dije en voz muy baja—, es cierto. —Empecé a examinar al perro. Las rozaduras de la piel eran insignificantes. Estaba bajo los efectos del shock, pero las membranas de la mucosa seguían teniendo un color rosa bastante saludable, lo que sugería que no había hemorragia interna. Había escapado sin grandes daños... a excepción de aquella pata destrozada.

La examiné inmediatamente, aterrado al contemplar la superficie brillante y pulida de los huesos en la articulación tibio-tarsal. Había algo obsceno en esta exposición en un animal vivo. Era como si unas manos brutales hubieran desgarrado violentamente aquella corva.

Inicié un registro frenético por toda la clínica, abriendo cajones, armarios, latas y cajas. El corazón se me detenía a cada pequeño descubrimiento: un tarro de catgut en alcohol, un paquete de hilas, una pequeña lata de yodoformo y —¡qué tesoro en realidad!— una botella de barbitúricos para la anestesia.

Lo que necesitaba sobre todo eran antibióticos, pero resultaba inútil buscarlos porque no se habían descubierto todavía. Sin embargo confiaba fervientemente en hallar algunas onzas de sulfanilamida, y me llevé una desilusión, porque las provisiones de Stewie no llegaban a eso. Cuando de pronto tropecé con la caja de vendas de yeso mate, o sulfato de cal, se me ocurrió una idea.

En aquella época, a finales de los años treinta, la Guerra Civil española estaba bien patente en la mente de todos. En el caos de las últimas etapas no había habido medicamentos adecuados para tratar las terribles heridas. Con frecuencia se habían limitado a enyesar a los heridos y dejarles —según esa frase tan gráfica— para “que se cocieran en su propio jugo”. Y a veces los resultados habían sido espectacularmente buenos.

Cogí las vendas. Ahora sabía lo que iba a hacer. Dominado por una fiera decisión inserté la aguja en la vena radial e inyecté lentamente la anestesia. *Kim* parpadeó, bostezó perezosamente y se durmió. Dispuse a toda prisa mi escaso armamento, y traté de colocar al perro en mejor posición. Pero había olvidado la mesa y, cuando levanté los cuartos traseros del animal, la estructura cedió y el perro se deslizó sin remedio hacia el suelo.

—¡Agárrelo! —Movido por mi frenético grito el hombre se lanzó sobre la forma inerte; yo volví a meter los ganchos en sus agujeros y conseguí nivelar de nuevo la superficie de madera.

—Sujete esto con una piedra —le dije, jadeante; luego me volví a la muchacha— y usted, ¿quiere hacer lo mismo en el otro extremo? Es imprescindible que no se caiga la mesa una vez haya empezado.

Me obedecieron en silencio y al mirarles, cada uno con la pierna izquierda encajada contra la parte inferior de la mesa, me sentí profundamente avergonzado. ¿Qué clase de lugar pensarían que era éste?

Pero durante un rato muy largo lo olvidé todo. Primero volví a colocar la articulación en su lugar, deslizando los bordes de la tróclea tibio-tarsal en las ranuras del extremo distante de la tibia, como hiciera con frecuencia en el laboratorio de anatomía en la Escuela Superior. Observé, levemente esperanzado, que algunos ligamentos seguían todavía intactos y, lo más importante de todo: que algunas venas importantes continuaban circulando por la parte inferior del miembro.

No dije una palabra mientras limpiaba y desinfectaba toda el área, ponía yodoformo en cada grieta y empezaba a coser. Estuve cosiendo mucho tiempo sin parar, uniendo los tendones rotos, la cápsula destrozada de la articulación y la aponeurosis. Era una mañana cálida y, como el sol daba en la ventana de la clínica, el sudor me corría por la frente. Para cuando hube terminado de coser la piel, un río de sudor me bajaba por la nariz y caía en gotitas en la punta. Luego más yodoformo, unas hilas y finalmente dos vendas de yeso que cubrieron con un molde firme la pata, desde la articulación hasta el pie.

Me enderecé y me enfrenté al joven matrimonio. No se habían movido de su incómoda postura, ya que sostenían la mesa, pero yo los miré como si los viera por primera vez.

Secándome la frente inspiré profundamente.

—Bien, esto es todo. Yo me inclinaría a dejarle así durante una semana; luego, allá donde ustedes se encuentren, que un veterinario le eche una mirada.

Estuvieron callados un instante, después habló la muchacha.

—Preferiría que lo viera usted mismo —y su marido asintió ansiosamente.

—¿De verdad? —Estaba asombrado. Me había imaginado que jamás querrían verme de nuevo, ni a mí ni a este lugar maloliente, con su mesa plegable.

—Sí, claro que sí —dijo el hombre—. ¡Usted se ha preocupado tanto por él! Suceda lo que suceda, siempre le estaremos profundamente agradecidos, señor Brannon.

—¡Oh!, yo no soy el señor Brannon; él está de vacaciones. Soy su sustituto y me llamo Herriot.

Extendió la mano.

—Bien, pues gracias de nuevo, señor Herriot. Soy Peter Gillard y ésta es mi esposa, Marjorie.

Nos estrechamos la mano, él cogió al perro en brazos y se fueron al coche.

Durante los días siguientes no podía quitarme a *Kim* de la cabeza. En ocasiones pensaba que había sido un loco por tratar de salvar aquel miembro unido al cuerpo

del animal sólo por una tira de piel. Nunca me había encontrado con nada ni remotamente parecido, y, en los momentos libres, aquella articulación de la corva, con todos sus imponderables, me nublaba la vista.

Y había muchos momentos libres, ya que la práctica de Stewie era muy tranquila. Aparte de las tres consultas diarias no había demasiada actividad. En particular aquellas llamadas tan incómodas antes del desayuno, que en Darrowby eran muy frecuentes, aquí resultaban desconocidas.

Los Brannon me habían dejado —junto con la casa— al cuidado de la señora Holroyd, una viuda vieja de aspecto muy sucio que iba cansadamente de un lado a otro con un delantal de flores manchado por la ceniza del cigarrillo que le colgaba perpetuamente de la boca. No era madrugadora, desde luego, y se apresuró a entrenarme ya que, al no encontrarla jamás al bajar a desayunar las primeras mañanas, empecé a preparármelo personalmente, y así siguieron las cosas hasta el final.

Sin embargo en otros aspectos me cuidaba bien. Era lo que podría denominarse una cocinera en bruto y con regularidad me servía comidas abundantes y muy sabrosas con un: “Aquí tiene, encanto”, observándome impasible hasta que yo empezaba a comer. Lo único que me turbaba era aquella ceniza, como un dedo largo y tembloroso, que ya era parte de ella, y que siempre amenazaba con ir a desmoronarse sobre la comida.

La señora Holroyd tomaba también los mensajes telefónicos cuando yo no estaba en casa. No había muchas visitas al exterior, pero dos se me quedaron grabadas en la memoria.

La primera fue cuando, al tomar el block de la señora Holroyd, leí: “Que vaya a ver al bulldog del señor Pimderoff” con su letra torcida y extrañísima.

—¿Pimderoff? —le pregunté—. ¿Es un caballero ruso?

—No lo sé, encanto; jamás se lo pregunté.

—Bueno... ¿tenía acento extranjero? Quiero decir, ¿hablaba un inglés raro?

—No, encanto. A mí me parece de Yorkshire.

—Bien, no importa, señora Holroyd. ¿Cuál es la dirección?

Me miró sorprendida.

—¿Cómo voy a saberlo? No me lo dijo.

—Pero... pero señora Holroyd ¿cómo puedo visitarle si no sé dónde vive?

—Bueno, usted sabrá más de estas cosas, encanto.

Estaba desconcertado.

—Pero ¡es que tiene que habérselo dicho!

—Mire, jovencito: “Pimderoff” fue todo lo que me dijo. Y añadió que usted lo sabría. —Sacó la barbilla, con lo que el cigarrillo tembló peligrosamente y me miró con firmeza. Tal vez tuviera sesiones similares con Stewie, pero a mí no me quedó duda de que la entrevista había terminado.

Durante el día traté de no pensar en ello, pero la idea de que por allí cerca, en alguna parte, había un bulldog enfermo al que no podía socorrer, me preocupaba. Confiaba en que, por lo menos, no fuera nada fatal.

A las siete de la tarde, una llamada telefónica resolvió mis temores.

—¿Es el veterinario? —la voz era áspera y bronca.

—Sí, al habla.

—Bien, he estado esperándole todo el día. ¿Cuándo viene a ver a mi bulldog?

Se hizo la luz. Sin embargo... aquel acento... no había la menor sugerencia del Kremlin... ni de las estepas...

—Lo lamento muchísimo —balbuceé—. Me temo que ha habido un error. Sustituyo al señor Brannon en su trabajo y no conozco el distrito. Confío en que su perro no esté gravemente enfermo.

—No, no, sólo es un poco de tos, pero quiero que lo vea.

—Desde luego, desde luego: Iré enseguida, señor... hem...

—Pym es mi nombre, y vivo cerca de la oficina de correos en el pueblo de Roff.

—¿Roff?

—Sí, a dos o tres kilómetros de Hensfield.

Suspiré de alivio.

—Muy bien, señor Pym, ya salgo para allá.

—Gracias —la voz parecía más suave ahora—. Bien, ahora ya lo sabe, ¿eh? Pym de Roff.

Acabé de comprenderlo. ¡Pym de Roff! ¡Qué explicación tan sencilla!

La mayoría de los mensajes de la señora Holroyd resultaban excéntricos, pero por lo general yo era capaz de interpretarlos si lo pensaba un poco. Sin embargo un aviso muy curioso me puso en apuros hacia finales de la semana. Decía simplemente: “Johnson, 12, Back Lane. Harry se pela por fina”.

Estuve luchando algún tiempo por resolverlo antes de acercarme con cierta timidez a la señora Holroyd.

Estaba amasando para hacer unas pastas y no levantó la cabeza cuando entré en la cocina.

—¡Ah, señora Holroyd! —me froté las manos nerviosamente—. Veo que ha escrito que tengo que ir a casa del señor Johnson.

—Pues sí, encanto.

—Bien... magnífico, pero no comprendo la otra parte... eso de “Harry se pela...”.

Me miró de reojo.

—Pues así es como se describe la palabra, ¿no? La miré en el libro de un doctor en nuestra casa —dijo a la defensiva.

—Sí, sí, claro, y lo ha escrito correctamente. Sólo que eso de “por fina...” y lo de “Harry...”.

Sus ojos brillaron peligrosamente y lanzó una nube de humo en mi dirección.

—Oiga, eso es lo que dijo aquel tipo. Y lo repitió tres veces. No he podido equivocarme.

—Comprendo. Pero ¿mencionó a algún animal en particular?

—No, no. Eso es todo lo que dijo, y eso y nada más. —Una cascada gris de ceniza vino a caer en el cuenco de amasar, incorporándose así a las pastas—. Yo hago todo lo que puedo, ¿se entera?

—Por supuesto, señora Holroyd —dije a toda prisa—. Me acercaré inmediatamente a Back Lane.

Y el señor Johnson me lo aclaró todo en cuestión de segundos al llevarme a una zahúrda de su granja.

—Es mi cerdo, jefe. Todo cubierto de manchas rojas. Supongo que es erisipela porcina.

Solo que él pronunciaba “arrisepela” y aparte de eso su voz era un poco farfallosa. Realmente no podía echarle la culpa a la señora Holroyd.

Cosas así animaron la semana, pero mi tensión iba en aumento mientras aguardaba el regreso de *Kim*. Cuando llegó el séptimo día el suspense fue aún mayor, ya que los Gillard no aparecieron en la consulta de la mañana. Y, al empezar la sesión de la tarde y ver que tampoco venían deduje que habrían tenido el buen sentido de volverse al sur y dirigirse a una firma más sofisticada. Pero a las cinco y media los tenía ante mí.

Lo supe incluso antes de correr las cortinas. Aquel maldito olor había invadido ya todo el lugar y, al cruzar las cortinas, me dio como un bofetón en el rostro; el olor repugnante de la putrefacción.

Gangrena. Ése era el temor que me persiguiera toda la semana, y que ahora veía cumplido.

Había una media docena de personas en la sala de espera, y se mantenían lo más lejos posible del joven matrimonio, en cuyo rostro había una sonrisa tensa. *Kim* trató de levantarse al verme, pero yo sólo sabía mirar aquel miembro inútil cuya funda de yeso, antes tan dura, colgaba en pliegues sucios.

Naturalmente, tenían que ser los últimos además, así que hube de examinar a los otros animales primero. Atendí a todos, y prescribí los distintos tratamientos, dominado por la tristeza y la vergüenza. ¿Qué había hecho yo con aquel hermoso perro? Tenía que haber estado loco para intentar semejante experimento. Una pata gangrenada significaba que tal vez me fuera imposible salvarle la vida, ni siquiera con la amputación. La muerte por septicemia sería lo más probable. ¿Qué demonios podía hacer ahora por él en esta clínica tan destartada?

Cuando al fin les llegó el turno entraron los Gillard, *Kim* cojeando entre ellos. La comprensión de la hermosura del animal fue para mí otra punzada de dolor. Me incliné sobre aquella cabeza dorada y, por un momento, los ojos amistosos se clavaron en los míos mientras el perro agitaba la cola.

—Bien —dije a Peter Gillard sujetando a *Kim* por debajo del pecho—, cójale usted por detrás y le subiremos.

Cuando colocamos al pesado animal sobre la mesa, aquella estructura tan débil se desintegró de inmediato, pero esta vez los jóvenes estaban ya preparados y metieron las piernas bajo las riostras como un equipo bien entrenado hasta que la superficie quedó nivelada de nuevo.

Una vez que *Kim* estuvo tendido de lado, tanteé el vendaje. Por lo general se necesitaba tiempo, paciencia y una sierra especial para quitar el yeso, pero esto era sólo una pulpa maloliente. Temblándome la mano corté la venda de arriba abajo con unas simples tijeras y la retiré.

Me había armado de valor para la visión de un miembro muerto, con la carne verdosa, pero, aunque había pus y fluido seroso por todas partes, la carne que quedó al descubierto tenía un tono rosado, sorprendentemente sano. Tomé cuidadosamente el pie del animal y el corazón me pegó un gran salto. Estaba caliente, y la pata también, hasta la corva. No había gangrena.

Sintiéndome débil de pronto me apoyé contra la mesa.

—¡Cuánto lamento este olor tan terrible! Todo el pus y el derrame se han estado descomponiendo dentro de la venda durante la semana, pero, a pesar de su aspecto, no es tan malo como yo temía.

—¿Cree usted... cree usted que podrá salvarle la pata? —la voz de Marjorie Gillard temblaba.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Todavía queda mucho por hacer. Sin embargo yo diría que, por ahora, todo va bien.

Limpié el área a fondo con alcohol, le puse más polvos de yodoformo y apliqué de nuevo hilas y dos vendas de yeso.

—Te sentirás mucho más cómodo ahora, *Kim* —dije, y el gran perro golpeó la mesa con la cola en respuesta a su nombre. Me volví a sus propietarios—. Me gustaría que llevara el yeso una semana más; por eso, ¿qué han decidido hacer?

—¡Oh!, nos quedaremos cerca de Hensfield —contestó Peter Gillard—. Hemos encontrado un lugar para el remolque junto al río... no está demasiado mal.

—Muy bien, hasta el sábado próximo entonces. —Miré a *Kim* que salía cojeando, con su funda de yeso rígida ahora, y al entrar de nuevo en la casa me inundó el alivio como una cálida oleada.

Sin embargo, y en el fondo de mi mente, la voz de la prudencia seguía avisándome. Aún nos quedaba mucho por recorrer...



23

La segunda semana transcurrió sin incidentes. Recibí una postal ligeramente indecente de Stewie, y una vista de la torre de Blackpool de su esposa. Allí hacía muchísimo calor y estaban pasando las mejores vacaciones de su vida. Traté de imaginármelos en sus diversiones, pero tuve que esperar algunas semanas para comprobarlo... Una foto tomada por un fotógrafo de la playa. Toda la familia estaba en el mar, sonriendo encantados a la cámara, mientras las olas les lamían los tobillos. Los niños blandían cubos y palas, el bebé estiraba las piernas hacia el agua, pero la visión de Stewie me dejó fascinado: una sonrisa de felicidad beatífica en el rostro bajo un pañuelo atado con cuatro nudos, los tirantes sujetándole unos pantalones de franela llenos de bolsas y enrollados decorosamente sobre las pantorrillas. Era el arquetipo del padre británico en vacaciones.

El último acontecimiento de mi estancia en Hensfield fue la visita al canódromo de la localidad. Stewie tenía una cita allí cada dos viernes para inspeccionar a los galgos.

El estadio de Hensfield no resultaba imponente desde el exterior. Lo habían construido en un hueco natural entre las colinas llenas de hollín, y estaba rodeado de vallas ruinosas.

Era una tarde muy fría y, al detener el coche ante la entrada, escuché el estruendo metálico de los altavoces. George Formby cantaba "Cuando limpio las ventanas" acompañado de su famoso ukelele.

Hay toda clase de canódromos. Yo sólo contaba con mi experiencia de estudiante, cuando acompañaba a los veterinarios que oficiaban bajo los auspicios del Club Nacional de Carreras de Galgos, pero éste era un canódromo sin licencia,

“extraoficial”, y muy diferente. Sé que hay muchos canódromos extraoficiales de gran reputación, pero éste tenía un aspecto zarrapastroso. Me dije con amargura que por fuerza había de ser así el lugar que estuviera a los cuidados de Stewie.

Primero tuve que ir a la oficina del administrador. El señor Coker era un hombre de ojos duros, con un traje de rayitas rosas lleno de brillos, y me saludó brevemente antes de lanzarme una mirada calculadora.

—Sus obligaciones aquí son puramente una formalidad —dijo, crispando los rasgos en una sonrisa—. No habrá el menor problema.

Tuve la impresión de que me estaba midiendo con satisfacción serena, examinándome de arriba abajo, comprobando la vejez de mi chaqueta y pantalones y saboreando mi juventud e inexperiencia tan patentes. Conservó la sonrisa mientras apagaba el puro.

—Bien, espero que pase una tarde agradable.

—Gracias —contesté, y salí de su despacho.

Encontré al juez, al cronometrador y demás oficiales, y luego me fui a un bar de fachada de cristal desde donde se veía la pista. De repente me encontré en un ambiente muy extraño. El lugar estaba llenándose a toda prisa, y los rostros que me rodeaban eran de un molde muy diferente del de los rostros rurales de Darrowby. Aquí parecía haber una gran proporción de gordos con abrigo de piel de camello y rubias rutilantes colgadas de su brazo. Personajes de aire astuto estudiaban las tarjetas de las carreras mirando con gran atención los números que se encendían y apagaban en el tablero del totalizador.

Miré el reloj. Ya era hora de ir a inspeccionar a los perros de la primera carrera. “¡Cuando limpio las ventanas!” aullaba George Formby mientras yo me dirigía por el borde de la pista al recuadro donde estaban los animales, un simple espacio empedrado y rodeado por una valla de alambre. Cinco perros eran paseados en torno del perímetro y yo me coloqué en el centro y los observé por un par de minutos. Luego les hice detener y fui de uno a otro mirándoles los ojos, examinándoles la boca por si había insalivación, y finalmente, palpándoles el abdomen.

Todos parecían en forma y normales a excepción del número de cuatro, bastante lleno en la región del estómago. Los galgos sólo deben tomar una comida ligera por la mañana el día de una carrera, y nada más después; me volví al hombre que sujetaba al animal.

—¿Le han dado de comer a este perro en las últimas dos horas? —pregunté.

—No —contestó—. No ha tomado nada desde el desayuno.

Mientras le pasaba de nuevo los dedos por el abdomen tuve la impresión de que varios mirones me observaban con una intensidad extraordinaria. Pero lo rechacé como pura imaginación y pasé al siguiente.

El número cuatro era el segundo favorito pero, desde el momento en que salió de su taquilla, la carrera fue muy floja. Terminó el último y, en la oscuridad de la noche, y procedente del lado más lejano de la pista, estalló una tormenta de gritos. Logré

distinguir algunas observaciones que cruzaban el aire nocturno. “¡Abra sus malditos ojos, veterinario!” fue una de ellas. Y en el bar alargado y brillantemente iluminado, advertí que varias personas se daban con el codo mirándome.

Me sentí hervir de rabia. Tal vez algunos de estos caballeros creyeran poder aprovecharse y aumentar sus ganancias con la ausencia de Stewie. Probablemente yo les había parecido muy tonto e inocente.

Mi siguiente visita al recuadro fue acogida con gestos y sonrisas amistosas por todas partes. En realidad había un gran ambiente de jovialidad. Al empezar a examinar a los perros todo fue bien hasta que llegué al número cinco, y esta vez no podía equivocarme. Bajo mis dedos tentativos el estómago estaba tenso e hinchado, y el animal soltó un suave gruñido cuando le apreté.

—Tendrá que retirar a este galgo de la carrera —dije—. Tiene el estómago lleno.

El propietario estaba de pie junto al muchacho que sujetaba al animal.

—¡No puede ser! —estalló—. ¡No ha comido nada!

Me enderecé y le miré al rostro, pero sus ojos no mostraban el menor deseo de cruzarse con los míos. Yo conocía bien algunos trucos; un buen kilo de carne antes de la carrera, un bol lleno de migas de pan y un litro de leche... las migas se hinchaban al cabo de poco tiempo.

—¿Quiere que le haga vomitar? —Inicié la marcha—. Llevo un poco de sosa en el coche... pronto lo descubriremos.

El hombre levantó la mano.

—No, no, no quiero que le dé ninguna porquería a mi perro. —Me lanzó una mirada malévola y se alejó.

Apenas había regresado al bar cuando oí el aviso por los altavoces: “Por favor, que se presente el veterinario en la oficina del administrador”.

El señor Coker alzó la vista de su mesa y me miró furioso entre las nubes de humo del puro.

—¡Usted ha sacado a un galgo de la carrera!

—Es cierto. Lo lamento, pero tenía el estómago lleno.

—¡Maldita sea, hombre...! —Gritó, apuntándome con el índice; luego se calmó y se obligó a sonreír, una sonrisa muy forzada—. Vamos, señor Herriot, hay que ser razonables en estos asuntos. No me cabe la menor duda de que conoce su trabajo pero ¿no cree en la ligera posibilidad de que se haya equivocado? —Agitaba el puro en un gesto afable—. Después de todo, cualquiera puede equivocarse, así que confío en que tenga la amabilidad de recapacitar un poco en este caso. —Su sonrisa era mucho más amplia ahora.

—No. Lo lamento, señor Coker, pero eso es imposible.

Hubo una larga pausa.

—¿Es su última palabra entonces?

—Exacto.

La sonrisa se desvaneció y el señor Coker me lanzó una mirada amenazadora.

—Mire —dijo—, usted ha estropeado esa carrera, y el asunto es muy grave. No quiero que se repita, ¿me entiende? —Apagó el puro salvajemente y apretó las mandíbulas—. Por tanto espero que no tengamos más problemas del mismo estilo.

—También yo lo espero, señor Coker —dije al salir.

El camino hasta el recuadro de los galgos me pareció muy largo en la visita siguiente. Ya era completamente de noche ahora, y de la oscuridad me llegaba el escándalo de la muchedumbre, los gritos de los apostadores y George aullando a pleno pulmón con su ukelele: “¡Oh, que no sople el viento frío!”.

Esta vez fue el perro número dos. Sentí la tensión al examinarle, y descubrí el mismo estómago turgente.

—Éste va fuera —dije. Y, aparte algunas miradas asesinas, no hubo discusión.

Dicen que las malas noticias corren como el viento. Apenas había iniciado mi regreso al bar cuando la canción de George quedó bruscamente interrumpida y el altavoz me pidió que me presentara en la oficina del administrador.

El señor Coker ya no estaba ante su mesa. Recorría la habitación arriba y abajo con gran agitación y, cuando me vio entrar aún la recorrió una vez más antes de detenerse en seco. Su expresión era venenosa, y estaba claro que había tomado ya la decisión de tratar aquel asunto por las malas.

—¿A qué diablos coronados se cree que está jugando? —gritó—. ¿Es que trata de arruinarme el negocio?

—No —contesté—. Acabo de sacar a otro perro que no estaba en disposiciones de correr. Ése es mi trabajo. Para eso estoy aquí.

Su rostro se puso púrpura.

—No creo que sepa para qué está aquí. ¡El señor Brannon se larga de vacaciones y nos deja a merced de un engreído como usted que, con su aire de superioridad, nos estropea la diversión a todos! ¡Espere que le vea!

—El señor Brannon habría hecho exactamente lo mismo que yo. Como cualquier otro cirujano veterinario.

—¡Eso cree usted! No me venga con ésas... ¡Usted aún está en pañales! —Avanzó lentamente hacia mí—. Pero le aviso: ¡ya he tenido bastante! Así que entiéndalo de una vez por todas. ¡No quiero más estupideces! ¡Se acabó!

El corazón me latía salvajemente cuando me dirigí a examinar a los animales para la próxima carrera. Mientras iba pasando de uno a otro, los propietarios y los chicos que los sujetaban me miraban hipnotizados, como si yo fuera algún monstruo de feria. Mi pulso empezó a normalizarse al descubrir que no había ningún estómago lleno esta vez, y miré aliviado a la fila de nuevo. Estaba a punto de alejarme cuando observé que el número uno parecía un poco raro. Volví y me incliné sobre él, tratando de averiguar qué me había llamado la atención en aquel perro. Y de pronto comprendí lo que era: parecía adormilado. La cabeza le colgaba ligeramente y tenía un aire de apatía.

Le alcé la barbilla y le miré a los ojos. Las pupilas estaban dilatadas y, de vez en cuando había una contracción nistágmica. No cabía la menor duda; le habían dado alguna especie de sedante, estaba drogado.

Los hombres que me rodeaban estaban muy quietos cuando me enderecé durante unos minutos miré a través de la verja de alambre a la pista verde y ovalada brillantemente iluminada, sintiendo el aire frío de la noche en las mejillas. George seguía dando la lata por los altavoces.

“¡Oh, Mr Wu! —cantaba ahora emocionado—. ¿Qué puedo hacer?”.

Bien, por lo menos yo sí sabía lo que tenía que hacer. Di un golpecito en el lomo del perro.

—Éste va fuera —dije.

No esperé el aviso y ya estaba a medio camino hacia la oficina del administrador cuando escuché por los altavoces que se requería allí mi presencia.

Abrí la puerta casi esperando que el señor Coker se lanzara a atacarme y me sorprendió mucho encontrarle sentado a la mesa y con la cabeza entre las manos. Aguardé inmóvil sobre la alfombra algún tiempo antes de que él me mirara con un rostro casi descompuesto.

—¿Es cierto? —Susurró desesperado—. ¿Lo ha hecho otra vez?

Asentí.

—Eso me temo.

Sus labios temblaron pero no dijo nada y, tras una intensa mirada de incredulidad, hundió de nuevo la cabeza entre las manos.

Esperé unos minutos pero, como continuara completamente inmóvil, comprendí que la audiencia había terminado y me limité a marcharme.

No hallé el menor defecto en los perros de la carrera siguiente y, al dejar el espacio empedrado, una paz desacostumbrada me rodeaba. Me extrañó muchísimo oír de nuevo la llamada por el altavoz.

“Por favor, que se presente...”, pero esta vez era en el recuadro de los animales, y me pregunté si alguno se habría herido. De todas maneras me resultaría un alivio trabajar realmente como veterinario para variar.

Sin embargo cuando llegué allí no había animales a la vista, sólo dos hombres que llevaban en brazos a otro muy grueso.

—¿Qué ocurre? —pregunté a uno de ellos.

—Ambrose se ha caído por los escalones de la tribuna y se ha hecho daño en la rodilla.

Le miré.

—Pero yo soy veterinario, no médico.

—No hay médicos en el canódromo —murmuró aquel hombre— y supusimos que usted podría arreglarlo.

¡Ah, bien, una noche divertida!

—Póngale sobre ese banco —dije.

Le subí el pantalón para examinarle la rodilla, llena de granos y asquerosamente gorda. Ambrose emitió un gemido profundo cuando le toqué una pequeña rozadura en la rótula.

—No es mucho —dije—. Sólo una ligera despellejada.

Ambrose me miró tembloroso.

—Pero podría empeorar horriblemente, ¿no es cierto? No quiero morir por un envenenamiento de sangre.

—De acuerdo, le pondré algo. —Registré el maletín de Stewie. Las provisiones eran limitadas, pero encontré un poco de tintura de yodo, mojé en ella un algodón y se lo pasé por la herida.

Ambrose lanzó un aullido.

—¡Maldita sea, que me duele! ¿Qué me está haciendo? —Alzó el pie y me dio bruscamente en el codo.

Por lo visto hasta mis pacientes humanos habían de cocearme. Sonreí para tranquilizarle.

—No se preocupe, no le dolerá mucho tiempo. Ahora le pondré una venda. —Le vendé la herida, le bajé el pantalón y le di un golpecito en el hombro—. Ea, ya está... como nuevo.

Bajó del banco y asintió; luego, haciendo muecas de dolor, se dispuso a marcharse. Pero pensándolo mejor sacó un puñado de calderilla del bolsillo, y lo registró cuidadosamente con el índice antes de elegir una moneda que me metió en la mano.

—Ahí tiene —dijo.

Miré la moneda. Seis peniques, los honorarios por mi único trabajo como doctor de mi propia especie. La miré estúpidamente durante demasiado tiempo y, cuando al fin alcé la vista casi con el propósito de tirarle sus honorarios a la cabeza, el hombre se alejaba cojeando ligeramente entre la multitud y pronto se perdió de vista.

De vuelta en el bar, me hallaba mirando apáticamente a través del cristal el desfile de los galgos por la pista cuando sentí que una mano se posaba en mi brazo. Me volví y reconocí al hombre que viera a primeras horas de la tarde. Venía con un grupo, tres hombres y tres mujeres, los hombres morenos, de aspecto extranjero y con los trajes muy ceñidos; las mujeres vulgares y maquilladas en exceso. Había algo siniestro en ellos, y recuerdo haber pensado que podrían pasar sin dificultad por miembros de la mafia.

El hombre acercó su rostro al mío y por un instante pude ver sus ojos, negros y penetrantes, y la sonrisa de animal de presa.

—¿Está en forma el número tres? —susurró.

No entendía la pregunta. Parecía saber que yo era el veterinario, ¿no?, pues entonces si yo había aprobado al perro, era que lo consideraba en forma.

—Sí —contesté—, desde luego.

El hombre asintió con entusiasmo y me lanzó una mirada de complicidad bajo las cejas muy fruncidas. Se volvió y sostuvo una conversación breve y secreta con sus amigos; luego todos ellos se volvieron a mirarme con aprobación.

Quedé muy desconcertado y se me ocurrió que a lo mejor creían que les estaba dando una pista valiosísima. Ni siquiera hoy en día estoy realmente seguro, pero así debió ser porque, cuando el número tres acabó la carrera más atrás si cabe que el último, su actitud cambió de modo espectacular y me lanzaron algunas miradas asesinas, con lo que todavía creí verles más aire de mafiosos que antes.

De todos modos ya no tuve problemas durante el resto de la noche. No hube de eliminar otros perros, y menos mal, porque ya me había ganado bastantes enemigos por un día.

Después de la última carrera pasé la mirada por el bar. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por gentes que se tomaban la última copa, pero observé una vacía y me dejé caer agotado en la silla. Stewie me había pedido que me quedara media hora más tras el final para asegurarme de que todos los galgos se iban en buen estado, y yo cumpliría mi parte aunque lo que más deseaba en el mundo era alejarme de allí para no volver en la vida.

George seguía lanzando todo el chorro de su voz por los altavoces: “¡Siempre me acuesto a las nueve y media!”, y yo le envidié de todo corazón. ¡Cuánta razón tenía!

Junto a la barra se hallaban reunidos casi todos aquellos con los que me había peleado: el señor Coker, los demás oficiales y los propietarios de perros. Intercambiaban murmullos y codazos, y no era preciso que me dijeran el tema de conversación. También los de la mafia por su parte me lanzaban miradas asesinas, con lo que casi sentía físicamente las oleadas de antagonismo que caían sobre mí.

Estos pensamientos tristes fueron interrumpidos por la llegada de un apostador y su empleado. Aquél se dejó caer en una silla enfrente de mí y volcó una enorme bolsa de piel sobre la mesa. Jamás había visto yo tanto dinero en la vida. Apenas le veía ahora por encima de una montaña de billetes de libra, de cinco y diez chelines, con ríos de monedas sueltas cayendo por sus laderas.

Entre los dos fueron disponiéndolo todo en montoncitos y haciendo las cuentas metódicamente, mientras yo les miraba hipnotizado. Habían reducido ya la montaña a la mitad cuando el apostador se dio cuenta de cómo les miraba. Quizá pensó que era pura envidia, o que yo estaba hundido en la pobreza, o melancólico... no lo sé, pero puso el dedo tras una moneda de media corona y la lanzó con gran destreza sobre la superficie suave de la mesa en mi dirección, diciendo:

—Tómame una copa, hijo.

Era la segunda vez que me daban dinero en esta última hora, y casi me quedé tan desconcertado como la primera vez. El apostador me miró inexpresivamente por un momento; luego sonrió. Tenía un rostro tan atractivamente feo, y revelaba tan buen carácter, que me gustó instintivamente, y de pronto me sentí agradecido, no por el

dinero, sino al contemplar un rostro amistoso. Era el único que había visto en toda la noche.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias —dije. Recogí la media corona y me dirigí a la barra.

Me desperté a la mañana siguiente recordando que era mi último día en Hensfield. Stewie había de llegar a la hora de almorzar.

Cuando separé las cortinas, ya tan familiares, para la consulta de la mañana todavía sentía cierta depresión, resaca sin duda de mi noche tan desafortunada en el canódromo.

Pero cuando miré en la sala de espera el ánimo se me elevó inmediatamente. Sólo había un animal entre aquella extraña colección de sillas, pero el animal era *Kim*, grande, dorado y hermoso, sentado entre sus propietarios, y en cuanto me vio se puso de pie de un salto agitando locamente la cola y la boca abierta en una sonrisa.

Ya no quedaban huellas de aquel olor que tanto me horrorizara. En cambio, al mirarle pude oler algo muy distinto... el aroma dulce, dulcísimo del éxito. Porque el animal apoyaba la pata en el suelo, aún no dejaba caer todo el peso sobre ella, pero la utilizaba con decisión mientras daba saltos a mi alrededor.

En un instante me sentí de regreso en mi propio mundo, y el señor Coker y los sucesos de la noche anterior fueron como esa niebla de un mal sueño que acaba de disolverse.

No pude esperar ni un segundo.

—¡Póngale en la mesa! —grité, y solté una carcajada cuando los Gillard colocaron automáticamente las piernas contra las riostras plegables. ¡Ahora ya sabían el truco!

Tuve que dominarme para no bailar de alegría cuando quité el yeso. Había un poco de pus pero, después de limpiarlo, sólo hallé una sana encarnadura por todas partes. La carne nueva y rosada cubría la articulación rota, suavizando y ocultando la mutilación original.

—¿Ya está bien del todo ahora? —preguntó suavemente Marjorie Gillard.

La miré y sonreí.

—Sí, seguro. No hay la menor duda. —Rasqué bajo la barbilla del enorme perro y la cola golpeó extáticamente la madera—. Probablemente tendrá una pata algo rígida, pero eso no importará, ¿verdad? —Le apliqué el último vendaje de Stewie y luego bajamos a *Kim* de la mesa—. Bien, esto es todo —dije—. Llévenlo a su propio veterinario dentro de un par de semanas. A partir de ese momento creo que ya no necesitará más vendas.

Los Gillard continuaron su viaje de regreso al sur y, un par de horas más tarde, llegaron Stewie y su familia. Los niños estaban muy morenos; incluso el bebé, que seguía llorando tercamente, traía un buen bronceado. A Meg se le había pelado la

nariz, pero parecía maravillosamente relajada. Stewie, con camisa de cuello abierto y el rostro como una langosta cocida, había engordado en mi opinión.

—Estas vacaciones nos salvaron la vida, Jim —dijo—. No sé cómo darte las gracias. Por favor, dile a Siegfried lo muy agradecidos que estamos. —Miraba cariñosamente a su turbulenta familia que inundaba la casa; luego, como si se acordara de pronto, se volvió hacia mí.

—¿Ha ido todo bien en la práctica?

—Sí, Stewie, sí. Tuve mis altibajos, naturalmente.

Se echó a reír.

—¿No los tenemos todos?

—Desde luego que sí, pero todo va bien ahora.

Y por supuesto que todo estaba bien cuando me alejé de aquel lugar lleno de humo. Vi cómo iban espaciándose las casas y alejándose a mis espaldas, hasta que el mundo entero quedó claro y libre y divisé la gran cadena de montañas que se alzaba sobre Darrowby.

Supongo que todos tendemos a recordar las cosas buenas pero, según resultó, yo no tuve otra alternativa. En la Navidad siguiente recibí una carta de los Gillard con un montón de fotografías en las que se veía a su gran perro dorado saltando por encima de una verja, intentando coger una pelota de un salto, corriendo orgulloso con un palo en la boca. Apenas había rigidez en la pata, decían; estaba perfectamente sano.

Así que incluso ahora, cuando pienso en Hensfield, lo que recuerdo con más gusto es *Kim*.



24

Había mucho griterío en la RAF. Los suboficiales siempre parecían estar gritándonos, a mí o a cualquiera, y la mayoría tenía una voz extraordinariamente potente. Pero ninguno de ellos hubiera podido vencer, por puro volumen de voz, a Len Hampson.

Iba en camino a la granja de Len y, en un impulso, aparqué el coche y me apoyé un instante en el volante. Era un día muy cálido, de finales de verano y éste era uno de los rincones más recogidos de Los Valles, resguardado por las montañas de los vientos salvajes que todo lo barrían menos los brezos y la hierba resistente de los páramos.

Los grandes árboles, robles, olmos y sicomoros, con su espeso follaje, se alzaban aquí majestuosamente en los huecos llenos de verdor, las ramas completamente inmóviles bajo el aire sereno.

En toda la extensión cubierta de hierba a mi alrededor no veía movimiento alguno ni se oía nada más que el zumbido vacilante de una abeja y el balido lejano de un cordero.

Por la ventanilla abierta me entraban todos los aromas del verano: la hierba cálida, el trébol, la dulzura de las flores ocultas. Pero en el interior del coche habían de luchar con el olor a vaca que todo lo invadía. Me había pasado la última hora inyectando a cincuenta bestias salvajes y por eso descansaba allí con los pantalones manchados y la camisa empapada de sudor, mirando soñadoramente el paisaje sereno.

Abrí la portezuela y *Sam* saltó al exterior y entró corriendo en un bosquecillo cercano. Le seguí a la sombra fresca, sobre la fragancia húmeda y deliciosa de las

agujas de pino y las hojas caídas, e incluso del mismo corazón de los troncos. Y procedente de algún punto entre las ramas, allá arriba, me llegó el rumor más suave de todos: el arrullo de una paloma torcaz.

Entonces, aunque su granja estaba a dos campos de distancia, oí la voz de Len Hampson. No es que estuviera llamando al ganado para que volviera a casa, ni nada por el estilo. Simplemente conversaba con su familia, como hacía siempre, en un largo e incansable discurso a gritos.

Seguí en coche hasta la granja y él mismo me abrió la puerta de entrada al patio.

—Buenos días, señor Hampson —dije.

—¡VAYA, SEÑOR HERRIOT! —rugió—. ¡HACE UNA MAÑANA MAGNÍFICA!

Aquella explosión de sonidos me hizo retroceder un paso, pero sus tres hijos sonrieron alegremente. Sin duda ya estaban acostumbrados.

Permanecía a segura distancia.

—¿Quería usted que viera un cerdo?

—SÍ, UN CERDO ESTUPENDO PARA LA MATANZA, PERO SE HA DECLARADO EN HUELGA. NO HA COMIDO NADA EN DOS DIAS.

Entramos en la zahúrda y fácil me fue reconocer a mi paciente. La mayoría de sus ocupantes, animales grandes y blancos, salieron disparados a la vista de un desconocido, pero uno de ellos se quedó muy quieto en un rincón.

Es extraño que un cerdo no ofrezca resistencia cuando se le toma la temperatura, pero éste ni se movió al deslizarle el termómetro en el recto. Sólo tenía un poco de fiebre; sin embargo aquel animal parecía ya condenado. El lomo ligeramente arqueado, poco dispuesto a moverse, los ojos huidizos y ansiosos.

Miré el rostro enrojecido de Len Hampson, su enorme mole inclinada sobre la pared de la zahúrda.

—¿Se presentó esto de pronto, o poco a poco? —pregunté.

—¡MUY DE REPENTE, SÍ SEÑOR! —En aquel espacio tan reducido el aullido a pleno pulmón era ensordecedor—. ESTABA TAN PIMPANTE COMO UNA ROSA EL LUNES POR LA NOCHE, Y APARECIO ASÍ EL MARTES POR LA MAÑANA.

Me abrí camino hasta el abdomen del cerdo. Los músculos estaban tensos y duros, y el contenido abdominal era difícil de palpar por esa razón, pero toda el área estaba sensible al tacto.

—Ya he visto esto antes —dije—. El cerdo tiene una tripa rota. A veces se las rompen luchando entre ellos o dándose empujones, especialmente si están muy llenos tras una comida.

—Y, ¿QUÉ VA A PASAR ENTONCES?

—Bien, toda la comida se le ha salido por el abdomen, originando una peritonitis. He abierto cerdos como éste... una masa de adherencias, todos los órganos abdominales mezclados. Me temo que haya muy pocas oportunidades de recuperación.

Se quitó la gorra, se rascó la calva y volvió a ponerse aquel viejo cubrecabezas.

—¡PUES ES UNA CONDENACIÓN! ¡UN CERDO TAN BUENO! ¿NO HAY ESPERANZA? —
Seguía gritando con toda su alma a pesar de la desilusión.

—Me temo que sea un caso perdido. Generalmente comen muy poco, y así van consumiéndose. Creo que lo mejor sería sacrificarle.

—¡NO, ESO NO ME GUSTA NADA! ¡SIEMPRE PREFIERO INTENTAR LO QUE SEA! ¿NO HAY NADA QUE PODAMOS HACER? DONDE HAY VIDA HAY ESPERANZA, YA SABE.

Sonreí.

—Supongo que siempre hay algo de esperanza, señor Hampson.

—BIEN, ENTONCES ADELANTE. ¡PROBEMOS!

—De acuerdo. —Me encogí de hombros—. En realidad no sufre dolores agudos, aunque sí una gran incomodidad, por lo que supongo no le hará daño que le tratemos. Le dejaré unos polvos.

Cuando salía de la zahúrda, no pude por menos de observar el magnífico estado de los demás cerdos.

—A fe mía —dije— que estos cerdos están soberbios. Jamás los había visto mejores. Sin duda les da de comer bien.

Fue un error. El entusiasmo añadió muchos decibelios al volumen.

—¡sí! —aulló—. ¡HAY QUE DARLES COSAS RICAS PARA QUE DEN TAN BUENOS RESULTADOS!

Aún me daba vueltas la cabeza cuando llegué al coche y abrí el maletero. Le entregué un paquete de polvos de sulfonamida, mi remedio favorito. Habían hecho grandes cosas en mi favor, pero en este caso no tenía demasiadas esperanzas.

Es curioso que fuera directamente del más escandaloso de todos mis clientes al más discreto. Elias Wentworth hacía todos sus comunicados *sotto voce*.

Encontré al señor Wentworth lavando con una manguera el establo de las vacas, y se volvió a mirarme con su habitual expresión grave. Era un hombre alto y delgado, muy preciso de palabras y modales y, aunque era un granjero entregado a los trabajos más duros, no lo parecía. Esta impresión la recalaba por sus ropas, más adecuadas para un trabajo de oficina que para un ambiente tan rustico.

Se cubría la cabeza con un hongo casi nuevo cuando se me acercó y pude examinarlo a fondo, porque se me acercó tanto que casi se tocaban nuestras narices.

Eché una rápida ojeada en torno.

—Señor Herriot —susurró—, tengo un caso realmente grave. —Habla siempre como si cada palabra fuera trascendental y de absoluto secreto.

—¡Oh! Lamento oírlo. ¿Qué ocurre?

—Mi mejor toro, señor Herriot. Se va a toda prisa. —Se acercó aún más hasta murmurarme discretamente al oído—: Sospecho tuberculosis —y se echó atrás con el rostro muy tenso.

—Eso no suena demasiado bien —dije—. ¿Dónde está?

El granjero me hizo una seña y le seguí hasta una casilla individual. El toro era un cruce de Hereford y debía haber pesado unos diez quintales, pero estaba seco y enflaquecido. Bien comprendía los temores del señor Wentworth, pero ya estaba empezando a desarrollar cierto olfato clínico y aquello no parecía tuberculosis.

—¿Tose? —pregunté.

—No, no tose nunca, pero camina un poco vacilante.

Examiné cuidadosamente al animal y encontré algunas cosas —el edema submaxilar, el aspecto hinchado del vientre, la palidez de las membranas mucosas— que hicieron sencillo el diagnóstico.

—Creo que tiene lombrices en el hígado, señor Wentworth. Tomaré una muestra del estiércol y haré que lo examinen para comprobar si hay huevos de lombrices, pero quiero iniciar el tratamiento enseguida.

—¿Lombrices en el hígado? Y ¿dónde habrá cogido eso?

—Generalmente ocurre en un pasto húmedo. ¿Por dónde ha corrido últimamente?

El granjero señaló la puerta.

—Por allá. Se lo enseñaré.

Recorrí con él unos cien metros y, atravesando las puertas de un par de muros de piedra, llegamos a un campo amplio y llano, en la base de la colina. El aspecto aplastado de la hierba, más los sitios en que aquello era un puro lodazal, me revelaron la historia.

—Es el lugar más adecuado —le dije—. Como usted sabe hay un parásito que infecta al hígado pero, durante su ciclo vital, ha de pasar por serpiente, y las serpientes sólo pueden vivir donde haya agua.

Asintió lenta y solemnemente varias veces, luego empezó a mirar en torno y comprendí que iba a decirme algo. Se me acercó mucho, pero aún registró el horizonte ansiosamente. En cualquier dirección en que se mirara aquel pasto se extendía vacío y desnudo en muchos kilómetros, pero él parecía preocupado por si alguien nos oía.

—Ya sé a quién he de culpar por esto.

—¿De verdad? ¿A quién?

Otra rápida inspección para asegurarse de que nadie había surgido de debajo de la tierra; luego sentí de nuevo su cálido aliento.

—Al terrateniente.

—¿Qué quiere decir?

—Que no hace nada por mí. —Aún acercó más el rostro y me miró a los ojos antes de recuperar su posición junto al oído—. Lleva años diciendo que va a desecar este campo, pero no lo hace.

Me retiré.

—¡Ah!, bien, eso no puedo evitarlo, señor Wentworth. En cualquier caso, hay otra cosa que usted sí puede hacer. Matar las serpientes con sulfato de cobre, ya le hablaré de eso más tarde. Pero, mientras tanto, voy a tratar a su toro.

Llevaba algo de hexacloretano en el coche, lo mezclé en una botella de agua y se lo administré al animal. A pesar de su mole no ofreció la menor resistencia mientras le sostenía la mandíbula inferior y le lanzaba la medicina por la garganta.

—Está muy débil, ¿no le parece? —pregunté.

El granjero me miró sombrío.

—Ya lo creo. Seguro que se muere.

—¡Oh, no pierda la esperanza, señor Wentworth! Sé que el aspecto es terrible pero, si son lombrices, el tratamiento le hará mucho bien. No deje de decirme cómo sigue.

Había pasado un mes poco más o menos, era un día de mercado, y yo cruzaba entre los puestos que abarrotaban la plaza. Ante la entrada de Las Armas de Drovers se veía a los granjeros habituales formando grupos y charlando entre ellos, o hablando del negocio con los tratantes de ganado y los comerciantes de granos mientras los gritos de los vendedores resonaban sobre sus cabezas.

Me fascinaba en especial el hombre al frente del puesto de golosinas. Sostenía una bolsa de papel en la mano e iba metiendo en ella a puñados una colección de caramelos a la vez que canturreaba sin parar esta salmodia:

—¡Deliciosas gotas de menta! ¡Caramelos de licor! Y ¿por qué no?, ¡también barritas de azúcar escarchado! ¡Y un par de barras de chocolate! ¡Vamos a meter unos bombones escoceses! ¡Y además unas delicias turcas! —Después levantaba en alto el cucurucho con aire de triunfo—: ¡A ver! ¡A ver! ¿Quién me da diez chelines por todo?

Sorprendente, pensé al continuar mi camino. ¿Cómo podía pasarse así el día? Iba ya a seguir adelante, cruzando Las Armas de Drovers, cuando una voz familiar me obligó a detenerme.

—¡EH, SEÑOR HERRIOT! —No había duda, era Len Hampson. Se alzaba inmenso delante de mí, el rostro enrojecido y alegre—. ¿SE ACUERDA DEL CERDO Y DE LO QUE ME RECETÓ? —Indudablemente había consumido unas cuantas cervezas, como era lo más normal en un día de mercado, y su voz resonaba más potente que nunca.

—Sí, por supuesto, señor Hampson —contesté.

—¡PUES NO SIRVIÓ DE NADA! —aulló Len.

Vi que los rostros de los granjeros se animaban. Todavía resultaba más interesante cuando las cosas iban mal.

—¿Ah, no? Bueno, lo siento.

—EN ABSOLUTO. ¡EN LA VIDA HE VISTO UN CERDO QUE SE MURIERA TAN DEPRISA!

—¡No me diga!

—SÍ. ¡COMO SI LA CARNE SE DESHICIERA...!

—¡Qué lástima! Pero, recuerde que ya le dije...

—¡SE QUEDÓ EN LOS PUROS HUESOS, YA LO CREO! —Aquel rugido resonaba sobre la plaza del mercado ahogando los gritos de los vendedores. En realidad hasta el de las confituras había interrumpido sus operaciones y escuchaba con el mismo interés que los otros.

Miré en torno inquieto.

—Bien, señor Hampston, recuerde que le avisé en aquel mismo momento...

—¡ERA COMO UN ESQUELETO QUE CAMINARA! ¡JAMÁS HABÍA VISTO SEMEJANTE PORQUERÍA!

Comprendí que Len no se quejaba, tan sólo me lo contaba; pero, fuera lo que fuera, ¡ya podía acabar de una vez!

—Bien, gracias por decírmelo. Ahora tengo que marcharme...

—NO SÉ QUÉ POLVOS LE DARÍA USTED...

Me aclaré la garganta:

—En realidad eran...

—¡... PERO NO LE HICIERON MALDITO EFECTO!

—Comprendo. Bien, como decía, tengo que apresurarme...

—TUVE QUE LLAMAR A MALLOCK PARA QUE LE MATARA LA SEMANA PASADA...

—¡Oh, Señor!

—¡Y TERMINÓ CONVERTIDO EN CARNE DE PERRO, EL POBRE ANIMAL!

—Ya veo... ya veo...

—BIEN, LE DESEO BUENOS DÍAS, SEÑOR HERRIOT. —Se volvió y se alejó, dejando un silencio estremecedor a sus espaldas.

Con la impresión tan incómoda de ser el centro de atención, yo estaba a punto de retirarme a toda prisa cuando sentí un ligero toquecito en el hombro. Me volví y vi a Elias Wentworth.

—Señor Herriot —susurró—. Aquel toro...

Le miré, atónito por la coincidencia. Los granjeros le miraron también, pero con cierto aire expectante.

—¿Sí, señor Wentworth?

—Pues tengo que decirle... —se me acercó y me susurró al oído—. Fue como un milagro. Empezó a recuperarse inmediatamente después de que usted le tratara.

Me eché atrás.

—¡Oh, maravilloso! Pero hable más alto, ¿quiere?, que apenas puedo oírle. —Y miré en torno esperanzado.

Se vino tras de mí y me apoyó la barbilla en el hombro.

—Sí, no sé qué le dio, pero fue milagroso. Casi no podía creerlo. Se le veía engordar por días.

—¡Espléndido! Pero hable un poco más alto, por favor —dije ansiosamente.

—Está ahora tan gordo como un rollo de grasa —el murmullo casi inaudible resonaba contra mi mejilla—. Y estoy seguro de que se llevará el primer premio en la subasta del mercado.

Me eché atrás de nuevo.

—Sí... sí... ¿qué fue lo que dijo?

—Estoy seguro de que el animal se moría, señor Herriot; pero usted le salvó con sus conocimientos —insistió, pero todo en tono *pianissimo*, las palabras susurradas a mi oído.

Los granjeros que no habían podido enterarse de nada, perdieron interés y empezaron a hablar entre ellos. Luego, como el hombre de las confituras empezara a llenar las bolsas y a gritar de nuevo, el señor Wentworth se me acercó y me confió secretamente en el mismo fondo de mi oído:

—¡Ésa fue la cura más brillante y maravillosa que he visto en mi vida!



25

Debe ser algo extraordinario el sentirse viejo apenas cumplidos los veinte, pero eso era lo que me estaba pasando. Había algunos hombres de mi propia edad entre mis amigos de la RAF pero sobre todo me veía rodeado de muchachos de dieciocho y diecinueve años.

Parecía que las juntas de selección opinaba que ésa era la mejor edad para el entrenamiento de pilotos, copilotos y artilleros del aire, y con frecuencia me preguntaba a mí mismo cómo habríamos conseguido introducirnos en las Fuerzas Aéreas nosotros, los hombres maduros.

Estos muchachos solían tomarme el pelo. El hecho de que no sólo estuviera casado, sino que ya fuera padre, me calificaba como anciano chocho, y lo más triste era que realmente yo me sentía viejo en su compañía. Todos se lo pasaban estupendamente bien persiguiendo a las muchachas de la localidad, emborrachándose, y asistiendo a bailes y fiestas, arrastrados por la frívola despreocupación que engendra una guerra. Solía pensar con frecuencia que, de haber ocurrido esto unos cuantos años antes, yo habría estado haciendo exactamente lo mismo. Pero ahora era inútil. La mayor parte de mi ser continuaba en Darrowby. Durante el día tenía trabajo y tensión suficientes para mantener la mente ocupada, pero por las noches, cuando me sentía libre al fin, lo único que anhelaba hacer eran las cosas sencillas que hiciera con Helen: las partidas prolongadas de bezique junto a la chimenea, en nuestro salón-dormitorio, las tensas batallas sobre el tablero en que hacíamos saltar las monedas, o la competición del tiro de anillas contra los ganchos colocados en el muro. Juegos de niños tras una jornada difícil de mi práctica, pero

incluso ahora, al recordar aquellos años, sé que jamás he sabido de una vida mejor y más grata.

Y una noche de aquéllas, cuando ya estábamos acostados, Helen sacó a relucir el tema de Granville Bennett.

—Jim —murmuró medio dormida—. El señor Bennett ha telefoneado hoy otra vez. Y su esposa llamó la semana pasada. Siguen insistiendo para que vayamos a cenar con ellos.

—Sí... sí... —No quería hablar de nada en ese momento. Ésta era siempre la mejor hora. Las llamas moribundas hacían bailar las sombras en el techo. La orquesta de Oscar Rabin tocaba *Púrpura intenso* en la radio de la mesita de noche, regalo de boda de Ewan Ross, y yo acababa de ganar una victoria inesperada en el lanzamiento de monedas de medio penique. Helen era insuperable en ese juego, pues hacía saltar las monedas con gran destreza y por todo el tablero con el pulgar, los labios muy apretados en gesto de concentración. Por supuesto, ella contaba con su experiencia de toda la vida y yo aún estaba aprendiendo; era inevitable que ganara tan pocas veces. Pero esta noche lo había conseguido y me sentía satisfechísimo.

Mi esposa me golpeó en la rodilla.

—Jim, no te comprendo. Parece que no acabas de decidirte. Y sin embargo dices que le aprecias.

—¡Oh, ya lo creo, sí, es un hombre estupendo, uno de los mejores! —A todo el mundo le gustaba Granville, pero había también a la vez hombres muy fuertes que se largaban con disimulo por cualquier callejón en cuanto lo veían. No me gustaba la idea de contarle a Helen que, cada vez que había entrado en contacto con aquel hombre me había quemado las alas. Comprendía perfectamente que sus intenciones eran buenas, que todo era el resultado natural de su extraordinaria generosidad. Pero eso no me servía de nada.

—Y dijiste que su esposa era muy agradable también.

—¿Zoe? ¡Oh, sí, es encantadora! —Y lo era, desde luego, pero, gracias a su marido, siempre me había visto borracho como una cuba. Se me encogió el estómago bajo las mantas. Zoe era hermosa, amable e inteligente, precisamente la clase de mujer que uno no desearía que le viera tambaleándose de un lado a otro y vencido por el hipo. Incluso en la oscuridad tenía consciencia del rubor que cubría mis mejillas.

—Bien, entonces —continuó Helen con la persistencia típica de cualquier mujer, aun de la más dulce—, ¿por qué no aceptamos su invitación? A mí me gustaría mucho conocerles... y ya me da un poco de apuro que sigan telefoneando.

Me volví de lado.

—De acuerdo, iremos uno de estos días, te lo prometo.

Pero de no haber sido por el pequeño papiloma en el labio de *Sam*, no creo que hubiéramos ido jamás. Se lo vi, un tumorcito apenas mayor que un guisante junto a la comisura izquierda, cuando le daba a escondidas una galleta de chocolate a nuestro sabueso. Era el típico tumor benigno y, de haber sido el perro de otro, yo le hubiera

administrado un poco de anestesia local y se lo habría quitado en un minuto. Pero, como se trataba de *Sam*, palidecí y telefoneé a Granville.

Siempre he sido tan sentimental como una solterona con mis animalitos, y sospecho que a la mayoría de mis colegas les ocurre lo mismo. Escuché con temor el timbre del teléfono al otro extremo y luego su vozarrón llegó hasta mí.

—Bennett al habla.

—Hola, Granville, soy...

—¡Jim! —El grito de júbilo resultaba adulator—. Pero ¿dónde te has escondido, muchacho?

No sabía cuán cerca estaba de la verdad. Le hablé de *Sam*.

—No lo creo demasiado importante, hijo, pero le echaré una mirada con todo gusto. Oye, hemos estado tratando de que vinierais aquí a cenar... ¿Por qué no os venís y traéis al perrito?

—Bueno... —Toda una noche en manos de Granville... ¡qué perspectiva!

—Ea, no me vengas con pegas, Jim. ¿Sabes?, hay un restaurante indio maravilloso en Newcastle. A Zoe y a mí nos encantaría llevaros a cenar allí. Ya es hora de que conozcamos a tu esposa ¿no?

—Sí... claro que sí... Con que un restaurante indio, ¿eh?

—Sí, muchacho. Un curry delicioso, suave, fuerte, o incluso para volarte la cabeza. Y *bhajis* en cebolla, cordero a la *bhuna*, y un pan *nan* estupendo.

Mi mente funcionaba a toda prisa.

—Suenan muy apetitoso, Granville. —Aquello parecía bastante seguro, Granville era muy peligroso cuando estaba en su propio territorio, y la ida y vuelta a Newcastle nos costaría unos cuarenta y cinco minutos. Luego, una hora y media aproximadamente en el restaurante. Es decir, que no correría demasiados riesgos durante la mayor parte de la noche.

Sólo que tomaríamos algo en casa antes de salir para la cena... ésa era la única pega.

Era extraordinario que pudiera leerme el pensamiento.

—Antes de salir, Jim, tenemos que dedicarle un ratito a mi jardín.

—¿Tu jardín? —Me parecía un poco extraño, en noviembre.

—Exactamente, muchacho.

¡Ah, bueno! Tal vez se sintiera orgulloso de sus últimos crisantemos y en eso no veía yo el menor daño.

—Bien, de acuerdo, Granville. ¿Te parece el miércoles por la noche?

—Estupendo, estupendo, estupendo... ya no puedo esperar más para conocer a Helen.

El miércoles fue uno de esos días preciosos y helados de últimos de otoño que acaban envueltos en niebla al anochecer y, para las seis, todo el campo quedaba oculto por una de las nieblas más espesas que se han visto en Yorkshire.

Mientras viajábamos en nuestro cochecito, la nariz casi pegada al parabrisas, murmuré contra el cristal:

—¡Te juro por lo más santo, Helen, que jamás llegaremos a Newcastle esta noche! Sé que Granville es un fuera de serie al volante, pero es que no se ve ni a diez metros.

A paso de tortuga cubrimos los treinta kilómetros hasta la residencia de Bennett, y vi con gran alivio la puerta, brillantemente iluminada, que surgía entre la niebla.

Granville, tan inmenso e impresionante como siempre, nos aguardaba en el vestíbulo con los brazos tendidos. La timidez jamás ha sido uno de sus problemas, así que cogió a mi esposa con un auténtico abrazo de oso.

—¡Helen, cariño! —dijo, y la besó cariñosamente, un beso muy largo. Se detuvo para tomar aliento, la miró por un instante apreciativamente y la besó de nuevo.

Yo estreché con todo decoro la mano de Zoe y luego las presenté. Las dos formaban un cuadro muy atractivo. Una mujer hermosa es un don del cielo, y resultaba duplicado al tenerlas a las dos allí juntas. Helen muy morena y de ojos azules, Zoe con el pelo castaño y sus ojos de un gris verdoso, y ambas sonrientes y afectuosas.

Zoe seguía ejerciendo en mí el efecto habitual. Ya volvía a experimentar el antiguo anhelo de quedar mejor que nunca, de superarme en realidad. Eché una mirada furtiva al espejo del vestíbulo. Inmaculadamente vestido, con la camisa limpia, perfectamente afeitado, estaba seguro de proyectar la imagen tan deseada del joven cirujano veterinario de manos exquisitas y pulcras, del recién casado de elevados principios y conducta impecable.

Elevé al cielo una silenciosa acción de gracias porque al fin me viera aquella mujer sobrio y normal. Esta noche se le borrarían todos los malos recuerdos que pudiera conservar de mí.

—Zoe, encanto —entonó Granville—, hazme el favor de llevarte a Helen al jardín mientras yo atiendo al perro de Jim.

Parpadeé. ¿Al jardín con esa niebla? No lo entendía, pero estaba demasiado preocupado por *Sam* para detenerme a pensarlo. Abrí la portezuela del coche y nuestro sabueso entró corriendo en la casa.

Mi colega le acogió encantado.

—¡Adelante, pequeño! —Luego rugió a todo pulmón—: ¡*Phoebles!* ¡*Victoria!* ¡Yo-ho! Venid a conocer al primo *Sam*.

El obeso bull-terrier de Staffordshire entró lentamente seguido de su compañera que nos enseñó los dientes a todos en una sonrisa, como si quisiera congraciarse con nosotros.

En cuanto los perros hubieron hecho amistad, con sabrosos comentarios sin duda, Granville cogió a *Sam* en brazos.

—¿Es esto de lo que me hablaste, Jim? ¿Lo que tanto te preocupa?

Asentí sombrío.

—¡Santo cielo, hombre! ¡Si eso podría quitarlo yo con un soplido! —Me miró con incredulidad y sonrió—. Jim, muchacho, ¿por qué eres tan sentimental con tu perrito?

—¿Y tú por qué llamas “*Phoebles*” a *Phoebe*? —contraataqué rápidamente.

—¡Oh, bueno...! —Se aclaró la garganta—. Cogeré el equipo. Espera un minuto.

Desapareció y volvió con una jeringuilla y unas tijeras. No necesitó más de medio centímetro para anestesiar aquella parte, luego extirpó el papiloma, aplicó un poco de antiséptico y dejó al perro en el suelo. La operación no había durado ni dos minutos, pero incluso en aquel breve tiempo quedó al manifiesto su destreza tan singular.

—Son diez guineas, señor Herriot —murmuró, y luego soltó una carcajada estruendosa—. Ea, salgamos al jardín. *Sam* estará feliz con mis perros.

Me llevó por la puerta trasera y pasamos a través de la niebla entre el jardincito rocoso y unos macizos de rosas. Me preguntaba yo cómo diablos iba a enseñarme nada con este tiempo cuando llegamos a un edificio exterior de piedra. Abrió la puerta de par en par y entré en una especie de cueva de Aladino, brillantemente iluminada.

Aquello era sencillamente un bar con todos sus aditamentos. En el extremo más lejano, una barra brillante provista de todo lo imaginable, incluso de espitas para servir la cerveza, y detrás una larga fila de botellas de cuantos licores pudiera soñarse. El fuego ardía en la chimenea, y cuadros de caza, grabados y pósters de alegres colores, nos contemplaban desde los muros. Todo era completamente auténtico.

Granville vio el asombro en mi rostro y se echó a reír.

—Magnífico, ¿eh, Jim? Pensé que sería buena idea tener mi propia tabernita en el jardín. Muy acogedora, ¿no es cierto?

—Sí... sí, ya lo creo... encantadora.

—Bien, bien. —Mi colega se deslizó detrás de la barra—. Y ahora ¿qué vas a tomar?

Helen y Zoe bebían jerez. Rápidamente tomé la decisión de aferrarme a la bebida más inocua.

Las chicas se habían servido una copa normal de jerez, pero cuando aquel hombretón cogió mi vaso y lo aplicó a la botella de ginebra, en el muro, un temblor al parecer incontrolable se apoderó de su mano. La botella colgaba boca abajo, y tenía uno de esos dispositivos en los que se apoya el borde del vaso para obtener una medida exacta.

Pero, como digo, cuando Granville insertó el cuello de la botella en el vaso, el brazo empezó a agitarse tan repetidamente como si sufriera convulsiones. Indudablemente aquello iban a ser seis ginebras en vez de una, y estaba a punto de quejarme cuando al fin separó de allí el vaso y acabó de rellenarlo con tónica, hielo y una rodajita de limón.

Lo miré con cierto temor.

—Bastante fuertecito, ¿no?

—En absoluto, muchacho; casi todo es tónica. Bien, a vuestra salud y encantado de veros a los dos.

Desde luego que lo estaba. Aquellos dos eran unas personas cariñosas y generosas, y con gusto por el trabajo de veterinaria, como nosotros. Sentí un impulso de gratitud por la amistad que siempre me demostraran y mientras me tomaba la bebida, que me raspaba en la garganta, comprendí de nuevo que estos contactos eran una de las experiencias más remuneradoras de mi profesión.

Granville extendió la mano.

—¿Quieres otra, muchacho?

—Verás, ¿no sería mejor que nos pusiéramos en camino? Hace una noche terrible; en realidad ni siquiera creo que podamos llegar a Newcastle con esta niebla.

—Bobadas, hijito. —Tomó mi vaso, se dirigió a la botella de ginebra y de nuevo le dominó aquella serie de temblores violentos en el antebrazo—. No hay problema, Jim. ¡Si está todo recto por la carretera del norte, una media hora o así, y la conozco como la palma de mi mano!

Los cuatro estábamos de pie junto al fuego. Era indudable que las chicas tenían muchas cosas que contarse y Granville y yo, como es costumbre entre los veterinarios, hablábamos de nuestra labor. Es sorprendente lo fácil que resulta la práctica veterinaria en una habitación cálida, en buena compañía y con un barril de alcohol en el estómago.

—Una para el camino, Jim —dijo mi colega.

—No, de verdad, Granville, ya he tomado bastante —contesté con firmeza—. Vámonos ya.

—Jim, Jim... —aquel gesto apenado, que tan bien conocía yo le cubría el rostro — si no hay prisa... Mira, tomaremos esta última mientras te hablo del maravilloso restaurante.

De nuevo se acercó a la botella de ginebra y esta vez las convulsiones se prolongaron de tal modo que me pregunté si no sufriría, o habría sufrido, de malaria.

Con el vaso en la mano se puso a discursar.

—No es sólo el curry, la cocina en general es exquisita —se llevó los dedos a los labios y lanzó un beso reverente al espacio—. Con un sabor increíble. Y con todas las especias de Oriente, Jim.

Siguió hablando extensamente. Hubiera preferido que se callara, porque la verdad era que tenía hambre. Mi jornada en las granjas había sido muy dura, y apenas había comido pensando en el banquete de la noche, y, mientras Granville hacía ademanes explicando cómo mezclaban las hierbas con la carne y el pescado, sirviéndolo después en un lecho de arroz con azafrán, se me hacía la boca agua.

Experimenté un alivio profundo cuando, al terminar la tercera bebida de gigante, Granville salió con dificultad de detrás de la barra como dispuesto a partir. Estábamos llegando ya a la puerta cuando en ella apareció la figura de un hombre tan grande como mi anfitrión.

—¡Raymond! —gritó Granville encantado—. ¡Pasa, pasa! Deseaba que conocieras a Jim Herriot. Jim, éste es uno de mis vecinos... también le gusta la jardinería, ¿verdad, Raymond?

El hombre contestó con una risita:

—Claro, muchacho, un jardín espléndido. —Granville parecía conocer a muchos hombres grandes, de rostro coloradote, animados; y éste era uno más.

Mi amigo ya estaba de nuevo detrás de la barra.

—Hay que tomar una copa con Raymond.

Me sentí atrapado cuando volvió a apretar mi vaso contra la botella y sufrió un paroxismo, pero a las chicas no parecía importarles. Estaban enfrascadas en su conversación y no advertían el paso del tiempo ni los ataques de hambre.

Se iba ya Raymond cuando apareció Tubby Pinder, otro entusiasta de la jardinería. No me sorprendió ver que era un hombre grande, de rostro colorado y modales extrovertidos.

Tuvimos que tomar una más con Tubby y observé con cierta alarma que, después de las convulsiones con que me llenaba el vaso, Granville tenía que reemplazar la botella vacía de ginebra por una nueva. Si la primera estaba llena, me la había tomado prácticamente yo solito.

Apenas podía creerlo cuando al fin me vi en el vestíbulo, todos poniéndonos los abrigos. Granville casi ronroneaba de contento.

—Os encantará ese sitio. ¡Qué maravilla ayudaros a elegir el menú!

En el exterior la niebla era más espesa que antes. Mi colega salió del garaje, marcha atrás, en su Bentley, y nos subió a él con gran ceremonia. Instaló a Helen y Zoe en el asiento posterior, sin dejar de cloquear muy solícito; luego me ayudó a ocupar el asiento a su lado, en la parte de delante, como si yo fuera un viejo invalido, recogíendome el abrigo en torno, ajustando el ángulo del asiento para el máximo confort, indicándome cómo funcionaba el encendedor del coche, encendiendo la radio en mi honor y preguntándome qué programa deseaba oír.

Al fin también él estuvo en su puesto, tras el volante, muy sereno. Más allá del parabrisas la niebla se abrió por un segundo y vi un terraplén empinado, casi vertical y cubierto de hierba, frente a la casa; luego volvió a cerrarse como una cortina de un sucio amarillo que lo borraba todo.

—Granville —le dije—, nunca llegaremos a Newcastle con este tiempo. Son más de cuarenta y cinco kilómetros.

Se volvió a sonreírme amablemente.

—No hay el menor problema, muchacho, te lo aseguro. Estaremos allí en media hora y tomando una comida deliciosa. Pollo al *tanduri* y con todas las especias del Oriente, hijito. No te preocupes por nada... conozco bien estas carreteras. No hay peligro de que me pierda.

Puso en marcha el motor y arrancó con toda confianza pero, por desgracia, en vez de tomar la ruta ortodoxa hacia la carretera, arrancó en línea recta sobre el terraplén

cubierto de hierba. No pareció advertir que el morro del gran coche subía hacia lo alto pero, cuando ya habíamos alcanzado un ángulo de cuarenta y cinco grados, Zoe habló suavemente desde el asiento posterior:

—Granville, querido, que vas por la hierba.

Mi colega volvió la cabeza sorprendido.

—En absoluto, amor mío. Recuerda que el camino se empina un poco aquí. — Mantenía el pie en el acelerador.

No dije nada mientras mis piernas seguían subiendo y la cabeza se me iba hacia atrás. Hubo un momento en que el Bentley estuvo casi perpendicular, y ya creía que íbamos a dar la vuelta de campana cuando oí de nuevo a Zoe:

—Granville, cariño —había cierta urgencia en su tono—, que te subes por el terraplén.

Esta vez su marido pareció dispuesto a admitirlo.

—Sí, sí, encanto —murmuró mientras todos seguíamos allí colgados, los cuatro mirando el cielo oscurecido por la niebla de nuevo—, quizá me haya salido un poquitín del bordillo.

Levantó el pie del freno y el coche retrocedió a velocidad terrible en la oscuridad. Nos detuvo un choque violento en la parte posterior.

De nuevo Zoe:

—Has dado contra la pared de la señora Thompson, cariño.

—¿De verdad, cielo? ¡Ah!, un momento. Pronto estaremos en camino.

Con aplomo perfecto metió la marcha y nos lanzamos bruscamente hacia delante. Pero sólo dos segundos. De la parte anterior, en tinieblas nos llegó el estampido de un choque terrible, seguido de la caída de cristales y metales rotos.

—Querido —dijo Zoe dulcemente—, ésa era la señal de cuarenta y cinco kilómetros por hora.

—¿De verdad, ángel mío? —Granville pasó la mano por el parabrisas—. ¿Sabes, Jim? la visibilidad no es demasiado buena. —Una pausa momentánea—. Tal vez fuera mejor posponer esa visita para otra ocasión.

Volvió a meter el enorme coche en el garaje y bajamos. Yo diría que habíamos cubierto unos cinco metros de nuestro viaje a Newcastle.

De nuevo en el bar del jardín, pronto estuvo Granville tan animado como siempre. También yo me sentía mucho mejor, pues mis temores se habían desvanecido por completo. Ahora flotaba en una niebla de felicidad y no ofrecí resistencia alguna cuando mi colega inició las sacudidas de su botella de ginebra.

De pronto levantó la mano.

—Con seguridad que todos estamos muertos de hambre. ¡Tomemos unos perritos calientes!

—¡Perritos calientes! —grité—. ¡Qué buena idea! —Muy lejos, desde luego, de todas las especias del Oriente, pero ahora estaba listo para lo que fuera.

—Zoe, cariño —dijo él— podemos comernos esa lata grande de salchichas “Saveloy” si quieres calentarla.

Su esposa salió para la cocina y Helen me tocó en el brazo.

—Jim —preguntó—. ¿“Saveloy”?

Sabía lo que quería decir. Tengo un estómago bastante fuerte, pero hay ciertas cosas que no puedo digerir. Una sola salchicha “Saveloy” era suficiente para trastornarme el metabolismo, pero de momento parecía un detalle sin importancia.

—¡Oh, no te preocupes, Helen! —Susurré, pasándole el brazo por los hombros—. No me harán daño.

Cuando Zoe regresó con la comida, Granville se sintió en su elemento y empezó a abrir las sabrosas salchichas ahumadas, a cubrirlas con mostaza y a meterlas en los bollos.

Al morder la primera pensé que jamás había probado nada tan delicioso. Mientras comía con todo gusto juzgué ridículos mis prejuicios de antaño.

—¿Listo para otra, muchacho? —Granville me ofrecía un bollo relleno.

—¡Por supuesto! Están deliciosas. ¡Los mejores perritos calientes que he comido en mi vida! —Me la comí a toda prisa y extendía la mano para la tercera.

Creo que fue después de haber trasegado cinco cuando mi amigo me dio en las costillas.

—Jim, muchacho —dijo, sin dejar de masticar—, ¿no crees que hace falta un poco de cerveza para pasar toda esta comida?

Agité el brazo en un gesto amplio.

—¡Pues claro que sí! La maldita ginebra no sirve para esto.

Granville sacó dos jarras de medio litro. Una cerveza deliciosa y muy fuerte que cayó como una oleada refrescante sobre mis membranas mucosas, haciéndome comprender que eso era exactamente lo que yo estaba deseando. Nos tomamos tres jarras cada uno, y otro perrito caliente o dos más, mientras me envolvía un aura de euforia.

Las miradas ocasionales y ansiosas de Helen no me preocupaban en lo más mínimo. Me indicaba por señas que ya era hora de que nos fuéramos a casa, pero la misma idea me resultaba inconcebible. Yo me lo estaba pasando como nunca en la vida, el mundo era maravilloso y esta taberna en particular el sitio más delicioso de todos.

De pronto Granville soltó el bollo a medio comer.

—Zoe, bonita, lo mejor sería tomar algo dulce de postre. ¿Por qué no traes alguna de esas cositas que hiciste ayer?

Trajo pues un plato lleno de pastelitos de aspecto exquisito. No soy goloso, y por lo general me salto esa parte de la comida. Pero mordí con ansia una de las creaciones de Zoe. Estaba riquísimo y se adivinaba en el pastel chocolate, mazapán, caramelo y no sé cuántas cosas más.

Al empezar a tomarme el tercero las cosas comenzaron a deteriorarse. Por lo visto la conversación, tan animada antes, se había terminado, y ahora el único que hablaba era Granville, pero lo que más me sorprendió fue ver que su rostro se convertía en dos, que se separaban y se unían repetidamente. Fenómeno asombroso que se repetía con todo lo demás de la habitación.

Y ya no me encontraba tan bien ahora. Aquel vigor sin límite había dejado de correr por mis venas, y solamente sentía un gran cansancio y unas náuseas crecientes.

A partir de ahí perdí la cuenta del tiempo. Sin duda seguimos charlando un rato pero no puedo recordar nada; lo primero que recuerdo es que el grupo se deshacía ya. Granville ayudaba a Helen a ponerse el abrigo, y había un ambiente general de alegre despedida.

—¿Listo, Jim? —preguntó mi amigo con animación.

Asentí, me puse lentamente de pie y, como vacilara, él me pasó el brazo en torno y me condujo a la puerta. En el exterior la niebla se había aclarado y las estrellas iluminaban el pueblo, pero el aire frío y limpio aún hizo que me sintiera peor y empecé a vacilar en la oscuridad como un sonámbulo. Al llegar al coche un espasmo doloroso me obligó a doblarme en dos, recordándome con horror las salchichas, la ginebra y todo lo demás. Gemí y me apoyé en el coche.

—Será mejor que conduzcas tú, Helen —dijo mi colega. Estaba a punto de abrirle la portezuela cuando yo, con una terrible sensación de impotencia, empecé a resbalar por la carrocería.

Granville me cogió por los hombros.

—Estará mejor en el asiento trasero —jadeó y trató de meterme allí—. Zoe, cariño, Helen, encanto, cogedle por las piernas, por favor. Magnífico, ahora daré la vuelta al coche y le meteré.

Fue corriendo al otro lado, abrió la portezuela y me agarró por los hombros.

—Bájalo un poco de ese lado, Helen. Ahora un poquito hacia aquí. Levántale por ahí, Zoe, cariño. Ahora retroceded un poco. Muy bien, muy bien...

Indudablemente se sentía feliz en su trabajo. Parecía un experto transportista de muebles y, a través de la niebla, me pregunté con amargura cuántas formas inertes habría metido en los coches tras una velada en su casa.

Finalmente consiguieron introducirme entre los tres, dejándome semitumbado en el asiento posterior, el rostro contra una de las ventanillas. Desde fuera debía de ser una visión grotesca, la nariz aplastada de lado contra el cristal y un ojo de besugo moribundo que miraba sin ver, a la noche.

Haciendo un esfuerzo, conseguí enfocar la visión: Zoe me contemplaba ansiosamente. Agitó tímidamente la mano en señal de despedida pero yo sólo fui capaz de hacerle una mueca en respuesta.

Granville besó afectuosamente a Helen y cerro de golpe la portezuela. Echándose atrás se inclinó a mirarme y agitó los brazos.

—Espero verte pronto, Jim. ¡Ha sido una noche estupenda! —Su rostro grande se abrió con una sonrisa feliz y, al alejarnos, tuve la impresión de que estaba plenamente satisfecho.



Incrementaban mis dudas las dificultades de su manejo. Las primeras pegas que ofrecían ya se han resuelto, pero al principio yo encontraba aquellos aparatos tan temperamentales que los abandoné.

Mi colega me tomó el pelo al respecto cuando me vio lavando el tubo de goma bajo el grifo, a fin de enjuagarlo a conciencia.

—¡Por el amor de Dios, James! No estarás utilizando aún esa antigualla ¿verdad?

—Pues me temo que sí.

—Pero ¿no has probado los nuevos plásticos?

—Sí.

—¿Y bien...?

—No puedo arreglármelas con ellos, Siegfried.

—¿Que no puedes...? ¿Qué diablos quieres decir?

Escurrí la última gota de agua por el tubo, lo enrollé y lo metí en la caja.

—Verás, la última vez que utilicé uno el calcio se salió a chorros por todas partes. Y es algo pegajoso y molesto. Incluso tenía luego manchones blancos en la chaqueta.

—¡Pero James! —Su risa era incrédula—, ¡qué tontería! ¡Si son facilísimos de utilizar! Yo no he tenido el menor problema.

—Te creo —dije—, pero ya me conoces. Yo no tengo una mente mecánica.

—¡Cielos!, no necesitas una mente mecánica para eso. ¡Si son a toda prueba!

—No para mí. Yo ya he terminado con ellos.

Mi colega me puso con firmeza la mano en el hombro y la expresión paciente comenzó a extenderse por su rostro.

—James, James, tienes que perseverar. —Alzó un dedo—. Y hay otra cuestión también, ¿sabes?

—¿De qué se trata?

—De la asepsia. ¿Cómo sabes que esa tira de goma que tienes ahí está limpia?

—Bien, la lavo a fondo después de utilizarla, siempre uso una aguja hervida y...

—Pero ¿no comprendes, muchacho?, sólo estás tratando de conseguir lo que ya existe en el paquete plástico. Cada equipo está completo y esterilizado.

—¡Oh, todo eso ya lo sé! Pero ¿de qué sirve si no puedo meterle el calcio a la vaca? —pregunté quejumbrosamente.

—¡Demonios, James! —Siegfried asumió una expresión grave—. Sólo se necesita un poco de aplicación por tu parte, y debo insistir en que tu actitud es totalmente reaccionaria por ser demasiado terco. Te aseguro enfáticamente que hemos de avanzar con los tiempos, y cada vez que utilizas ese equipo tan anticuado es como si retrocedieras un paso.

Estábamos de pie como de costumbre, mirándonos fijamente a los ojos y sin poder llegar a un acuerdo, cuando él sonrió de pronto.

—Mira, creo que ahora vas a ver a esa vaca con fiebre láctea que yo he tratado en casa de John Tillot, ¿no? Supongo que aún no se ha levantado...

—Es cierto.

—Bien, como un favor personal ¿quieres probar de nuevo los inyectores de plástico?

Lo pensé por un momento.

—De acuerdo, Siegfried. Lo intentaré por última vez.

Cuando llegué a la granja encontré a la vaca cómodamente instalada en un campo y en medio de un océano amarillo de ranúnculos.

—Ha hecho unas cuantas intentonas por ponerse de pie —dijo el granjero—, pero no acaba de conseguirlo.

—Probablemente necesita otra inyección. —Me fui al coche, en él había venido a saltos bruscos sobre aquel mar de surcos y saqué uno de los inyectores de plástico del maletero.

El señor Tillot alzó las cejas cuando me vio regresar.

—¿Es una de esas cosas nuevas?

—Sí, señor Tillot, el último grito. Completamente esterilizado.

—No me importa cómo esté, pero ¡no me gusta!

—¿No?

—¡No!

—Bueno... y ¿por qué no?

—Se lo diré. El señor Farnon utilizó uno esta mañana. Parte del líquido se me metió en el ojo, otra parte le alcanzó a él en la oreja, y el resto se lo tiró por los pantalones. ¡No creo que la maldita vaca recibiera ni una pizca!

Hubo otra ocasión en la que Siegfried tuvo que llamarme al orden. Un pensionista entró por el corredor de la clínica con un pequeño perro de raza indefinida al extremo de un cordel. Yo di unos golpecitos en la mesa de la sala de consultas.

—Súbalo aquí, por favor.

El viejo se inclinó lentamente, gimiendo y resoplando.

—Espere un momento —le dije, dándole en el hombro—, y permítame que lo haga yo —y subí al animal sobre la pulida superficie.

—Gracias, señor —el hombre se enderezó frotándose la espalda y la pierna—. Tengo una artritis espantosa y soy bastante inútil para levantar peso. Me llamo Bailey, y vivo en las casas del Ayuntamiento.

—Muy bien, señor Bailey, y ¿cuál es el problema?

—La tos. Siempre está tosiendo, y como si se ahogara al final.

—Comprendo. ¿Qué edad tiene?

—El mes pasado cumplió diez años.

—Ya... —Tomé la temperatura del animal y le ausculté cuidadosamente el pecho. Cuando le pasaba el estetoscopio sobre las costillas entró Siegfried y empezó a buscar algo en el armario.

—Es una bronquitis crónica, señor Bailey —dije—. La mayoría de los perros viejos la sufren, como los ancianos.

—Sí, también yo resuello con dificultad.

—Eso es, pero no está tan mal del todo, ¿verdad?

—No, no.

—Bueno, su perrito tampoco. Voy a darle una inyección, y una serie de tabletas, y eso le ayudará bastante. Me temo que nunca se librará por completo de la tos, pero tráigamelo de nuevo si empeora.

Asintió vigorosamente.

—Muy bien, señor. Muchísimas gracias, señor.

Mientras Siegfried seguía revolviendo en el armario le di la inyección y conté veinte de las nuevas tabletas M&B693.

El viejo las miró con interés y luego se las metió en el bolsillo.

—Y ahora ¿qué le debo, señor Herriot?

Miré la corbata vieja cuidadosamente anudada bajo el cuello de la rozada camisa, la chaqueta tan raída. Llevaba remendadas las rodillas del pantalón, pero por un lado alcancé a ver el reflejo rosado de la piel a través del material.

—No, no es nada, señor Bailey. Preocúpese tan sólo de decirme cómo va.

—¿Eh?

—Que no cuesta nada.

—Pero...

—No se preocupe por ello... realmente no es nada. Ahora bien, cuídese de que tome las tabletas con regularidad.

—Lo haré, señor, y es usted muy amable. Yo no esperaba...

—Sé que no, señor Bailey. Adiós de momento, y tráigamelo de nuevo si no mejora en unos cuantos días.

Apenas se había apagado el rumor de los pasos del viejo cuando Siegfried se separó del armario. Blandía un par de fórceps para los dientes de caballo ante mi rostro.

—¡Señor! Llevo años buscándolos. Estoy seguro de que me ocultas deliberadamente las cosas, James.

Sonreí pero no contesté, y estaba colocando de nuevo la jeringuilla en el carrito cuando mi colega habló.

—James, no me gusta decirlo, pero... ¿no eres un poco imprudente al trabajar así, por nada?

Le miré sorprendido.

—Era un viejo jubilado. Muy pobre, diría yo.

—Tal vez sea así, pero tú realmente... no puedes prestar esos servicios gratis.

—¡Oh!, pero seguramente, de vez en cuando, Siegfried... en un caso como éste...

—No, James. Ni siquiera de vez en cuando. Es que no resulta práctico.

—Pero yo te he visto hacerlo... y una y otra vez...

—¿Yo? —Sus ojos se abrían de asombro—. ¡Jamás! Soy demasiado consciente de la dura realidad de la vida para eso. Tú no sabes lo carísimo que está todo ahora. Por ejemplo, ¿no eran M&B693 esas tabletas que le regalaste? ¡Que Dios nos ayude! ¿Sabes que valen a tres peniques cada una? Es inútil... no puedes trabajar sin cobrar.

—Pero ¡maldita sea, te digo que tú lo haces siempre! —estallé—. Precisamente la semana pasada hubo aquel...

Siegfried alzó la mano para detenerme.

—Por favor, James, por favor. Imaginas las cosas, ése es tu problema.

Sin duda le lancé una mirada de lo más exasperada porque extendió la mano y me dio un golpecito en el hombro.

—Créeme, muchacho, yo lo comprendo. Actuaste por un motivo elevadísimo, y yo me he sentido tentado con frecuencia de hacer lo mismo. Pero debes ser firme. Estos tiempos son muy difíciles, y hay que ser duro para sobrevivir. Recuérdalo, pues, para el futuro... nada de actuar al estilo Robin Hood, que no podemos permitirnoslo.

Asentí y me fui a mi tarea confuso, pero pronto olvidé el incidente, y no habría vuelto a pensar en él de no ser porque el señor Bailey vino a la clínica una semana más tarde.

Ya estaba de nuevo el perro sobre la mesa de la sala de consulta y Siegfried le daba una inyección. No quería interferir, así que retrocedí por el pasillo hacia el despacho de la fachada y me senté a escribir las notas en el libro diario. Era una tarde de verano, la ventana estaba abierta de par en par y, a través de las cortinas entreabiertas, veía los escalones de la puerta delantera.

Mientras escribía oí pasar a Siegfried y al viejo en camino hacia la puerta principal. Se detuvieron en los escalones. El perrito, al extremo del cordel, estaba poco más o menos igual.

—De acuerdo, señor Bailey —decía mi colega—, sólo puedo decirle lo mismo que el señor Herriot. Me temo que esa tos va a ser crónica; sin embargo, si empeora, usted debe acudir a nosotros.

—Muy bien, señor. —El viejo se metió la mano en el bolsillo—. Y ¿qué le debo, por favor?

—Los honorarios, ¡oh, sí! los honorarios... —Siegfried se aclaró la garganta un par de veces, pero parecía incapaz de hablar. Seguía pasando la vista del animalito a las ropas destrozadas del viejo, y de nuevo a aquél. Luego miró furtivamente hacia el interior de la casa y habló en un susurro ronco—: Nada, señor Bailey.

—Pero, señor Farnon, no puedo permitir...

—Ssssh, sssh... —Siegfried agitaba la mano con temor ante el rostro del viejo—. ¡Ni una palabra ahora! No quiero oír hablar más de ello. —Habiendo silenciado al señor Bailey sacó un gran paquete—. Aquí tiene casi cien tabletas de M&B —dijo, mirando con ansiedad por encima del hombro—. El perro seguirá necesitándolas, así que le he puesto una buena provisión.

Comprendí que también mi colega había visto el agujero en la rodillera del pantalón, porque la miró largo rato antes de meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Un momento —dijo. Sacó una colección de objetos diversos y monedas sueltas. Algunas cayeron y rodaron por los escalones mientras él seguía registrando en su palma entre tijeras, termómetros, trozos de cordel y un abrebotellas. Finalmente la búsqueda llegó a su fin y sacó un billete de banco—. Tome una libra —susurró, y de nuevo acalló nerviosamente los intentos del viejo por hablar.

El señor Bailey, comprendiendo la futilidad de la discusión, se embolsó el dinero.

—Bien, gracias, señor Farnon. Con esto podré llevar a mi mujer a Scarborough.

—Buen chico, buen chico —murmuró Siegfried, sin dejar de mirar en torno con aire culpable—. Ahora váyase.

El viejo le saludó solemnemente con la gorra y empezó a alejarse penosamente por la calle.

—¡Eh, espere un momento! —gritó mi colega corriendo tras él—. ¿Qué le pasa? No camina muy bien.

—Es esta condenada artritis. Me cuesta muchísimo dar unos pasos.

—¿Y ha de ir a pie hasta las casas del Ayuntamiento? —Siegfried se frotaba la barbilla indeciso—. Pues es un buen paseo. —Echó una última miradita hacia el pasillo y luego le hizo un gesto con la mano—. Mire, ahí tengo el coche —susurró—. Súbase y le llevo a su casa.

Algunos desacuerdos eran intensos y de breve duración.

Estaba sentado a la mesa, durante el almuerzo, frotándome y flexionando el codo. Siegfried, que se disponía a trincar con entusiasmo una pierna de cordero asada, alzó la vista de su tarea.

—¿Qué te pasa, James...? ¿Reumatismo?

—No, una vaca me dio aquí con el cuerno esta mañana. El típico dolor de la suegra.

—¡Qué mala suerte! ¿Es que estabas intentando agarrarla por el morro?

—No, de darle una inyección.

Mi colega, que se disponía a servirme un filete de cordero, se detuvo con las manos en el aire.

—¿Inyectándola? ¿Allá arriba?

—Sí, claro, en el cuello.

—¿Es así como lo haces?

—Sí, siempre lo he hecho. ¿Por qué?

—Porque, si me permites que te lo diga, es un lugar bastante extraño. Yo siempre inyecto en el trasero.

—¿Ah, sí? —Me serví puré de patatas—. ¿Y qué hay de malo en el cuello?

—Bueno, tú mismo acabas de demostrarlo. Para empezar está condenadamente cerca de los cuernos.

—¡Vaya, hombre! Y el trasero está condenadamente cerca de las patas.

—¡Oh, vamos, James! Sabes muy bien que las vacas no suelen cocear después de una inyección en el trasero.

—Quizá, pero con una vez es suficiente.

—¿Y no es bastante una vez con el maldito cuerno?

No le contesté. Siegfried paseó el cazo de salsa sobre los dos platos y empezamos a comer. Pero apenas había tragado el primer bocado cuando volvió al ataque.

—Otra cosa, el trasero está más a mano. Haciéndolo a tu estilo uno tiene que introducirse penosamente y abrirse camino entre las vacas.

—Bueno, ¿y qué?

—Sencillamente que te oprimen las costillas, que te pisotean; eso es todo.

—De acuerdo —me serví algunas judías verdes de la fuente—, pero a tu estilo tienes muchas posibilidades de recibir en la cara toda la mierda de la vaca.

—¡Bobadas, James! No haces más que buscar excusas. —Atacaba con violencia el cordero.

—En absoluto —dije—. Es lo que creo. Y de todas maneras no has podido demostrarme qué tienes contra el cuello.

—¿Que no he...? ¡Si no he empezado todavía! Podría seguir indefinidamente. Por ejemplo, el cuello es más doloroso.

—El trasero está más sujeto a contaminación —contraataqué.

—Los músculos del cuello son mucho más finos —gruñó Siegfried—. No puedes coger un buen pellizco para clavar la aguja...

—No, pero tampoco tienes el rabo —le corté bruscamente.

—¿El rabo? ¿De qué diablos hablas?

—¡Estoy hablando de su maldito rabo! No habrá problema si tienes a alguien que te lo sostenga, pero si no es una amenaza, siempre yendo de un lado para el otro.

Siegfried tomó apresuradamente unos bocados que tragó sin masticar.

—¡De un lado para el otro! En nombre de Dios ¿qué tiene eso que ver?

—Muchísimo —contesté—. No me gusta que me den en la cara con un rabo lleno de mierda, aunque a ti te guste.

Escuché su respiración tensa y pesada, y luego mi colega habló con voz ominosamente serena:

—¿Algo más sobre el rabo?

—Sí, señor. Algunas vacas pueden arrancarle la jeringuilla de la mano con él. El otro día una pescó la mía, grande, de cincuenta centímetros cúbicos, y la hizo polvo contra la pared. Había cristales rotos por todas partes.

Siegfried enrojeció ligeramente y soltó el cuchillo y el tenedor.

—James, no me gusta hablarte en estos términos, pero me veo obligado a decirte que sólo estás diciendo una sarta de idioteces... ¡una pura mierda!

Le miré, profundamente resentido.

—Ésa es tu opinión, ¿verdad?

—Lo es, James.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Muy bien.

—Muy bien.

Continuamos la comida en silencio.

Pero, durante los días siguientes, mi mente iba dándole vueltas a la conversación. Siegfried siempre ha tenido un estilo muy persuasivo y yo no podía por menos de pensar que sin duda había mucho de verdad en sus palabras.

Una semana más tarde, me detuve con la jeringuilla en la mano antes de deslizarme y pasar entre dos vacas. Los animales, adivinando como solían mi intención, corrieron sus traseros huesudos para juntarlos y bloquearme el camino. Sí, desde luego, Siegfried tenía mucha razón. ¿Por qué había de intentar llegar hasta el otro extremo teniendo éste dispuesto y tan a mano?

Tomé una decisión.

—Agarre el rabo, por favor —dije al granjero, y clavé la aguja en el trasero.

La vaca ni se movió y, mientras completaba la inyección y sacaba la aguja, tuve consciencia de una vaga impresión de vergüenza. Aquel espacio tan conveniente del musculo del glúteo, el lugar tan a mi disposición... Mi colega había estado totalmente en lo cierto y yo había sido un cabezota estúpido. Ya sabía qué hacer en el futuro.

El granjero se echó a reír al retirarse por el canal del estiércol.

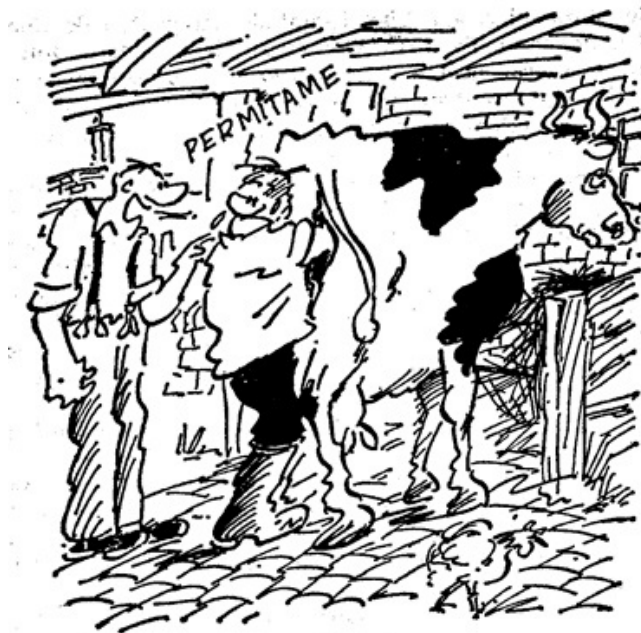
—Es gracioso que ustedes tengan cada uno su estilo.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, el señor Farnon estuvo aquí ayer, inyectando a esa vaca de allá.

—¡Ah! ¿Sí? —una lucecita repentina brilló en mi mente. ¿Era posible que no fuese Siegfried el único orador convincente de nuestra sociedad...?—. Bien, ¿y qué?

—Pues que él tiene un sistema distinto del suyo. Él inyectó en el cuello.



27

Me apoyé en el mango de la pala, me sequé el sudor que ya se me metía en los ojos, y miré en torno a los cientos de hombres repartidos sobre aquella extensión de hierba cubierta de polvo.

Aún estábamos en nuestro “Curso de endurecimiento”. Al menos eso nos decían que era. Personalmente yo abrigaba la sospecha de que los jefes no sabían qué hacer con los cadetes durante el entrenamiento y que alguien había discurrido este método para quitársenos de encima.

Fuera como fuese, el caso es que estábamos construyendo un pantano cerca de una ciudad encantadora de Shropshire, y habían levantado un pueblo de tiendas de campaña para alojarnos. Nadie estaba totalmente seguro acerca del pantano, pero se suponía que estábamos construyendo algo. Nos dieron monos de faena, zapapicos y palas, y nos dedicamos a picar hora tras hora y de mala gana en una ladera rocosa.

Ahora bien, aunque sudaba a chorros no podía por menos de pensar que las cosas podrían haber ido mucho peor. El tiempo era magnífico, y resultaba una delicia estar al aire libre todo el día. Miré la ladera abajo y contemplé la campiña que se extendía idílica hasta el punto en que las colinas se alzaban contra el azul horizonte; era un paisaje más suave que las enormes montañas y páramos que dejara en Yorkshire, pero muy sedante también.

Y los tejados de la ciudad, que aparecían entre los árboles, encerraban una buena promesa. Durante las horas que pasábamos bajo el sol ardiente, la boca llena de polvillo de las rocas, experimentábamos una sed insaciable, pero nos reservábamos cuidadosamente hasta que llegaba la noche, cuando nos permitían salir del campamento.

Allá, en las frescas tabernas y en compañía de los campesinos, saciábamos la sed con litros de sidra áspera y deliciosa. No creo que ahora puedan encontrar ustedes nada semejante. En estos tiempos, prácticamente toda la sidra que se bebe en el sur de Inglaterra procede de las fabricas, pero entonces la mayoría de las tabernas tenían sus propias prensas con las que exprimían las manzanas de la localidad.

Lo de dormir en una tienda de campaña me resultaba algo turbador. Al despertar cada mañana, el primer sol acariciando la tela de los muros, me sentía de nuevo en las colinas sobre el estuario de Clyde, mucho antes de que nadie soñara siquiera con la guerra. Había algo evocador en el olor de la tienda, mezcla de lona caliente, sacos de dormir de goma y la hierba aplastada, más las moscas que zumbaban en torno a una nubecita de vapor en lo alto del palo central. Por un instante me creía otra vez en Rosneath, y al abrir los ojos, casi esperaba ver a Alex Taylor y Eddie Hutchison, los amigos de mi infancia, tumbados allí en sacos de dormir.

Los tres nos íbamos de campamento a Rosneath todos los fines de semana, desde Pascua de Resurrección a octubre, dejando a nuestras espaldas el humo y la suciedad de Glasgow, y aquí en Shropshire, con los ojos cerrados y aspirando el olor de la tienda, aún creía ver el pequeño bosque de pinos tras de nosotros, la verde colina de empinada pendiente y, muy abajo, el espejo azul y alargado de Gareloch, brillante bajo las grandes montañas de Argyll. Ahora han profanado ya en exceso Rosneath y el Gareloch, pero para mí, y en mi infancia, aquello era el país de las hadas que me revelaba todas las maravillas y bellezas del mundo.

Curioso que meditara ahora en aquel periodo de mi vida, ya que Alex estaba en el Oriente Medio, Eddie en Burma, y yo en otra tienda y con muchos jóvenes desconocidos. Pero el recuerdo parecía borrar los años transcurridos, y era como si Darrowby y Helen, y todas mis experiencias en la práctica veterinaria no hubiesen tenido lugar aún. Sin embargo los años de Darrowby habían sido los más importantes de mi vida. Entonces me levantaba agitado preguntándome por qué la guerra había de confundir mi mente.

Pero, como dije, me gustaba mucho estar en Shropshire. La única pega era aquel pantano, o lo que fuera que caváramos en la ladera de la colina. Por más que quisiera no conseguía poner el corazón en ello. Por eso enderecé las orejas cuando nuestro sargento de escuadrón nos vino una mañana con el anuncio de un nuevo trabajo.

—Los granjeros de la localidad necesitan ayuda para recoger la cosecha —gritó en cuanto hubimos formado—. ¿Algún voluntario?

Mi mano fue la primera en alzarse y, tras unos instantes de vacilación, le siguieron otras, pero ninguno de mis amigos particulares se ofreció voluntario para el trabajo. Cuando todo quedó organizado descubrí que me enviaban a la granja de un tal Edwards con otros tres cadetes de un escuadrón distinto, a los que no conocía.

El señor Edwards llegó al día siguiente y nos metió a los cuatro en la típica camioneta de granja, grande y vieja. Me senté delante, a su lado, mientras los otros tres se instalaban en la parte trasera. Nos preguntó el nombre, pero nada más, como si

juzgara que nuestra situación en la vida civil no era asunto suyo. Tendría unos treinta y cinco años, el pelo negro como alas de cuervo sobre un rostro tostado por el sol en el que destacaban brillantes unos ojos azul claro y unos dientes blanquísimos.

Nos miró con una sonrisa benévola cuando bajamos en el corral.

—Bien, aquí es, muchachos —dijo—. Aquí es donde van a pasarlo mal.

Pero yo apenas le oía. Miraba ansiosamente la escena que fuera parte de mi vida hacía pocos meses. El corral de adoquines, la hilera de puertas que llevaban al establo de las vacas, al granero, a las zahúrdas y a las cuadras de los caballos. Un viejo estaba sacando estiércol del establo y, cuando aquel rico olor bovino llegó hasta nosotros, uno de mis compañeros arrugó la nariz. Pero yo lo aspiré como si se tratara de un perfume.

El granjero nos llevó a los campos en los que se veía una segadora mecánica y una agavilladora que iban dejando los haces de grano en una larga y dorada ringlera sobre la tierra.

—¿Algunos de ustedes ha trabajado en la recolección? —preguntó.

Agitamos la cabeza en silencio.

—No importa, pronto aprenderán. Venga conmigo, Jim.

Nos colocamos espaciados en el campo, muy extenso, cada uno de mis colegas al lado de un viejo, mientras el señor Edwards se cuidaba de mí. No me llevó mucho tiempo comprender que me había tocado la parte más dura.

El granjero agarraba un haz con cada mano, se los metía bajo el brazo, daba unos cuantos pasos y los colocaba plantados, apoyados el uno en el otro. Yo hacía lo mismo hasta que había ocho haces reunidos en montón, todos juntos en la parte superior. Me enseñó a afirmarlos bien en la tierra para que quedaran de pie, y en ocasiones les daba un golpecito con la rodilla a fin de que la estructura estuviese perfectamente alineada.

Yo trataba de imitarle lo mejor posible, pero con frecuencia se caían mis haces y había de volver corriendo a colocarlos de nuevo. Observé además con cierta alarma que el señor Edwards iba el doble de aprisa que los tres viejos. Casi habíamos terminado nuestra fila cuando ellos apenas habían llegado a la mitad, y los brazos y la espalda (que me dolía horriblemente) parecían decirme que me estaban poniendo a prueba.

Continuamos así unas dos horas, inclinándonos, levantándonos, inclinándonos, levantándonos, avanzando jadeantes y sin un instante de respiro. Una de mis primeras impresiones a poco de dedicarme a la práctica rural fue que la agricultura es el medio de ganarse la vida más duro de todos, y ahora lo comprobaba por mí mismo. Confieso que estaba a punto de dejarme caer sobre el rastrojo cuando el señor Edwards llegó a nuestro campo con sus hijos, un niño y una niña. Llevaban unas cestas con los ingredientes para el refrigerio de las diez: tartas de manzana crujientes y jarras de sidra.

El granjero me observó pensativamente cuando me senté agradecido y empecé a beber como el viajero que, tras recorrer el desierto, tiene la garganta seca, apergaminada. La sidra, de su propia prensa, era soberbia. Cerré los ojos con delicia al beberla. En mi opinión lo que correspondía ahora era tumbarme al sol para el resto del día y con un par de litros de aquella sidra exquisita a mi lado, pero el señor Edwards tenía otras ideas. Aún seguía yo masticando la tarta solida y crujiente cuando él cogió de nuevo un par de haces.

—De acuerdo, muchacho, hemos de continuar —gruñó, y me encontré de regreso en la noria.

Con una pausa para almorzar —pan y queso, y más sidra—, seguimos así todo el día y a una velocidad vertiginosa. Siempre me he sentido agradecido a las Fuerzas Aéreas por lo que allí hicieron por mi bienestar físico. Es indudable que, cuando me reclutaron, estaba perdiendo mi buena forma debido al régimen benévolo de Helen. Tan buena comida, y el descubrimiento de los encantos de un sillón... la verdad es que había engordado. Pero la RAF cambió todo eso, y no creo que jamás haya vuelto a caer en ello.

Después de seis meses en Scarborough seguro que no tenía ni un gramo de grasa superflua. Marchas, ejercicios, PT, carreras... podía trotar ocho kilómetros por la playa y los acantilados sin problemas. Cuando llegamos a Shropshire yo estaba realmente en forma. Pero no tanto como el señor Edwards.

Aquel hombre era una masa compacta de fuerza y energía. No muy grande, pero con la resistencia férrea que me recordaba a los granjeros de Yorkshire. Parecía incansable y apenas sudaba mientras avanzaba por la ringlera de haces, los brazos nervudos saliendo de las mangas de una camisa sin cuello, vieja y de color desvaído, las piernas ligeramente patizambas, caminando sin el menor esfuerzo.

Lo más sensato habría sido decirle claramente que yo no podía seguir su paso, pero el demonio del orgullo me obligaba a mantenerme a su ritmo. Estoy completamente seguro de que él no quería fastidiarme. Como cualquier otro granjero, tenía un trabajo que hacer y estaba ansioso por terminarlo. Cuando nos detuvimos para el almuerzo me miró con cierta consideración: yo estaba medio muerto, la camisa pegada a la espalda, la boca abierta y jadeante, las costillas como un fuelle.

—Lo está haciendo estupendamente, Jim —dijo, y luego, como si observara mi cansancio por primera vez, se restregó los pies algo nervioso—. Sé que ustedes, los chicos de la ciudad, no están acostumbrados a esta clase de trabajo y... bien... no es cuestión de fuerza; todo consiste, sencillamente, en saber hacerlo.

Cuando volvimos al campamento esa noche oí gemir a mis compañeros en el asiento trasero de la camioneta. También ellos habían sufrido, pero no tanto como yo.

Al cabo de unos cuantos días empecé a cogerle el truco a la cosa y, aunque aún me suponía una dura prueba, jamás estuve otra vez al borde del colapso.

El señor Edwards observó la mejora y me dio un golpecito afectuoso en el hombro.

—¿Qué le decía? Todo consiste, sencillamente, en saber hacerlo.

Pero un nuevo purgatorio me esperaba cuando empezamos a hacinar el trigo. Primero había que levantar con una horca los haces hasta el carro, atarlos allí y luego lanzarlos de nuevo, y cada vez a mayor altura, a medida que el montón crecía de tamaño. Comprendí con sobresalto que la recogida había sido fácil en comparación.

La señora Edwards se nos unió en esta parte del trabajo. Se colocó junto a su marido, en la parte superior del montón, y le iba pasando los haces con toda destreza para que él los colocara como debían quedar almacenados. A mi cargo corría el trabajo “no especializado”, y allá en el suelo creía notar cómo se me partía la espalda mientras el mango de la horca me levantaba ampollas en las palmas de las manos.

No conseguía hacerlo con la rapidez suficiente y el señor Edwards tuvo que bajar de un salto a ayudarme, cogiendo una horca y lanzando los haces hacia lo alto con un simple giro de muñeca.

Me miró y también ahora, como antes, pronuncio las mismas palabras de ánimo:

—Lo hace estupendamente, Jim. Todo consiste, sencillamente, en saber hacerlo.

Pero había muchas compensaciones. Principalmente el estar de nuevo entre las gentes del campo. La señora Edwards, aunque muy callada, estaba indudablemente ansiosa de demostrar su hospitalidad a aquellos cuatro muchachos de la ciudad, despistados y alejados del hogar, y nos servía cada tarde una cena esplendida. Era morena como su marido, tenía unos ojos muy grandes, una sonrisa rápida y una figura delgada y bien formada a la vez. Por supuesto, no tenía demasiadas oportunidades de engordar, ya que nunca dejaba de trabajar. Cuando no estaba fuera recogiendo el trigo como cualquier hombre, estaba guisando o amasando, cuidando de sus hijos y atendiendo al numeroso ganado de la granja.

La comida de la tarde era algo que aguardábamos con ansia y que jamás podríamos olvidar. Pasteles de conejo con judías verdes y patatas recién cogidas de la huerta. Tartas de arándanos y de manzana, con una jarra enorme de nata espesa para que nos sirviéramos cuanto quisiéramos. Pan casero y queso de la granja...

Los cuatro disfrutábamos a boca llena de todo esto, tan distinto de la cocina de la RAF. Decían que los del servicio aéreo era los que conseguían la mejor comida, y yo lo creo, pero al cabo de algún tiempo todo te sabía a lo mismo. Tal vez fuera el hecho de tener que guisar para tantísima gente, pero con el tiempo todo perdía sabor.

Sentado a la mesa de la granja, mirando a la señora Edwards que nos servía, a su marido que comía sin parar, y a los dos niños, una chiquilla de diez años cuyos ojos oscuros prometían una mujer tan atractiva como su madre, y un muchacho de ocho, de miembros morenos y fuertes, siempre se me ocurría este pensamiento: eran gente de la buena.

Esos economistas superdotados que nos dicen que no necesitamos la agricultura británica, y que nuestras granjas deberían convertirse en parques nacionales, parecen ignorar el hecho bastante indudable de que cualquier país enemigo podría así someternos y matarnos de hambre en una semana. Sin embargo, en mi opinión, aún

supondría una tragedia mayor, la pérdida de toda una comunidad de gentes como los Edwards.

El suceso ocurrió un día, a última hora de la tarde, cuando yo me sentía más débil que nunca y gemía, y jadeaba, mientras el señor Edwards levantaba y arrojaba a lo alto los haces como si fueran plumas. De pronto le llamaron porque una vaca estaba de parto y, al bajar de un salto del montón, me dio un golpecito en el hombro cuando yo me inclinaba sobre la horca.

—No se preocupe, Jim —dijo con una sonrisa—, todo consiste, sencillamente, en saber hacerlo.

Una hora más tarde, al entrar en la cocina para la cena, la señora Edwards dijo:

—Mi marido sigue aún con esa vaca. Debe tener algún problema.

Vacilé en el umbral.

—¿Le importa que vaya a ver cómo se las arregla?

Sonrió.

—De acuerdo, si usted quiere. Le mantendré la cena caliente.

Crucé el patio y entré en el establo. Uno de los viejos sostenía en alto el rabo de una enorme vaca Red Poll y fumaba plácidamente la pipa. El señor Edwards, desnudo hasta la cintura, tenía el brazo metido hasta el hombro en el interior del animal. Pero era un señor Edwards diferente. La espalda y el pecho le brillaban de sudor, y unas gotas le corrían por la nariz y venían a caerle de la punta. Jadeaba y resoplaba mientras luchaba su batalla en algún punto del interior de la vaca.

Volvió unos ojos vidriosos en mi dirección. Estaba tan absorto que creo que ni me vio al principio; luego me reconoció.

—Hola, Jim —murmuró sin aliento—. Esto sí que es un trabajo duro.

—Lo lamento mucho. ¿Cuál es el problema?

Se disponía a responderme cuando se le crisparon los rasgos.

—¡Aaaaah! ¡La muy perra! ¡Se ha propuesto partirme el brazo a fuerza de apretar! Y me lo romperá antes de que hayamos terminado... —hizo una pausa, muy inclinada la cabeza, para recuperarse; luego me miró—. El ternero viene mal, Jim. Hay sólo un rabito en el pasadizo y no puedo darles la vuelta a las patas posteriores.

Una presentación al revés. Siempre ha sido mi favorita, pero también es la que más derrota a los granjeros. Por supuesto no es culpa suya, ya que nunca han tenido la oportunidad de leer la obra clásica de Franz Benesch sobre *Obstetricia veterinaria*, que con tanta claridad explica la mecánica del parto. Hay en ella una frase que me quedó grabada: “La necesidad de la aplicación simultánea de fuerzas opuestas”.

Benesch señala que, con objeto de corregir una mala presentación, es necesario aplicar tracción y rechazo al mismo tiempo, y hacer eso con la mano en el interior de una vaca que está haciendo fuerza resulta imposible.

Como para apoyar mi opinión, el señor Edwards estalló de nuevo:

—¡Maldita sea, ya se me ha escapado otra vez! Sigo empujando la corva y tratando de agarrar el pie, pero esta perra me la vuelve a meter hacia dentro. Llevo así

una hora y estoy hecho migas.

Jamás pensé que llegaría a oír tales palabras de aquel hombrecillo de hierro, pero indudablemente había sufrido mucho. La vaca era un animal enorme, el lomo como una mesa de comedor, y vencía al granjero con toda facilidad cada vez que hacía fuerza. No veíamos muchas vacas Red Poll en Yorkshire, pero las que yo conociera habían sido tan voluminosas y tan fuertes como elefantes, y la idea de luchar con una durante una hora me hacía temblar.

El señor Edwards sacó el brazo y se quedó por un instante apoyado en el peludo lomo. El animal no estaba molesto en absoluto por la intervención de un ser humano, pero el granjero era la viva estampa del agotamiento. Flexionó de nuevo los fuertes brazos y luego me miró.

—¡Santo cielo! —gruñó—. Me lo ha apretado de tal manera que ya ni siento este brazo.

No tenía que decírmelo. Yo había conocido esa sensación muchas veces. Incluso Benesch, en plena disertación sobre “corrección de posición”, “retropropulsión” “posición errónea” y “presiones contra-actantes”, con términos fríos y científicos, se permite declarar también que: “mucho se exige de las fuerzas del operador”. El señor Edwards habría estado de acuerdo con él.

El granjero inspiró profundamente y se dirigió tembloroso al cubo de agua en el suelo. Tras lavarse las manos se acercó de nuevo con algo semejante al horror en el rostro.

—Mire —le dije—, por favor, permítame que le ayude.

Me lanzó una pálida sonrisa.

—Gracias, Jim, pero usted no puede hacer nada. Es preciso darles la vuelta a esas patas.

—A eso me refiero. Yo puedo hacerlo.

—¿Cómo...?

—Con un poco de ayuda de su parte. ¿Tiene un trozo de cordel a mano?

—Sí, metros y metros, muchacho, pero le digo que necesita experiencia para este trabajo. Usted no sabe nada de...

Se detuvo porque yo ya me estaba sacando la camisa por la cabeza. Y, de todas maneras estaba demasiado agotado para discutir.

Colgué la camisa de un clavo en la pared, me incliné sobre el cubo y me enjaboné los brazos mientras el aroma del antiséptico que ascendía hasta mí me traía tantos recuerdos que casi me resultaban insoportables. Extendí la mano y, sin una palabra, el señor Edwards me entregó un cordel.

Lo empapé en agua, luego hice rápidamente un nudo corredizo muy flojo en un extremo y metí la mano en la vaca. ¡Ah, sí!, allí estaba el rabito tan familiar, colgando entre los huesos pélvicos. ¡Oh, qué delicia que viniera del revés! Pasé la mano con una satisfacción casi voluptuosa por aquel miembro peludo hasta llegar a la diminuta

pezuña. Apenas me llevó un instante pasar el lazo sobre la cerneja y apretarlo, a la vez que metía el cordel entre los dígitos de la pata hendida.

—Sostenga esto —dije al granjero—, y tire con fuerza cuando yo le indique.

Puse la mano sobre la corva del animalito y empecé a rechazarlo de regreso al útero.

—Ahora tire —dije—, pero con cuidado, sin sacudidas bruscas.

Me obedeció como si actuara en sueños y, a los pocos segundos, la patita salía por la vulva.

—¡Diablos! —exclamó el señor Edwards.

—Ahora, el otro —murmuré, quitando el cordel.

Repetimos el proceso; el granjero, con los ojos ligeramente saltones, tiraba del lazo. La segunda patita, amarilla y húmeda, se unió a su compañera en el exterior casi de inmediato.

—¡Diablos del infierno!

—Bien —dije—, agarre esa pata y lo tendremos aquí fuera en un par de segundos.

Yo cogí la otra y nos echamos atrás, pero la enorme vaca hizo ahora el trabajo por nosotros empujando con tanto impulso que depositó al ternero, húmedo y jadeante, en mis brazos. Me eché atrás vacilante y lo dejé caer sobre la paja.

—Un gran ternero, señor Edwards —dije—. Será mejor que lo frote bien.

El granjero me lanzó una mirada de incredulidad, luego recogió un puñado de heno y empezó a secar a la pequeña criatura.

—Por si alguna vez se tropieza con otra presentación al revés —le dije—, voy a indicarle lo que tiene que hacer. Ha de empujar y tirar al mismo tiempo, y ahí es donde interviene el cordel. Al rechazar la corva con la mano, otro debe tirar de la pezuña, pero observará que he metido el cordel entre las dos partes del pie, y eso es importante. Porque levanta la pequeña pezuña e impide que dañe la pared de la vagina.

El granjero asintió sin palabras y continuó frotando al ternero. Cuando hubo terminado me miró desconcertado y sus labios se movieron sin sonidos unas cuantas veces antes de preguntar:

—¿Cómo día... cómo... cómo diablos sabe todo eso?

Se lo dije.

Hubo una larga pausa y luego explotó:

—¡Maldito cabrón! Qué calladito se lo tenía, ¿verdad?

—Bien... usted nunca me lo preguntó.

Se rascó la cabeza.

—Bueno, no me gusta ser curioso con ustedes, los chicos que vienen a ayudarme. A algunos les molesta... —acabó en un murmullo.

Nos secamos los brazos y nos pusimos la camisa en silencio. Antes de salir miró al ternero que ya hacía esfuerzos por levantarse mientras su madre seguía lamiéndole.

—Es todo un pillo, sí señor —dijo, mirando al animalito— y podíamos haberlo perdido. Le estoy muy agradecido, Jim. —Me pasó el brazo por los hombros—. De todas maneras vamos, señor cirujano veterinario, y cenaremos algo.

A mitad del corral se detuvo y me miró con reproche.

—Sin duda le habré parecido bastante idiota trasteando ahí dentro durante una hora, matándome casi, para que luego interviniera usted y lo consiguiera en un par de minutos. Me siento tan humillado como un crío.

—En absoluto, señor Edwards —contesté—. No es... —vacilé un instante— no es cuestión de fuerza; se trata, sencillamente de saber hacerlo.

Asintió. Se quedó inmóvil. Pasaban los segundos mientras seguía mirándome fijamente. De pronto le brillaron los dientes y aquel rostro moreno se abrió en una sonrisa cada vez más amplia que acabó al fin en una sonora carcajada.

Aún continuaba riendo sin parar cuando llegamos a la casa y, al abrir la puerta de la cocina, se apoyó contra el muro y se secó los ojos.

—¡Diablillo! —dijo—. ¡Vaya si me ha devuelto el golpe!



28

Al fin nos encontrábamos en camino a la Escuela de Vuelo. Estaba situada en Windsor, lo cual no parecía muy lejos sobre el mapa, pero aquél fue un típico viaje de tiempo de guerra: un sinnúmero de paradas, de transbordos, de esperas interminables. Duró toda la noche y fuimos durmiendo a ratos. Conseguí disfrutar de una buena hora de sueño profundo sobre la mesa de una sala de espera en una pequeña estación sin nombre y, a pesar del lecho duro y sin almohada, soñé con un feliz regreso a Darrowby.

El coche marchaba a saltos bruscos sobre el camino áspero que llevaba a la granja de Nether Lees, y yo conducía aferrado al viejo volante. Ya veía la casa allá abajo, las tejas rojas destacándose nítidamente entre los árboles que la rodeaban, y más allá los edificios de la granja esparcidos sobre la colina que subía hacia el páramo.

Allá los árboles eran enclenques y escasos, y descollaban como puntos oscuros sobre la pendiente. Más arriba aún se veían las piedras peladas y en la cumbre, tentador a la luz del sol, comenzaba el páramo desnudo, virgen.

Una áspera cicatriz en aquella pendiente ahora cubierta de verdor revelaba el punto del que arrancaran las piedras para construir las enormes granjas y los muros interminables que han sobrevivido cientos de años a un clima tan cruel. Esas casas, esos muros interminables, seguirían allí cuando ya estuviera muerto y olvidado.

Helen venía conmigo en el coche. Me encantaba que me acompañara a mi ronda ya que, tras la visita a la granja, subíamos por la ladera de la montaña respirando el aroma de la tierra cálida y sintiendo la misma excitación de siempre al acercarnos a la cumbre.

Y al fin nos hallábamos ya en ella, contemplando la extensión de los páramos bajo el viento saludable de Yorkshire, mientras las sombras de las nubes corrían sobre los tonos verde y ocre de la tierra. La mano de Helen levantó un dedo cuando el grito solitario de un chorlito resonó sobre aquel tapiz salvaje, y sus ojos maravillosos me sonrieron entre el marco oscuro de sus cabellos que le caían sobre el rostro.

Alguien que me agitaba suavemente por el hombro me volvió a la realidad, al siseo del vapor de las máquinas, al resonar de las botas. La madera de la mesa se me había incrustado en la cadera, y me dolía horriblemente el cuello en el punto en que lo tuviera apoyado en la mochila.

—Ha llegado el tren, Jim —dijo un aviador mirándome—, y te aseguro que me dolía despertarte... Estabas sonriendo.

Dos horas más tarde, sudorosos, sin afeitarse, medio dormidos y cargados con el equipo, entramos en el campo de aviación de Windsor. Sentados en un edificio de madera apenas escuchábamos al cabo que nos daba la bienvenida. De pronto sus palabras retuvieron nuestra atención.

—Otra cosa más —dijo—. Acordaos de llevar siempre la placa de identidad. Tuvimos dos colisiones la semana pasada, un par de chicos quedaron abrasados hasta tal punto que resultaban inidentificables, y ninguno de los dos llevaba la placa. No pudimos saber quiénes eran. —Extendió los brazos como si nos pidiera ayuda—. Todo ese tipo de accidentes suponen mucho trabajo para nosotros, así que no olvidéis lo que he dicho.

En ese mismo instante todos nos sentimos bien despiertos, y escuchando con gran atención. Y probablemente mis compañeros pensaban lo mismo que yo... que hasta entonces sólo habíamos jugado a ser aviadores.

Miré por la ventana; un viento fortísimo barría la amplia extensión verde y llana sobre la que se veían unos cuantos aviones, el camión contra incendios y un puñado de barracones de madera. El juego había terminado. Ahora empezaban las cosas de verdad.



JAMES HERRIOT. El doctor Herriot, veterinario rural de Yorkshire, se volvió un personaje famoso merced a los múltiples y divertidos libros, la mayoría de los cuales transcurren en la ciudad ficticia llamada Darrowby o en sus alrededores. El afamado autor, nació en Glasgow y estudió en el Glasgow Veterinary College. Al finalizar sus estudios empezó su práctica profesional en el norte de Yorkshire. Vivió allí toda su vida excepto un corto lapso en que estuvo al servicio de la Real Fuerza Aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre las aficiones de James Herriot estaban, además de la lectura y la escritura, la música y el arte.

Desafortunadamente, el doctor Herriot murió en 1995, pero nos dejó el enorme legado de su obra, donde nos transmite un mensaje positivo y armónico ante la vida.

Notas

[1] PT, *Physical Training*: Educación física (N. de la T.) <<

[2] *ITW, Initial Training Ward*: Cuartel de entrenamiento inicial. (N. de la T.) <<

[3] *WAAF, Women's Auxiliary Air Force*: Cuerpo auxiliar femenino (N. de la T.) <<

[4] *AC2, Air Corps 2*: Cadete de 2.^a clase del Cuerpo de aviación (N. de la T.) <<

[5] Juego de palabras entre *Wesley* y *Wesleyan*, que significa “metodista” (N. de la T.)
<<

[6] *SP, Special Police*: Policía especial (N. de la T.) <<

[7] *Waters*: Aguas. Nombre poco apropiado para un tabernero (N. de la T.) <<

[8] *LAC, Leading Air Craftmen*: Aviadores de primera (N. de la T.) <<

[9] MRCVS: Miembro del Real Colegio de Cirujanos Veterinarios (N. de la T.) <<